PENSAR EL ANTIIMPERIALISMO

Ensayos de historia intelectual latinoamericana, 1900-1930

Alexandra Pita González
Carlos Marichal Salinas
Coordinadores

EL COLEGIO DE MÉXICO
UNIVERSIDAD DE COLIMA

PENSAR EL ANTIIMPERIALISMO

ENSAYOS DE HISTORIA INTELECTUAL LATINOAMERICANA, 1900-1930

CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

PENSAR EL ANTIIMPERIALISMO
ENSAYOS DE HISTORIA INTELECTUAL LATINOAMERICANA, 1900-1930

Alexandra Pita González y Carlos Marichal Salinas
coordinadores

EL COLEGIO DE MÉXICO
UNIVERSIDAD DE COLIMA

Nombres: Pita González, Alexandra, coordinadora. | Marichal, Carlos, coordinador.

Título: Pensar el antiimperialismo : ensayos de historia intelectual latinoamericana, 1900-1930 / Alexandra Pita González y Carlos Marichal Salinas, coordinadores.

Descripción: Ciudad de México, D.F. : El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos ; Colima, Colima, México : Universidad de Colima, 2024.

Notas: Requisitos de sistema: programa lector de archivos PDF.| Versión en libro electrónico de la edición impresa de 2012.

Identificadores: ISBN 978-607-564-641-1 (PDF)

Temas (BDCV): Intelectuales – América Latina – Historia – Siglo XX. | América Latina – Vida intelectual – Siglo XX. | Imperialismo – Historia – Siglo XX.

Clasificación DDC: 980.03 – dc23

Primera edición digital, 2024

DR © El Colegio de México, A.C.
Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D.F.
www.colmex.mx

DR © Universidad de Colima
Avenida Universidad 333
Colima, Colima, México
Dirección General de Publicaciones
www.ucol.mx

ISBN versión pdf: 978-607-564-641-1 (Colmex)
978-607-8984-30-5 (UCol)

ÍNDICE

Introducción: Pensar el antiimperialismo, *Alexandra Pita González y Carlos Marichal* 9

I. Mamuts *vs*. hidalgos. Lecturas de Paul Groussac sobre Estados Unidos y España en el *fin-de-siglo, Paula Bruno* 43

II. Carlos Pereyra y el mito de Monroe*, Andrés Kozel y Sandra Montiel* 69

III. Radiografía del imperio: *Los Estados Unidos contra la libertad*, de Isidro Fabela, *Luis Ochoa Bilbao* 101

IV. Salvador Mendieta y la unión centroamericana, *Margarita Silva H.* 125

V. Tres itinerarios en la creación literaria antiimperialista de Máximo Soto Hall (1899-1928), *Mario Oliva Medina* 157

VI. Los viajes de Araquistain a América. Apuntes para un estudio preliminar, *Blanca Mar León Rosabal* 185

VII. Historia y antiimperialismo: *Yanquilandia bárbara,* de Alberto Ghiraldo (1929), *Alexandra Pita González y María del Carmen Grillo* 215

VIII. ¿Una nación íbero, latino o indoamericana? Joaquín Edwards Bello y *El Nacionalismo continental, Fabio Moraga Valle* 247

IX. *Con el ojo izquierdo. Mirando a Bolivia*, de Manuel Seoane. Viaje y deriva latinoamericana en la génesis del antiimperialismo aprista, *Martín Bergel* 283

X. Comentarios sobre un temprano clásico de la izquierda norteamericana: *Dollar Diplomacy: A Study in American Imperialism* (1925), de Scott Nearing y Joseph Freeman, *Carlos Marichal Salinas* 319

Autores 333

Índice onomástico 339

INTRODUCCIÓN
PENSAR EL ANTIIMPERIALISMO

A lo largo de los últimos doscientos años, numerosos actores políticos y sociales han esgrimido la idea de que América Latina ha sido un territorio fácilmente dominado por potencias extranjeras, debido a la existencia de importantes asimetrías de poder político, militar y económico que convierten a esta región en presa de los intereses imperialistas en turno. Se argumenta, incluso con frecuencia, que el atraso latinoamericano se debe, en parte, a la intromisión del imperialismo en la región. Esta posición ha permeado de manera más o menos racional varios discursos que aún se presentan en la actualidad, desde la tribuna, en los panfletos de campañas políticas, la prensa y en diversos trabajos académicos.

Sin duda, la persistencia y fuerza del antiimperialismo como bandera de movimientos populares y populistas en Latinoamérica a lo largo del siglo XX, se derivan de la propia historia y de la conciencia histórica de numerosos países que han sido víctimas de invasiones, intervenciones militares y políticas externas durante los últimos dos siglos. Así, resulta común que estos episodios sangrientos y dolorosos se transformen en algunos mojones de la historiografía política y militar de diversas naciones de la región. No obstante, las expresiones nacionalistas más crasas no han sido siempre hegemónicas. En este sentido, conviene sugerir que las corrientes de pensamiento y expresión antiimperialistas han carecido de homogeneidad ideológica, conceptual e instrumental. Demostrar este supuesto es, precisamente, uno de los principales objetivos del presente libro que ofrece un conjunto de estudios sobre muy diversos autores antiimperialistas del primer tercio del siglo XX. De hecho, en Latinoamérica puede identificarse una casi constante disyuntiva entre aquellos autores que se aferraban a la vieja idea de lo nacional (basada en el concepto decimonónico del Estado-nación) y muchos otros que abogaban por un nacionalismo continental. Este último, además, se mantuvo latente junto al emergente proyecto nacional, haciendo sentir sus argumentos con mayor fuerza en aquellos momentos de crisis en los que se cuestionaba la legitimidad de determinado régimen político o se revelaba la falta de

capacidad de los estados nacionales para defender los intereses propios e incluso su identidad.

En todo caso, puede afirmarse que el imperialismo ha ocupado un lugar privilegiado en los debates sobre la identidad latinoamericana. Las reflexiones sobre el otro (extranjero, yanqui, gringo, etc.) han ejercido un papel importante en las formas de autointerpretación de lo propio (llámese latino, hispano o iberoamericano). Este juego de espejos se trasluce de manera reiterada en el ensayo latinoamericano, cuyos textos suelen crear o utilizar metáforas ante la necesidad de "objetivar los escurridizos sentidos de la nación"[1]. Por ello, desde hace tiempo, ha sido importante el enfoque del "mirar-especular", planteado por Richard Morse, repleto de indagaciones sobre la identidad, cuyas percepciones permiten explorar y reconocer nuestra especificidad pese a la diversidad de posibles interpretaciones[2].

Aún cuando este diagnóstico social ha sido compartido por muchos, existe un amplio abanico de interpretaciones respecto del fenómeno identitario. Ello ha dependido en grado importante de la coyuntura histórica específica, así como de las distintas posturas ideológicas de los intérpretes. Al revisar la ensayística latinoamericana, en torno a los conceptos de progreso y atraso, especialmente en la segunda mitad del siglo XIX y primer tercio del siglo XX, podemos agrupar sus primeas manifestaciones e interpretaciones en dos grandes grupos. A principios del siglo pasado, era larga la tradición de aquellos intelectuales que, por diversos motivos, relacionaban los males de la región con un problema de origen entre la civilización (visualizada como el futuro al que se quería llegar) y la barbarie (el pasado que aún pervivía en el presente de las sociedades latinoamericanas). Para minimizar la distancia entre una y la otra, propusieron que se ensayara un método quirúrgico de intervención que sanearía estas sociedades, imitando, por ejemplo, los aspectos positivos de Estados Unidos como modelo de nación progresista[3].

Con el tiempo, sin embargo, se irán incrementando las críticas al imperialismo norteamericano, fundamentalmente, al considerarlo un factor externo que ejercía una influencia negativa sobre Latinoamérica. Esta crí-

[1] Funes, *Salvar la nación*, p. 11.

[2] Morse, "The Multiverse of Latin American", pp. 7-8.

[3] Sobre la importancia de esta imagen dentro del pensamiento del siglo XIX latinoamericano y, en especial, en el positivismo argentino, remitimos al interesante estudio de Svampa, *El dilema argentino*, pp. 29-128.

tica irrumpió con fuerza a fines del siglo XIX, cuando el término *nuestra América*, ampliamente difundido por el cubano José Martí, se había extendido entre la intelectualidad latinoamericana como una necesidad de definir a este conjunto de países a partir de una denuncia permanente de aquello que se excluía, es decir, Estados Unidos. Como señala Óscar Terán, el "primer antiimperialismo latinoamericano" estuvo caracterizado por un doble movimiento compuesto por un factor de denuncia ante el avance norteamericano —ya fuera territorial, comercial o cultural— y por otro que, a manera de contrapropuesta defensiva, alzaba la bandera de la unión latinoamericana. Para que este mecanismo se pusiera en marcha, había sido necesario que se produjera, desde un amplio abanico ideológico que incluía perspectivas espiritualistas y positivistas, un cambio en la valoración de este vecino país. Así, de una imagen positiva —como la que sustentaban hasta ese momento los núcleos liberales latinoamericanos—, se pasó a una visión crítica que llegó, incluso, a plantear que la América Latina dividida en naciones era el fruto de una balcanización externa realizada por intereses imperialistas[4].

Este nuevo discurso crítico cobró especial fuerza a partir de la guerra del 98 en Cuba y Puerto Rico, que no sólo reveló el contraste entre la impotencia de España y el dinamismo de Estados Unidos como nueva potencia imperial, sino que puso en tela de juicio el futuro de los países hispanoamericanos. Tal sensación de orfandad e incertidumbre sobre la seguridad de las naciones de la región muy pronto fue acentuada por los acontecimientos que desembocaron en la creación del nuevo estado de Panamá y en el control norteamericano de la zona del Canal. Durante la segunda y tercera década del siglo XX, el discurso antiimperialista adquirió renovadas fuerzas a raíz de la multiplicación de las intervenciones militares de Estados Unidos en la región. En particular, se difundió a partir de 1914 cuando se produjo la prolongada ocupación de Nicaragua, Haití y Santo Domingo, seguida por las intervenciones militares en el puerto mexicano de Veracruz, en ese mismo año. Similar actuación se registrará en la siguiente década, como consecuencia de las alianzas del Departamento de Estado norteamericano con diversos dictadores y "hombres fuertes" latinoamericanos.

Las denuncias y propuestas de los antiimperialistas partían de la idea de que, tras una esperada, pero aún incierta, desaparición del interven-

[4] Terán, "El primer antiimperialismo", pp. 2-4.

cionismo de Estados Unidos y de las dictaduras que auspició en la región, especialmente en el Caribe y Centroamérica, las sociedades latinoamericanas podrían comenzar a realizar un progreso propio más sostenido. Sin embargo, era necesario realizar una maniobra conceptual a través de la cual se diera nuevamente significado al concepto positivista de "progreso" y a la visión de las "minorías cultas". Este giro discursivo modificó la matriz favorable a la influencia de Estados Unidos y Europa, retomando de la corriente arielista la crítica al materialismo y la referencia a la existencia de un espíritu latinoamericano. Al mismo tiempo, cobraron fuerza otras corrientes más militantes que eran expresión de movimientos sociales y sindicales, anarquistas, socialistas y luego comunistas (desde 1920), que también difundieron un discurso de denuncia antiimperialista. Por todo ello, de 1914 a 1930, la reivindicación de la identidad latinoamericana tomó un nuevo rumbo y ganó aún más fuerza en el pensamiento de numerosos intelectuales, a pesar de que seguían cuestionándose los distintos caminos hacia la modernidad en América Latina[5].

Para ilustrar la diversidad de interpretaciones expresadas por una serie de prolíficos intelectuales latinoamericanos de la época, en este volumen hemos reunido nueve trabajos sobre algunos de los más destacados ensayistas del primer tercio del siglo XX. Los escritos tienen el imperialismo como temática común, casi siempre en tono crítico, pero desde un arco amplio y diferenciado de enfoques ideológicos, estilísticos y analíticos. El libro se abre con un estudio sobre Paul Groussac, autor que hace una crítica pronunciada del expansionismo de Estados Unidos en 1898, a partir de una defensa de la cultura de los pueblos de lengua hispánica; se trataría, en cierto sentido, de un antiimperialismo hispanófilo. Distinta fue la propuesta del historiador mexicano Carlos Pereyra, quien desde el primer decenio del siglo XX adoptó una actitud que puede calificarse

[5] Como afirma el historiador chileno Eduardo Devés: "el pensamiento latinoamericano de las primeras dos décadas del siglo XX se encontraba dentro de una onda identitaria, pues el ciclo modernizador se encontraba a la baja". Analizando el periodo entre 1845 y 1980, el autor plantea la existencia de un esquema en el cual se puede graficar la alternancia entre modernización e identidad, teniendo en cuenta que aún cuando en un momento dado se acentúa una, la otra no desaparece por completo y vuelve a aparecer cíclicamente años después. También observa que esta característica dualista se presenta en intelectuales que acentuaron una dimensión sin negar completamente la otra o enfatizando una de las dos opciones en distintos momentos de su vida. Devés, *El pensamiento latinoamericano,* pp. 15-16.

de nacionalismo pragmático, en la confrontación con el poderoso vecino del norte. En cambio, ya en tiempos de la Revolución mexicana, los escritos del diplomático, político e intelectual Isidro Fabela reflejaban el nacimiento del nacionalismo revolucionario vinculado con un espiritu internacionalista y antiimperialista.

Asimismo, dos estudios en este libro nos ilustran sobre los escritos de los intelectuales centroamericanos Salvador Mendieta y Maximo Soto Hall, a propósito de *nación* e *imperialismo*. Fue en el segundo decenio del siglo XX que Mendieta, apóstol de la unificación centroamericana, comenzó a formular sus ideas sobre las ventajas del unionismo para evitar la debilidad de pequeñas naciones frente a las potencias extranjeras. Su contemporáneo, Máximo Soto Hall, en cambio, expresaba en sus escritos literarios y políticos una posición que podríamos describir como antimperialismo sandinista, inspirada en la lucha de las guerrillas contra las fuerzas estadounidenses que ocupaban Nicaragua.

La complejidad y diversidad del género antiimperialista evidentemente se relaciona con las diferentes posiciones ideológicas que caracterizan a sus autores. En algunos casos, el nacionalismo era el vehículo que permitía expresar una posición antiimperialista, como es el caso del escritor chileno Joaquín Edwards Bello, aunque sus posiciones resulten bastante conservadoras y aboguen por un nacionalismo continental. En otros casos, la influencia de ideologías de izquierda era más importante, como en los escritos sobre el imperialismo en el Caribe, del socialista español Araquistain o en la compleja obra literaria y política del escritor argentino Albert Ghiraldo, que refleja la impronta del anarquismo y de otras corrientes militantes. No obstante, en fechas muy tempranas, Ghiraldo también puede y debe concebirse como uno de los principales gestores de una *cultura libertaria*. Distinto es el antiimperialismo del peruano Manuel Seoane, cuyos primeros escritos se derivaban del movimiento del reformismo universitario latinoamericano de los años 1918 a 1925, para luego plasmarse en el dinámico movimiento político del aprismo, del cual llegará a ser una figura señera; en este caso, podríamos hablar de un antiimperialismo "aprista". Tampoco puede ignorarse la explícita y fuerte impronta del marxismo en muchos de los tempranos escritos antiimperialistas, como puede observarse en el texto *Dollar Diplomacy*, de Scott Nearing y Joseph Freeman, que también se estudia aquí, y del cual debe subrayarse su estricto materialismo histórico que lo aleja de dogmatismos.

En resumidas palabras, los diversos y ricos textos que se analizan en este libro permiten observar que las críticas al imperialismo se expresaron en un gran abanico de interpretaciones, en reivindicaciones de los valores del *hispanoamericanismo* o, alternativamente, del *latinoamericanismo*; en críticas al *panamericanismo*, en denuncias de la expansión imperialista, especialmente en el Caribe y Centroamérica; en expresiones del nacionalismo continental y regional, en la invención del concepto de *Indoamérica*, o en posiciones de izquierda, socialistas, comunistas y anarquistas.

Con el objeto de profundizar en la labor de rescatar a autores y textos clave de la historia intelectual latinoamericana, los participantes en este volumen no sólo analizaron determinadas obras y reconstruyeron de manera sintética las biografías de los autores y su contexto social, cultural y político. Simultáneamente, supervisaron la labor de recuperación de los libros originales de los autores estudiados, algunos difíciles de localizar, los cuales se han digitalizado y puesto a disposición en la página *Web* del Seminario de Historia Intelectual, bajo la rúbrica de "Biblioteca digital de Historia Intelectual de América Latina: Textos antiimperialistas de 1890-1940"[6]. Por ello, se recomienda al lector la consulta de estos textos en dicha colección digital, albergada en El Colegio de México, disponible en Internet en formatos amigables, que esperamos sean objeto de estudios particulares en el futuro. Todos los escritos pueden consultarse en nuestra página *Web*, ya que tienen la intención de servir de vehículo y fuente para la docencia y la investigación, siendo necesario señalar que, además, se han incluido en este espacio digital una serie de escritos complementarios e importantes del género antiimperialista, entre los cuales se cuentan los textos del brasileño Eduardo Prado, *La ilusión yanqui* (edición original en portugués de 1894), del venezolano César Zumeta, *El continente enfermo* (1899), del argentino Martín García Merou, *Estudios americanos* (1916), y del peruano Luis E. Valcárcel, *Tempestad en los Andes* (1927).

[6] Véase la sección de "Biblioteca digital", en la página del Seminario de Historia Intelectual en http://shial.colmex.mx/

I. EL ANTIIMPERIALISMO LATINOAMERICANO: ¿GÉNERO O GENERACIÓN?

Pensar el antiimperialismo puede sugerir que, en la época bajo consideración (el primer tercio del siglo XX), existía un mínimo grado de homogeneidad en los planteamientos de la mayoría de los intelectuales críticos en distintos espacios de Latinoamérica. Precisamente por ello, algunos autores como Hugo Biagini utilizan el término *pensamiento alternativo*, pese a existir varias significaciones para designar las actitudes contestatarias, como las postulaciones reformistas, o aquellas que postulan un cambio estructural del hombre o la sociedad[7]. Aunque este enfoque subraya el carácter contestatario del posicionamiento antiimperialista, consideramos que es necesario tener en cuenta la amplia gama de matices, tensiones y contradicciones que deben de ser tomados en cuenta para comprender de qué manera es *re*significado el mismo objeto de estudio por los interlocutores. En otras palabras, como argumenta Martín Bergel en este volumen, es conveniente tener en mente un *concepto flexible* de antiimperialismo, atento a las diferencias en las interpretaciones individuales y a los cambios operados en el tiempo, en las propias ideas y en las posiciones políticas e ideológicas de los distintos autores.

En principio, puede plantearse si el discurso antiimperialista debe ser analizado como un género, al compartir ciertos rasgos (realismo, moralismo, denuncia política y social, entre otros), o como una generación que se definía por ciertas afinidades de enfoque. En la práctica, en cualquier época histórica podemos identificar la existencia de una multiplicidad de posturas y estilos intelectuales que reflejan la riqueza de la reflexión y la escritura. Esta nota sobre las precauciones necesarias para evitar generalizaciones superficiales, no impide que se planteen algunas interrogantes que contribuyan a pensar y debatir desde y hasta dónde deben ser considerados los textos antiimperialistas como elementos significativos dentro de la historia intelectual latinoamericana.

Para dar respuesta a ello existe una variada bibliografía escrita desde distintos campos del conocimiento, pero en el caso latinoamericano, según nuestra opinión, resulta fundamental comenzar por hacer una relectura crítica de textos y autores que en algunos casos son reconocidos y en

[7] Biangini y Roig, *El pensamiento alternativo*, p. 11.

otros casi olvidados. En este libro nos interesa, en particular, recuperar las reflexiones sobre el imperialismo, publicadas en el primer tercio del siglo XX, que ocuparon un lugar privilegiado en los debates sobre la identidad latinoamericana en dicho periodo. Así, optamos por la perspectiva que nos ofrece la historia intelectual, en cuanto permite un análisis detallado de la complejidad manifiesta entre el texto y el autor, el texto del autor y otros textos escritos por él, el texto de ese autor y otros textos de otros autores, dimensiones que no se imponen una sobre la otra de una manera simple, sino que interactúan en cada caso específico. Con ello pretendemos hacer una aportación a los estudios de historia intelectual latinoamericana de la primera mitad del siglo XX, que están cobrando cada vez mayor densidad, merced a la publicación de numerosos libros y artículos sobre intelectuales, revistas y proyectos culturales[8].

En este sentido, los ensayos que conforman el presente volumen contribuyen a recuperar los escritos realizados por algunos intelectuales que, entre fines del siglo XIX y principios de la década de 1930, se preocuparon por producir y difundir una serie de ideas e imágenes sobre América Latina desde una clave antiimperialista[9]. Partimos de la premisa de que sólo a partir de estos estudios de caso puede resolverse, aunque sea parcialmente, el dilema planteado sobre la utilidad de los conceptos de género o de generación intelectual, para interpretar este grupo de textos.

Sin duda, si centramos la atención en la forma en que se expresan los textos del primer tercio del siglo XX que pueden ser calificados como antiimperialistas, puede sugerirse que no existió un solo género, ya que este discurso se expresó a través de novelas, ensayos en revistas, conferencias,

[8] Las publicaciones son numerosas y pueden ser divididas en compilaciones, fruto de proyectos colectivos como los siguientes: Altamirano, *Historia de los intelectuales;* Granados y Marichal, *Construcción de la identidad*; Aguilar y Rojas, *El republicanismo*; Biangini y Roig, *El pensamiento alternativo*. Trabajos individuales que abarcan un periodo amplio como el de Devés, *El pensamiento latinoamericano*, o un periodo más concreto como el Funes, *Salvar la nación*; Pita, *La Unión Latino Americana*; Beigel, *El itinerario y la brújula;* Tarcus, *Mariátegui en la Argentina;* Bruno, *Paul Groussac*; Terán, *Vida cultural*.

[9] Siguiendo a Horacio Tarcus, en su propuesta metodológica sobre la recepción de ideas, planteamos que si bien es analíticamente necesario discriminar a productores, difusores, receptores y consumidores de ideas, en la práctica estos roles pueden ser asumidos simultáneamente por una misma persona, por lo que no pueden distinguirse etapas temporales y sucesivas, sino momentos en los cuales ciertos tipos de intelectuales desarrollan capacidades y habilidades concretas: producción, difusión, recepción y apropiación. Tarcus, *Marx en la Argentina*, p 30.

artículos periodísticos y panfletos políticos. La mayoría de los textos que se analizan en este volumen son extensos, debido al fuerte componente de narrativa histórica o política que indujo a los autores a plantearse el objetivo de sus libros.

Por otra parte, debe subrayarse que el tipo de lenguaje utilizado también tiene características singulares. La denuncia requiere de una prosa vigorosa que suele transmitir un mensaje político, pero, al mismo tiempo, observamos que los textos analizados insertan la denuncia dentro de una narrativa de tipo histórica que da fundamento al argumento central presentado. Por ello, los textos que analizamos no son de naturaleza académica, sino que manifiestan una parentela con el periodismo militante y utilizan el formato del ensayo y/o de libros de ensayos entrelazados. De este modo, por su carácter combativo y persuasivo, así como por la complejidad de su construcción, esta literatura de ideas comparte con otros tipos de discurso moderno las características de lo que podría llamarse la *palabra panfletaria*[10].

El hecho de que hubiese una marcada diversidad ideológica en el tratamiento del imperialismo contemporáneo se reflejaba, por lo tanto, en la variedad de géneros y estilos de los autores, que igual podían saltar de la novela al ensayo y de regreso a la novela, de la conferencia política al ensayo o a colecciones de ensayos. Para una mayor comprensión del fenómeno de los textos antiimperialistas conviene hacer exploraciones adicionales en la literatura de la época. En consecuencia, consideramos indispensable que estudios como el nuestro sean contrastados con otros que se dediquen a explorar las revistas culturales contemporáneas, fuentes privilegiadas de difusión, donde se generaban y transmitían los combates de las ideas. Como una especie de espejo que permite realizar un contrapunteo de lo expresado en los libros, este tipo de revistas, donde se aborda por igual literatura, pensamiento social y filosófico o reflexión política, son especialmente útiles, como lo han revelado una serie de libros recientes sobre una o más revistas latinoamericanas de la época. Tales publicaciones permiten conocer las características de las empresas culturales que realizó un grupo de intelec-

[10] El panfleto como tradición cultural es identificable por un *modus operandi*: la imagen paradoxal, la visión crepuscular del mundo, la coexistencia de persuasión y violencia verbal, la relación entre verdad-libertad-solicitud. De este modo, el panfleto se presenta como un discurso crítico de oposición a la autoridad, situándose como el "paladín de la verdad". Angenot, *La parole pamphlétaire*, pp. 337-338.

tuales. Al mismo tiempo, su estudio nos permite comprender la conformación grupal, con sus afinidades políticas e ideológicas, pero también con sus voces disonantes que nos remiten a los conflictos internos dentro de cierto marco político y cultural.

Al dar muestras del funcionamiento real y las dimensiones de las redes intelectuales, las revistas son de especial utilidad para comprender la producción y circulación del antiimperialismo en el espacio regional latinoamericano. *Claridad* (Buenos Aires y Santiago de Chile), *Renovación* (Buenos Aires), *Sagitario* y *Valoraciones* (La Plata), *Repertorio Americano* (San José de Costa Rica), *Atuei* (La Habana), *Ariel* (Montevideo), *Amauta* (Perú), son tan sólo algunos de los nombres de las numerosas publicaciones que pueden ser objeto de este tipo de estudios[11]. A esto debe sumarse el análisis de las revistas norteamericanas como *The Masses, The Liberator, The Nation, New Republic y The North American Review*, las cuales, pese a sus diferencias con las anteriores, dan muestra de la importancia del antiimperialismo dentro de un grupo de intelectuales progresistas que se ocuparon de defender sus ideas, entre los años 1915 y 1930, y que prestaron una atención especial al fenómeno del impacto del imperialismo en Latinoamérica.

De este modo, tanto en los libros que analizamos como en las revistas de la época, descubrimos la existencia de una serie de redes de intelectuales latinoamericanos que constituían una o varias generaciones superpuestas[12]. Por este motivo, y antes de presentar las características esenciales de las aportaciones que conforman este libro, también consideramos necesario dejar planteadas algunas inquietudes que surgen al intentar utilizar la expresión "generación" en la historia intelectual, con el objeto de llamar la atención sobre la combinación de venta-

[11] Sería extenso hacer aquí un balance sobre los estudios de revistas culturales. Por ello nos limitamos a mencionar dos ejemplos, el uno sobre una publicación puntual, *Renovación*, y el segundo como un trabajo colectivo compuesto por varios estudios específicos. Ver, Pita, *La Unión Latino Americana y el boletín* Renovación. *Redes intelectuales y revistas culturales*, 2009 y Crespo, *Revistas en América Latina: Proyectos Literarios, Políticos y Culturales*, 2010.

[12] Daniel Kersffeld ha resaltado la importancia de las redes formales en un ensayo brillante: remite al papel que jugaron en los años de 1920 la Unión Latinoamericana en Buenos Aires, la Liga Antimperialista de las Américas, que operaba desde centros neurálgicos en México y Buenos Aires, y el APRA (Alianza Popular Revolucionaria). Kersffeld, "La Liga antiimperialista", 2007, pp.151-166.

jas y desventajas que se desprenden (simultáneamente) del uso de este tipo de categoría.

II. LA UTILIDAD RELATIVA DEL CONCEPTO DE GENERACIÓN INTELECTUAL

Como señaló Robert Wohl, en un estudio clásico sobre el tema, existen diversos modelos para escribir la historia de una generación de intelectuales o de individuos especialmente prolíficos, entre los cuales destacan los enfoques que analizan a grupos literarios, a elites políticas y/o a ciertos grupos notables de jóvenes (*youth generations*)[13]. En el primer caso, uno de los estudios, antiguo pero muy influyente, ha sido el de Henry Peyre, *Les générations littéraires* (París 1947), que intentó resumir diversas corrientes de escritores franceses desde fines del siglo XVII hasta el siglo XX en términos de esta categoría.

En época más reciente, el tema ha vuelto a llamar la atención en Francia, especialmente a partir de la discusión histórica contemporánea sobre el impacto de los intelectuales, *dreyfusards*, que acudieron al llamado de Emile Zolá, en 1898, en contra de la discriminación religiosa y racial de las autoridades del gobierno francés. Este interés por los tempranos intelectuales comprometidos (*engagés*)[14] de principios del siglo XX, ha sido reforzado por la multiplicación de estudios históricos sobre los intelectuales en Francia, siendo especialmente notables y prolíficas las contribuciones de autores como Michel Winock, Christophe Charle, Jean Sirinelli y Gerard Leclerc[15]. Charle señala que ha sido en los últimos dos decenios que los historiadores sociales han comenzado a estudiar de manera más sis-

[13] Wohl, *The Generation*, p. 239. En particular, sus reflexiones en la extensa nota 3.

[14] A diferencia de la acepción del intelectual como un técnico que ejerce actividades profesionales especializadas "no manuales", utilizado en ensayos de carácter sociológico y económico, las publicaciones de literatura y política más recientes distinguen al intelectual por su actitud de compromiso, incluyendo a aquellos que "han adquirido, con el ejercicio de la cultura, una autoridad y un influjo en las discusiones públicas". Marletti, "Intelectuales", p. 820.

[15] Winock, *Le siècle des intellectuels*; Charle, *Los intelectuales en el siglo XIX*; Ory y Sirinelli, *Les intellectuels en France*; Leclerc, *Sociologie des intelletuels*. También vale la pena prestar una atención especial a revistas especializadas con gran número de artículos sobre la temática como *Mil neuf cent: Revue d'histoire intellectuelle*, que ya cuenta con casi treinta números; originalmente se titulaba *Cahiers George Sorel,* pero sigue siendo editada por la Société d'Etudes Soreliennes en París.

temática a los intelectuales, en cuanto grupo social, en distintos periodos históricos. Al respecto, agrega:

> Inicialmente, la investigación se volvió hacia este nuevo objeto en Francia, país en el que hacia finales del siglo XIX, surgió históricamente la acuñación lingüística "intelectuales". Más recientemente ha seguido el ejemplo la historiografía de otros países europeos y extra europeos [16].

En el caso de México, el concepto de generación intelectual ha sido utilizada con cierta profusión, como lo demuestra la historiografía mexicana sobre el porfiriato (1876-1910), en la cual es habitual apelar al papel protagónico de los llamados "científicos" en muchas esferas de la política, las finanzas y la educación, aunque en este caso, los miembros pertenecían a diferentes generaciones, si nos atenemos a sus edades[17]. En contraste, al doblar el siglo, comenzó a ejercer una fuerte presencia antipositivista en los medios culturales de la ciudad de México un pequeño, pero compacto, grupo de jóvenes literatos y filósofos, encabezados por Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes y José Vasconcelos, que se reunieron alrededor del Ateneo de la Juventud y publicaron *La Revista Moderna*. Ya después, y en referencia a un grupo de jóvenes universitarios que comenzaron a descollar en la época de la Revolución, se habla de la conformación de la generación de 1915, donde podemos encontrar a Daniel Cosío Villegas, Vicente Lombardo Toledano, Jesús Reyes Heroles, Samuel Ramos, Manuel Gómez Morín, Gilberto Loyo, Luis Chávez Orozco, Jaime Torres Bodet o Carlos Pellicer[18]. Evidentemente, la fórmula generacional permite agrupar, pero cabe preguntarse qué grado de homogeneidad se puede encontrar en una generación de intelectuales o políticos y en qué medida tiene utilidad la expresión. Sin duda, en el caso de ciertos grupos de individuos que mantuvieron lazos especialmente estrechos entre sí en el proceso de su despertar creativo o en su labor profesional y política, la expresión tiene un sentido práctico que permite captar algunos elementos compartidos en su formación, superando los límites de una aproximación biográfica individual. Hoy en día, este en-

[16] Charle, *Los intelectuales en el siglo XIX*, p. XV.

[17] El trabajo clásico es el de Hale, *La transformación del liberalismo*.

[18] Krauze, *Caudillos culturales*. Para un sugerente recorrido de la discusión de la génesis del concepto del "intelectual" en Hispanoamérica y, en particular, en México, ver Zermeño, "El concepto intelectual".

foque parece recobrar cierta fuerza dada la contemporánea preocupación en las humanidades y ciencias sociales por identificar redes de contactos entre los miembros de un grupo, sea pequeño o grande. No obstante, es claro que tal enfoque siempre estará sujeto a debate en la medida de que haya distintas evaluaciones del grado de coincidencias ideológicas y políticas o de las similitudes estilísticas o estéticas o de la intensidad e importancia de los lazos personales. En la práctica, es factible pensar que cada estudio sucesivo sobre una generación puede revelar originales e insospechadas facetas del quehacer de cualquier grupo de individuos, en tanto se logra descubrir más información y aplicar metodologías novedosas a su estudio.

En el caso de lo que denominamos la *generación del 900* en Latinoamérica, consideramos que es factible identificar varios grupos de intelectuales de diversa formación educativa y profesional, así como de persuasiones ideológicas distintas[19]. Ello no implica que fuesen propiamente miembros de una generación, aunque sus escritos reflejan muchos puntos comparables en libros y ensayos, publicados entre 1900 y 1910. Algunos de los paralelos más interesantes se reflejan en la revisión de sus lecturas preferidas. Por ejemplo, en casi todos los casos de este grupo, se observa una marcada impronta de los escritos de Herbert Spencer y la categorización de grupos raciales (en una escala de inferiores a superiores) como referencia general, aunque ya comenzaba a decaer algo la influencia del racismo más crudo hacia principios del siglo[20].

Entre los miembros más destacados de esta generación de ensayistas del 900 puede señalarse a José Enrique Rodó de Uruguay, a Francisco García Calderón de Perú, a Carlos Octavio Bunge de Argentina, a Agustín Arguedas de Bolivia, a Francisco Encina de Chile, a César Zumeta de Venezuela, a Manuel Bomfim de Brasil y a Francisco Bulnes de México, entre otros. Caracterizaba a estos autores —todos pertenecientes a las elites latinoamericanas— el practicar el entrecruzamiento algo desordenado de corrientes intelectuales, con una alternancia entre positivismo, darwinismo social e idealismo. Habitualmente, se enfatiza el peso del idealismo de los grupos arielistas (en el caso de México se observa una fuerte resonancia en el grupo del Ateneo, entre los que destacaban Alfonso Reyes, Antonio Caso y otros), pero de ninguna manera debe pensarse que el

[19] Marichal, "El Lado oscuro" (en prensa).

[20] Sobre el tema ver Bowler, *Biology and Social,* capítulo 4.

llamado idealismo era compartido por todos los ensayistas de la época que se interesaban en el diagnóstico y futuro de las culturas y sociedades latinoamericanas. Nos parece igualmente destacable el uso frecuente de la metáfora médica, que se reflejaba en los enfoques social-darwinistas aún dominantes en el primer decenio del siglo XX. Así se observa en los títulos de algunos de los ensayos y libros, como el *Continente enfermo, de* César Zumeta (1899); *Pueblo enfermo*, de Alcides Arguedas (1909); *La enfermedad de Centro-América* (vol. 1, 1912), de Salvador Mendieta, o *Los males de América Latina* (1905), de Manuel Bomfim, a los que podrían agregarse textos como el de Agustín Álvarez, *Manual de Patología política* (1899), y el de Manuel Ugarte, *Enfermedades sociales* (1905), de diferente matriz ideológica. Evidentemente, los intelectuales en cuestión se consideraban médicos sociales que podían ofrecer un diagnóstico de dolencias que aquejaban a sus sociedades, aunque no tenían demasiada certeza en cuanto al tipo de remedio para los problemas profundos y complejos que creían haber identificado.

Otra corriente contemporánea a los idealistas y los social-darwinistas era la de los primeros antiimperialistas, entre los cuales destacaban el patriota cubano José Martí, el brasileño Eduardo Prado, el uruguayo José Enrique Rodó, el poeta centroamericano Rubén Darío, los argentinos Ernesto Quesada (en su etapa juvenil) y Manuel Ugarte (ya claramente situado en el campo socialista), así como el venezolano Rufino Blanco Fombona (autor difícil de clasificar, pero claro enemigo de las dictaduras). En la práctica, un buen número de estos tempranos críticos del imperialismo escribieron en respuesta a las intervenciones de los Estados Unidos que se multiplicaron en la región del Caribe y Centroamérica a partir de 1898. Pero también puede sugerirse que, en algunos casos, abogaban por el antiimperialismo como doctrina o instrumento ideológico y político.

Cabe aclarar que fue a partir de 1900 cuando los intelectuales europeos contemporáneos comenzaron a escribir libros en contra del imperialismo, destacando el modelo de interpretación liberal de J. A. Hobson, *Estudio del imperialismo* (1902)[21]. Hasta entonces, la inmensa mayoría de los númerosísimos textos publicados en Europa sobre el colonialismo de

[21] Posteriormente se escribirá desde el marxismo, como se puede observar en *El imperialismo etapa superior del capitalismo,* de Lenin (1916). Los dos tipos de textos serán citados por latinoamericanos como Haya de la Torre. Funes, *Salvar la nación*, p 224.

fines del siglo XIX, concebían al nuevo imperialismo europeo como una avanzada de razas superiores en África y Asia, pero también e implícitamente en América Latina. Para escritores como Martí o Prado, por ende, la crítica al nuevo imperialismo estadounidense consistía no solamente en una denuncia política, sino también en una afirmación de lo propio como algo valioso. De esta manera, se hacía un tajante rechazo a la doctrina de superioridad que transmitían los textos europeos, que frecuentemente eran asimilados por voceros de las elites latinoamericanas, en función de su utilidad ideológica, para avalar regímenes de tipo oligárquico dentro de la región.

El enorme impacto de la Gran Guerra (1914-1918) y la conciencia de una inminente decadencia europea cambiaron muchas percepciones acerca de la supuesta inferioridad de América Latina, característica en el pensamiento de un gran número de positivistas latinoamericanos de fines del siglo XIX. De allí que cobrara fuerza la que hemos denominado la generación de 1920, en especial los nuevos antiimperialistas, algunos de los cuales analizamos en este libro. Los escritos de este grupo de intelectuales se caracterizaban, en general, por una afirmación más optimista de la identidad latinoamericana, con una fuerte impronta de propuestas revolucionarias, teñida a su vez de una fuerte crítica social y de un pronunciado antiimperialismo. Se trataba de un claro cambio de paradigmas, al menos entre los intelectuales críticos interesados en discutir el futuro de Latinoamérica, a partir del impacto de una serie de grandes acontecimientos que cambiaron su visión del presente y futuro de la región.

En este cambio de perspectivas fue clave el impacto de los movimientos revolucionarios que estallaron hacia fines de la guerra mundial, en particular los ocurridos en Rusia, con el triunfo de la revolución bolchevique a fines de 1917, y en México, a raíz de las experiencias revolucionarias del decenio 1910-1920[22]. Los debates sobre las consecuencias

[22] Beatriz Sarlo se refiere a "la revolución como fundamento" para hacer referencia al impacto que tuvo la revolución rusa entre un grupo ideológico amplio de estudiantes e intelectuales de la izquierda argentina, tópico que permitirá a estos personajes diferenciarse respecto del resto del campo cultural al convertir a la revolución en un *leit motiv*. Sarlo, *Una modernidad periférica*, pp. 121-123. A su vez, México fue visto como un "laboratorio social" desde el mirador latinoamericano, como lo demuestra el estudio de Pablo Yankelevich sobre la experiencia mexicana en el espacio intelectual argentino como fuente del discurso antiimperialista y latinoamericanista, observado específicamente a través del acercamiento que tuvieron José Ingenieros y Alfredo Palacios con mexicanos destacados como José Vasconcelos,

de estos enormes procesos sociales y políticos fueron recogidos por buen número de intelectuales críticos de la "nueva generación", como ellos mismos se denominaban, entre los que podemos mencionar a José Ingenieros, Alfredo Palacios, Manuel Ugarte, José Vasconcelos, Diego Rivera, José Carlos Mariategui, Haya de la Torre, Recabarren o Mella. En todo caso, dichos eventos acabaron con la obsesión anterior sobre una supuesta inferioridad latinoamericana (racial, económica o cultural) al tiempo que debilitaron notablemente la ideología del positivismo, lo que incidió en la difusión de una visión de Latinoamérica como un *nuevo mundo* con grandes posibilidades y no como un territorio condenado por su herencia colonial. Ello fue reforzado, a su vez, después de la guerra, por la difusión de escritos de autores como Osvald Spengler sobre la decadencia de occidente (en este caso de Europa) y también del texto famoso de Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*. Estas interpretaciones fueron asumidas con cierto fervor por los intelectuales latinoamericanos críticos, como se observa en la introducción de Nietzsche en Perú, por Mariategui, y en Argentina, por Deodoro Roca e Ingenieros.

Pero, para entender el giro intelectual e ideológico de la década de 1920, es igualmente importante tener en cuenta la conciencia contemporánea del avance de la influencia económica, cultural, política y militar de la nueva gran potencia, Estados Unidos, en la región latinoamericana y, en especial, en el Caribe y Centroamérica. De este modo, y como se observa en los estupendos estudios de Gregorio Selser sobre las múltiples intervenciones extranjeras, era imposible entender el antiimperialismo sin reparar en el impacto de la expansión capitalista en la región de los países centrales[23]. Por su parte, en un brillante ensayo de historia intelectual, Francisco Zapata ha argumentado que es importante tener en cuenta que existía un vínculo estrecho con el surgimiento de movimientos que defendían la autonomía política y el patrimonio económico nacional, amenazado por las estrategias implementadas por el capital extranjero. Por ello, el antiimperialismo trató de conciliar la afirmación de un desarrollo capitalista nacional, con el fortalecimiento del Estado y la autonomía cultural. Este giro es visible en Víctor Raúl Haya de la Torre, al intentar la alianza de nacionalistas y an-

Alfonso Reyes y Felipe Carrillo Puerto. Yankelevich, *Miradas australes*, pp. 295-309.

[23] Selser, Gregorio, *Cronología de las intervenciones norteamericanas en América Latina (1890-1940)*.

tiimperialistas que posteriormente constituirá el nacionalismo revolucionario, ideología que animara los movimientos políticos latinoamericanos de izquierda en los años treinta[24].

Hasta aquí podemos ver de manera muy resumida algunas de las formas en que se plasmó y difundió un sentimiento antinorteamericano, que desde fines del siglo XIX fue adquiriendo una serie de características discursivas identificadas posteriormente como antiimperialismo. Este hilo conductor también permite observar que existieron otras corrientes de interpretación de lo latinoamericano que corrían de manera paralela, aunque por momentos se entrecruzaban. Es evidente que el discurso antiimperialista tuvo un momento de auge durante la década de 1920, como afirma Patricia Funes, volviéndose omnipresente aún en aquellos intelectuales como José Ingenieros, quien había construido sus modelos teóricos bajo patrones europeos y cosmopolitas. A la vez, los temas tradicionales *patriotismo* y *nación* serían vistos cada vez más "a partir de la dependencia política en clara ruptura con las generaciones precedentes"[25]. Sin embargo, y retomando las redes impulsadas por figuras como Ingenieros, debe subrayarse que la nueva generación incluía a intelectuales y estudiantes de distintas edades y trayectorias. Por ello, consideramos que al utilizar el concepto de generación debemos hacerlo desde una óptica amplia que nos permita entender su fluidez en el tiempo.

III. LA PROPUESTA: FUENTES DE Y PARA LA HISTORIA INTELECTUAL

Este libro, como ya hemos sugerido, refleja una preocupación compartida por varios investigadores de diversos países que, desde hace ya varios años, nos hemos reunido para discutir temas comunes en el Seminario de Historia Intelectual de América Latina (siglos XIX-XX), en El Colegio de México. En este espacio de reflexión, se ha planteado en varias ocasiones y a partir del debate de textos muy diversos, la existencia del antiimperialismo como un hilo conductor importante en la

[24] Zapata, *Ideología y política*, pp. 15-16. El autor plantea que es importante prestar atención a nociones como antiimperialismo, tanto en la retórica de regímenes políticos en busca de legitimación, como en los discursos de los ideólogos que buscan representar al mundo sociopolítico y servir como instrumento de movilización social. pp. 11-12.

[25] Funes, *Salvar la nación*, pp. 205 y 225.

historia del pensamiento latinoamericano, así como un discurso que permanece latente en el tiempo y que reaparece con vigor en determinados momentos. Aunque existe una nutrida bibliografía al respecto, consideramos que era conveniente cuestionarse nuevamente sobre el antiimperialismo desde la perspectiva de la historia intelectual, con el fin de plantearse un estudio cada vez más pormenorizado y crítico de un grupo de autores y textos poco conocidos que no han merecido un estudio profundo en las últimas décadas.

A partir de esta propuesta inicial, nuestro objetivo fue ampliándose al darnos cuenta de que podía ser de considerable utilidad contar con un proyecto colectivo que se diera a la tarea de estudiar autores de varios países de América Latina, durante un lapso de tiempo amplio que inicia a fines del siglo XIX y termina a principios de la década de 1930. Así, se buscó la colaboración de investigadores nacionales y extranjeros que se dieron a la tarea de analizar un conjunto de textos, y se presentó un proyecto de investigación de mayor alcance en el cual se recuperarían los materiales de estudio no sólo para ser utilizados por los colaboradores, sino también, como hemos señalado, para ser digitalizados y, posteriormente, difundidos entre un público más numeroso a través de la página *Web* del Seminario[26]. Con ello se ampliaba la temática de este sitio dedicada anteriormente a la presentación de los textos debatidos en las reuniones periódicas, así como a la información complementaria sobre la bibliografía, hemerografía, sitios *Web* y proyectos. Dadas las dificultades que se encuentran para lograr el acceso a muchos de los libros seleccionados para el presente análisis, ya que se trata de libros "viejos" que por lo general merecieron sólo una edición, decidimos que los estudios críticos debían de considerar a profundidad tanto el texto principal de análisis como otros textos publicados por el mismo autor. Por este motivo, la sección de la página *Web* del Seminario titulada "Documentos" incorporó un buen número de libros poco conocidos por el público actual, publicados entre fines del siglo XIX y mediados de la década de 1930, en editoriales de Buenos Aires, México y Madrid, fundamentalmente. La mayor parte de estos escritos fueron utilizados por los colaboradores de este libro para realizar sus interpretaciones, textos a los

[26] El proyecto, bajo la responsabilidad de Alexandra Pita González, fue aprobado por el Fondo SEP-CONACYT. Convocatoria Ciencia Básica (2008), en la categoría Joven Investigador.

cuales sumamos otros que si bien no fueron incorporados a la versión definitiva de este libro tienen la intención de hacer de esta sección una base de datos que facilite y difunda obras del pensamiento latinoamericano[27].

Resta ahora resaltar puntos sobresalientes de los ensayos contenidos en este libro, explicando qué textos y autores fueron seleccionados para el análisis; la forma en que se exploraron los materiales, así como algunos de los aspectos que son comparables en los diferentes itinerarios estudiados en relación con el antiimperialismo como objeto de estudio.

En orden cronológico, puede indicarse que el trabajo redactado por Paula Bruno, "Mamuts *vs* hidalgos", constituye un análisis de las lecturas de Paul Groussac sobre Estados Unidos y España a fines del siglo XIX. Tomando como punto de partida la conferencia que dictó Groussac (1848-1929), publicada en forma de folleto por una editorial en Buenos Aires en 1898, el texto es leído como una denuncia al materialismo norteamericano, desde una clave modernista, que buscaba expresar el sentimiento de rechazo por el nacionalismo expansionista, manifestado en la guerra entre España y Estados Unidos por el control de Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Para comprender el sentido de la crítica, la autora desarrolla la percepción de Groussac sobre España, quien parece oscilar entre la admiración por la hidalguía de la época de la Conquista y el abatimiento ante cierta decadencia en el siglo XIX. En contraste con la España hidalga, la nación norteamericana es identificada en el texto con un mamut, animal poderoso pero primario, que prevalece por poseer como atributos el "gigantismo, la monstruosidad y el primitivismo". Para comprender esta percepción sobre la sociedad estadounidense y su democracia —entendida como tiranía de la mayoría—, Paula Bruno retoma los apuntes de viaje que realizó Groussac a partir de sus travesías, en 1893, por Chile, Perú, México, algunos puntos de América Central y Estados Unidos, itinerarios publicados en el libro *Del Plata al Niágara* (1897). En el contexto específico de 1898, se observa el impacto que sufrieron los intelectuales latinoamericanos con motivo del enfrentamiento de dos culturas pasadas y presentes sintetizadas en las representaciones de mamuts *vs* hidalgos (Estados Unidos de América *vs* España). Esta perspectiva culturalista era bastante característica del ambiente intelectual de la época y, poco después de la conferencia de Groussac, será utilizada por Rubén Darío en *El*

[27] Ver el conjunto en sección "Biblioteca digital", en la página del Seminario de Historia Intelectual, en http://shial.colmex.mx/

triunfo de Calibán y por Enrique Rodó en su conocida obra, *Ariel*.

En el ámbito mexicano, la guerra del 98 también tuvo un fuerte impacto, dado el legado de rechazo a las terribles intervenciones extranjeras experimentadas en el país durante el siglo XIX. El primer crítico de este nuevo intervencionismo a fines del siglo XIX fue Francisco Bulnes, con la publicación de su ensayo *El porvenir de las naciones hispanoamericanas* (1899), en el que ofrecía un sombrío panorama del futuro. Pero sería, sobre todo, desde 1914, con la intervención naval y militar en Veracruz, por parte de la administración de Woodrow Wilson, que cobraría mayor fuerza el discurso antiimperial. Así se observa en el caso del historiador Carlos Pereyra, personaje muy significativo, pero insuficientemente recordado, quien es estudiado en este volumen por Andrés Kozel. Se observa una evolución no lineal en los escritos de Pereyra, ya que hacia 1904 aún mantenía posiciones de elogio para el gran imperialista, el presidente Theodore Roosevelt, para pasar en años subsiguientes a una fortísima crítica del mismo personaje.

La trayectoria de Pereyra fue compleja, ya que originalmente fue un personaje del antiguo régimen porfiriano, hombre cercano a Bernardo Reyes, gobernador de Nuevo León. Luego, en época del dictador Huerta, pasó a ocupar transitoriamente el cargo de secretario de Relaciones Exteriores, en 1914, y, posteriormente, el de embajador en Bélgica. Tras el triunfo del carrancismo fijó su residencia en Madrid, donde vivirá hasta el fin de sus días, publicando numerosas obras, entre ellas una extensa historia de hispanoamérica y numerosos libros de ensayos, muchos de enfoque antiimperialista. Su libro, *El mito de Monroe* (*circa* 1916), es analizado por Kozel con gran finura en cuanto a su genealogía intelectual. En su madurez, Pereyra será un fuerte crítico del intervencionismo de Estados Unidos, pero ya en los años treinta su hispanismo cada vez más acendrado revelará sus simpatías con el falangismo y luego con el franquismo.

Diametralmente opuesto a Pereyra, en cuanto a trayectoria política, fue otro intelectual, político y diplomático connotado, Isidro Fabela, quien también escribirá una obra de denuncia antiimperialista en los años veinte, *Estados Unidos contra la libertad*. Luis Ochoa Bilbao resume con cuidado su biografía para luego entrar en el análisis del texto en cuestión. Fabela había sido miembro fundador del Ateneo de la Juventud en 1909, pero, ya entrada la Revolución, se vinculó con Venustiano Carranza, quien lo nombró su representante en Europa con la encomienda de mejorar la imagen del México constitucionalista y comenzar a tejer sus relaciones internacionales. Después de su regreso a México en

1921, ocupó cargos directivos en la Escuela Nacional de Jurisprudencia y fue destacado periodista. Sin embargo, el ascenso de los generales sonorenses lo obligó a exiliarse en Estados Unidos y luego en Europa, hasta que en la década de 1930 volvió al favor político en su país, donde se le nombra representante de México ante la Sociedad de Naciones. En este cargo ejerció un papel fundamental en la defensa del gobierno de la Segunda República española. En resumen, éste antiimperialista y también hispanófilo adoptó posiciones mucho más progresistas que su compatriota Pereyra. No obstante, la obra de denuncia de la doctrina Monroe de ambos refleja gran número de similitudes.

Diferente matices de antiimperialismo se encuentran en las posturas de los intelectuales centroamericanos de los años veinte, menos inclinados al nacionalismo o la hispanofilia que sus colegas mexicanos, ya que su preocupación giraba alrededor de las intervenciones directas de Estados Unidos en sus pequeñas naciones. A raíz de la inestabilidad política centroamericana y la mano dura de diversos dictadores de la región, un buen número de destacados y críticos intelectuales tuvieron que buscar en el exilio espacios para trabajar y publicar libremente. Así lo reflejan los casos de los guatemaltecos Juan José Arévalo y Máximo Soto Hall, que se establecieron en Argentina en los años veinte, el primero como profesor de la Universidad de La Plata y el segundo como columnista del destacado periódico *La Prensa* de Buenos Aires. Por su parte, Salvador Mendieta, el gran promotor del unionismo centroamericano, vivió la mayor parte de su vida en distintos países de la región, pero saltando de uno al otro para escapar de las garras de distintos tiranos. Ello contrastaba con la estabilidad que experimentó el editor de una de las más transcendentes revistas culturales latinoamericanas de la época, *El Repertorio Americano*, nos referimos a Joaquín García Monge, quien pudo vivir, editar y publicar en su propia tierra, Costa Rica, debido a su mayor grado de democracia y tolerancia política e intelectual. Dicho sea de paso, un amplísimo número de los intelectuales críticos latinoamericanos de Sudamérica y de México publicaron artículos en esa revista entre 1918-1940, convirtiéndola en un faro de pensamiento progresista, más allá de su elevada factura literaria.

La construcción ideal de una comunidad latinoamericana, distinta de la sajona, es objeto del trabajo que Margarita Silva presenta en este volumen bajo el título "Salvador Mendieta y la unión centroamericana". Silva analiza dos trabajos del intelectual centroamericano: *Páginas de unión*, pu-

blicado en Nicaragua, en 1903, y *La enfermedad de Centro América*, extensa obra publicada entre 1914 y 1934 ante las continuas interrupciones causadas por la actividad política del autor, los destierros, las prisiones y la escritura de otros textos. Tras exponer la trayectoria de Mendieta para evidenciar la conexión entre sus experiencias prácticas y su proyecto político unionista, la autora se centra en el primer trabajo del intelectual nicaragüense, observando la originalidad del mismo al comparar los textos constitucionales de los cinco países y proponer una federación que retomaba las ideas expuestas anteriormente por el colombiano José María Torres Caicedo. El vínculo con las experiencias del siglo XIX se refleja también en la interpretación del antiimperialismo a partir de las experiencias de José Martí y los cubanos exiliados en Centroamérica, conjugando la crítica al intervencionismo norteamericano con las dictaduras locales y defendiendo, como contraparte, un fuerte sentimiento hispanista.

Estos elementos constitutivos del antiimperialismo en la obra de Mendieta son retomados por la autora al analizar *La enfermedad de Centro América*, libro compuesto en tres tomos, donde, bajo la influencia de Herber Spencer y su metáfora organicista así como del naturalismo francés de Emile Zolá, se plantea el estudio científico del sujeto social y sus síntomas, los orígenes, el diagnóstico y, por último, la terapéutica. De ese modo, el texto de Mendieta pretende ser un manifiesto de la ideología unionista, mezclando de manera implícita o explícita ideas de regeneración social con un análisis político de la región.

De tono más radical es el escrito del guatemalteco Máximo Soto Hall, *Nicaragua y el imperialismo norteamericano,* publicado en Buenos Aires a inicios de 1928. Esta obra es un largo ensayo que combina historia y política, haciendo hincapié en las intervenciones militares en Nicaragua a mediados del siglo XIX, por parte de bucaneros norteamericanos como William Walker, para luego pasar revista a las intervenciones de los *marines* en esa misma tierra en el siglo XX. Sin embargo, Soto Hall no se dedicaba solamente al ensayo, pues ya era un novelista conocido en Centroamérica desde principios de siglo: en Buenos Aires publicó, en 1927, la novela antiimperialista *La sombra de la Casa Blanca* y al año siguiente, en 1928, una obra de teatro titulada *Sandino*, algo nada extraño, teniendo en cuenta que la rebelión de Sandino contra los norteamericanos había comenzado en esos años.

Aparte de Centroamérica, no hay duda de que fue el Caribe el espacio geográfico y social de Latinoamérica que sufrió el mayor número

de intervenciones externas, especialmente de parte de las fuerzas militares norteamericanas. Sobre este tema llamaron la atención diversos autores que utilizaron su pluma para denunciar el avance norteamericano en la región. Este es el caso del español Luis Araquistain, a quien se le conoce sobre todo por su actuación en la República española a inicios de la década de 1930. No obstante, debe señalarse que dos de sus libros publicados en la década anterior, *El peligro yanqui* (1920) y *La agonía antillana* (1928), tuvieron una gran difusión en la época al agotarse rápidamente y al beneficiarse de una segunda edición en años muy próximos. Estos textos, analizados por Blanca Mar León, ejemplifican la preocupación de los intelectuales españoles por mantener los vínculos de aquel "imperio espiritual" (cultural) y, con ello, el predominio de España en América Latina. Sin embargo, las "aflicciones" españolas no provenían de la pérdida de sus colonias, hecho sobre el cual asumían su error, sino de la nueva conquista de la que éstas estaban siendo objeto, por parte de Estados Unidos.

En este contexto, en el cual todavía tenían importancia las influencias regeneracionistas que formaron parte del espíritu de la época, se suman otras que la autora recoge al reconstruir las actividades que el periodista español Araquistain desplegó durante su estadía en Cuba. Sus vinculaciones intelectuales, sus actividades y sus lecturas forman parte de un contexto de enunciación, que permiten al lector conocer mejor las reacciones latinoamericanas a la producción literaria y política de Araquistain, en especial la obra *La agonía antillana* (la cual se glosa en detalle en el estudio de Mar León). Ello nos ayuda a conocer mejor el ambiente intelectual y cultural cubano de los años veinte y la forma en que ejerció su influencia sobre el periodista español y sus escritos.

El hecho de que Araquistain se interesara en los problemas del Caribe tenía una explicación. De hecho, en la segunda y tercera década del siglo XX, una parte del ambiente intelectual español se vio sensibilizado con la situación que se vivía en América Latina, merced a la labor enérgica de una serie de editores y escritores latinoamericanos que se establecieron en la capital española y publicaron allí una sorprendente cantidad de obras sobre Latinoamérica. El caso más destacado es el del venezolano Rufino Blanco Fombona, quien estableció la Editorial América en Madrid, en 1915, y donde publicó más de trescientos volúmenes sobre temas hispanoamericanos, entre ensayo, novela e historia, antes del estallido de la Guerra Civil[28].

[28] Segnini, *La Editorial América*. La autora ha publicado la obra pionera de

Pero había también otras editoriales en esa capital que colaboraron en el esfuerzo de difusión y venta. No es de extrañar que el siguiente trabajo que se analiza en este volumen, "*Yanquilandia bárbara*", fuera publicado en 1929 por la editorial española Historia Nueva, la cual también editó otras obras escritas por latinoamericanos sobre el tema antiimperialista. El autor, el intelectual anarquista de origen argentino, Alberto Ghiraldo, buscaba denunciar la invasión de Nicaragua y resaltar el peligroso avance norteamericano en el Caribe (considerando a ese país como la primera zona de influencia norteamericana en Latinoamérica, a la cual, posteriormente, se agregarán otras). Como señalan las autoras, Alexandra Pita y María del Carmen Grillo, el discurso se encuentra impregnado de elementos simbólicos que no deben asociarse necesaria o directamente con el anarquismo, como es el caso de su defensa de las ideas de raza, de nación o de hispanismo, sino que debe subrayarse que el autor se vale de todos los materiales disponibles que tratan diferentes épocas y se refieren a diversos contextos y diversas categorías discursivas. Pese a esta aclaración, es evidente que en *Yanquilandia bárbara* persisten algunos signos del anarquismo: el moralismo, el sentimentalismo, así como la apelación a un discurso emocional que se sustenta, empero, en argumentos concretos (datos, cifras, citas que dan muestras del brutal avance norteamericano en la región). En este sentido, las autoras destacan tanto el aspecto formal de la composición de la obra como su universo simbólico, resaltando de qué manera Ghiraldo explota el uso de arquetipos y de estereotipos, así como el carácter binario de la exposición, todos elementos provinientes del discurso y del imaginario anarquista.

Otro texto antiimperialista publicado en la misma época en Madrid fue el del chileno Joaquín Edwards Bello, titulado *El nacionalismo continental*. El estudio de esta obra y de su autor corrió a cargo de Fabio Moraga, quien ofrece un retrato de este personaje heterodoxo e iconoclasta de la elite chilena. Miembro de una de las familias más eminentes de Santiago, descendiente de grandes banqueros, por un lado, y del preclaro intelectual, lingüista y estadista, Andrés Bello, por el otro, Joaquín Edwards Bello nunca aceptó entrar a ejercer el rol que su familia consideraba que debía cumplir en las altas esferas de la sociedad chilena. Moraga lo califica de "rebelde, iconoclasta, maldiciente, francotirador,

interpretación.

'maldito' a su manera", pero, a pesar de ello, un destacado intelectual que publicó mucho. En su principal obra antiimperialista, Edwards Bello comienza con una serie de textos dedicados a discutir el papel de Chile en su relación con Europa y el mundo, afirmando su rechazo a la herencia anglosajona y rescatando la española. Le siguen varios textos sobre la formación de la "continentalidad" cultural latinoamericana, para cerrar de nuevo con el papel de Chile y su posible proyección en una propuesta latino o indoamericana.

En *El nacionalismo continental*, Edwards incluyó un mensaje de Víctor Raúl Haya de la Torre, a quien consideraba un gran dirigente latinoamericano; sin embargo, en lugar de subrayar el discurso indoamericano de Haya, sólo enfatiza su autoridad como gran jefe con don de mando. Tal actitud, explica Moraga, se relacionaba con la creciente admiración que el escritor chileno sentía por Mussolini, lo que le fue inclinando gradualmente hacia una apología del fascismo nacionalista. En ello podemos encontrar algunos paralelos con los intelectuales Carlos Pereyra y José Vaconcelos, que fueron girando políticamente hacia la derecha en los años treinta, después de haberse situado en posiciones progresistas en épocas anteriores. En este sentido, hay que reconocer que en sus escritos tardíos ya no es posible encontrar, en estos intelectuales, rastros importantes del antiimperialismo que los había cautivado en los años veinte.

La multiplicación de obras antiimperialistas publicadas en los años veinte en Madrid, Buenos Aires y México fue creando un público interesado en leer textos antiimperialistas y ello, sin duda, estaba relacionado estrechamente con los jóvenes universitarios que habían comenzado a militar en política, tanto en España como en los diversos países latinoamericanos. El fenómeno también estaba relacionado con otro ámbito de lectores afines que provenían de círculos obreros y/o de partidos o agrupaciones políticas y sindicales de izquierda. En este punto, conviene hacer hincapié en el carácter internacionalista de una buena parte de la literatura antiimperialista bajo consideración.

Un buen ejemplo de la producción de ese sector estudiantil altamente politizado y comprometido con las realidades latinoamericanas, aparece en el ensayo de Martín Bergel sobre los escritos de Martín Seoane. Bergel analiza dos textos escritos por Seoane, estudiante peruano militante del aprismo, *Con el ojo izquierdo. Mirando a Bolivia* (1929) y *La garra yanqui* (1930). Ambas obras fueron concebidas durante el exilio del autor en Buenos Aires, estado que asumieron también varios jóvenes participan-

tes de la Universidad Popular González Prada. Seoane se insertó rápidamente en el ambiente intelectual porteño, participando activamente en la Unión Latino Americana, sin perder su condición de líder aprista que compartió con otras relevantes figuras como Víctor R. Haya de la Torre y José Carlos Mariategui.

Como demuestra Bergel en su estudio, ambos escritos de Seoane remarcan su origen dual como representante de la nueva generación de estudiantes latinoamericanos y como miembro del aprismo. *Con el ojo izquierdo* es un relato de viaje, "una mirada interior" donde se pone de manifiesto, como afirma Bergel, el viaje proselitista como una estrategia que utilizó la generación de la reforma universitaria latinoamericana y, en especial, del núcleo relacionado al aprismo, para "materializar" la idea de América Latina como un hecho fáctico. Otra estrategia para enfatizar el destino compartido de estos países fue el estudio concreto del imperialismo, actividad que desarrolló Seoane en numerosos artículos que buscaban demostrar científicamente la penetración económica del capital norteamericano, investigaciones que se reúnen en el segundo texto analizado: *La garra yanqui*. En esta obra, el peruano se propone despejar malentendidos sobre el antiimperialismo, superando así la visión romántica antinorteamericana fundamentada desde el materialismo, interpretación que, como en el texto anterior, buscaba posicionar al APRA como un movimiento revolucionario.

Finalmente, cabe hacer notar que las publicaciones antiimperialistas de intelectuales latinoamericanos en los años veinte fueron complementados y reforzados por un grupo de escritores marxistas norteamericanos, buen número de los cuales vivieron un tiempo en el México posrevolucionario. Un ejemplo clásico es John Reed, el precursor de estos escritores, quien difundió una visión vigorosa y bien informada del progreso de la Revolución mexicana a través de sus columnas periodísticas, al tiempo que denunciaba el intervencionismo norteamericano, especialmente en Veracruz.

A principios de los años veinte, radicaron en México varias figuras de izquierda que fueron clave en la creación de una literatura antiimperialista de alta popularidad en los Estados Unidos, que logró centrar la atención en Latinoamérica. Entre estos escritores militantes se contaban Scott Nearing, Carleton Beals o Bertram Wolf. En su ensayo, Carlos Marichal analiza la obra de Scott Nearing, *Dollar Diplomacy* (1925), traducida como *La diplomacia del dólar*, en 1926. El escrito de Nearing fue probablemente

el libro que tuvo mayor influencia sobre los lectores norteamericanos de la época, dando a conocer y difundiendo la historia de las intervenciones e inversiones de Estados Unidos en los países de América Latina. A su vez, Nearing fue un colega cercano de Carleton Beals, quien fue el autor de gran número de obras sobre el México posrevolucionario y el autor de la primera biografía de Sandino. Al revisar esta literatura ensayística, histórica, política y militante, puede observarse que existía un estrecho y apasionado diálogo entre los antiimperialistas norteamericanos y latinoamericanos de ese tiempo, tema que merece la pena estudiarse con mayor profundidad en el futuro.

En conclusión, sólo falta reiterar que, además de los autores y libros de ensayos analizados en el presente volumen, se recomienda al lector la consulta de varios textos adicionales incluidos en la colección digital del Seminario de Historia Intelectual.

Cabe, por último, hacer dos aclaraciones sobre la naturaleza de este libro. En primer lugar, si bien cada ensayo intenta situar a su autor en el contexto histórico que le pertenece, en ocasiones carece, por razones de espacio, de una explicación más profunda de su contexto político, social y económico nacional. Consecuentemente, creemos oportuno que las repercusiones de sus ideas sean estudiadas posteriormente, a través de otro tipo de documentación que nos acerque con mayor detalle al imaginario y a las representaciones colectivas[29].

En ese sentido, sería conveniente dejar planteada la necesidad de que este tipo de estudios se complementen con otros que privilegien el análisis de las formas en que las ideas y preguntas de estos intelectuales se difundieron en épocas posteriores. Asimismo, tendría que estudiarse la asimilación y difusión de las distintas ideas de identidad latinoamericana y su pervivencia en todo el continente, desde el ámbito académico y cultural (universidades, centros y revistas culturales). Se sugiere, además, la conveniencia de estudiar el impacto de estas ideas en los centros de saber especializados en estudios latinoamericanos de los vecinos países del Norte, principalmente en los Estados Unidos. No es infrecuente que se afirme, como lo hace Richard Salvatore, que en ese país se concentra gran

[29] Aunque no pretendemos abarcar este tipo de perspectiva, elaboramos una catálogo de autores en la página *Web* del seminario mencionada anteriormente, con el fin de iniciar una labor en la que a futuro puedan irse sumando fichas de otros autores antiimperialistas que se consideren pertinentes.

parte del conocimiento latinoamericano como una forma de articular las "nuevas y cambiantes formas de dominación/hegemonía imperial"[30].

***

Resta agradecer a aquellos que hicieron posible este texto. En primer lugar, a los autores de los ensayos, por asumir el compromiso de participar en un proyecto que, a lo largo de más de un año, implicó participar en numerosas sesiones donde se discutió el conjunto de las aportaciones. Asimismo, debemos agradecer la colaboración de la Mtra. Marcela Saldaña en las revisiones de los textos digitalizados y en la buena marcha del Seminario. De manera especial, damos las gracias a la directora de la biblioteca de El Colegio de México, Mtra. Micaela Chávez, por su apoyo en la digitalización de los textos clásicos que son la materia prima de la investigación. Para poner en práctica este proyecto, fue indispensable la beca de investigación concedida por el Consejo Nacional de Ciencia y Técnología de México (CONACYT) a la Dra. Alexandra Pita, recurso al que se sumó el apoyo del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México y la Universidad de Colima. Agradecemos a estas instituciones su colaboración.

ALEXANDRA PITA GONZÁLEZ
CARLOS MARICHAL SALINAS

[30] Salvatore, *Imágenes de un imperio*, p. 10. Para una estudio desde este tipo de perspectiva remitimos a los trabajos de Ricardo Salvatore, en especial a sus estudios sobre lo que él denomina "el imperio informal norteamericano en Sud América durante el apogeo del panamericanismo (1890-1945)".

BIBLIOGRAFÍA

Abellán, José Luis
Sociología del 98, Barcelona, Ediciones Península, 1973.
Aguilar, José Antonio y Rafael Rojas
El republicanismo en Hispanoamérica. Ensayos de historia intelectual y política, México, Fondo de Cultura Económica-Centro de Investigaciones y Docencia Económicas, 2002.
Altamirano, Carlos (dir.)
Historia de los intelectuales en América Latina. Tomo I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo, Buenos Aires, Katz Editores, 2008.
Angenot, Marc
La parole pamphlétaire. Contribution á la typologie des discours moderns, París, Éditions Payot & Rivages, 1995.
Beigel, Fernanda
El itinerario y la brújula. El vanguardismo estético-político de José Carlos Mariátegui, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2003.
Berrini, Beatrice
Brasil e Portugal. A Geraçao de 70, Porto, Campo das Letras, 2003.
Bethell, Leslie (ed.)
Ideas and Ideologies in Twentieth Century Latin America, Nueva York, Cambridge University Press, 1996.
Biagini, Hugo y Arturo Roig
El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX. Tomo I. Identidad, utopía, integración (1900-1930), Buenos Aires, Editorial Biblos, 2004.
Bobbio Norberto, Nicola Mattetucci y Gianfranco Pasquino,
Diccionario de Política, México, Siglo XXI Editores, 2002.
Bowler, Peter
Biology and Social Thought, 1850-1914, Berkeley, University of California at Berkeley, 1993.
Bruno, Paula
Paul Groussac. Un estratega intelectual, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, Universidad de San Andrés, 2005.
——, "Notas críticas acerca del uso de la expresión *generación del 80* (1920-2000)", ponencia presentada en el Seminario de Historia Intelectual

en El Colegio de México, http://shial.colmex.mx/2005.htm y, actualmente, en prensa en la revista *Secuencia* del Instituto Mora.

Concheiro, Elvira, Máximo Mondonesi y Horacio Crespo, (eds.)
El comunismo: otras miradas desde América Latina, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, 2007.

Charle, Christophe
Los intelectuales en el siglo XIX: Precursores del pensamiento moderno, Madrid, Siglo XXI Editores, 2000.

Devés, Eduardo
El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización la identidad, Tomo I. Del Ariel de Rodó a la CEPAL (1900-1950), Buenos Aires, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana-Editorial Biblos, 2000.

Funes, Patricia
Salvar la nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos, Buenos Aires, Prometeo, 2006.

Granados, Aimer y Carlos Marichal (coord.)
Construcción de la identidad latinoamericana. Ensayos de historia intelectual. Siglos XIX y XX, México, El Colegio de México, 2004.

Hale, Charles
La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX, México, Fondo de Cultura Económica, 2002 [con Editorial Vuelta, 1991].

Kersffeld, Daniel
"La Liga antiimperialista de las Américas: una construcción política entre el marxismo y el latinoamericanismo," en Concheiro, Mondonesi y Crespo, (eds.), 2007, pp. 151-166.

Krauze, Enrique
Caudillos culturales en la Revolución mexicana, México, Siglo XXI, 1996.

Leclerc, Gérard
Sociologie des intellectuels, París, PUF, 2003.

Marichal, Carlos
"El Lado oscuro de la generación del 900 en América Latina: Darwinismo social, psicología colectiva y la metáfora médica", en Matute y Granados (en prensa).

Marletti, Carlo
"Intelectuales" en Bobbio, Mattetucci y Pasquino, 2002, pp. 819-824.

Matute, Alvaro y Aimer Granados (eds.)
Ensayos de historia intelectual comparada, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Universidad Autónoma Metropolitana (en prensa).

Moraga Valle, Fabio
"Ciencia, historia y razón política: el positivismo en Chile, 1860-1900", Tesis doctoral en Historia, El Colegio de México, 2006.

Morse, Richard
"The Multiverse of Latin American Identity, c. 1920-1970", en Bethell, 1996, pp. 1-127.

Ory P y J.F. Sirinelli
Les intellectuels en France: de l'affaire Dreyfus à nos jours, París, Armand Colin, 1999.

Pita, Alexandra
La Unión Latino Americana y el boletín Renovación. *Redes intelectuales y revistas culturales en la década de 1920*, México, El Colegio de México-Universidad de Colima, 2009.

Salvatore, Richard
Imágenes de un imperio. Los Estados Unidos y las formas de representación de América Latina, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2006.

Sarlo, Beatriz
Una modernidad periférica, 1920-1930, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988.

Segnini, Yolanda
La editorial América de Rufino Blanco Fombona, *Madrid, 1915-1933*, Madrid, Libris, 2000.

Selser, Gregorio
Cronología de las intervenciones extranjeras en América Latina [CD], México, Universidad Nacional Autónoma de México-Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades, 2010, 5 vols.

Svampa, Maristella
El dilema argentino: civilización o barbarie. De Sarmiento al revisionismo peronista, Buenos Aires, Ediciones El cielo por asalto, 1994.

Tarcus, Horacio
Mariategui en la Argentina o las políticas culturales de Samuel Glusberg, Buenos Aires, Ediciones El Cielo por Asalto, 2001.

——, *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2007.

Terán, Óscar
"El primer antiimperialismo latinoamericano", en *Revista de Cultura*, 12 (1981), pp. 3-10.
——,*Vida cultural en el Buenos Aires fin-de-siglo (1890-1910),* Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.
Winock, Michel
Le siècle des intellectuels, París, Seuil, 1997.
Wohl, Robert
The Generation of 1914, Cambridge, Harvard University Press, 1979.
Yankelevich, Pablo
Miradas australes. Propaganda, cabildeo y proyección de la Revolución mexicana en el Río de la Plata, 1910-1930, México, Secretaría de Gobernación-Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana-Secretaría de Relaciones Exteriores, 1997.
Zapata, Francisco
Ideología y política en América Latina, México, El Colegio de México, 2001.
Zermeño, Guillermo
"El concepto intelectual en Hispanoamérica. Génesis y evolución", ponencia presentada en el Seminario de Historia Intelectual, El Colegio de México, que puede consultarse en http://shial.colmex.mx/2004.htm.

I

MAMUTS *VS*. HIDALGOS. LECTURAS DE PAUL GROUSSAC SOBRE ESTADOS UNIDOS Y ESPAÑA EN EL *FIN-DE-SIGLO*

MAMUTS *VS.* HIDALGOS. LECTURAS DE PAUL GROUSSAC SOBRE ESTADOS UNIDOS Y ESPAÑA EN EL *FIN-DE-SIGLO*

Paula Bruno
Universidad de Buenos Aires/Conicet

INTRODUCCIÓN

Hacia fines del siglo XIX Estados Unidos se perfiló decididamente como una potencia. La presencia británica, antes predominante en América Latina, pasó a ser rápidamente desplazada por la influencia norteamericana. Ese momento histórico coincidió con una nueva etapa de las relaciones internacionales, signada por la competencia por el control de los mercados internacionales. En el marco de este escenario, el imperialismo estadounidense se desplegó en un contexto en el que se estaban consolidando al interior del país sentimientos de nacionalismo expansionista de corte agresivo, presente en obras y folletos como *Our country* de Josiah Strong (1885), *Manifest Destiny* de John Fiske (1885) y *The Influence of Sea Power on History* de Alfred Mahan (1890), por mencionar las más destacadas. El nacionalismo enfervorizado e imperialista se vio abonado por las ideas del "destino manifiesto" que colocaba a Estados Unidos en el rol de propagador de los valores morales, políticos y religiosos anglosajones[1].

Por su parte, a partir de la década de 1880, las inversiones norteamericanas comenzaron a fluir en grandes cantidades hacia Latinoamérica. El hecho de que en las naciones de la región no existieran mercados financieros del todo consolidados favoreció este flujo de capitales que generaba, para Estados Unidos, altas ganancias. Como fenómeno complementario, señaló Tulio Halperin Donghi, "Estados Unidos asumía el papel de gendarme al servicio de las relaciones financieras establecidas en la etapa

[1] Para panoramas generales sobre estos aspectos, cfr. Beyhaut y Beyhaut, *América Latina,* y Freeman Smith, "América Latina", pp. 73-105.

de madurez del neocolonialismo"[2]. Como corolario de esta nueva posición asumida por Norteamérica, sus intervenciones en otros países del continente pasaron a ser moneda corriente en distintas coyunturas: frente a problemas limítrofes, cuando algún país latinoamericano no afrontaba sus deudas con el exterior (ya sea contraídas con una potencia europea o con los mismos Estados Unidos), o en momentos en los que el "gendarme" considerara que era necesario restablecer o sanear el orden político y la paz interior. Estas medidas eran vistas con desconfianza e incredulidad por hombres políticos e intelectuales de algunos países latinoamericanos. Mientras tanto, Estados Unidos intentaba institucionalizar sus relaciones con América Latina, bajo los principios del "panamericanismo"[3].

En este contexto, como es sabido, se produjo en 1898 la guerra entre España y Estados Unidos por el control de Cuba, Puerto Rico y Filipinas. En esa coyuntura, Estados Unidos mostró sin medias tintas su interés por tener el control de territorios considerados valiosos para consolidar su poderío económico. Históricamente, Cuba se presentaba como un espacio codiciado, no sólo por su riqueza azucarera, sino también por su estratégica posición geográfica. La guerra entre Estados Unidos y España por el dominio de la isla dejó en evidencia las intenciones norteamericanas. La intervención en la lucha por la independencia cubana terminó convirtiendo a la nación del Norte en la nueva metrópoli de la isla.

Ante estos hechos de repercusión internacional, numerosas voces de la intelectualidad hispanoamericana, como Rubén Darío y José Enrique Rodó, por mencionar a los más destacados, se alzaron para dar forma a lo que Óscar Terán caracterizó como los pilares de los discursos de corte antiimperialista del periodo: "la denuncia del 'materialismo' norteamericano y la esperanza proyectada en certeza de que 'la latina estirpe será la gran alba futura'"[4]. Inscriptas sin fisuras en este registro de "primer antiimperialismo", se encuentran las impresiones de Paul Groussac (1848-1929) que se analizarán en estas páginas.

En las últimas décadas se concretaron distintos análisis referidos a los acontecimientos que tuvieron lugar en torno 1898. Esta ola de estudios, propiciada por el centenario de la fecha mencionada, presenta

[2] Halperin Donghi, *Historia contemporánea*, p. 292.

[3] La bibliografía sobre este punto es abundante. Entre otros, véase Boesner, *Relaciones internacionales,* y Brown Scott, *La política exterior.*

[4] Terán, "El primer antiimperialismo", p. 90.

una multiplicidad significativa de interpretaciones historiográficas[5]. Entre otras cuestiones, se revisó la situación económica, social y política de España y sus últimas posesiones coloniales antes del 98, se brindaron explicaciones sobre las nuevas formas de imperialismo puestas en marcha por Estados Unidos y se relevaron algunas interpretaciones que pueden considerarse "culturalistas" sobre la denominada "guerra hispanoamericana" o "desastre de 1898". En la misma sintonía, algunos estudiosos latinoamericanos comenzaron a revisar el controvertido y polícromo fin del siglo XIX prestando especial atención a las relaciones internacionales del periodo y a las percepciones que destacadas figuras públicas tuvieron del mundo hispanoamericano[6].

Teniendo en cuenta este marco de renovación historiográfica, se analizan aquí los juicios de un conspicuo intelectual de origen francés, radicado en la Argentina en 1866: Paul Groussac[7]. En primer lugar, se muestran algunas de sus consideraciones generales sobre España y Estados Unidos, presentes en el marco de sus apuntes de viaje y relatos históricos producidos en el largo plazo y, complementariamente, se exponen las visiones y relecturas surgidas al calor de la coyuntura particular de 1898.

[5] Entre muchos otros aportes, pueden consultarse las contribuciones reunidas en el *dossier* "1898: ¿desastre nacional" y Pérez, *The War of 1898*.

[6] En esta dirección, Biagini, *Fines de siglo.*

[7] Paul Groussac nació en Toulouse, Francia, en 1848. Arribó a la Argentina en 1866 y en 1871 ya era reconocido en los más prestigiosos cenáculos intelectuales de la época. Ocupó el cargo de director de la Biblioteca Nacional en el periodo comprendido entre 1885 y 1929. Editó y dirigió desde allí destacadas publicaciones, como *La Biblioteca,* entre 1896 y 1898, y los *Anales de la Biblioteca,* entre 1900 y 1915. Publicó artículos de diversas temáticas en *Revista Argentina*, *Revista de Filosofía*, *La Unión*, *La Razón*, *La Nación*, *El País* y *El Diario*, entre otros. Sus obras históricas más destacadas son *Santiago de Liniers, conde de Buenos Aires* (1907) y *Mendoza y Garay, las dos fundaciones de Buenos Aires* (1916). Otros estudios históricos del autor son *Ensayo histórico sobre el Tucumán* (1882), *Ensayo crítico sobre Cristóbal Colón. Historia y leyenda.* (1892), *Historia de la Biblioteca Nacional* (1893), *El Congreso de Tucumán (1916)*, *Estudios de historia argentina* (Recopilación de estudios anteriores, 1918). Para un análisis sobre su itinerario intelectual, véase Bruno, *Paul Groussac.*

ESPAÑA: ENTRE LA HIDALGUÍA Y LA DECADENCIA

La mirada de Groussac sobre España varió a lo largo de su trayectoria intelectual. En líneas generales, puede sostenerse que hubo en él una marcada crítica hacia la "esencia española" y sus manifestaciones. Pese a ello, mostró cierto interés por la España conquistadora. En efecto, varias de sus obras históricas focalizan la atención en el periodo temporal comprendido entre el proceso de conquista y el de colonización. Su interés sobre esta etapa se manifestó tempranamente en su breve *Ensayo crítico sobre Cristóbal Colón* (1892) y, posteriormente, en *Mendoza y Garay* (1916), donde se encargó de revisar en detalle los temas de la expansión territorial y de la conquista de las regiones de La Plata[8]. Sin embargo, en estos trabajos no se percibe un ensalzamiento de la poderosa monarquía y su expansión ultramarina de los siglos XV y XVI, sino que se le considera solamente "rutinera y valiente"[9]. Más que en la grandeza de la monarquía católica, la fascinación de Groussac apunta a las biografías de quienes condujeron en la práctica este proceso[10]. Desde su punto de vista, la conquista del Río de la Plata mostraba claramente el ímpetu de ciertos españoles hidalgos decididos y movilizados, por "el interés anhelante de la novela de aventuras, junto a una suerte de grandeza abrupta no indigna de la epopeya"[11].

Ahora bien, esta atracción por hombres que protagonizaron la etapa de exploración y conquista es matizada en sus descripciones sobre la colonización; allí reinan las apreciaciones peyorativas acerca de los elementos caóticos e improvisados, observados en todas las expediciones conquistadoras a la hora de sentar las bases para dominar y controlar los territorios ocupados. Mientras que Groussac encontraba en la ocupación de los actuales Estados Unidos síntomas de un orden único, se refería críticamente al exterminio aborigen y lo adjudicaba a motivos ideológico-religiosos:

[8] Véanse Groussac, *Ensayo crítico* y, del mismo, *Mendoza y Garay.*

[9] Groussac, *Mendoza y Garay*, p. 92.

[10] Groussac mostró a lo largo de su trayectoria un interés particular por el género biográfico para dar cuenta del pasado. Sobre este particular, véanse Romero, "Los hombres", pp. 107-112 y Bruno, *Paul Groussac*, especialmente, el capítulo IV, "Los hombres que hacen la historia y aquéllos que la escriben", pp. 169-212.

[11] Groussac, *Mendoza y Garay*, p. 3.

> Los indios americanos eran reos de un delito parecido al de los moros y judíos. Fueron tratados como tales: saqueados, ahorcados, quemados, perseguidos con sabuesos en sus montes natales, vendidos como esclavos en el mercado de Sevilla […]. Aquellos horrores no son imputables tan solo al carácter español. Pero […] España sufrió la fatalidad histórica de ser protagonista del drama europeo en su acto menos humano y civilizador: la propaganda a sangre y fuego del catolicismo[12].

De todas formas, los rasgos de nobleza de algunos españoles que protagonizaron estos sucesos fueron recuperados y tuvieron un correlato en las evaluaciones sobre exponentes de los Siglos de Oro[13]. Era en las actuaciones de algunos hombres de acción, entonces, como Pedro de Mendoza, Juan de Garay, y de letras, como Lope de Vega y Calderón de la Barca, entre otros, donde podía encontrase una suerte de esencia reivindicable española que Groussac considera atractiva y válida. En los perfiles de esos personajes descansaba una esencia hidalga tradicional digna de ensalzamiento histórico.

Sin embargo, no es ésta la mirada permanente que Groussac mantuvo a la hora de caracterizar a España. Cuando su pluma dejaba de posarse en la España de la colonización y pasaba a juzgar otros periodos históricos y otras figuras, las apreciaciones asumían claramente matices peyorativos. En la España que le fue contemporánea, encontró una marcada decadencia y desidia que conducía a la antaño nación majestuosa a un anquilosamiento. Los signos de esta atrofia se traducían en varios aspectos:

> Sería preciso convencer al pueblo español de que los desastres nacionales, cuando ocurren tan inevitables y previstos, no son culpa de Cervera, ni de Sagasta, ni de Cánovas, sino la consecuencia lógica de una larga inferioridad científica é industrial debida por entero á un absurdo concepto de vida moderna; al odio al trabajo y al esfuerzo, al desdén de la lucha pacífica que arma para la otra: á la contemplación infatuada y pueril de un pasado irrevocablemente muerto y que, en esa forma anticuada al menos, no puede ya resucitar[14].

[12] Groussac, "México", p. 187.

[13] Por ejemplo, véanse referencias a Lope de Vega y Calderón, en Groussac, "Vistas parisienses," p. 124.

[14] Groussac, "Cosas de España", pp. 119 y 120.

Esta misma forma de interpretación es aplicada por Groussac para juzgar a figuras centrales del ambiente cultural español finisecular y sus modos de expresión. Por ejemplo, destacaba que a la hora de buscar referentes y modelos a seguir, los escritores hispanoamericanos debían evitar poner su mirada en España. En ese país, alegaba, sólo se encontraban las huestes de Marcelino Menéndez Pelayo, a quien consideraba "un bibliógrafo insaciable, servido de una memoria prodigiosa; si bien vivió congestionado por esa inmensa lectura mal digesta [...]", hecho que lo convirtió en un "eximio vulgarizador, [que] derramó en innumerables glosas e interminables introducciones el fruto de sus compilaciones, sin alcanzar la personalidad en el estilo, como tampoco la originalidad en la idea"[15].

Por otro lado, y en el mismo registro de juicios hostiles, a la hora de referirse a la lengua española, Groussac proponía que se mantuviera el uso del idioma castellano como lengua nacional de los argentinos[16], pero exigía que se concretara rápidamente un *aggiornamento* de la misma con el objetivo de adaptarla a expresiones precisas. Sobre este tema, en 1897, afirma:

> Me es imposible aceptar el castellano como instrumento adecuado al arte contemporáneo. Sonoro, vehemente, oratorio, carece de matices, mejor dicho de *nuances* –pues es muy natural que no tenga el vocablo, faltándole la cosa. Es la trompeta de bronce estrepitosa y triunfal, empero sin escala cromática. La evolución presente tiende al fino análisis, á la sutileza, al cromatismo, como que obedece á la ley de disociación progresiva[17].

[15] Ambas citas se encuentran en Groussac, "Cervantes y el Quijote", pp. 16 y 17. Es menester aclarar que, en 1903, Groussac publicó en París su polémica obra *Une énigme littéraire: Don Quichotte d'Avellaneda*, que condujo a la crítica sistemática del polígrafo español Marcelino Menéndez Pelayo. Véase Oria, "La polémica".

[16] Alrededor de 1900, se planteó una polémica en torno al origen y la validez del idioma utilizado por los argentinos. Diversos intelectuales participaron de esta controversia —entre los que se destacan Lucien Abeille, Ernesto Quesada, Miguel Cané y Paul Groussac— en la que, en líneas generales, se discutía acerca de cuál era la lengua propia de los habitantes de la moderna nación. La polémica giraba en un eje central que no era en absoluto novedoso: se debatía acerca de la vigencia de la lengua heredada de la colonia y del alcance o los límites que ésta podía llegar a tener en caso de que se concretara cierta configuración de un idioma nacional desvinculado del heredado. Algunos textos de esta polémica fueron compilados, véase Rubione y Quesada, *En torno al criollismo.*

[17] Groussac, *Del Plata al Niágara*, p. XIX. Apreciaciones en el mismo sentido pueden encontrarse en Groussac, *Une énigme littéraire*, p. X.

Complementariamente, el estilo de los literatos españoles era caracterizado como un rústico "estilo tricorne" alejado absolutamente de la precisión y de la armonía anhelada para la lengua. Este estilo español es descrito de la siguiente forma por Groussac:

> La redundancia, enemiga de la precisión, domina en el concepto que del estilo tienen los españoles: se muestran persuadidos de que la sucesión de dos o tres vocablos, más o menos sinónimos, agrega fuerza a la expresión; es exactamente lo contrario, y la intolerable verbosidad no suele revelar sino lo indigente o confuso de la idea[18].

Sintetizando estas apreciaciones, entonces, la visión de Groussac sobre España variaba en relación al periodo histórico en el cual depositaba su interés. En líneas generales, observamos una atracción y una reivindicación de ciertos personajes históricos ubicados temporalmente en los años de la expansión y la conquista y, en contraposición, juicios hostiles y cáusticos sobre la España de la segunda mitad del siglo XIX. En los pasajes revisitados se percibe cierto desdén ante las manifestaciones culturales españolas que le fueron contemporáneas, dado que las juzga como reflejo y expresión máxima de ese anquilosamiento por el que estaba atravesando el pueblo español. De él, dice, ya no se atisba ningún símbolo de grandeza y se muestra sumergido en una absoluta declinación.

ESTADOS UNIDOS: LA NACIÓN MAMUT

Paul Groussac realizó varias travesías en 1893 (Chile, Perú, México, algunos puntos de América Central y Estados Unidos, itinerario que puede seguirse en el índice de *Del Plata al Niágara*) y en 1898 (nuevo viaje a Europa con estadías prolongadas en Francia y España). Estas excursiones le permitieron organizar un universo de referencias atento a los cambios en el escenario internacional. En este contexto, en los apuntes de su primer viaje hacia Estados Unidos se encuentran reflexiones respecto de la gran nación del norte. Señalaba al respecto:

[18] Groussac, "Don Diego de Alvear", p. 84, nota 1.

> Me temo á veces que la modernísima democracia consista en levantar cada pueblo sus moradas á la moda del día, arrasando las de sus predecesores, para que cada generación humana no deje más rastros en la tierra que los del ganado transhumante. Esa democracia niveladora, amante de las tablas rasas y gran fabricante de *self-made men*, la contemplaremos luego en su forma aguda, en esa ocupación anhelante y febril del Extremo Oeste que remeda, en medio de todas sus innovaciones prácticas, una regresión moral á los éxodos antiguos, al nomadismo asiático: la tienda del pastor alumbrada con luz eléctrica[19].

La llegada a Estados Unidos no hizo más que confirmar estas predicciones y reforzar sus temores. El recorrido por varias ciudades y parajes del país del Norte se eslabonó a través de California, Salt Lake City, Chicago, Washington, Massachussets, Nueva York. Como la de otros intelectuales de la época, la descripción de su travesía por Estados Unidos estaba lejos de proyectar modelos a seguir o parámetros civilizatorios, como sí lo había hecho aquélla realizada, paradigmáticamente, por Domingo Faustino Sarmiento en la década de 1840[20].

Repulsión y fastidio generalizado hacia todo lo que se erigía en los "dominios del Tío Sam" fueron los sentimientos que Groussac manifestó al recorrer y visitar Estados Unidos. Pocos detalles del país del Norte eran reivindicados y los juicios sobre la dinámica política, los comentarios acerca de costumbres y modos de vida y las opiniones sobre distintas prácticas culturales conformaron un conglomerado de observaciones signado por la fobia, la reacción violenta y la ironía[21].

Groussac describió la configuración social de Estados Unidos con alarma. La imposibilidad de visualizar un grupo portador de valores aristocráticos fue la principal causa de su desazón. En las urbes norteamericanas era imposible visualizar una elite que cumpliera con los requisitos necesarios para convertirse en guardiana de los parámetros aristocráticos. Los potenciales baluartes de la civilización eran personas detestables: "es, sin duda, mortificante el espectáculo de un *gentleman*

[19] Groussac, "México", p. 181.

[20] La bibliografía referida a los *Viajes* de Sarmiento es abundante. Entre otros, pueden consultarse: Viñas, "Sarmiento," pp. 11-29; Pierini, "Sarmiento en París," pp. 177-196; Roldán, "Sarmiento, Tocqueville", pp. 35-60 y Bruno, "Miguel Cané," pp. 281-290.

[21] Cfr. Viñas, "Groussac," pp. 103-112.

tachonado de joyas, que masca tabaco sin descanso ó se suena las narices antes de sacar su pañuelo"[22].

A esta ausencia de un elemento aristocrático se sumaban las incertidumbres que para el observador generaba la población negra: "no soy 'esclavista', pero no puedo dejar de repetir que el negro liberto y ciudadano es la mancha (negra, naturalmente) de la victoria republicana y el rescate oneroso de la Guerra de Secesión. La república de Liberia —significando la devolución de estos africanos á su África— era un pensamiento genial"[23]. El estupor emergía al asumir la idea de que la presencia de un número considerable de habitantes negros no había sido un obstáculo para la modernización de Estados Unidos y que podía cimentarse una nación moderna sobre la base de un programa de integración, cuyas fisuras Groussac no percibió.

El disgusto se manifestó en su mayor grado de virulencia en un recorrido por el lugar de destino principal de Groussac, Chicago, donde debía participar de la Exposición Universal de 1893 como representante de la Argentina. No era una tarea sencilla ser un *flâneur* en Chicago, el escenario parecía ser más bien el propicio para que "el hombre de la multitud" de Edgar Allan Poe desplegara sus excéntricas caminatas: la arquitectura asfixiaba al observador, la gente actuaba con modales invasivos típicos de una muchedumbre hormigueante, no regían allí las normas mínimas de convivencia ni los modales más básicos[24].

Desde la perspectiva de Groussac, cada ciudad expresaba su esencia simbólica y sociológica bajo modalidades antropomórficas. Se lee en sus relatos de viaje: "París, en verdad, es un artista; Berlín, un soldado; Liverpool, un marino; Génova, un mercader"; "Lima es la ciudad-mujer"[25]. La ciudad epítome estadounidense, sin embargo, no se dejaba apresar con una forma o característica humana. Chicago condensaba la esencia bestial de Estados Unidos:

> *Mammoht* es el Niágara, lo mismo que el Capitolio de Washington; *mammoth* el Auditórium y la pieza que en el se representa; *mammoth*, el matadero de Armour y el mismo Mr. Armour. Fuerza o riqueza, éxito o bancarrota, esta-

[22] Groussac, "Salt Lake City," p. 251.
[23] Groussac, "Salt Lake City," p. 249.
[24] Cfr. Poe, pp. 260-268.
[25] Groussac, pp. 81 y 82.

> dística de cerdos beneficiados o de libros impresos, dimensiones de una obra de arte o de un discurso: todo se mide con ese mismo tablón de roble […]. Ahora bien: Chicago es por excelencia y definición la verdadera y genuina ciudad *mammoth*[26].

Años antes, Domingo Faustino Sarmiento observaba sobre Estados Unidos: "no es aquel cuerpo social un ser deforme, monstruo de las especies conocidas, sino como un animal nuevo producido por la creación política, extraño como aquellos megaterios cuyos huesos se presentan aun sobre la superficie de la tierra"[27]. Pese a los posibles guiños entre ambas metáforas, nada positivo encontraba Groussac en la forma de vida de ese animal, más rudimentario que nuevo, cuyos principales atributos giraban en torno al gigantismo, la monstruosidad y el primitivismo.

La sociedad estadounidense, una gran multitud con la apariencia de un animal tosco, no podía ser conducida por una aristocracia social ni tampoco por una elite intelectual, dado que no existía siquiera una minoría ilustrada. La democracia se transformaba, entonces, en la tiranía de las mayorías, y el camino apresurado hacia la extensión desmedida de los ideales igualitaristas implicaba una insoportable mediocridad, de ningún modo reivindicable. Esta sociedad era fruto de una democratización perniciosa. En sintonía con ciertas tendencias del clima de época, la democracia era entendida por Groussac como la concreción de la igualdad social más radical que, indefectiblemente, traía consigo una profunda crisis moral, manifestada en efectos tales como la vulgarización y la masificación[28].

La fuerza impetuosa, pero grotesca del mamut no sólo signaba las dinámicas internas del país, marcaba también los ritmos de sus estrategias de posicionamiento en el escenario internacional. El expansionismo estadounidense reafirmaba, a los ojos de Groussac, las intenciones de consolidar un enorme poderío de ocupación militar, apuntalado por la pretensión de difundir ideales típicos de un pueblo dotado de incisivos colmillos. Los tonos alarmados de su prosa apuntaban a alertar contra la posibilidad de que se repitiera en alguna otra región de la América hispana la misma situación que en México, víctima de una "brutal invasión

[26] Groussac, "Chicago," p. 310.
[27] Sarmiento, "Estados Unidos", p. 290.
[28] Cfr. Terán, *Vida intelectual*, 2000.

que en pocos años puso la mitad de su territorio en poder de Estados Unidos", injusticia validada exclusivamente desde la "sacrosanta doctrina de Monroe"[29]. La carga crítica de estas claves interpretativas se agudizó, como se verá, en el contexto del conflicto de 1898.

MAMUTS *VS.* HIDALGOS

1898 puede pensarse como un año de quiebre en la historia de las relaciones internacionales[30]. Por un lado, el agonizante imperio español llegaba a su fin, por el otro, surgían nuevas modalidades de intervención y "colonización", por parte de Estados Unidos en la zona insular del Caribe y el Pacífico y, aunque más indirectamente, sobre Latinoamérica en su totalidad.

Varias imágenes destinadas a perdurar surgieron y se consolidaron en el contexto de los acontecimientos del 98. La balanza que había mantenido en un precario equilibrio al Viejo y al Nuevo mundo parecía inclinarse irrevocablemente hacia el segundo, capitaneado por su Norte. Los atributos y defectos de este nuevo orden cristalizaban en la imagen de Estados Unidos como nación avasallante, portadora de una fuerza arrolladora. En el mismo sentido, otras representaciones prototípicas surgieron en el contexto mencionado;[31] por ejemplo, el mundo *yankee* comenzó a ser percibido y caracterizado como generador de todos los vicios del materialismo de corte anglosajón, mientras que la nación española comenzó a ser vista como baluarte último y absoluto de la latinidad[32].

En el contexto de este universo de percepciones, imágenes y estereotipos debe pensarse la movilización de intelectuales iberoamericanos que tuvo lugar durante los sucesos de 1898. En Buenos Aires, varias acciones tuvieron lugar en el marco de la guerra, los residentes españoles realizaron suscripciones patrióticas para construir un buque de guerra, se organizaron espectáculos artísticos con el fin de recaudar fondos para la causa española y destacados personajes del mundo de las letras, entre

[29] Groussac, "California", p. 219.

[30] Sobre este tema puede consultarse Cagni, *La guerra*.

[31] Un análisis sobre las representaciones gráficas del período y la configuración de estereotipos se encuentra en AA.VV., *La gráfica política*.

[32] Véase al respecto Ramos, "Hemispheric Domains," pp. 237-251.

los que resalta Rubén Darío, se reunieron para dar forma a un "álbum literario hispanoamericano" en apoyo de la causa española.

En el marco de este clima, el 2 de mayo de 1898 se realizó en el Teatro de La Victoria de Buenos Aires un acto patrocinado por el Club Español en el que distinguidos protagonistas de la época participaron como oradores; se trataba de Roque Sáenz Peña,[33] Paul Groussac y José Tarnassi.[34] Mientras que el último presentó una oda al pueblo español y la guerra en forma de poema, Groussac y Roque Sáenz Peña retomaron en sus discursos distintos ángulos de observación para analizar la contienda entre Estados Unidos y España. Las tres intervenciones fueron publicadas en un folleto con un prólogo de Severiano Lorente. Éste fue impreso en la Compañía Sudamericana de Billetes de Banco en el mismo 1898[35]. Groussac, por su parte, integró su discurso, que tuvo ampliadas repercusiones, como se verá, en uno de sus libros misceláneos.[36]

La participación de Roque Sáenz Peña asumió tonos particulares, dado que se trataba de un fuerte opositor al panamericanismo propulsado por Estados Unidos. Como es sabido, bajo la presidencia norteamericana de Benjamin Harrison, en 1889, el Congreso de los Estados Unidos apoyó un programa, que había ya sido diseñado a comienzos de la década de 1880 por el secretario de Estado James Gillespie Blaine, con intenciones de alcanzar una unidad americana. Entre los puntos fuertes de este programa se destacaba el proyecto de formar una unión aduanera para mejorar y consolidar el intercambio entre los países americanos (que incluía un proyecto para homogeneizar pesos, medidas y moneda, la propuesta de formación de una corte destinada a arbitrar en conflictos potenciales entre naciones, el programa de unificación de los impuestos portuarios, entre otros puntos) y limitar la intervención europea en Amé-

[33] Roque Sáenz Peña (1851-1914) fue un abogado y estadista argentino. Se desempeñó como Presidente de la Nación Argentina entre 1910 y 1914. Bajo su mandato presidencial se promulgó la Ley N° 8871 de sufragio secreto y obligatorio, conocida como Ley Sáenz Peña. Cfr. Cárcano, *Sáenz Peña*.

[34] José Tarnassi (1863-1906), proveniente de Italia, llegó a la Argentina en 1890 y se desempeñó como docente del Colegio Nacional de Buenos Aires y de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Fue jurisconsulto, forense, docente y tuvo un rol destacado en la comunidad italiana de Buenos Aires. Cfr. Véase Petriella y Sosa Miatello, *Diccionario biográfico*.

[35] Véase, *España y Estados Unidos*.

[36] Cfr. Groussac, "España y Estados Unidos," p. 99. Este texto fue compilado en Bruno, *Travesías intelectuales*, pp. 297-307.

rica. Este programa apuntaba a consolidar el rol articulador de Estados Unidos y sus objetivos económicos, en detrimento de la presencia europea en el continente, y tenía un correlato claramente político al reservar para la nación del Norte el papel de único árbitro autorizado.

Cuando se reunió la Primera Conferencia Panamericana en la ciudad de Washington, uno de cuyos objetivos principales era el de discutir acerca de las posibilidades de mejorar los intercambios comerciales entre los distintos países de la zona, la delegación norteamericana encontró fuertes resistencias en los representantes de Argentina, Roque Sáenz Peña y Manuel Quintana[37]. En las subsiguientes conferencias, el rol de la Argentina y sus delegados estuvo caracterizado por las resistencias de los mismos a aceptar las propuestas del panamericanismo liderado por los Estados.[38] Roque Sáenz Peña había sido un pionero a la hora de encarnar esta voz antipanamericanista. De este modo, se trataba de una figura autorizada para presentar un análisis del conflicto bélico de 1898, en torno a consideraciones sobre relaciones diplomáticas internacionales y principios jurídicos[39].

Paul Groussac, en cambio, asumió en el marco del acto del Teatro de la Victoria una perspectiva que puede denominarse "culturalista". Sus juicios se inscriben en una percepción de los acontecimientos del 98 como parte de una "crisis suprema de la civilización"[40], que ponía en jaque antiguas certezas y lanzaba nuevos desafíos a la hora de brindar explicaciones sobre la realidad circundante. Su visión sobre los acontecimientos latentes se expresa por medio de una serie de imágenes estereotipadas y opuestas de los distintos actores del enfrentamiento. Desde su perspectiva, las fuerzas que subyacen al conflicto podían sintetizarse en un par de opuestos bien definido: "latinidad" *vs.* "yanquismo". Siguiendo esta idea de polarización de estereotipos, Groussac caracterizó a las naciones participantes del conflicto.

En primera instancia, trazó un perfil de España, destacando la parte positiva de su historia y de su tradicional cultura y poniendo de relieve su rol civilizatorio. Justificó, en este sentido, los derechos históricos de Espa-

[37] Cfr., entre otros, Cockcroff, *América Latina*.

[38] Véanse McGann, *Argentina,* y Sheinin, *Searching for Authority*.

[39] Consideraciones sobre este tema se encuentran en Cagni, *La guerra hispanoamericana,* y en Colombi, *Viaje intelectual*.

[40] Groussac, "España y Estados Unidos," p. 99. Este texto reproduce el discurso que Groussac pronunció el 2 de mayo de 1898, en el Teatro de la Victoria.

ña sobre las tierras que intentaban arrebatarle y, refiriéndose a un público de origen predominantemente español afincado en Argentina, destacó:

> En la larga avenida de vuestra epopeya nacional, cuyas efemérides amojonan de gloria cada día del año, no he encontrado conmemoración más augusta, más solemne, más actual, como ahora se diría, que la de esta fecha inolvidable, en el que el 'embajador de Dios' entregó a vuestros reyes sus credenciales y los venerables títulos de posesión riquísima 'perla de las Antillas' ¡de esa misma Cuba, precisamente, que esos advenedizos de la historia se atreven á disputaros por la violencia![41]

En la misma dirección reivindicadora y, nuevamente, apelando al pasado español como autoridad, se ubica el siguiente pasaje del discurso:

> Saludar entre los pueblos, al que, durante más de tres siglos, ha derramado su sangre y prodigado su implacable heroísmo en esta América: conquistando imperios y poblando desiertos; impregnando de savia humana la tierra inculta; modelándola con mano ruda, á su imagen y semejanza, por la espada y por la cruz, con soldados creyentes como monjes y misioneros valientes como soldados –hasta dejarla preparada y apta para cumplir su misión futura de madre de naciones.[42]

En la construcción de esta semblanza, Groussac propone una imagen de la nación española como portadora de supremos ideales y para rematar señala: "España [...] ha realizado á su turno un ideal humano de valor, de nobleza, de altivez caballeresca, de exaltado y místico espiritualismo"[43].

En el otro lado de la escena internacional ubica a Estados Unidos. También en este caso, recurre a la historia para mostrar el lugar que le corresponde a esta nación, sólo que esta vez no es la tradición el elemento destacado sino los elementos embrionarios y rudimentarios de la misma:

> En menos de cien años —pues tenían muy otro carácter las colonias de la Nueva Inglaterra— ha nacido y se ha desarrollado entre sus dos océanos,

[41] Groussac, "España y Estados Unidos", p. 92.
[42] Groussac, "España y Estados Unidos", p. 94.
[43] Groussac, "España y Estados Unidos", p. 96.

> desde el círculo polar hasta el trópico, un monstruoso organismo colectivo: pueblo de aluvión, acrecido artificialmente y á toda prisa con los derrames de otros pueblos, sin darse tiempo para la asimilación, y cuyo rasgo sobresaliente y característico no es otro que el apuntado: la ausencia absoluta de todo ideal[44].

Reforzando estos alegatos, se encarga de criticar ferozmente una y otra vez el avance de Estados Unidos sobre las colonias españolas considerándolo "una empresa de mentira y traición, que ha necesitado ocultar bajo una máscara de independencia sus designios inconfesables". En la misma dirección, se opone a la "agresión bárbara, escarnio de todo derecho y toda justicia, que, al ensangrentar las aguas de Cuba y de Filipinas, comete un crimen inexpiable de lesa humanidad"[45].

En cada una de las referencias a Estados Unidos se va delineando esta imagen de la gran nación del Norte como un país que carece absolutamente de historia y de tradición y, por lo tanto, de ideales que le permitan convertirse en epicentro de las relaciones entre el resto de los países. La crítica se radicaliza hasta tal punto que llega a negarle a Estados Unidos el estatus mismo de nación. En este registro señala:

> Aquello no es una nación, aunque ostenta las formas exteriores de las naciones [...]. Agrupamiento fortuito y colosal, lo repito, establecido en un semicontinente de fabulosas riquezas naturales, sin raíces históricas, sin tradiciones, sin resistencias internas ni obstáculos exteriores, se ha desenvuelto desmedidamente con la plena exuberancia de los organismos elementales[46].

Todos y cada uno de los aspectos de Estados Unidos son criticados en el discurso de Groussac: desprestigia la grandeza material y superficial de los habitantes, critica demoledoramente su concepción del gobierno libre —que sólo considera una distorsión caricaturizada de los principios políticos ingleses— y los asimila con un organismo amorfo y bestial. Estas representaciones se condensan en la imagen del Calibán identificada con el país del Norte que cristaliza en el siguiente fragmento:

[44] Groussac, "España y Estados Unidos," p. 100.
[45] Ambas citas textuales se encuentran en Groussac, "España y Estados Unidos", p. 92.
[46] Groussac, "España y Estados Unidos," p. 100.

> Desde la Guerra de Secesión y la brutal invasión del Oeste, se ha desprendido libremente el espíritu *yankee* del cuerpo informe y 'calibanesco'; y el viejo mundo ha contemplado con inquietud y terror á la novísima civilización que pretende suplantar á la nuestra, declarada caduca[47].

Esta representación de Estados Unidos como Calibán, inspirada en el famoso personaje de *La tempestad* de Shakespeare[48], fue recuperada días después del evento del Teatro de la Victoria en un artículo de Rubén Darío titulado "El triunfo de Calibán"[49]. Allí, y dos años después en el difundido *Ariel* de Rodó, aparecen estereotipos muy similares a los propuestos por Groussac a la hora de caracterizar a España y a Estados Unidos. Dos elocuentes pasajes de Rubén Darío muestran que su percepción estaba en sintonía con la de Groussac:

> Y los he visto a esos *yankees*, en sus abrumadoras ciudades de hierro y piedra y las horas que entre ellos he vivido las he pasado con una vaga angustia. Parecíame sentir la opresión de una montaña, sentía respirar en un país de cíclopes, comedores de carne cruda, herreros bestiales, habitadores de casas de mastodontes. Colorados, pesados, groseros, van por sus calles empujándose y rozándose animalmente, a la caza del *dollar*. El ideal de esos calibanes está circunscripto a la bolsa y a la fábrica[50].

Y refiriéndose a España, el representante máximo del modernismo destaca:

> España no es el fanático curial, ni el pedantón, ni el dómine infeliz, desdeñoso de la América que no conoce; la España que yo defiendo se llama

[47] Groussac, "España y Estados Unidos," p. 101.

[48] Como es sabido, los personajes de *La tempestad* fueron motivos recurrentes para pensar en el rol de Latinoamérica en el contexto internacional. Así, Ariel, Calibán y Próspero forman parte de una galería de posibilidades para tematizar rasgos y problemas latinoamericanos. Sobre las variadas adaptaciones de rasgos de personajes de *La tempestad* atribuidos a América Latina, véanse, entre otros, Fernández Retamar, *Todo Calibán* y Rodríguez Monegal, "Las metamorfosis," pp. 23-26. Pueden verse también Morse, *El espejo de Próspero*; Arocena, y De León, *El complejo de Próspero*; Fernández Retamar, *Algunos usos*.

[49] El artículo apareció el 20 de mayo de 1898 en el periódico *El Tiempo* y volvió a ser publicado en *El Cojo Ilustrado* de Caracas, en octubre del mismo año. Una versión de este texto con notas críticas puede encontrarse en Jáuregui, "Calibán," pp. 441-455.

[50] Darío, "El triunfo".

> Hidalguía, Ideal, Nobleza; se llama Cervantes, Quevedo, Góngora, Gracián, Velázquez; se llama el Cid, Loyola, Isabel; se llama la Hija de Roma, la Hermana de Francia, la Madre de América[51].

Las imágenes opuestas de "yanquismo" y "latinidad" —que formaron parte de un imaginario de época—, dieron paso en el discurso de Groussac a otras polaridades que refuerzan sus argumentos y que formaban parte de una sensibilidad compartida por intelectuales contemporáneos. Entre estas dicotomías se destacan: "bárbaros/civilizados", "materialismo/espiritualismo", "advenedizos de la historia/portadores de la tradición", "cultura/naturaleza". Estas oposiciones alcanzan un grado de confrontación tal que devienen mutuamente excluyentes, alcanzando el status de fuerzas en pugna a escala mundial. El cuadro de esta batalla es presentado por Groussac en tono apocalíptico:

> Por entre abismos y sangrientas colisiones, lúgubres retrocesos y largos desfallecimientos, la civilización latina tiene la gloria inmortal de haber caminado durante mil ochocientos años con los ojos al cielo... He aquí, ahora, que en el umbral del siglo XX ella mira erguirse un enemigo más formidable y temible que las hordas bárbaras, á cuyo empuje sucumbió la civilización antigua. Es el yanquismo democrático, ateo de todo ideal, que invade el mundo[52].

Así, Groussac, como otros intelectuales, optó por recuperar la figura de España, defenestrada anteriormente en su prosa, apelando a los rasgos positivos de su historia y su tradicional cultura, poniendo de relieve su rol civilizatorio durante los procesos de conquista y de colonización. La nación ibérica aparecía celebrada en tanto portadora de supremos ideales: nobleza, valor, hidalguía, altivez caballeresca, espiritualismo.

En sentido complementario, el discurso de Groussac dirigió sus dardos contra una grandeza material no acompasada espiritualmente e identificó al país con un organismo amorfo y bestial. Estas imágenes se condensaban simbolizadas en el motivo del Calibán, una fuerza inconsciente y brutal que se había convertido en un peligro inminente, en absoluto estilizable.

[51] Darío, "El triunfo".
[52] Groussac, "España y Estados Unidos," pp. 99-100.

CONSIDERACIONES FINALES

Como otros letrados[53], Groussac redimió en la coyuntura de 1898 los valores hispánicos, que en la mayoría de sus escritos habían sido rechazados y combatidos radicalmente. Ante el apremio de la guerra y el avance norteamericano, consideró los valores de la "latinidad" de la antaño metrópoli imperial como recuperables ante el avance de una fuerza que diseminaba la barbarie por el mundo. La situación internacional configurada no era sólo percibida en términos de conflicto geopolítico y económico, sino también como una guerra entre principios culturales contrapuestos de incierto desenlace. Sostenía al respecto: "en este dintel del siglo, la lucha entre la democracia vulgarizadora y la verdadera civilización se resolverá por la alternativa de Hamlet: ser ó no ser plebeyos —tal es la cuestión"[54].

Si hasta el 98 Groussac había considerado que en el Viejo mundo estaban en jaque las certezas civilizatorias, pues convivían en su interior la luz y la decadencia, encarnadas en Francia y España, respectivamente, la contienda lo condujo a sostener que, pese a la decadencia española, allí descansaban aún los aspectos más sublimes de la civilización. Éstos, a su vez, podían funcionar como el fiel de la balanza ante el avance de los efectos de la modernización y la masificación.

Las palabras de Groussac asumen un sentido en sintonía con climas de ideas más generales. Ante el impulso de Estados Unidos, los valores hispánicos que habían sido rechazados y combatidos radicalmente en la mayoría de las naciones surgidas luego de los movimientos de independencia de principios del siglo XIX, comenzaron a ser recuperados con signos positivos[55]. Distinguidos intelectuales comenzaron a pensar la nación española desde otro lugar: ya no concebían a sus países como excolonias, sino como incipientes naciones que podían relacionarse en pie de igualdad con España para afirmar, en este nuevo contexto, la anhelada unidad hispanoamericana por la que habían bregado insignes representantes de ambos continentes. Esta nueva "alianza" hispanoamericana surgía de un interés coyuntural por detener a un enemigo común: el coloso del Norte.

[53] Cfr. Biagini, *Fines de siglo* y Terán, "El primer antiimperialismo," pp. 85-97.
[54] Groussac, "Salt Lake City," p. 252.
[55] Véase al respecto Halperin Donghi, "España e Hispanoamérica," pp. 65-110.

En 1898, en el Teatro de la Victoria, la voz de Groussac no fue escuchada sólo como la de un intelectual hispanoamericano, sino que recibió la expresa atención de varios contemporáneos que lo consideraron un representante legítimo de la cultura francesa y sus magnánimos ideales en tierras latinoamericanas. En estos términos narra Rubén Darío la puesta en escena de su discurso:

> En nombre de Francia, Paul Groussac. Un reconfortante espectáculo el ver a ese hombre eminente y solitario salir de su gruta de libros, del aislamiento estudioso en que vive, para protestar también por la injusticia y el material triunfo de la fuerza. [...] Los que habéis leído su última obra, concentrada, metálica, maciza, en que juzga al *yankee*, su cultura adventicia, su civilización, sus instintos, sus tendencias y su peligro, no os sorprenderíais al escucharle en esa hora en que habló después de oírse la Marsellesa. Sí, Francia debía de estar de parte de España. La vibrante alondra gala no podía sino maldecir el hacha que ataca una de las más ilustres cepas de la vena latina[56].

Como señala el escritor nicaragüense, la marcada hostilidad de Groussac hacia Estados Unidos había sido claramente expuesta en sus relatos de viajes reunidos en *Del Plata al Niágara*. Sus juicios no hicieron más que radicalizarse en 1898 ante la responsabilidad con que fue investida su voz, considerada portadora de los acordes franceses y, más globalmente, en tanto baluarte de los valores latinos. Así, esta "alondra gala" leyó la configuración del conflicto de 1898 a partir de una resignificación fundamental, según la cual la anteriormente caracterizada como nación decadente cambiaba de signo para convertirse en "señora de la latinidad". El conflicto bélico era así leído como una auténtica contienda civilizatoria, fundada en una filosofía de la historia apocalíptica y dicotómica: España, ahora patrona de la latinidad, debía aliarse con Hispanoamérica ante el avance del Calibán *yankee*, diseminador de la barbarie vulgarizadora en el mundo y generador de los efectos más detestables de la masificación.

[56] Darío, "El triunfo".

BIBLIOGRAFÍA

Arocena, Felipe y Eduardo de León, (comps.)
El complejo de Próspero. Ensayos sobre cultura, modernidad y modernización en América Latina, Montevideo, Vintén Editor, 1993.

Bethell, Leslie (coord)
Historia de América Latina, vol. 7, Barcelona, Crítica, 2000, pp. 73-105.

Beyhaut, Gustavo y Hélène Beyhaut
América Latina, vol. 3, *De la Independencia a la segunda Guerra Mundial*, México, Siglo XXI, 1990.

Biagini, Hugo
Fines de siglo. Fin de milenio, Buenos Aires, UNESCO-Alianza Editorial, 1996.

Boesner, Demetrio
Relaciones internacionales de América Latina. Breve historia, Caracas, Editorial Nueva Sociedad, 1990.

Brown Scott, James (comp.)
La política exterior de los Estados Unidos: basada en declaraciones de presidentes y secretarios de Estado de los Estados Unidos y de publicistas americanos, New Cork, Doubleday, 1922.

Bruno, Paula
Travesías intelectuales de Paul Groussac, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, col. La ideología argentina, 2005.

——, *Paul Groussac. Un estratega intelectual*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica-UDESA, 2005.

——, "Miguel Cané y Paul Groussac tras las huellas de los *Viajes* de Sarmiento", en Fernández, Sandra, Geli, Patricio y Pierini, 2008, pp. 281-290.

Cagni, Horacio
La guerra hispanoamericana. Inicio de la globalización, Buenos Aires, Olcese Editores, 1999.

Cárcano, Miguel Ángel
Sáenz Peña. La revolución por los comicios, Buenos Aires, Hypspamérica, 1976.

Cockcroff, James
América Latina y los Estados Unidos. Historia y política país por país, México, Siglo XXI Editores, 1996.

Colombi, Beatriz
Viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina (1880-1915), Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2004.
Darío, Rubén
"El triunfo de Calibán", en *El Tiempo*, 20 de mayo de 1898. Para una versión *on-line*, consúltese www.ensayistas.org/antologia/XIXA/dario/
Dossier
"1898: ¿desastre nacional o impulso modernizador?", en *Revista de Occidente*, 202-203 (1998).
España y Estados Unidos
Función dada en el Teatro de la Victoria, el 2 de mayo de 1898, bajo el patrocinio del Club Español de Buenos Aires, a beneficio de la Suscripción Nacional Española. Conferencias de los Señores Dr. Roque Sáenz Peña, Paul Groussac y Dr. José Tarnassi. Prólogo del Dr. Severiano Llorente, Buenos Aires, Compañía General de Billetes de Banco, 1898. Se puede tener acceso al folleto en: http://www.archive.org/details/espanyestadosu00seiala
Fernández Retamar, Roberto
Algunos usos de civilización y barbarie, Buenos Aires, Editorial Letra Buena, 1993.
——,*Todo Calibán*, *Obras Uno*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2000.
Fernández, Sandra, Geli, Patricio y Pierini, Margarita (eds.)
Derroteros del viaje en la cultura: mito, historia y discurso, Rosario, Prohistoria Ediciones, 2008.
Freeman Smith, Robert
"América Latina, los Estados Unidos y las potencias europeas", en Bethell, 2000, pp. 73-105.
Groussac, Paul
Ensayo crítico sobre Cristóbal Colón. Historia y leyenda, Buenos Aires, s/e, 1892.
——, *Del Plata al Niágara*, Buenos Aires, Administración de *La Biblioteca*, 1897, p. 187.
——, "México", en Groussac, 1897.
——, "Salt Lake City", en Groussac, 1897.
——, *Une énigme littéraire. Le 'Don Quichotte' d'Avellaneda*, París, Alphonse Picard et Fils, Éditeurs, 1903.
——, "Cosas de España (1898)", en Groussac, 1904.

——, *El viaje intelectual. Impresiones de naturaleza y arte. Primera serie*, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1904.
——, "España y Estados Unidos", en Groussac, 1904.
——, *Mendoza y Garay. Las dos fundaciones de Buenos Aires, 1536-1580*, Buenos Aires, Jesús Menéndez Editor, 1916.
——, "Don Diego de Alvear", en Groussac, 1918.
——, *Estudios de historia argentina*, Jesús Menéndez, Librero Editor, Buenos Aires, 1918.
——, *El viaje intelectual. Impresiones de naturaleza y arte. Segunda serie,* Buenos Aires, Jesús Menéndez, Librero Editor, 1920.
——, "Vistas parisienses", en Groussac, 1920.
——, "Cervantes y el Quijote", en Groussac, 1985.
——, *Crítica literaria*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1985 [1924].
——, "Chicago", en Groussac, 1987.
——, "Lima", en Groussac, 1987.

Halperin Donghi, Tulio
Historia contemporánea de América Latina, Madrid, Alianza Editorial, 1997, p. 292.
——, *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.
——, "España e Hispanoamérica: miradas a través del Atlántico (1825-1975)", en Halperin Donghi, 1998.

Jáuregui, Carlos
"Calibán: icono del 98. A propósito de un artículo de Rubén Darío" y "El triunfo de Calibán (Edición y notas)", en *Revista Iberoamericana*, Número especial: *Balance de un siglo* (1898-1998), 184-185 (1998), pp. 441-455. Existe también una versión en línea: http://www.ensayistas.org/antologia/XIXA/dario/

McGann, Thomas
Argentina, Estados Unidos y el sistema interamericano, 1880-1914, Buenos Aires, Eudeba, 1960.

Morse, Richard
El espejo de Próspero. Un estudio de la dialéctica del Nuevo mundo, México, Siglo XXI, 1999.

Oria, José Antonio
"La polémica de Menéndez y Pelayo con Groussac. Sobre *El Quijote* de Avellaneda", en *Humanidades,* Tomo XXIV, Separata, Buenos Aires, 1934.

Pérez, Louis (*Jr.*)
The War of 1898. The United States and Cuba in History and Historiography, North Carolina, University of North Carolina Press, 1999.
Petriella, Dionisio y Sara Sosa Miatello
Diccionario biográfico italo-argentino, Buenos Aires, Dante Alighieri, disponible en línea: http://www.dante.edu.ar/web/editorial/dicbiografico.htm
Pierini, Margarita
"Sarmiento en París. Viaje al corazón de la modernidad", en *Actual*, 1:38 (1998), pp. 177-196.
Poe, Edgar Alan
"El hombre de la multitud", en *Obras Completas*, Buenos Aires, Editorial Claridad, 1993, pp. 260-268.
Ramos, Julio
"Hemispheric Domains: 1898 and the Origins of Latin Americanism", en *Journal of Latin American Cultural Studies*, 10:3 (2001), pp. 237-251.
Rodríguez Monegal, Emir
"Las metamorfosis de Calibán", en *Vuelta*, 3:25 (1978), pp. 23-26.
Roldán, Darío
"Sarmiento, Tocqueville, los viajes y la democracia en América", en *Revista de Occidente*, 289 (2005), pp. 35-60.
Romero, José Luis
"Los hombres y la historia en Groussac", en *Nosotros*, 242 (1929), pp. 107-112.
Rubione Alfredo V. y Ernesto Quesada
En torno al criollismo, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983.
Sarmiento, Domingo Faustino
Viajes por Europa, África y América, 1845-1847, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1993.
——,"Estados Unidos", en Sarmiento, 1993.
Sheinin, David
Searching for Authority: Pan Americanism, Diplomacy and Politics in United States-Argentine Relations. 1910-1930, New Orleans, University Press of the South 1998.
Terán, Óscar
En busca de la ideología argentina, Buenos Aires, Catálogos, 1986, pp. 85-97.

——, "El primer antiimperialismo latinoamericano", en Terán, 1986.
——, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la "cultura científica"*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.
Viñas, David
De Sarmiento a Dios. Viajeros argentinos a USA, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.
——, "Groussac, las ironías y los privilegios", en Viñas, 1998.
——, "Sarmiento en seis incidentes provocativos", en Viñas, 1998.
VV. AA.
La gráfica política del 98, Cáceres, España, CEXECI, Junta de Extremadura, Consejería de Cultura y Patrimonio, 1998.

II
CARLOS PEREYRA Y EL MITO DE MONROE

CARLOS PEREYRA Y EL MITO DE MONROE*

Andrés Kozel
Becario posdoctoral profip/dgapa/unam en El Colegio de México
Sandra Montiel
Universidad Autónoma de la Ciudad de México

UN HITO EVANESCENTE

Por razones múltiples, la obra del historiador mexicano Carlos Pereyra (Saltillo, 1871-Madrid, 1942) es un hito dentro de la tradición ideológico-cultural hispanoamericanista. Para un observador situado en 1930, pocas obras hubieran podido rivalizar en ambición y calidad con los ocho volúmenes de su *Historia de la América española*. Seguramente por eso, en *Bolivarismo y monroísmo*, José Vasconcelos remitía a los lectores ávidos de mayores precisiones "a la obra magistral del mexicano Carlos Pereyra", quien venía haciendo "por la reivindicación de lo español en América más que todos los Institutos con subvención oficial", y por el despertar de "la conciencia hispanoamericana, más que tantos estadistas"[1].

Sin embargo, y por razones que también son diversas, la obra de Pereyra sigue siendo un corpus no demasiado visitado, que continúa planteando tremendos desafíos, documentales y hermenéuticos[2]. En cuanto a los primeros, hay importantes lagunas de información sobre sus biografías general e intelectual; existen, además, dudas considerables

*Una versión anterior de este trabajo fue presentada y discutida en el Seminario de Historia Intelectual de América Latina de El Colegio de México, beneficiándose notablemente de los comentarios y observaciones de los asistentes, en especial Carlos Marichal, Alexandra Pita, Mercedes de Vega, Aimer Granados y Priscila Pilatowsky.

[1] Vasconcelos, *Bolivarismo y monroísmo*, p. 15.

[2] Existe, desde luego, un conjunto más o menos importante de aproximaciones a la figura y a la obra de Pereyra. De consulta imprescindible es Acevedo, 1986, su estudio bio-bibliográfico refiere y, en varios sentidos, también integra y asimila los asedios precedentes.

concernientes a la atribución y, sobre todo, al fechado y a la fijación de una porción significativa de los escritos que suelen considerarse suyos[3]. Los desafíos de orden hermenéutico se derivan, en parte, de las lagunas y dudas indicadas; no obstante, y más allá de que siempre es difícil comprender bien aquello que se presenta bajo contornos demasiado imprecisos, el debate relativo a la significación de un legado como el de Pereyra jamás podría agotarse en los meandros de la biografía ni del ordenamiento y fijación de los textos. Comprender "la ecuación Carlos Pereyra", justipreciarla en tanto herencia ideológica y cultural, saldar cuentas, de alguna manera, con ella es una cuestión mucho más complicada. Carlos Pereyra es, pues, un hito historiográfico y cultural complejo, cuyo estudio no deja de presentar aspectos problemáticos y evanescentes, a la vez que fascinantes.

Carlos Pereyra coahuilense, hombre de frontera; Carlos Pereyra próximo al positivismo y a Justo Sierra; Carlos Pereyra entre los rivales dialécticos de Francisco Bulnes; Carlos Pereyra crítico de la doctrina Monroe y de Estados Unidos; Carlos Pereyra distante de Francisco Madero, de Venustiano Carranza y de Pancho Villa, de Plutarco Elías Calles

[3] Hay que comenzar señalando, con Acevedo y Quirarte, que a Pereyra jamás le gustó hacer ostentación de su yo; con gran modestia, pocas veces habló de sí mismo. Por otra parte, desconocemos si en el llamado incendio de Medinaceli —el cual devoró, entre otras muchas cosas, el acervo que llevaba su nombre— se perdió documentación con valor biográfico, aunque ello es probable. De manera que contamos con escaso material testimonial, epistolar y de otro tipo acerca de Pereyra; resulta por lo tanto muy complicado dar cuenta de manera satisfactoria de una serie de claves de su biografía; por ejemplo, su exacta ubicación en el mundo de la cultura porfiriana, su vínculo con Victoriano Huerta, su salida del servicio diplomático y su decisión de no retornar a México tras la caída de éste; su relación con el marxismo, su alejamiento de la Editorial América y de Rufino Blanco Fombona en torno a 1920, su ¿conversión…? al catolicismo o ¿A partir de esa misma fecha…? En cuanto a los problemas de fechado y fijación de textos, podemos mencionar la relativa indeterminación cronológica en que permanece su *Historia de Coahuila*, la dificultad para establecer qué partes del *Juárez* de Justo Sierra corresponden a Pereyra, la ausencia del año exacto de edición en los numerosos libros (y prólogos) que, durante el segundo lustro de la década del diez, diera a conocer en la Editorial América de Madrid; las dudas concernientes a la fecha de la primera edición de un volumen tan importante como es *La obra de España en América*; la existencia de antologías carentes de información precisa sobre los textos recopilados, la circulación de reediciones que a veces confunden más de lo que aclaran, la tentativa de edición, en cierto momento, de unas obras completas que no son tales, y así sucesivamente. Sobre el incendio de Medinaceli, véase Ruiz Carmona, s/a.

y de la Revolución mexicana en general; Carlos Pereyra emblema del hispanoamericanismo antiimperialista; Carlos Pereyra autor de *El mito de Monroe*; Carlos Pereyra ¿…fugazmente marxista o filomarxista?; Carlos Pereyra historiador prolífico, erudito, refinado, original; Carlos Pereyra adalid de la hispanidad, autor de *La obra de España en América*; Carlos Pereyra católico y conservador; Carlos Pereyra simpatizante del régimen de Francisco Franco…; he ahí, condensado, el repertorio de las imágenes más frecuentemente empleadas para caracterizar "la ecuación Carlos Pereyra". Ante semejante panorama es, por supuesto, legítimo preguntar: ¿se presentaron este conjunto de rasgos "de una vez y para siempre"? ¿Pereyra fue "todo eso-todo junto-todo el tiempo", esto es, sostuvo "un solo y único mensaje" desde sus primeras aportaciones, dadas a conocer en torno al cambio de siglo hasta la conclusión de sus días en la España franquista, con la que efectivamente simpatizó…? Y, ante las evidencias en contrario, seguir interrogando: ¿de qué manera se fueron desplegando y, en ciertos casos, articulando esos elementos que enseguida se nos revelan como no necesariamente compatibles? ¿qué decir de los desplazamientos? ¿qué de las tensiones…? Porque sería, sin duda, un exceso flagrante hablar de un Pereyra católico, conservador y adalid de la hispanidad alrededor de 1900; y así con lo demás, incluyendo sus consideraciones críticas sobre la doctrina de Monroe y Estados Unidos. De manera que, si lo que se busca es comprender algo, se impone una aproximación sensible a la historicidad de las distintas zonas del vasto corpus pereyriano, lo que equivale a hacer, entre otras cosas, un ejercicio atento a los respectivos contextos de enunciación y recepción. Pereyra no reiteró, a lo largo de su casi medio siglo de labor intelectual, una sola y misma cosa…

En las páginas que siguen no se estudia *in toto* "la ecuación Pereyra"; más circunscritamente, se explora una dimensión específica de ella, a saber, las consideraciones sobre la doctrina Monroe y sobre la política exterior de Estados Unidos que hay en su seno. Algo más ampliamente, se considera el modo en que Pereyra fue valorando el desempeño histórico de Estados Unidos; dicha valoración es, como ya se anticipó, mayormente crítica, aunque no lo es siempre ni lo es siempre en los mismos términos. Un propósito derivado es contribuir a desentrañar si esa valoración fue destilando alguna caracterización de la "buena política", labrada en contraste con la encarnada por Estados Unidos, y de ser así, qué elementos la fueron componiendo. Desde luego, se procura alcanzar

estos objetivos teniendo presentes los señalamientos indicados hace un instante en relación con la historicidad de las elaboraciones discursivas; la tarea no es sencilla, pero, como esperamos mostrar, puede arrojar resultados no desprovistos de interés.

EL *EFECTO* PEUST

El mito de Monroe es uno de los libros más famosos de Pereyra y es, también, uno de los más sobresalientes del antiimperialismo latinoamericanista. Como sucede con la mayor parte de los materiales publicados por la Editorial América de Madrid, no es posible establecer de manera incontrovertible la fecha de su primera edición. El colofón, seguramente colocado por el propio Pereyra, reza: "Bruselas, julio-diciembre, 1914". Edberto Acevedo data la publicación del libro en 1916; en nota al pie consigna: "Rubio Mañé la da como edición de Madrid, 1919; Aguayo Spencer pone Madrid, 1931 y Quirarte, Madrid, 1921"[4]. En nuestra opinión, la fecha propuesta por Acevedo —1916— es admisible desde varios puntos de vista: para entonces, el libro estaba indudablemente terminado; establecido en Madrid con su esposa después de su paso por Bélgica y Suiza, Pereyra ya había trabado relación con el polígrafo venezolano Rufino Blanco Fombona y su Editorial América[5]. Hay, además, en la última parte del libro, un par de notas de actualización fechadas en marzo de 1916; no las hay, en cambio, posteriores[6].

Como sea, *El mito de Monroe* es uno de los libros más famosos de Pereyra y uno de los puntos culminantes de la tradición del hispanoamericanismo antiimperialista. Y es todo eso porque ofrece, entre otras cosas, una historia ricamente documentada del origen y de las aplicaciones de la doctrina

[4] Acevedo, *Carlos Pereyra*, pp. 24ss. y 235ss.

[5] Sobre la Editorial América, véase Segnini, *La Editorial América*.

[6] Pereyra, *El mito de Monroe* [*c.* 1916]. Las notas aludidas se refieren, una, a la adquisición por Estados Unidos de una estación naval y una zona destinada al canal interoceánico en Nicaragua; la otra, a las críticas al presidente Wilson formuladas por "el insigne hipócrita" Root y el Partido Republicano, las cuales reiteraban, según Pereyra, más o menos los mismos términos de las acusaciones por él vertidas en su trabajo "El crimen de Woodrow Wilson", aparecido en *Nuestro Tiempo*, de Madrid —números correspondientes a octubre y noviembre de 1915. Ambas notas actualizadoras están fechadas, como dijimos, en "marzo de 1916".

Monroe, a través de una narración en clave crítica y por momentos sarcástica, que se extiende a la política exterior estadounidense y al desempeño histórico de Estados Unidos globalmente considerado. Y sin embargo…

Sin embargo, *El mito de Monroe* no fue el primer estudio que Pereyra consagró a estos temas. Hay, en efecto, en su propia obra, antecedentes de significación. Hemos detectado, por lo menos, tres. Uno es el opúsculo titulado *La doctrina de Monroe*, publicado en México, en 1908; no necesariamente ignorado en algunos de los inventarios bibliográficos, *La doctrina* es un material poco conocido y analizado, seguramente debido a que es difícil de hallar. El segundo antecedente es un breve prólogo elaborado por Pereyra para el volumen *La defensa nacional de México*, dado a conocer por el escritor de origen alemán Othon Peust, en México, en 1907. No hemos identificado referencias a estos textos —ni al prólogo de Pereyra ni al libro de Peust— en la bibliografía a nuestro alcance. El tercer y, hasta donde sabemos, más temprano antecedente es un artículo muy breve, pero sustancioso y hasta cierto punto desconcertante, titulado "La doctrina de Roosevelt". El texto fue publicado en *El Mundo Ilustrado* del 27 de agosto de 1905 y tampoco lo hemos visto mencionado ni comentado a lo largo de nuestras pesquisas.

Pensamos que asignarle a este olvidado tríptico textual la importancia que merece puede permitir no sólo historizar mejor el derrotero intelectual de Pereyra, sino además asomarse a un entendimiento quizá más ajustado, tanto de la cultura política de las elites del México porfiriano, como del impacto, no unilateral ni directo, sino complejo y mediado, de "1898" sobre el pensamiento latinoamericano[7]. Asimismo, y en un senti-

[7] Como se sabe, la guerra hispanoestadounidense de 1898 significó no sólo el fin del imperio español, sino también la definitiva emergencia de Estados Unidos como potencia imperialista y de gravitación determinante sobre el espacio latinoamericano. Como también se sabe, en torno a ese mismo conflicto y a las situaciones que le siguieron —Enmienda Platt, secesión de Panamá, intervenciones en Dominicana y en Nicaragua— salieron a la superficie de la cultura latinoamericana una serie considerable de elaboraciones textuales susceptibles de ser agrupadas bajo el rótulo genérico de *antiimperialismo*. En un estudio breve, pero incisivo, Óscar Terán llamó a ese conjunto de respuestas "primer antiimperialismo latinoamericano"; lo de "primer" puede ser debatible, al igual que otras premisas y derivaciones de su planteamiento. Con todo, el aporte de Terán tiene entre otras virtudes la de puntuar oportunamente algunos de los materiales más importantes de esa fase y la de llamar la atención sobre sus núcleos temáticos más característicos, algunos de ellos destinados a una larga perdurabilidad, vía recreaciones sucesivas en la dinámica ideológica continental. Véase Terán, "El primer antiimperialismo latinoamericano".

do más general, examinar estos textos puede contribuir en algo al debate siempre renovado sobre la índole, la historia y los límites del antiimperialismo hispanoamericanista o latinoamericanista, entendido como tradición relativamente vigorosa, aunque no exenta de problemas ni tensiones. Pero vayamos por partes.

En 1905 Pereyra tenía treinta y cuatro años[8]. Una década atrás se había graduado de abogado, en torno al cambio de siglo se desempeñó como miembro de la Comisión Codificadora del Estado de Coahuila, como defensor de oficio del Distrito Federal, como agente del Ministerio Público y como miembro de la Comisión Calificadora de Hacienda del Estado de Coahuila. También dirigió el periódico *El Espectador*, de Monterrey, en tiempos en que el general Bernardo Reyes era el gobernador de Nuevo León. Pereyra inició su colaboración en *El Norte*, de Chihuahua, en la *Revista Positiva* y en los periódicos *El Imparcial* y *El Mundo Ilustrado* de la ciudad de México. Había elaborado ya su *Historia de Coahuila*[9], acababa de polemizar con Francisco Bulnes[10] y, probablemente, se encontraba colaborando con Justo Sierra en la elaboración de *Juárez, su obra y su tiempo*[11], así como con Genaro García en la edición de los *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México*. A mediados de 1905, poco antes de que se publicara "La doctrina de Roosevelt", Pereyra fue nom-

[8] Reproducimos en este pasaje información consignada por Acevedo, *Carlos Pereyra,* pp. 7ss.

[9] Conocida también como *Cosas de Coahuila* o como *Apuntes para una Historia de Coahuila*, el fragmento que se ha conservado permaneció inédito hasta 1959, cuando fue reproducido en una tentativa de *Obras Completas*. Se considera que el escrito respondió a la incitación de Miguel Cárdenas, gobernador del estado en el tiempo en que Pereyra acababa de graduarse de abogado. Hay un debate sobre el momento exacto de su elaboración; Acevedo sigue en este punto a Artemio de Valle Arizpe y da 1898 como fecha más probable.

[10] En 1904, Bulnes dio a conocer *Las grandes mentiras de nuestra historia*; Pereyra respondió con *De Barradas a Baudin*. A renglón seguido, Bulnes publicó *El verdadero Juárez y la verdad sobre la Intervención y el Imperio*, al que contestó Pereyra con su *Juárez discutido como dictador y estadista*. Al año siguiente, Bulnes respondió a sus múltiples adversarios con *Juárez y las Revoluciones de Ayutla y de Reforma*. El *Juárez* de Justo Sierra se inscribe también en esta polémica que tuvo lugar justamente en torno a la celebración del centenario del Benemérito. Es importante considerar, con Rogelio Jiménez, que la polémica sobre Juárez tuvo un trasfondo político. Véase Jiménez, *La pasión por la polémica.*

[11] Según Acevedo, "está hoy probado que solamente tuvo de él [de Sierra] los capítulos primero y último y que todos los demás fueron de Pereyra, quien, por estos años, según Rubio Mañé, era discípulo predilecto de Sierra". Acevedo, *Carlos Pereyra,* p. 13.

brado profesor de Lengua castellana en la Escuela Nacional Preparatoria; un año después, sería designado profesor de Historia patria en el mismo centro.

"La doctrina de Roosevelt" apareció en la sección "Revista de Ideas" de *El Mundo Ilustrado*, semanario dirigido por Luis G. Urbina, en un momento en que la sociedad mexicana saludaba el nombramiento de Justo Sierra como ministro de Instrucción Pública; contemplaba, no sin turbación, la catastrófica inundación de Guanajuato, y se aprestaba, jubilosa, a celebrar el centenario del natalicio de Benito Juárez. Dijimos más arriba que *La doctrina* es un texto hasta cierto punto desconcertante; veamos ahora por qué. Sucede lo siguiente: en dicha página, el tratamiento de la figura del presidente Theodore Roosevelt —el hombre del Imperialismo— no se articula con apreciaciones críticas o negativas de ningún tipo, sino que, por el contrario, suscita una alabanza encarecida. Parangonado con George Washington —el hombre de la Independencia— y con Abraham Lincoln —el de la Unión—, Roosevelt es, para el Pereyra de 1905, "un hombre superior a todos los de su tiempo, y de una grandeza moral que le permite ser el jefe inspirado y profético de su pueblo, al entrar en este nuevo periodo histórico". Naturalmente, Pereyra está perfectamente al tanto de que el imperialismo rooseveltiano viene suscitando enconadas protestas "desde el Bravo hasta el Plata"; sin embargo, él opta claramente por no sumarse a la general diatriba. Apoyándose en la constatación, digamos realista, según la cual "los pueblos débiles, sin grande industria conquistadora de mercados, son el tablero en que juegan su partida los poderosos", Pereyra lanza una consternada interrogación sobre la eventual razón de ser de ese odio incomprensible "contra una fuerza natural que no es destructora". No afirma Pereyra que la doctrina de Monroe, ni tampoco la de Roosevelt —a la que visualiza como reformulación de aquélla en un escenario nuevo—, sean producto de una mera vocación de "apostolado internacional" por parte de Estados Unidos. Lejos de ello, juzga las doctrinas como expresión de la ambición nacional de ese país y, en el caso específico de la segunda, como "fórmula en que se traduce el enorme poder industrial" del coloso. No deja de aludir, por otra parte, al decisivo respaldo que le prestan a la doctrina "el alcance de los cañones y la fuerza de la marina *yankee*". Y, aunque deja sin responder directamente la interrogación aludida acerca de las razones del "incomprensible" odio contra Roosevelt y el imperialismo norteamericano, redondea contundente:

> No es racional —vuelvo a decirlo— esta indignación contra el hecho natural en que descansa la fuerza norteamericana. Vivir bajo el amparo de la doctrina Monroe no es una desgracia para quien recuerda cómo la bendecíamos y suspirábamos por ella en 1861, cuánto lamentamos su desaparición durante la guerra separatista, y el júbilo con que saludamos después su nueva aurora. *La Prensa*, de Buenos Aires, toma por amenaza lo único que nos levanta de nuestra condición de pueblos débiles. Supongamos muerta, olvidada, la doctrina. ¿Por eso seríamos fuertes y respetados? Para creerlo así, fuera preciso que a la vez supusiésemos que el único pueblo conquistador y poderoso es el norteamericano. Suprimida la doctrina de Roosevelt, quedaríamos más débiles, más amenazados […]. No hay duda en que son grandes los peligros del pueblo que no tiene la alta fuerza militar de las naciones imperialistas: pero si no se aleja del capitolio la sombra de Washington, llegará la América Española a una definitiva consolidación, bajo la doctrina reguladora del pueblo que, llamándose imperialista en la plenitud de su grandeza, rechaza el militarismo, ha fundado la libertad de Cuba, prepara la autonomía de las Filipinas, sostiene la integridad de China y destruye la coalición plutocrática, para elevar con una votación plebiscitaria al hombre íntegro, sabio y fuerte que encarna el ideal americano[12].

De manera que, para el Carlos Pereyra de mediados de 1905, la doctrina de Roosevelt, prolongación de la de Monroe, no es una amenaza para la América española, sino una bendición. Constatamos así, no sin asombro, que hubo un primer Pereyra monroísta, rooseveltiano, panamericanista y admirador agradecido de Estados Unidos, anterior en diez años al mordaz autor de *El mito de Monroe*. En todo caso, la nota peculiar del joven Pereyra sería la tributación sin cortapisas a los postulados de lo que cabría denominar hiperrealismo político, nada ajeno, probablemente, a cierta apropiación por su parte del repertorio temático del darwinismo social. Desde esa clave parece interpretar el Pereyra de 1905 los sucesos que venían teniendo lugar en América y en el mundo (1898, Enmienda Platt, secesión de Panamá, intervención en Dominicana…). Su posición de entonces podría parafrasearse del modo siguiente: hay en el mundo varios poderosos que luchan entre sí, esa lucha es inevitable, los pueblos débiles no cuentan en ella más que como "tablero", deben por tanto sen-

[12] Pereyra, "La doctrina de Roosevelt".

tirse afortunados por estar bajo la égida, no sólo del menos peor, sino del más preferible de los poderosos en pugna[13].

Cabe preguntar, ¿no era al fin y al cabo este realismo del joven Pereyra una disposición característica de parte importante de las elites del México porfiriano, cuya sensibilidad combinaba, de manera tensa, el pragmatismo, la admiración y el recelo en sus relaciones con el coloso del Norte? ¿No se enraíza, al menos en parte, en esa misma disposición general, el largo rosario de declaraciones oficiales y oficiosas más o menos contradictorias, identificables a lo largo del periodo entero, afanosas todas por satisfacer al mismo tiempo a Estados Unidos y a sus representantes diplomáticos, a las elites mexicanas interesadas en el progreso material de México y en la buena marcha de los negocios y, también, al sentimiento público mexicano, evidentemente lacerado en relación con estos asuntos en virtud del sofocante espesor de una larga experiencia histórica…?[14]

Como veremos a continuación, en los años siguientes Pereyra comenzará a modificar importantes elementos de su formulación de 1905, en particular sus entusiastas apreciaciones sobre el papel de la doctrina Monroe en la historia mexicana y, naturalmente, sus valoraciones con signo positivo de esa doctrina, de la figura de Theodore Roosevelt y, también, del desempeño histórico de Estados Unidos en general. El desplazamiento evidenciaría que el pragmatismo ambivalente de las elites del México porfiriano —y el adjetivo ambivalente no es empleado aquí en un sentido

[13] Esta disposición del joven Pereyra también se aprecia en su libro *De Barradas a Baudin*, de 1904. En esas páginas, polemiza con Bulnes en torno a sus interpretaciones de la invasión de Barradas, de la guerra de Texas y de la primera guerra con Francia. Su mirada sobre el "efecto" inmediato de la doctrina Monroe se revela incluso tributaria de la de Lorenzo de Zavala: sin las declaraciones enérgicas de los gobiernos de Gran Bretaña y de Estados Unidos, la Francia de entonces "habría hecho con poca diferencia lo que hizo en la península". En cuanto a la anexión de Texas, el Pereyra de 1904 vindica frente a la crítica de Bulnes el papel desempeñado por el gobierno mexicano —se refiere, en especial, a las figuras del general Manuel Mier y Terán, del ministro Lucas Alamán y también del presidente Bustamante, aunque no la del general Santa Anna. Pereyra asumió la idea de que era necesario "comprender sociológicamente" el proceso, sin apelar a factores políticos ni a causas secundarias para dar cuenta de un desenlace que puede lamentarse, pero que fue en cualquier caso "inevitable" desde que se abrió Texas a la "invasión colectiva". Ni siquiera fue para Pereyra aquella apertura un "error": juzgarla así sería lisa y llanamente un "anacronismo". *Cf.* Pereyra, *De Barradas a Baudin.*

[14] Hemos tomado la expresión *sentimiento público* de la obra clásica sobre el tema: Cosío Villegas, *El Porfiriato.*

peyorativo, sino buscando poner de relieve lo extremadamente delicado del punto— se caracterizaba por tener un importante margen de elasticidad, el cual permitió, por ejemplo y entre otras cosas, que el Pereyra de 1907 no fuera exactamente el mismo que el de 1905. En general, da la impresión, también, de que en la cultura política del México de ese tiempo no había disponible un único y unilateral discurso sobre Estados Unidos y sus relaciones con México, sino que circulaban varios, con sus respectivas y en ocasiones contradictorias implicaciones axiológicas y políticas[15].

De 1907 es, como dijimos, el prólogo de Pereyra a *La defensa nacional de México*, obra del hasta ahora misterioso escritor alemán Othon Peust. Por las referencias contenidas en el volumen, parece que, tras haber residido durante largos años en la Argentina, Peust acababa de llegar a México; *La defensa* está dedicada justamente al vicecónsul argentino en México, don Carlos Basave y del Castillo Negrete. En el capítulo primero del opúsculo, y luego de introducir el tema del desprecio hacia los latinoamericanos por parte de los norteamericanos, Peust refiere un diálogo que, *tour de force* imaginativa mediante, puede proporcionarnos algún indicio de interés sobre el inicio de la metamorfosis ideológica experimentada por Pereyra a partir de 1906[16]. Saboreando "la buena cerveza nacional" en el cuarto de fumar del vagón pullman del tren que los conducía de Querétaro a Guadalajara, Peust, el vicecónsul don Carlos Basave, un ex diputado cubano y dos norteamericanos —todas personas, nos aclara Peust, directamente partícipes del "movimiento comercial, financiero y político de sus países"—, mantienen una larga conversación sobre el progreso mexicano y su porvenir. En su retrospectiva del diálogo, Peust expone primeramente su posición personal, indicando que el problema del continente latinoamericano no es otro que el de las razas. A su juicio, los estados que, a diferencia de Estados Unidos y de la Argentina, no habían

[15] Para un panorama completo de los debates entre hispanófobos e hispanófilos en el México porfiriano, véase Granados, *Debates sobre España*. Bajo el supuesto de que el análisis del impacto del conflicto hispanoestadounidense sobre la prensa mexicana permite arrojar luz sobre las problemáticas relaciones entre la sociedad mexicana y su propio pasado, Tomás Pérez Vejo ha puesto de relieve un conjunto de elementos, cuya consideración permite apreciar hasta qué punto, en el seno de la cultura política del México porfiriano del momento del cambio de siglo, había más de un discurso "disponible" sobre Estados Unidos. Véase Pérez Vejo, "La guerra hispano-estadounidense del 98 en la prensa mexicana"; sobre la prensa en el porfiriato, Toussaint Alcaraz, *Escenario de la prensa*.

[16] Peust, *La defensa nacional*.

resuelto esa cuestión por la violencia, continuaban luchando todavía con tantas dificultades para desenvolverse que seguían siendo considerados en el concierto internacional como *quantité négligeable* y presa segura del más fuerte. En opinión de Peust, esa era la "causa psíquica" de la doctrina de Monroe y de los esfuerzos egoístas de Estados Unidos por excluir a las potencias europeas del continente americano. En cuanto al tema del desprecio, señala Peust que la opinión verdadera de los norteamericanos sobre América Latina distaba enormemente de los saludos protocolares, para agregar, enseguida, que el ex-diputado cubano estaba "bien informado" al respecto. A continuación, Peust detalla los puntos de vista del caballero de la isla, los cuales se basaban explícitamente en *El ideal americano*, de Theodore Roosevelt, su lectura de viaje.

Del contrapunto evocado por Peust emerge que la tesis del desprecio por los pueblos latinoamericanos es planteada por el propio Roosevelt en la obra citada, en cuyas páginas se reconoce, además, que la doctrina de Monroe no es tanto una ley internacional como un principio activo que responde a las necesidades actuales de la nación. Según el caballero de la isla, en el caso particular de Cuba, la doctrina de Monroe no es más que un pretexto para justificar la intervención. Comentando estas opiniones, y en el mismo sentido crítico abierto por los señalamientos del cubano, Peust hace referencia a la separación de Panamá de Colombia y redondea el conjunto de su planteamiento evocando una sentencia de Talleryrand: el lenguaje se inventó para ocultar los pensamientos. Su retrospectiva de la conversación se cierra puntualizando que los acompañantes norteamericanos reconocieron cierta lógica en las afirmaciones del cubano, aunque sin dejar de advertir a los demás contertulios que ellas interpretaban con escasa neutralidad benéfica "frases aisladas" del presidente Roosevelt.

El capítulo segundo de *La defensa nacional de México* aborda directamente el tema de la doctrina de Monroe y refiere, entre otros, "el caso Belice", no mencionado por Roosevelt en su libro, y que demostraba, para Peust, "todo lo hueco" de la doctrina. La conclusión del capítulo es que los países latinoamericanos siguen expuestos a los ataques europeos; deben, en consecuencia, confiar en sí mismos y perfeccionar sus medios de defensa. Había una analogía entre la situación de México y la de Italia en la Triple Alianza: al igual que Italia, socio débil, México, con el objeto de "ser útil", tiene que estar preparado para ayudar eventualmente a sus "amigos", Estados Unidos, con unos cientos de miles de soldados. Es, como puede apreciarse, un capítulo

muy importante en la fundamentación del argumento que Peust plantea en el resto del libro, dedicado, como lo indica su título, al problema de la "defensa nacional".

Tour de force imaginativo: Pereyra no estuvo presente en el diálogo evocado por Peust, podemos imaginarlo, sin embargo, participando en encuentros similares; podemos imaginarlo, también, leyendo con fruición *El ideal americano*; podemos imaginar que, cerveza o no de por medio, es el propio Peust quien le recomienda esa lectura…; podemos, en fin, imaginar a Pereyra asimilando los efectos que sobre él pudieron tener tales hallazgos…; al fin y al cabo es Pereyra y no el caballero cubano el autor del prólogo de *La defensa.* Sostiene Pereyra ahí, en ese prólogo:

> Lo que dice el señor Peust sobre la doctrina Monroe no es efecto de prejuicios de europeo reforzados por veinte años de permanencia en la Argentina. La doctrina Monroe tiene un aspecto muy diverso en los discursos, brindis o notas diplomáticas efectistas y en la realidad histórica de ochenta años de fracasos. Vivir sobre la doctrina Monroe sería vivir precariamente. Sin embargo, este no es un argumento a favor de los que nos invitan a enemistarnos con los Estados Unidos, nación amiga y aliada natural de México […]. Muchos mexicanos, que no olvidan que ésta ha sido antigua tierra de conquista, llaman a la expansión económica mañosa conquista pacífica, creyendo adivinar las arterías de Houston en cada *prospector* o capitalista norteamericano. Para que suba el nivel de la confianza recíproca, es preciso, pues, que México se presente con otra fisonomía menos acentuada de *país nuevo*, de país en expansión solicitante de redentores con capital para impulsar sus riquezas naturales […]. El señor Peust propone abiertamente la nacionalización del capital que se importe para el desarrollo de la riqueza nacional […]. Así no saldrán del país las gruesas sumas de los provechos, sino sólo las tenues corrientes de los intereses […]. No aguardemos a que el magnate de otra tierra se haga dueño de la nuestra. Entonces será tarde para todo intento de conservación, pues ya no habrá patria mexicana[17].

Estamos en 1907. Para este Pereyra, una realidad de ochenta años de fracasos hace que vivir sobre la doctrina de Monroe sea vivir precariamente: han pasado sólo dos años, pero 1905 ha quedado muy atrás: ¿…debido al "efecto Peust"? Es probable. Obviamente, hay que tomar a

[17] Pereyra, "Prólogo", pp. IV-V.

"Peust" como una metáfora de lo que pudo haber sucedido en esos meses, una metáfora que nos permite imaginar en términos aproximados qué fue eso que sucedió, haya sido o no Peust en persona el catalizador. Y sin embargo…, lo que sigue al "sin embargo" en el pasaje recién evocado ("este no es un argumento a favor…") , permite apreciar también hasta qué punto la nueva posición de Pereyra sigue siendo tributaria del ya mentado "pragmatismo ambivalente" de las elites mexicanas en lo que respecta a sus relaciones con el coloso del Norte, disposición ésta ante la cual el propio Peust parece también, en cierto momento, rendirse, al menos en la resolución de sus consideraciones sobre la doctrina de Monroe, referida hace un instante: México debía alistarse para "ayudar" a sus "amigos" Estados Unidos ante cualquier eventualidad: ¿se trata de una observación sincera, o de una más ingenua que ingeniosa coartada…? Muy ligado a ello, conviene retener también la inquietud del Pereyra de 1907 acerca de la forma en que México debe presentarse ante el mundo: reducir la imagen de "país ansioso" es la moraleja de su planteamiento; hay ahí, quizá, un elemento que prefigura aspectos de su deriva ulterior, tan obsesionada, como veremos, por el juego de las mutuas percepciones entre las naciones y sus reflejos respectivos. No parece necesario insistir, por lo demás, en la importancia de la recuperación por Pereyra de la tesis de Peust acerca de la necesidad de nacionalizar las inversiones extranjeras, ni tampoco en la originalidad, al menos relativa, de la formulación de esa tesis por el escritor alemán en tan temprana fecha.

EL LEÓN Y EL CORDERO

Algo después de que apareciera el volumen de Peust con el prologo de Pereyra, éste dio a conocer dos estudios en el diario *El Norte* de Chihuahua. En 1908, dichos estudios fueron publicados en forma de libro bajo el título de *La doctrina de Monroe, el destino manifiesto y el imperialismo*. El primero de esos estudios se denomina "La doctrina de Monroe y sus aplicaciones"; el segundo, más breve y presentado como complemento del anterior, se centra exclusivamente en el tema de la anexión de Texas. En este opúsculo compuesto se han esfumado tanto el encomio abierto a Roosevelt como la referencia a la "fortuna" de estar bajo la égida del monroísmo y de la potencia más preferible en última instancia. Recíprocamente, se ha enriquecido —complicándose— la mirada sobre

el debatido tema del alcance y la significación del apoyo estadounidense en el tiempo de la intervención francesa en México, difuminándose, en consecuencia, la más o menos cándida gratitud de 1905[18]. El efecto Peust ha comenzado a actuar.

No puede caber duda de que el Pereyra de 1908 denuncia hipocresías y desenmascara leyendas sentimentales; de que recurre ocasionalmente al sarcasmo para abonar sus puntos de vista; de que dispara, incluso, dardos mortales contra algunos de los protagonistas de la historia estadounidense —señaladamente—, contra Andrew Jackson y James Polk. En todo esto hay, como puede apreciarse, grandes diferencias con la página de 1905 y, también, con los desarrollos de su *De Barradas a Baudin*, de 1904. Sin embargo, sería apresurado y hasta excesivo identificar en el libro de 1908 una crítica áspera, frontal y completa a la política exterior estadounidense y a Estados Unidos. No menos evidentes que el conjunto de rasgos referido son los dos hechos siguientes: el planteamiento del Pereyra de *La doctrina de Monroe* sigue siendo tributario del hiperrealismo político ya mentado, y todavía subyace en sus consideraciones una marcada admiración hacia Estados Unidos. De acuerdo con su visión, ese país ha sido conducido principalmente por estadistas que, orientados por "razones de alto interés bien entendido", han venido siguiendo "una invariable tradición nacional". Es cierto, empero, que se trata ahora de una admiración menos unilateral y más compleja, no exenta incluso de cierto sabor amargo, por lo que parece contener cualquier especulación respecto de la situación imperante en los países débiles. El efecto Peust actúa, pero dentro de ciertos límites.

En opinión del Pereyra de 1908, es una equivocación interpretar la doctrina de Monroe en clave altruista o "idealista abstracta", esto es, como expresión de "sentimientos fraternales". Desde el principio, la doctrina trata exclusivamente del *self interest*, y se refiere a una cuestión de supre-

[18] Pereyra, *La doctrina de Monroe*. El capítulo VII de esta obra aborda, vinculándolos, dos de los grandes episodios de la década de 1860: la guerra civil estadounidense y la intervención francesa en México. Pereyra destaca allí la política hábil, moderada y previsora de William Seward, el secretario de Estado de Lincoln. Entre otras cosas, refiere la demora del gobierno estadounidense en reaccionar contra lo que ostensiblemente era una intervención francesa en México, así como la decisión de no invadir México. A juicio de Pereyra, Seward negó todo auxilio al gobierno de Juárez. En todo esto, Pereyra parece seguir el testimonio entre personal e historiográfico de Emilio Ollivier. Sobre Ollivier y su interpretación de esa época, véase Quirarte, "Emilio Ollivier, el historiador de dos imperios".

macía hemisférica, es decir, al tema del predominio de Estados Unidos en América. Con los años, la doctrina, que, como señaló en cierto momento el mismo John Calhoun, jamás fue un precepto "obligatorio" sino una opinión personal de un mandatario ante una situación particular, se dejó de aplicar en muchos casos y se empleó variablemente en otros, atendiendo siempre a la defensa de los "intereses permanentes". Según Pereyra, más temprano que tarde los "sentimientos fraternales" que podía contener la formulación de 1823 se esfumaron en 1826 para desaparecer del todo dos décadas después, quedando entonces a la vista solamente el elemento cimentador de la hegemonía estadounidense. Si Polk fue el representante típico de la política de expansión territorial, pasada la crisis de la esclavitud, Roosevelt lo sería de la expansión imperialista. El organismo desbordó sus ambiciones y la doctrina, ajustándose a "las seis razones del capitán Mahan", perdió para siempre su elemento de "no intervención" —de aislamiento y temor, de simpatía hacia los débiles…—, y acabó por adaptarse con éxito a la nueva situación imperial, no necesariamente prevista por sus autores originales[19].

Una imagen poderosa, la alegoría que tematiza las modalidades de la posible coexistencia entre "el león y el cordero", tomada explícitamente de una antigua declaración de Thomas Jefferson, le sirve al Pereyra de 1908 para jalonar su relato de la historia de la doctrina y sus aplicaciones. Dicho relato puede resumirse así: en un primer momento, el de la formulación y sus antecedentes inmediatos, se generalizó la idea según la cual el león y el cordero podían coexistir, sencillamente porque el león quería ser un animal de trabajo, que no necesitaba devorarse al cordero para su felicidad, sino que se contentaba con tener la parte del león. En 1826, el fracaso del Congreso de Panamá hizo evidente que, desde el punto de vista del león, el cordero no podía proponer una garantía al contrato de sociedad; en 1848, las consecuencias de la guerra entre Estados Unidos y México dejaron claro que, si era preciso, el cordero podía dejar más

[19] Para el Pereyra de 1908, la doctrina de Monroe es en realidad "obra de todo el pueblo" de los Estados Unidos, habiendo sido su autor concreto no el presidente Monroe, sino el entonces secretario de Estado John Quincy Adams. Sostiene Pereyra que como la doctrina fue apoyada por Gran Bretaña hay quienes la atribuyen a George Canning; sin embargo, y sin negar esa vinculación, Pereyra enfatiza entonces el "aspecto genuinamente americano" de la formulación de Adams-Monroe. Veremos que en *El mito de Monroe* Pereyra presentaría una explicación mucho más pormenorizada y compleja de aquel origen, subrayando el papel de la diplomacia británica en el mismo.

de media piel entre las garras del león. La época del *Big Stick* y del tratamiento diferencial a los países iberoamericanos "estables y ordenados" no hace más que rubricar que el león y el cordero pueden, tal como lo había anunciado Jefferson, coexistir pacíficamente, en virtud de que "este buen león sólo saca las uñas cuando su hambre se hace exigente y no por el prurito de martirizar a los débiles".[20]

El recorrido histórico por las aplicaciones y no aplicaciones de la doctrina, por los desdenes e involucramientos de Estados Unidos, en relación con su creciente ámbito de influencia, aparece como tributario del bosquejo ofrecido por Peust en los dos primeros capítulos de *La defensa nacional de México*. Por supuesto, Pereyra profundiza más que Peust en un considerable conjunto de cuestiones: en la historia de los tratados relativos al canal interoceánico, los casos de Yucatán y Belice, en el caso de Dominicana, el litigio limítrofe entre Venezuela y Gran Bretaña, etc. Pereyra destaca, además, con énfasis notorio, el hecho de que, a partir de 1890, Estados Unidos debía, por fuerza, ver hacia el exterior, y tenía que hacerlo más decididamente y con mayores miras. Unos años después, en *El mito de Monroe*, profundizará todavía más estos puntos, examinando además otras situaciones nuevas.

En suma, aparte de la innegable presencia de una serie de aspectos críticos y hasta sarcásticos, y más allá de que cabe hablar de un desplazamiento notorio respecto a la seminal página de 1905, *La doctrina de Monroe* no es, si se la considera rigurosamente, un cuestionamiento integral de la política exterior de Estados Unidos ni una valoración cerradamente negativa del desempeño histórico de esa nación. Por el contrario, y lejos de ello, puede hablarse todavía de admiración, es cierto que contenida y hasta amarga, pero admiración al fin, hacia el coloso del Norte. Resulta, en efecto, casi imposible identificar en ese libro de 1908 elementos que autoricen a hablar de "desprecio" hacia los Estados Unidos, por parte de Pereyra, ni que permitan perfilar los rasgos de algún tipo de caracterización de la "buena política" definida en contraposición a la llevada adelante por Estados Unidos. En una medida importante, la "buena política" sigue siendo para este Pereyra la desplegada justamente por los grandes estadistas norteamericanos, intérpretes eficaces de los altos intereses permanentes de su crecientemente poderosa nación. Única y relativa excepción en tal sentido parece ser el pasaje siguiente, que forma

[20] Pereyra, *La doctrina de Monroe*, pp. 131-132.

parte del segundo de los estudios que componen *La doctrina de Monroe,* dedicado al tema de la anexión de Texas, y escrito en respuesta a las posiciones de Robert McNutt McElroy, entonces profesor de la Universidad de Princeton, en torno a "la guerra mexicana". Afirma Pereyra:

> Yo no creo que las grandes ondas de expansión nacional de un pueblo admitan la pauta de una dirección ética, como no creo que haya posibilidad de sujetar a una medida moral las erupciones volcánicas o la erosión de los continentes. Pero como en medio de una vida natural implacable y ajena a nuestras ideas sobre lo bueno y lo justo, hemos inventado los valores morales para entendernos cuando por excepción impera la voluntad humana y no somos partículas arrastradas por el torbellino universal; como lo único que no se nos puede pedir es que no condenemos la fuerza irrefrenable de las cosas, tenemos derecho a que no se nos exija algo más que la sumisión pasiva, sin consentimiento, a la tiranía de esa fuerza. Ir hasta la justificación moral de la violencia, es indigno por absurdo. El tartufismo de Jackson es repugnante[21].

En nuestra opinión, y más allá de que se refiere a una figura y a un proceso particular de la política exterior estadounidense, sin tener, por tanto, pretensiones generales, el pasaje antes citado posee una significación enorme, toda vez que con él se abre una fisura considerable en el hasta entonces relativamente galvanizado hiperrealismo de Pereyra. Dado el caso, la fuerza de las cosas, aun si irrefrenable, *puede* y, en última instancia, *debe* ser condenada *en nombre de valores morales*. Veremos enseguida que en la profundización de esta línea de reflexión parece residir buena parte de la originalidad y de la radicalidad de *El mito de Monroe* y, también, de la obra del Pereyra ulterior. Más aún, ¿no se cuenta esa premisa, tan espléndida y conmovedora como problemática y debatible, por ambos flancos, entre los impulsos definitorios del antiimperialismo hispanoamericanista o latinoamericanista…? Pero no anticipemos.

[21] Pereyra, *La doctrina de Monroe*, pp. 159-160.

EL *EFECTO* 1912

Sabemos, por Ángel Dotor, que en septiembre de 1907 Pereyra fue elegido diputado, con lo que se iniciaron sus actividades políticas; sabemos, también, que pronto ellas fueron desplazadas por las responsabilidades diplomáticas[22]. Lo importante de esta precisión es que nos autoriza a conjeturar que la publicación de *La doctrina de Monroe* no sólo no complicó la carrera de Pereyra, sino que parece haberle dado un espaldarazo decisivo, abriéndole las puertas del servicio exterior mexicano. Acevedo, a quien seguimos una vez más, recuerda que en agosto de 1909 Pereyra fue nombrado segundo secretario de la Embajada de México en Washington; pocos meses después regresó a México; a comienzos de 1910, se le nombró primer secretario, aunque enseguida fue reasignado como encargado de negocios en La Habana. A fines de ese año, Pereyra regresó a México a ocupar nuevamente un puesto en el Congreso, para ser nombrado otra vez, en los primeros días de 1911, primer secretario de la Embajada en Washington, quedando incluso como encargado de negocios cuando Francisco León de la Barra retornó a México. En esos meses turbulentos, Pereyra acrecentó sus conocimientos sobre historia política, observó la campaña electoral que acabó llevando a Woodrow Wilson a la presidencia y, sobre todo, operó en defensa del régimen agonizante en su país, esto es, en contra de la Revolución mexicana. Naturalmente, dicho alineamiento le costó su cargo cuando Francisco I. Madero asumió la presidencia. Más tarde, tras el golpe de estado que a principios de 1913 depuso a Madero, Pereyra fue nombrado subsecretario de Relaciones Exteriores por el nuevo mandatario, el general Victoriano Huerta. Según testimonio del diplomático cubano Manuel Márquez Sterling, Pereyra no conceptuó el momento de Huerta como un retorno al porfirismo, sino como algo original e incluso, más auspicioso que lo que pudiera haber significado la eventual restauración de la vieja dictadura[23]. A mediados de 1913 Pereyra fue nombrado embajador y ministro plenipotenciario en Bélgica y los Países Bajos; al siguiente año, al producirse la caída de Huerta por el triunfo del movimiento conducido por Venustiano Carranza, renunció a

[22] Véase Acevedo, *Carlos Pereyra,* p. 15.
[23] Márquez Sterling, *Los últimos días del presidente Madero.*

su cargo, y ya no regresaría a México. Fue designado miembro de la Corte Internacional de Arbitraje de La Haya, aunque debió abandonar Bélgica ante la invasión alemana de 1914; pasó entonces, junto a su esposa, a Suiza, donde vivieron dos años. En 1916 se instalaron en Madrid, donde Pereyra dio a conocer la parte más voluminosa y significativa de su obra.

Da toda la impresión de que Pereyra llegó a España con un par de libros concluidos y con varios más a punto de concluirse, ya que en el mismo año de 1916 comienza a publicarse en la Editorial América la larga y relativamente conocida serie de sus obras. Entre esos libros terminados o a punto de serlo, han de contarse cuatro que guardan relación directa con los temas tratados en *La doctrina de Monroe*. Uno es, tal como lo anticipamos, *El mito de Monroe*. Los otros son: *El crimen de Woodrow Wilson*; *Tejas, la primera desmembración de México* y *La Constitución de los Estados Unidos como instrumento de dominación plutocrática*. No hay espacio aquí para examinarlos a todos. Simplemente, creemos necesario consignar un conjunto de aspectos —seis en total— de *El mito de Monroe*, con el único propósito de establecer semejanzas y diferencias, continuidades y discontinuidades con el opúsculo de 1908, y de intentar ofrecer algún tipo de interpretación.

Primero, *El mito* reproduce, con mayor o menor grado de literalidad o de asimilación, según sea el caso, la mayor parte de *La doctrina*. Segundo, *El mito* es una obra sensiblemente más exhaustiva y extensa que *La doctrina*; se verifica, como adelantamos, un tratamiento más pormenorizado de casos ya estudiados, así como una incorporación de casos nuevos. Entre los primeros, destacan el tema del origen de la doctrina —ahora es la diplomacia británica la que ocupa el primer plano en la argumentación—[24] y las historias de las disputas por Cuba y por el canal interoceánico. Entre los segundos sobresalen, previsiblemente, los referidos a situaciones más próximas al momento de elaboración del texto, como el desplazamiento del presidente nicaragüense José Santos Zelaya. Tercero, y mucho más importante, se aprecia en *El mito* un viraje sustantivo en lo que respecta a la valoración tanto de la política exterior estadounidense como del des-

[24] Escribe Pereyra en *El mito*: "Más cuerdo sería decir que la doctrina de Monroe, engendrada en el gabinete de Canning (aunque se le quite el nombre de Canning a todas las avenidas de Buenos Aires), creció, vivió y tiene quien hable de ella, gracias a la flota inglesa, es decir, gracias a Inglaterra, la única *nación americana*, poseedora de intereses en todo el continente, y de un poder naval bastante para hablar con cualquier interlocutor europeo sobre asuntos continentales americanos". Pereyra, *El mito de Monroe*, p. 120.

empeño histórico global de Estados Unidos en la historia contemporánea. Dicho viraje tiene lugar en varios niveles, destacando entre ellos el hecho de que la antigua admiración por los estadistas yankees —cándida en 1905, más resignada y amarga, pero aun así visible, en 1908— deja paso ahora a una crítica integral, que por momentos pone en juego una suerte de proyección invertida de la "tesis del desprecio". Quien desprecia es ahora el hispanoamericano Pereyra, siendo el objeto de su desprecio el poderoso Estados Unidos. Cuarto, y en estrecha relación con esto, se perfila con nitidez en varias franjas de *El mito* la figura de lo que constituye para Pereyra una "buena política", caracterizada exactamente en contraposición con la imagen que va trazando del desempeño de Estados Unidos. Dicha contrafigura no se articula, todavía, con la recuperación abierta de cierta zona del pasado hispanoamericano o español identificable con precisión; hasta donde alcanza nuestro conocimiento, será más tarde —y sólo más tarde— que Pereyra llegaría a ser uno de los máximos vindicadores del papel de España en la historia universal. En *El mito*, la "buena política" queda conectada con consideraciones aparentemente abstractas e ideales —en el fondo aristocratizantes—, todo lo cual vendría a marcar un ahondamiento significativo aunque en cierto sentido todavía difuso de aquella fisura en su hiperrealismo que, con todo y mínima, efectivamente detectamos en el opúsculo de 1908. Consideraciones aparentemente abstractas e ideales entonces, aunque con una probable y relativamente previsible excepción: la de la Gran Bretaña decimonónica, cuya política exterior es ahora juzgada por Pereyra como más consciente y eficaz que la estadounidense. ¿No estaría, detrás de todo esto, la sombra de Edmund Burke…? Es probable, pero nos faltan elementos para establecerlo de manera fundada. Veamos un pasaje que ilustra lo que hemos afirmado sobre el viraje y el perfilamiento de la contrafigura:

> El monroísmo no es una doctrina ni la definición de una política: es la historia sin grandeza de un pueblo que ha llegado a ser colosal, sin haber conocido ninguna epopeya. Las patrias no se forman ni en el mercado donde se compra una Luisiana o una Florida, ni en los *raids* navales o terrestres de Buenavista y de Santiago. Las patrias, las grandes, las que cumplen una misión civilizadora, se engrandecen o sucumben poniéndose a prueba en los grandes días de Jemmapes, de Waterloo, de Bailén, de Jena, de Sedan, de Puerto Arturo. Mientras no llega para ellas uno de esos momentos sublimes, no serán sino asociaciones mercenarias con el evangelio de la paz como un

> efecto de esa aterrorizadora pesadilla, que inspira el apostolado mezquino de Carnegie, pero que no ha turbado jamás el sueño tranquilo de Bismarck. La impostura monroísta no es obra de guerreros, ni de videntes. La han fabricado, pieza a pieza, algunos políticos torpes, y los políticos hábiles o torpes, rebajan todo a su propio nivel. Es el caso de decir con Sorel: 'Estamos muy lejos del camino de lo sublime; nos encontramos en el que conduce a las prácticas político criminales'.[25]

Es el caso de decir, por nuestra parte, que estamos muy lejos de la antigua admiración por los grandes estadistas norteamericanos. Lo que despunta aquí son al menos dos cosas que reaparecen en otros de los materiales del Pereyra de ese tiempo y de las fases subsiguientes, y que, dada su importancia, conviene retener. De un lado, la duda, que no tardaría en ser resuelta en un sentido a estas alturas previsible, acerca de la supuesta superioridad intrínseca del republicanismo sobre el monarquismo; del otro, y muy vigorosamente, la caracterización del sistema político estadounidense como una plutocracia vil, tema que aparece desarrollado ampliamente en su diatriba del presidente Wilson, aparecida contemporáneamente a *El mito…* y en otros escritos suyos[26]. El siguiente pasaje permite apreciar esto y algunas cosas más, todas reveladoras del tremendo desengaño de Pereyra, desengaño que tiene entre sus antecedentes no sólo al "efecto Peust", sino también las experiencias acumuladas a lo largo de su breve pero intenso desempeño diplomático en Estados Unidos[27]:

> Los Estados Unidos son un país sin clases directoras, en que los negocios públicos, bajo sus dos aspectos de política interna y de relaciones con los otros pueblos, están entregados a la explotación de las bandas mercenarias, llamadas partidos, bajo la mirada indulgente de una plutocracia que emplea para sus propios fines, indistintamente, a los hombres de esos partidos […]. Los países gobernados por advenedizos, son sacrificados a sus políti-

[25] Pereyra, *El mito de Monroe*, pp. 115-116.

[26] Pereyra, *El crimen de Woodrow Wilson.*

[27] Además de lo consignado por Pereyra en los escritos publicados en los años inmediatamente subsiguientes a su estancia en Estados Unidos, los expedientes disponibles en el Acervo Histórico Diplomático de la Secretaría de Relaciones Exteriores permiten rastrear —en relación con casos bien concretos— posibles catalizadores de su animosidad de Pereyra ante los empresarios y políticos estadounidenses. Agradecemos a Mercedes de Vega la gentileza de habernos facilitado el acceso a este valioso conjunto de materiales.

> cos profesionales, que dentro de las verbosidades llamadas declaraciones de principios, para engañar a la clientela, no conocen otra norma de acción que las necesidades de la depredación […]. Cuando un país tiene clases selectas al frente de sus destinos —aristocracias en el buen sentido del término, es decir, patriciados nutridos en sentimientos de sacrificio, podrá tener orientaciones funestas para los demás, pero las revestirá siempre de esa coraza de fuerza, de dignidad y de heroísmo, que son propias de los grandes imperios. Hasta 1828, los Estados Unidos contaron con una legión de elementos directores casi aristocráticos, que dieron a su diplomacia y a su ejército, lo mismo que a su política interior, un tono de elevación innegable. Con Jackson, hizo irrupción la masa de aventureros ávidos y de las bandas mercenarias, que representan desde entonces la única fuerza política de la nación. Detrás de esos hombres que explotan desde los curules senatoriales hasta los garitos y lenocinios, no hay en la sociedad americana protector ninguno del país. La plutocracia, invisible y omnipotente, no representa ninguna tradición nacional. De allí que la diplomacia yanqui, cruel, como tiene que serlo en sus tendencias necesarias de hegemonía, de absorción y de conquista, no es siempre verdaderamente nacional, sino una proyección gigantesca, continental, de las condiciones de esa cloaca política que tiene su representación más inmoral en las relaciones del *trust* con los gestores de la política. Así, vemos que la bandera yanqui no siempre ondea en tierras extrañas y en mares lejanos para imponer el imperio de la fuerza norteamericana, sino para la realización de combinaciones que avergüenzan a los mismos norteamericanos, muchos de los cuales, justo es reconocerlo, querrían ser en buena hora conquistadores, pero nunca piratas[28].

Quinto, y derivado de lo anterior, el lenguaje de *El mito* es un lenguaje todavía más mordaz que el de *La doctrina*; es, además, un lenguaje que en ocasiones llega a ser incluso más encendido y virulento. Ni en 1905, ni en 1908, podría Pereyra haber escrito estas durísimas palabras:

> Se admira a Roosevelt por suponer que sirvió a los intereses de su país a la manera de un Cromwell o de un Bismarck. Hay belleza sin duda en el desenfado de un gigante; pero en estas admiraciones corremos el peligro de confundir los actos imponentes de la fuerza genial y las bellaquerías insultantes de un patán que escupe sobre la alfombra. Carlyle y heroísmo

[28] Pereyra, *El mito de Monroe*, pp. 121-122.

> a un lado, ¿era necesario hacer lo que hizo Roosevelt? Y si creía necesario atentar contra la soberanía de Colombia, ¿no era lo decente tomar el territorio asumiendo las responsabilidades de un conquistador y no por medio de una maquinación vergonzosa […]. No vemos el acto varonil de la violencia; se trata del acto de la duplicidad, del acto cobarde que para producir sus resultados necesita quedar oculto, y que descubierto no tiene ninguna justificación[29].

Roosevelt, según el Pereyra de 1914, es un patán que escupe sobre la alfombra. Cabe hablar, pues, aunque sea metafóricamente, de un "efecto 1912" sobre Pereyra, mismo que se aprecia notablemente en *El crimen de Woodrow Wilson* y que tiñe también, desde luego, a *El mito*[30]. Sexto, y de manera previsible, en *El mito* las filias y las fobias de Pereyra se revelan con mucha mayor nitidez que en *La doctrina*. Aún si es difícil establecer de manera inconclusa cuáles de esos elementos estaban presentes, aunque inexpresados, en 1908, y cuáles estaban directamente ausentes, de ninguna manera es lícito proyectar a 1908 lo que identificamos en 1914: el efecto 1912 tiene su especificidad. Dos ejemplos de cosas que suceden en *El mito* y no sucedían en *La doctrina*: uno, todo *El mito* está dedicado a las figuras de Simón Bolívar y Roque Sáenz Peña; el otro, el pasaje conclusivo de la obra enumera las tres grandes corrientes de opinión ante el fenómeno imperialista que, según Pereyra, podían distinguirse en la Hispanoamérica de ese tiempo: la del "rastacuerismo diplomático" —representada por Estanislao Zeballos y considerada obviamente con signo negativo—, la "popular", y la de los "grandes estadistas", —ambas

[29] Pereyra, *El mito de Monroe*, pp. 159-160.

[30] *El crimen de Woodrow Wilson* es importante por muchas razones. Entre otras, porque permite apreciar, además de lo que venimos señalando, las razones de la distancia entre Pereyra y los nuevos líderes Madero, Villa y Carranza. También, porque se introduce en sus páginas la voz de M. Jules Leclercq, "noble amigo de México", que en 1885 se dirigía a los mexicanos, pueblo sordo y ciego, para advertirles acerca del peligro protestante yanqui. Según Pereyra, Leclercq "comprendía que en una sociedad étnicamente dividida y económicamente desarticulada, sólo el sentimiento tradicional por excelencia puede fundar algo que lleve los destellos de la nacionalidad futura". (p. 105) En nota al pie, aclara Pereyra: "El autor no ha figurado ni un solo día en los grupos clericales; pero ha estado siempre contra los jacobinos, coadyuvadores inconscientes de la intriga protestante yanqui". La consideración atenta de estos pasajes permite conjeturar que para ese tiempo (*c*1915) Pereyra había iniciado su distanciamiento del orbe protestante, sin haberse adentrado aún en la recuperación abierta del católico.

evidentemente— valoradas con signo positivo, y ejemplificadas en las figuras de Manuel Ugarte la primera y de Simón Bolívar y Roque Sáenz Peña la segunda.

ANTIIMPERIALISMO E HISTORIOGRAFÍA

¿Qué es un autor? ¿Cuánto peso hemos de asignarle a su unidad de propósitos y cuánto a los márgenes de variabilidad, no sólo temática, sino también ideológica y axiológica, con los que habitualmente nos topamos al abordar una obra? ¿Qué es, en definitiva, una obra? ¿Qué es un texto? ¿A la luz de qué elementos hemos de interpretarlo? ¿Cómo debemos entender su relación con los otros textos que acaban por componer una obra *completa*? ¿A partir de qué criterios podemos valorar una trayectoria, un legado intelectual…? Hemos procurado tener presentes estas preguntas a lo largo de nuestra exploración, sin la pretensión de dar una respuesta abstracta o definitiva, sino para intentar un recorrido que fuera sensible, como dijimos, a la historicidad de los materiales y, en consecuencia, al carácter en principio indeterminado y en ocasiones problemático de las interrelaciones entre unos escritos que, aunque firmados por un mismo nombre, han sido elaborados en contextos distintos para decir cosas también distintas.

De nuestro recorrido se desprende, de manera fundada, lo siguiente. En lo que respecta a su elaboración, *El mito de Monroe*, crítica mordaz y encendida de Estados Unidos, es una obra que no le *pertenece* estrictamente a la Editorial América de Rufino Blanco Fombona y a la red antiimperialista que éste consiguió activar. *El mito* no le pertenece, tampoco, a la España de Alfonso XIII, Julián Juderías y José Antonio Primo de Rivera. La áspera crítica de Pereyra fue concebida y madurada en la larga década previa a su publicación en España y hunde, por tanto, sus raíces en la cultura política de la época porfiriana —pragmática y ambivalente—, en lo que concierne a las relaciones entre México y Estados Unidos. El punto de partida del trayecto fue la consideración de una página ubicada en las antípodas ideológicas y axiológicas de *El mito de Monroe*: "La doctrina de Roosevelt", publicada en 1905. En el proceso de concepción y maduración de la nueva postura ocuparon, por razones distintas y en grados diversos, un lugar importante tanto lo que hemos llamado "el *efecto* Peust", como lo que hemos denominado "el *efecto* 1912". Estaciones textuales

intermedias, indicativas de un desplazamiento no completo, pero aún así notorio, resultaron ser el prólogo al opúsculo de Peust y el volumen *La doctrina de Monroe*, de 1907 y 1908, respectivamente. Dicho esto, de ningún modo podría objetarse que, en lo que concierne a la circulación y a la recepción, *El mito de Monroe*, los otros numerosos trabajos de Pereyra y su propia figura como intelectual de renombre, le pertenecen, al menos en principio, a la Editorial América de Rufino Blanco Fombona y a su red y a partir de 1920, aproximadamente, a las redes hispanistas de la España de ese tiempo e incluso, a la ulterior. En México, y por razones obvias, Pereyra no fue un autor demasiado tenido en cuenta por la cultura oficial posrevolucionaria. En otros lugares, como por ejemplo en la Argentina, Pereyra fue admirado por antiimperialistas tanto "de derecha" como "de izquierda"; lo interesante del caso es que cada una de esas admiraciones recuperó elementos distintos y construyó series textuales diversas, arrojando en consecuencia *ecuaciones* divergentes[31].

En un sentido más general, *El mito de Monroe* es una obra que debe ubicarse, sin vacilación alguna, en la familia de los antiimperialismos derivados más o menos directamente del impacto de la guerra hispano estadounidense de 1898 sobre la cultura hispanoamericana y latinoamericana. Así, y en un primer sentido, *El mito* sería una manifestación textual relativamente tardía de la miríada de respuestas que suscitó la definitiva emergencia del coloso continental; relativamente tardía y, además, mediada por la tarea conjunta y acumulativa de eso que hemos denominado el "*efecto* Peust" y de eso otro que llamamos el "*efecto* 1912". En otros sentidos, sin embargo, *El mito* constituye un hito crucial para esa misma tradición ideológica y cultural. En primer lugar, porque en sus páginas es dable apreciar una modalidad posible y hasta cierto punto fulgurante de intersección, tensión y colisión de motivos e idearios *a priori* incompatibles: la cultura política del porfiriato, las ilusiones del huertismo, el antinorteamericanismo, el hispanismo católico todavía ausente, pero que, presente luego en las elaboraciones del mismo autor, llevaría a algunos a resignificar de un modo específico sus aportes anteriores. En se-

[31] Recordemos, a título meramente ilustrativo, que Julio Irazusta —una de las figuras más notables del historiografía rosista argentina— reconoció abiertamente y en más de una ocasión su deuda intelectual con Pereyra, que la corriente denominada "izquierda nacional" fue reeditora y lectora ávida de una zona significativa de la obra de Pereyra, y que Gregorio Selser menciona a Pereyra en la Bibliografía de la *Cronología de las intervenciones*, su obra más conocida. Véase Irazusta, "La obra de Pereyra".

gundo lugar, y más fundamentalmente, porque en *El mito* se condensan de manera notable —entre otras cosas, porque es un libro perfectamente documentado y soberbiamente ejecutado— los elementos característicos del "ensayo antiimperialista latinoamericano", en este caso, del "ensayo histórico" remisible a dicha orientación ideológica[32]. De ahí que tal vez resulte estimulante concluir esta exploración con una indicación de ciertos rasgos de *El mito* en los que hemos creído identificar pautas para una eventual caracterización del subgénero "ensayo histórico antiimperialista" o, mejor dicho, para la elaboración de una tipología del mismo y sus variantes. Sometamos cinco de esos rasgos a debate. Uno, la disposición, el gusto por el inventario; una de las dimensiones capitales de *El mito* y de mucha otra literatura antiimperialista es su condición evidente de catálogo de vejaciones y atrocidades. En cierto lugar, Pereyra, renunciando a listarlo todo en perfecto orden, indica que, más modestamente, seguirá el "método anecdótico"; su libro es, no obstante, un antecesor muy digno de, por ejemplo, *Las venas abiertas de América Latina*, de Eduardo Galeano, o la *Cronología* selseriana. Dos, el tono, que oscila entre lo trágico y lo sarcástico, discurriendo lo trágico sobre todo en las apreciaciones globales o en las relativas a las naciones víctima, y reservándose lo mordaz para hablar de las naciones o grupos victimarios, los cuales incluyen también, en ocasiones, a determinadas capas de las naciones víctimas. No obstante, el subgénero no parece propenso a cultivar demasiado el humor: lo mordaz parece orientado, ante todo, a producir si no risa, indignación, ira y una peculiar complicidad con el lector. Tres, el recurso, no exclusivo pero sí predilecto, a un tipo especial de fuente, a saber, el

[32] Cabe recordar aquí un señalamiento introducido por Martin Stabb, según el cual resulta aconsejable distinguir en la historia ideológica hispanoamericana de la primera mitad del siglo XX entre los "escritores arielistas", los "ensayistas políticos antiyanquis", los "indigenistas", y los "simpatizantes de la Iglesia católica". Para Stabb, a los dos primeros tipos se los encuentra desde principios de siglo, a los segundos se los detecta recién unas décadas más tarde, más allá de las diferencias y de los matices, cabría identificar denominadores comunes —uno es, quizá, el antinorteamericanismo— e intersecciones; también, agregamos nosotros, deslizamientos —véase Stabb, *América Latina en busca de una identidad.* Evidentemente, al Pereyra posterior al "*efecto* Peust" habría que ubicarlo, tanto por el tema como por el tono, en el segundo de los grupos indicados por Stabb, esto es, el de los "ensayistas políticos antiyanquis" —hay muy poca o ninguna "retórica neo-idealista" en Pereyra; otros integrantes del mismo grupo serían Manuel Ugarte y Rufino Blanco Fombona, ambos admirados por Pereyra, al menos hasta 1920; a partir de esa fecha, Pereyra emblematizaría una posible modalidad de intersección entre los grupos segundo y cuarto.

testimonio por el cual el victimario revela indiscretamente sus verdaderas intenciones. ¿Qué otro papel juegan en la economía discursiva de Pereyra las constantes alusiones a los propios gobernantes y funcionarios estadounidenses sorprendidos *in fraganti* en declaraciones comprometedoras? (recordemos el empleo de *El ideal americano* por Peust y por su interlocutor el ex diputado cubano). "El pez por la boca muere", reza un antiguo refrán popular; da la impresión de que, en general, los antiimperialistas participan de esa opinión. Por lo demás, este tipo de manifestaciones —que no se toman exclusivamente de boca de los victimarios, sino que pueden tener también otros orígenes— son habitualmente presentadas con un halo de hallazgo revelador, lo cual segrega, por supuesto, efectos retóricos de importancia. Cuatro, cierta tensión axiológica, derivada de una oscilación entre, por una parte, una disposición realista o hiperrealista, la cual desemboca normalmente en la admiración por el poderío y el esplendor del victimario y, por la otra, una fuerte apelación a la moral que gravita hacia el desprecio por ese mismo victimario; la tensión se encuentra, como vimos, en Pereyra, pero de ninguna manera es exclusiva de él. Cinco, y ligado a lo anterior, la composición de la contrafigura, de la imagen de la "buena política", que se opone al victimario. Se constata en esto una variedad considerable de posiciones y matices que depende, entre otras cosas, de la visión que se tenga del victimario, ya sea como un ente homogéneo y monolítico o heterogéneo y fraccionado. Antes de eso, es probable que una propuesta de clasificación de las imágenes de la "buena política" deba comenzar por introducir la distinción elemental entre antiimperialismos más "elitistas" y antiimperialismos más "populares". Aristocratizantes desde temprano, los impulsos de Pereyra se movieron mayormente dentro del primer tipo. En este sentido, tal vez la novedad mayor en su itinerario sea que, a partir de 1920, pasara a recuperar facetas de una zona específica del pasado iberoamericano —el imperio preborbónico—, en las cuales creyó ver hasta cierto punto realizada aquella "buena política" de la cual, a diferencia de su página de 1905, Estados Unidos ya no eran en absoluto el emblema.

BIBLIOGRAFÍA

Acevedo, Edberto
Carlos Pereyra, historiador de América, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-americanos, 1986.

Cosío Villegas, Daniel
El porfiriato; la vida política exterior, tomos 5 y 6 de la *Historia moderna de México*, México, Hermes, 1963.

Granados, Aimer
Debates sobre España. El hispanoamericanismo en México a fines del siglo XIX, México, El Colegio de México/Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, 2005.

Irazusta, Julio
"La obra de Pereyra", ensayo preliminar a Carlos Pereyra, *El mito de Monroe*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1969.

Jiménez, Rogelio
La pasión por la polémica: el debate sobre la historia en la época de Francisco Bulnes, México, Instituto Mora, 2003.

Márquez Sterling, Manuel
Los últimos días del presidente Madero. Mi gestión diplomática en México, México, Porrúa,1958.

Pereyra, Carlos
De Barradas a Baudin. Un libro de polémica historial, México, Tipografía Económica, 1904 [1917].

——, "La doctrina de Roosevelt", en *El mundo ilustrado*, México (27 de agosto), 1905.

——, "Prólogo" a Othon Peust, *La defensa nacional de México*, México, Impr. Central, 1907.

——, *La doctrina de Monroe*, México, J. Ballescá y Ca., 1908.

——, *El mito de Monroe*, Buenos Aires, El Búho, 1959 [Madrid, Editorial América, *c* 1916].

——, *El crimen de Woodrow Wilson*, México, Porrúa, 1981 [Madrid, 1915 y, como libro con adiciones, 1917].

Pérez Vejo, Tomás
"La guerra hispano-estadounidense del 98 en la prensa mexicana", en *Historia Mexicana*, L: 2 (2000), pp. 271-308.

Peust, Othon
La defensa nacional de México, México, Impr. Central, 1907.
Quirarte, Martín
"Emilio Ollivier, el historiador de dos imperios", en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, México, IIH-UNAM, 1967, vol. 2, pp. 129-137.
Ruiz Carmona, Salvador
"'Sólo eran libros': El incendio de Medinaceli (1 de diciembre de 1978)", en http://www.ih.csic.es/paginas/incendio/articulo.htm (última consulta: 19/09/2008). s/a.
Segnini, Yolanda
La Editorial América de Rufino Blanco-Fombona, Madrid, 1915-1933, Madrid, Libris, 2000.
Stabb, Martin
América Latina en busca de una identidad. Modelos del ensayo ideológico hispanoamericano, Caracas, Monte Ávila, 1969.
Terán, Óscar
"El primer antiimperialismo latinoamericano", en *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos, 1986, pp. 85-97.
Touissant Alcaraz, Florence
Escenario de la prensa en el porfiriato, México, Fundación Manuel Buendía, 1989.
Vasconcelos, José
Bolivarismo y monroísmo. Temas iberoamericanos, Santiago de Chile, Ed. Ercilla, 1934.

III
RADIOGRAFÍA DEL IMPERIO: *LOS ESTADOS UNIDOS CONTRA LA LIBERTAD*, DE ISIDRO FABELA

RADIOGRAFÍA DEL IMPERIO: *LOS ESTADOS UNIDOS CONTRA LA LIBERTAD*, DE ISIDRO FABELA*

Luis Ochoa Bilbao
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

INTRODUCCIÓN

Testigo y actor privilegiado del siglo XX, Isidro Fabela conoció en carne propia el poderío estadounidense y entendió con claridad el enorme reto que implicaba para México su vecindad con una nación culturalmente distinta, con un dinámico desarrollo tecnológico, amparada en su modelo político-comercial, envidiada por muchos y con una vocación hegemónica abiertamente declarada.

Es cierto que muchas páginas han sido escritas para señalar, analizar y censurar el rol hegemónico que ha jugado Estados Unidos respecto a América Latina. Lo mismo puede decirse de los estudios que han revisado las vicisitudes históricas de la vecindad entre Estados Unidos y México. Sin embargo, habrá quienes consideren que de todas formas no han sido suficientes las páginas y los estudios al respecto, dada la importancia del tema. Por lo pronto, el libro *Estados Unidos contra la libertad,* escrito por Isidro Fabela, es una obra fundamental que resuelve un poco la necesidad de contar con materiales que profundicen en América Latina el conocimiento de sus relaciones con Estados Unidos. Además, se trata de la mirada de un hombre que combinó la labor intelectual con el oficio diplomático y político, es decir, de un mexicano peculiar que se convirtió en un actor central de las relaciones internacionales entre México y el

* Agradezco los comentarios y señalamientos hechos por Clara E. Lida, Pablo Yankelevich, Froylán Enciso y Carlos Marichal, durante la reunión celebrada el 21 de abril de 2008, en el marco del Seminario de Historia Intelectual de América Latina, siglos XIX y XX. También agradezco las correcciones y aportaciones hechas a este trabajo por Jésica Ayala (Universidad de las Américas, Puebla), en su labor como asistente de investigación.

mundo, que participó en los foros mundiales más importantes del siglo XX en momentos álgidos de la historia de la humanidad y que contribuyó a la construcción de la cultura política del país. No es, por lo tanto, exagerado decir que Isidro Fabela fue protagonista y cronista del siglo que le tocó vivir, con episodios tan dramáticos como la Revolución mexicana o la segunda Guerra Mundial.

La importancia del libro radica en la cantidad de datos, fechas y nombres que hacen de la información ahí contenida un referente necesario para entender la historia contemporánea del continente. Más que un ejercicio de reflexión sobre el papel hegemónico que ha tenido Estados Unidos respecto de América Latina, el libro corresponde a una visión pragmática de ese tema, ya que Fabela pretendió con ello desnudar el falso discurso libertario y prodemocrático con el que ha vestido la nación norteamericana su contribución a la historia del continente en el siglo XX. Podría suponerse que las ideas ahí contenidas eran compartidas por la gran mayoría de los personajes mexicanos que vivieron la revolución y reconstruyeron la nación después de la violencia. El libro es también una obra crítica que no dudó en señalar las traiciones de los gobiernos latinoamericanos sin escrúpulos, que se dejaron seducir por el poderío estadounidense a costa de sus sociedades.

Aunque participó activamente en las filas del carrancismo durante la Revolución mexicana, Fabela no fue un hombre vinculado a movimientos sociales contestatarios de corte anarquista o disidente. Por el contrario, fue un personaje profundamente institucional y con un marcado sentido legalista —al menos así se manifiesta en todas sus obras—, que confió siempre, por ejemplo, en el espíritu del derecho internacional, en la Sociedad de Naciones, en las conferencias panamericanas y en la Organización de las Naciones Unidas. Las preocupaciones y planteamientos de Fabela eran, por lo tanto, institucionales; es decir, buscó en su vida y con sus obras consagrar el derecho de las naciones latinoamericanas y de otras partes del mundo a gozar de autonomía, independencia económica y autodeterminación. En suma, puede decirse que una fuerte motivación en su vida fue encarar la lucha por la soberanía de los pueblos y oponerse a los imperialismos de su época[1].

[1] Y esto se extiende más allá del continente americano, como queda constatado en la posición que asumió Fabela ante la Sociedad de Naciones, por la invasión italiana de Etiopía o la de Alemania contra Austria. Véase, Serrano Migallón, *Con certera visión*, pp. 30-33.

El presente trabajo ofrece una visión panorámica de la vida de Isidro Fabela y algunos planteamientos a partir del contenido del libro. Por otra parte, cabe señalar, que si bien el texto se ubica dentro lo que podríamos considerar una obra de historia diplomática[2] sobre el imperialismo estadounidense en América, resulta, en verdad, una crónica escrita desde el oficio político y diplomático. Independientemente de esto, se le puede catalogar como una temprana contribución de México al estudio de lo que después se conocerá como la disciplina de las relaciones internacionales[3].

INTELECTUAL, POLÍTICO Y DIPLOMÁTICO

Isidro Fabela fue un personaje central de la historia contemporánea de México, lo que le ha merecido adjetivos como "héroe civil y santo laico", según Jesús Reyes Heroles; "intelectual independiente y enajenado", según James D. Cockcroft o "cacique civil", según Enrique Krauze. Sin embargo, contamos con pocos trabajos formales sobre él a pesar de tratarse de un personaje fructífero tanto por su obra como por su vida[4]. Sobra

[2] Un género (el de la historia diplomática) que, sin ser "precisamente desconocido […] ha sido hasta ahora el sector menos favorecido en la […] dilatada e ilustre historiografía mexicana". Gómez Robledo, "Prólogo", p. v.

[3] Según Wright, en *The Study of International Relations,* los primeros trabajos que considera fundacionales de la disciplina de las relaciones internacionales son, precisamente, descripciones y crónicas de política exterior o historia diplomática que comenzaron a escribirse en Estados Unidos en los albores del siglo xx, y pone de ejemplo el libro *World Politics* de Paul S. Reinsh, publicado en 1900.

[4] Sobre la vida de I. Fabela destacan dos libros de Fernando Serrano Migallón; el primero corresponde a la tesis de licenciatura del autor y en cierta medida se trata de un trabajo prácticamente acrítico. El segundo, titulado *Con certera visión,* es una amplia selección de textos de Fabela precedidos por su correspondiente estudio. Está también el libro de Fedro Guillén, *Fabela y su tiempo;* el estudio preliminar de Javier Garciadiego, "Fabela, diplomático revolucionario", para el volumen x de la *Obras* de Fabela, publicadas por el Instituto Mexiquense de Cultura, y el capítulo de Andrés Ordóñez dedicado a Fabela, en *Devoradores de ciudades*, más enfocado a su labor diplomática. Dice Serrano Migallón que la obra completa de Fabela ha sido ya publicada por el Fondo de Cultura Económica, por la editorial Jus y por el Instituto Mexiquense de Cultura, dentro de su colección denominada Biblioteca Isidro Fabela. A lo anterior, se agrega un video titulado *La paz sin fronteras; El México de Isidro Fabela*, Editorial Clío, México, 2004; así como dos volúmenes publicados por la unam, en 1959 (con prefacio y selección de Baldomero Seguro García), titulados *Homenaje a Isidro Fabela*.

decir que todavía faltan varios estudios sobre su labor diplomática y sus obras de inspiración internacionalista.

Fabela fue un hombre de épocas: nació en la era porfiriana, en 1882, en el seno de una familia acomodada de provincia, y comenzó el nuevo siglo como estudiante en la Escuela Nacional de Jurisprudencia (1902). Fue miembro de la Sociedad de Conferencias en 1907 y fundador y primer secretario de actas del Ateneo de la Juventud en 1909, espacio en el que, a decir de Pablo Yankelevich, forjaría su perfil "arielista". Apoyó la lucha democrática maderista y vivió la Revolución junto a Venustiano Carranza, representando a ese gobierno en labores diplomáticas tan complejas como el caso Benton[5] y la invasión al puerto de Veracruz en abril de 1914[6]. Ese mismo año, Fabela marchó a Europa como "agente confidencial del gobierno constitucionalista" y en diciembre de 1915 haría lo mismo en Sudamérica[7]. Después de haber fungido como ministro plenipotenciario en España (1918) y Alemania (1920), regresará a su país para desempeñar labores académicas en la Escuela Nacional de Jurisprudencia (1921), cultivar el periodismo en el diario *El Universal* y participar, sin mucho éxito al principio, en la política de su estado natal[8]. Como escribe Ordóñez, "Fabela quedará fuera de la jugada política durante todo el periodo de los generales sonorenses en el poder"[9], por lo que partirá al exilio hacia Estados Unidos en 1923, radicará en París en 1926 y regresará a México para reincorporarse a la vida pública y diplomática tres años más tarde[10].

Isidro Fabela representó a México y al gobierno de Lázaro Cárdenas ante la Sociedad de Naciones (1937-1941); fue gobernador del Estado de México (1942-1945) y en 1946 fue nombrado miembro de la Corte Internacional de Justicia de la Haya. En 1963 donó a la nación la Casa del Risco, su antigua residencia, junto con su biblioteca y una colección de arte[11]. Murió justo en el esplendor del presidencialismo autoritario

[5] Se trata de un problema diplomático surgido a raíz del asesinato de William Benton, ciudadano de origen inglés, a manos de Francisco Villa, y que generó fuertes tensiones entre Carranza y el gobierno británico en 1913.

[6] Véase, Fabela,

[7] Ordóñez, *Devoradores de ciudades*, pp. 153-154.

[8] Serrano Migallón, *Devoradores de ciudades*, p. 77.

[9] Ordóñez, *Devoradores de ciudades*, p. 166.

[10] Serrano Migallón, *Devoradores de ciudades*, p. 77.

[11] Serrano Migallón, *Devoradores de ciudades*, pp. 75-79.

mexicano en 1964, cuando gobernaba el país Adolfo López Mateos, un mexiquense que fue apoyado y promovido durante su vida por el mismo Fabela, según los códigos del mentor y del reclutamiento político de la época[12].

Tras el breve repaso de algunos pasajes de su vida, es claro que Isidro Fabela fue un hombre de facetas: abogado, profesor, periodista fundador y director del informativo carrancista *El Pueblo*, agente secreto[13], ministro plenipotenciario, escritor, diplomático, diputado electo en 1923 por su estado y gobernador del Estado de México[14].

Junto a su intensa labor política y diplomática, a Fabela hay que reconocerlo como uno de los fundadores del pensamiento internacionalista mexicano, al menos desde la perspectiva que privilegiaba el estudio jurídico de las relaciones internacionales. Varias de sus obras dan testimonio de esto: *Los precursores de la diplomacia mexicana*, 1927; *Neutralidad*, 1940; *Belice, defensa de los derechos de México*, 1944; *La doctrina Drago*, 1946; *Las doctrinas Monroe y Drago*, 1957; *Intervención*, 1959.

Una explicación convincente sobre el interés de Fabela por las normas internacionales se debe a la naturaleza débil de la nación mexicana y de los países latinoamericanos. Ante el poder real, económico y militar de Europa y Estados Unidos, no quedaba más en México y América Latina que presentar una imagen de modernidad. Para llegar a ese punto, habría que dotar de un marco jurídico al sistema mundial, que intentara resolver los desequilibrios de poder y que involucrara a estas naciones en el concierto internacional.[15]

[12] Fabela fue un hombre que convivió con los esquemas del poder del autoritarismo mexicano, los conoció bien y los supo usar: "Fabela adoptó políticamente a López Mateos y le enseñó todos los secretos de la política como él la entendía: mezcla de oratoria, halago, suavidad, cortesía, la política resultaba una estribación de la diplomacia. Por 'dedazo' de Fabela, López Mateos resultó director del [Instituto Científico y Literario de Toluca]", Krauze, 1997, p. 224.

[13] Un agente secreto, confidencial, casi un espía según sugiere Ordóñez, *Devoradores de ciudades*, ya que el gobierno carrancista no era totalmente reconocido.

[14] Serrano Migallón, *Devoradores de ciudades*, pp. 75-79.

[15] Como explica Carmagnani, *El otro occidente*, pp. 194-200: "La creciente participación de las áreas latinoamericanas en el sistema internacional, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, está estrechamente vinculada con la aspiración de crear organizaciones estatales capaces de controlar el territorio al interior de fronteras nacionales, lo que no ocurría en la primera mitad del siglo. Para alcanzar dichos objetivos, los latinoamericanos recurren a los mismos instrumentos aplicados por los estados europeos, es decir, la aceptación

La obra que aquí nos ocupa se inspiraba precisamente en esa debilidad latinoamericana ante Estados Unidos y tenía la intención de censurar el imperialismo estadounidense, en disonancia con los valores democráticos y libertarios que pregonaba dicha nación. Para Fabela, igual que para otros intelectuales mexicanos de la época, como Carlos Pereyra o José Vasconcelos, Estados Unidos era un obstáculo, en virtud de sus intereses económicos y sed de poder, que impedía la cristalización de las legítimas pretensiones soberanistas en América Latina. Como se indicó antes, el libro es una crónica de la política imperialista sufrida por América Latina y que ahora se entiende como una obra de historia diplomática[16]. Se ha considerado, además, precursora de muchas otras publicaciones que, al menos desde México, han explorado el problema de "la vecindad geográfica y el peso histórico de las relaciones con Estados Unidos"[17].

En buena medida, la obra de Fabela es parte de lo que se conoce como la aportación cultural e identitaria de la Revolución mexicana: el nacionalismo revolucionario[18]. Los objetivos de este discurso fueron privilegiar el

y el respeto del derecho internacional, la diplomacia y la modernización económica […]". Más delante agrega: "La integración de los países latinoamericanos en los asuntos mundiales comienza con la participación en conferencias internacionales, la primera de las cuales se celebra en Londres en 1830-1832, luego las conferencias de paz de La Haya de 1899 y 1907 y en los congresos científicos y exposiciones internacionales". La interpretación que hace Carmagnani sostiene que "la intensa y constante actividad diplomática ilustra la capacidad de los países latinoamericanos para moverse en el plano exterior y promover en Europa y los Estados Unidos la imagen de naciones modernas con un gran dinamismo económico, demográfico y cultural. Era, en efecto, importante corregir la imagen caricaturesca que europeos y estadounidenses tenían de las repúblicas latinoamericanas, a fin de reivindicar un papel más relevante en el escenario americano y mundial".

[16] La historia diplomática es considerada como la primera etapa de la formación de la disciplina de las relaciones internacionales. Las que le siguen, según Batta y Casasola, "La evolución de las Relaciones Internacionales", pp. 16-19, son la etapa jurídica, la formación de la disciplina después de la segunda Guerra Mundial y la consolidación disciplinaria y teórica de la posguerra.

[17] Borja, "Enfoques para el estudio", p. 19. Entre las obras escritas en México y que abordan el problema del poderío estadounidense destacan: José Fuentes Mares, *Génesis del expansionismo norteamericano*, 1984; Gastón García Cantú, *Idea de México: Los Estados Unidos*, 1991; Gregorio Selser, *Reagan: de El Salvador a las Malvinas*, 1982; *Honduras, república alquilada*, 1983; *Nicaragua, de Walker a Somoza*, 1984; *El informe Kissinger contra Centroamérica*, 1984. El libro de Selser, *El rapto de Panamá: de cómo los Estados Unidos inventaron un país y se apropiaron de un canal*, fue escrito en 1964 antes de su exilio en México, pero el tema ya había sido tratado con detalle por Fabela en el libro que nos ocupa.

[18] González, en "Las bases internas de la política exterior", p. 156, resume atina-

papel del Estado como constructor de la nación y rector de la economía, buscar la construcción de instituciones de carácter social y, en el terreno internacional, defender los principios pacifistas y multilateralistas de la política exterior de un país débil[19]. Hay quienes aseguran, incluso, que Fabela fue el artífice de la doctrina Carranza[20] que llegó en la década de los ochenta a convertirse en uno de los siete principios de rango constitucional que definen la política exterior mexicana.

Como no podía ser de otra forma, un discurso que buscaba fortalecer la identidad nacional terminaría apelando a los opuestos, y en el caso mexicano serían los Estados Unidos la encarnación de la alteridad que ya, en 1848, había mostrado su talante agresivo e imperialista en menoscabo de la integridad territorial de México. Hay quienes piensan actualmente, con alguna cuota de razón, que el antiyanquismo del nacionalismo revolucionario persistente en algunos sectores del México contemporáneo es exagerado, retórico y anacrónico, pero como puede verse en la obra de Fabela, a finales del siglo XIX y principios del XX, el imperialismo estadounidense era un verdadero peligro para el horizonte soberano de las naciones latinoamericanas. Precisamente lo que Fabela buscó a lo largo de su vida —libertad, integridad territorial y soberanía para México y los pueblos de América Latina —tuvo en Estados Unidos a un serio adversario.

EL TEXTO

A pesar del título (*Estados Unidos contra la libertad. Estudios de historia diplomática americana: Cuba, Filipinas, Panamá, Nicaragua, República Dominicana*) de un claro tono militante, el libro es fruto de un amplio tra-

damente la esencia del nacionalismo revolucionario internacionalista: "Durante décadas México diseñó su política exterior con base en una lectura nacionalista, con un claro sesgo estatista y centralista, de su experiencia histórica así como de su vecindad con los Estados Unidos. Esta lectura respondía a las necesidades de crecimiento de una economía mixta y cerrada y a los requerimientos de legitimidad y estabilidad de un régimen político autoritario, presidencialista, de partido dominante y pluralismo limitado. Durante los años de la Guerra Fría, sirvió al doble propósito de apoyar las demandas proteccionistas del modelo de industrialización por sustitución de importaciones y aislar, en la medida de lo posible, la vida política interna de las influencias o intervenciones provenientes del exterior".

[19] Sobre los principios de política exterior de México, véase Rabasa, *Los siete principios básicos*.

[20] Véase Seara, *Política exterior de México*.

bajo de investigación y recopilación de documentos, lo que le evita ser minimizado y calificado como panfleto.

Las referencias y su manejo ilustran claramente que se trata de una obra de corte académico, aunque no fue hecha bajo el amparo de alguna institución educativa. Es más bien un libro formal, redactado durante los años de las primeras misiones diplomáticas de Fabela. Las fuentes van desde los documentos y los comunicados oficiales hasta las noticias en la prensa de la época. Fabela incluye referencias en español y francés de textos que seguramente consultó en París o Madrid. Citar tratados y documentos oficiales en aquella época no era tarea fácil para un investigador académico; sin duda, la investidura diplomática le dio a Fabela facilidades para revisar dichos documentos. Como si lo anterior no fuera suficiente para otorgarle seriedad a su libro, y apelando al sentido crítico del público lector, en la página anterior al prólogo se lee la leyenda "Nota importante. El autor agradecerá a sus lectores el envió de documentos y rectificaciones que pudieran serle útiles".

El libro fue publicado por la casa Talleres Gráficos "Lux" de Barcelona, sin que aparezca la fecha de publicación. Fernando Serrano Migallón ubica la aparición del libro en 1918[21]. Como se señaló antes, la fecha de publicación junto con las citas en francés, nos sugieren que buena parte de la información fue recabada durante los años en los que Fabela sirvió al gobierno de Venustiano Carranza como agente en Europa y en diversos países sudamericanos. Si Serrano Migallón acierta con la fecha de publicación del libro, Fabela tenía entonces 36 años y se trataría de su primer trabajo sobre temas internacionales.

Serrano Migallón señala que la labor diplomática de Fabela era complicada, ya que consistía en "administrar y cuidar de las relaciones exteriores de una revolución mundialmente conocida por su violencia", así como de "procurar el reconocimiento de los países extranjeros tanto del dominio efectivo de Carranza como de la condición inconstitucional y espuria de Huerta"[22]. Sus misiones diplomáticas llevarían a Fabela a fines de 1914 a Inglaterra, Francia e Italia. Luego a Argentina, Chile, Brasil y Uruguay, entre 1915 y 1918. El contexto histórico que vería nacer el libro está marcado por la fragilidad interna y externa del gobierno carrancista,

[21] Serrano Migallón, *Con certera visión*, p. 76.
[22] Serrano Migallón, *Con certera visión*, pp. 23-24.

así como por la falta de reconocimiento internacional de la Revolución, cuya cara más amable sería la que Fabela trató de difundir.

Fabela destaca de manera particular el peligro que corría la Revolución ante las pretensiones de Estados Unidos, siempre a la espera del momento oportuno para intervenir. Así lo expresó cuando llegó a Buenos Aires, a fines de julio de 1916, al subrayar que su misión era:

> Desvanecer los errores y prejuicios que se han formado respecto a los orígenes, procedimientos y tendencias de la Revolución mexicana [...]. La Revolución no sólo ha sido desvirtuada, sino también calumniada por la prensa y el gobierno norteamericanos que miran como nunca propicia la oportunidad para efectuar una intervención armada en mi país[23].

El contexto del libro está marcado también por la primera Guerra Mundial y la participación de Estados Unidos en ella. A juicio de otro trabajo importante para la historia diplomática, el de Henry Kissinger, el modelo diplomático de Estados Unidos y de Wilson serían la democracia, la seguridad colectiva y la autodeterminación, lo que supuestamente los distanciaba de la *Realpolitik* europea de la Gran Guerra[24]. Sin embargo, la historia descrita por Fabela en América Latina dista mucho de la pregonada por Kissinger. Era obvio que ante las potencia europeas Estados Unidos manejaba un discurso diferente a la *Realpolitik* que se seguía en Latinoamérica. En el capítulo acerca de Santo Domingo, Fabela presentará otro rostro de Wilson que difiere del dibujado, en términos morales e idealistas, por Kissinger.

El libro pretende, por lo tanto, desnudar el falso discurso libertador de Estados Unidos. En estricto sentido, se trata de censurar y describir las estrategias y mecanismos estadounidenses que le permitieron establecer una política exterior injerencista hacia Latinoamérica y contra los despojos del imperio español. Y para ello Fabela aclara que acudió a "documentos interesantes, algunos de ellos muy poco conocidos u olvidados", publicados de diversas formas, y que era necesario evitar "permanecieran ocultos indefinidamente"[25]. Su intención era apelar a la conciencia de los pueblos latinoamericanos y convocar a sus gobiernos para defender su integridad contra el *hegemón* continental.

[23] Yankelevich, p. 285.
[24] Kissinger, *La diplomacia*, p. 217.
[25] Fabela, *Los Estados Unidos contra la libertad*, p. 10.

Vale la pena señalar una posición relativamente generalizada cuando se estudia el imperialismo estadounidense y que consiste en separar a la sociedad de los motivos de sus gobiernos. En el prólogo escrito por Fabela, destacan algunas líneas que buscan distinguir entre los intereses pragmáticos de los gobiernos estadounidenses y los valores democráticos de su sociedad. Se trata de una estrategia conciliatoria que pretende encontrar la nobleza y bondad en el espíritu del pueblo estadounidense, que sus gobernantes han traicionado debido a sus acciones imperialistas. Fabela escribe:

> Así es, en efecto: la gran potencia norteamericana, que fue cuna de libertades, es hoy una de las naciones más imperialistas de la tierra, en detrimento, especialmente, de la América española. Esto, en contra del parecer opuesto de una gran masa de ciudadanos estadounidenses antiimperialistas sinceros [...]. El pueblo norteamericano no es el autor de la política agresiva que sus gobiernos han seguido contra la América española; los autores tampoco son los partidos militantes de ese país, sino ciertas personalidades de la política y de la banca estadounidense, que han impuesto sus puntos de vista y sus proyectos, sorprendiendo a la gran mayoría de los ciudadanos de la Unión […][26].

Cabe preguntarse si esta distinción es correcta; si efectivamente puede separarse a los gobiernos imperialistas estadounidenses de las masas sociales que votan por los partidos políticos que cristalizan esa sed de poderío imperial. ¿No habrá, por el contrario, en la sociedad estadounidense, una visión del mundo que los hace coincidir (o aceptar con su indiferencia), en muchas de las posiciones etnocéntricas e imperialistas de sus gobiernos? ¿No habrá sido así y con mayor intensidad a principios del siglo XX?

Casi con seguridad, buena parte de la población estadounidense pensaba (y piensa) como sus gobernantes, sobre todo a la hora de plantear el rol que su nación debía jugar en el mundo y con América Latina, a la que siempre se vio desde la distancia y muchas veces con desprecio, como ha ocurrido claramente con México[27]. Le ocurría a Fabela lo que a

[26] Fabela, *Los Estados Unidos contra la libertad,* p. 9.

[27] El título de un libro publicado recientemente sobre los intentos de anexar México a Estados Unidos entre 1846 y 1848, *La regeneración de un pueblo pestilente,* ilustra claramente las opiniones y adjetivos que muchos estadounidenses vertían sobre México en la opinión pública. El título de este libro proviene de la composición que hizo el autor al detectar que esos dos conceptos eran frecuentemente usados en la prensa de la época, para defender la misión "regeneradora" de Estados Unidos respecto a las naciones atrasadas de

muchos liberales mexicanos, Estados Unidos era a la vez fuente de admiración y recelo[28]. Admiración por los progresos liberales, democráticos y tecnológicos que la habían convertido en una potencia, y recelo por esa vocación imperialista que, erróneamente, ubicaba como vicio exclusivo de la clase gobernante.

Al mismo tiempo, Fabela justificó su trabajo de investigación al criticar también a las elites gobernantes latinoamericanas, señalando que es culpa de "nuestros estadistas, que no han dado impulso bastante a esta clase de estudios, que son la base indispensable y sólida de la unión iberoamericana"[29].

En suma, el propósito del libro era describir y criticar el perfil imperialista de Estados Unidos, apelar a una conciencia iberoamericana, tanto en la sociedad como en sus gobiernos, para hacer frente a dicho imperialismo y aportar un documento de la cuota necesaria de estudios académicos al respecto.

La edición original del libro no indica el tiraje. Parece ser, sin embargo, que se trató de un texto ampliamente difundido en el Cono Sur y que sirvió de referencia a otros trabajos interesantes, como el de Alberto Ghiraldo, titulado *Yankilandia bárbara,* texto que analizan Alexandra Pita y María del Carmen Grillo en otro capítulo. El libro de Fabela fue reeditado por el Instituto Mexiquense de Cultura en 1994, en un volumen junto con otros textos como *La Conferencia de Caracas y la actitud anticomunista de México*; *Los Estados Unidos y la América Latina* y *El caso de Cuba*.

El libro comienza con un prólogo y contiene cinco capítulos que abordan los casos con los Fabela mostraba el perfil internacionalista de Estados Unidos, que luego calificaría de "unilateral y liberticida"[30]. Cuba, Filipinas, el canal de Panamá, Nicaragua y Santo Domingo son objeto de su análisis, así como las diversas estrategias injerencistas aplicadas por Estados Unidos, desde la intervención armada directa hasta el control de la economía y las finanzas de los pueblos latinoamericanos.

Latinoamérica, y para calificar la naturaleza "pestilente" de un país como México. Cabe decir que esas declaraciones racistas provenían de la prensa y no de los políticos estadounidenses, aunque probablemente las compartían. Bringas, *La regeneración de un pueblo*.

[28] Siempre será recomendable sacar a colación el breve libro de O'Gorman, *México el trauma de su historia,* quien plantea desde el siglo XIX el dilema mexicano de admirar a los Estados Unidos y recibir de ellos todo el peso de su poder.

[29] Fabela, *Los Estados Unidos contra la libertad*, p. 11.

[30] Fabela, "Mensaje a los señores delegados…", p. 89.

RADIOGRAFÍA DEL IMPERIO

Al iniciarse la Sexta Conferencia Panamericana, en enero de 1928, Isidro Fabela envió un mensaje a los delegados que se reunieron entonces en La Habana:

> Los pueblos iberoamericanos están pendientes de vuestra actitud en la conferencia internacional de La Habana, porque se dan cuenta de la importancia y trascendencia que esa actitud tendrá en su porvenir político [...] toca a vosotros, honorables plenipotenciarios, abordar resueltamente y con energía estos puntos capitales:
> 1. ¿Es compatible el panamericanismo con las intervenciones efectuadas por los Estados Unidos en algunas naciones del continente?
> 2. ¿Cuál es la definición de la doctrina Monroe y cuál es su alcance?
> 3. ¿La doctrina Monroe conviene y obliga a los latinoamericanos?
> 4. ¿El panamericanismo debe subsistir o debe ser remplazado por el latinoamericanismo?
> 5. Frente a una probable denegación de justicia de parte de los Estados Unidos, respecto a las fraternas naciones que tiene sojuzgadas, ¿cuál debe ser la actitud de Iberoamérica?[31]

La preocupación de Fabela era cómo hacer coincidir el espíritu del panamericanismo, aparentemente noble y necesario, con la actitud histórica de Estados Unidos en contra de la libre autodeterminación de los pueblos de la América española. Esta postura política procedía, sin duda, de las conclusiones a las que llegó Fabela tras el recorrido histórico que hiciera en su libro *Los Estados Unidos contra la libertad*. En el estudio de los casos antes mencionados, Fabela reconstruye las declaraciones políticas de Estados Unidos, las negociaciones, así como los actos formales de intervencionismo y censura. De igual modo, el político insiste en el doble discurso que mantiene la nación del norte al erigirse como paladín de la paz, por un lado, interviniendo o sometiendo a los países de la región. En esas páginas circulará el problema que planteó desde el principio la

[31] Fabela, "Mensaje a los señores delegados", p. 89.

doctrina Monroe, a la que años más tarde Fabela le dedicaría también un estudio de corte jurídico internacional[32].

El libro en su versión original se compone de 311 páginas y los capítulos dedicados a Cuba y a Santo Domingo son los más extensos. Fabela empieza por considerar a Cuba como un estado semisoberano; incluso define a la isla como "la causa eficiente" de la doctrina Monroe:

> La doctrina Monroe, que, según creen todavía algunos espíritus menos que sencillos, nació con una alta finalidad altruista en favor de las repúblicas hispanoamericanas recién emancipadas, no fue, en realidad, sino un acto que defendía a los Estados Unidos de un posible ataque de la Santa Alianza y de Inglaterra, y que preparó el terreno para que la unión tuviese algún día las manos libres en América[33].

Como se indicó antes, el tema de la doctrina Monroe estará presente a lo largo del libro, pero será hasta 1957 cuando Fabela le dedique un estudio aparte. En él, su autor hará gala de sus conocimientos sobre derecho internacional más que de la narración histórica de hechos imperialistas. Su conclusión será contundente: la doctrina Monroe había nacido para "favorecer los intereses de los Estados Unidos con exclusión de los de cualquier otro país sea o no americano, aun cuando aparentemente se persiga un fin desinteresado"[34]. Denunciar el doble discurso estadounidense, aquél con el que la nación norteamericana se autodenominaba adalid de la libertad cuando en realidad la impedía en América Latina, a través de la fuerza o del comercio, fue uno de los objetivos constantes en la vida y obra de Fabela.

De vuelta al capítulo, Fabela hace un recorrido histórico en el que ilustra los constantes escarceos estadounidenses respecto a Cuba. En él, el diplomático mexicano relata el interés del gobierno de James Polk (1845-1849) y de su secretario de Estado, Buchanan, cuando, en 1848, le envían un largo mensaje al gobierno español, declarando "las grandes ventajas

[32] Fabela analizó con detalle la doctrina Monroe, la calificó de postulados que muchas veces no se han cumplido y se negó a considerarla como una doctrina propia del derecho internacional ya que "El Congreso de los Estados Unidos no ha dado jamás [una fórmula clara y precisa] de la doctrina, ni es probable que la de mientras el espíritu imperialista prive en esta nación". Fabela, *Las doctrinas Monroe y Drago*, p. 11.

[33] Fabela, *Los Estados Unidos contra la libertad*, p. 25-25.

[34] Fabela, *Las doctrinas Monroe y Drago*, p. 13.

que los Estados Unidos lograrían con la adquisición de Cuba [y] las ganancias que España obtendría al venderla"[35]. En este capítulo, Fabela también recuerda que, a mediados de 1896, el gobierno de Porfirio Díaz perdió una importante oportunidad de intervenir a favor de la independencia cubana sirviendo de mediador ante España, lo que a la postre, junto con otros acontecimientos, desencadenaría la guerra hispano estadounidense.

Pero la crítica más severa que hace Fabela es sobre la incapacidad de actuar libremente por parte de México: "en aquella época, tenía de tal modo ligada su política internacional a la Casa Blanca, que no se aventuraba a tomar participación en los grandes problemas americanos sin ir de acuerdo con Washington"[36]. La conclusión del capítulo sobre Cuba suena más que profética:

> La justicia suele retardarse en el destino de los pueblos pequeños, pero algún acontecimiento inesperado, de los que la historia está llena, le dará su positiva libertad, la libertad pura, la libertad que da vida, honor y dicha a los pueblos: la libertad que soñó para Cuba su patriota representativo José Martí[37].

El capítulo más breve del libro versa sobre Filipinas y va de la página 121 a la 136. En él, Fabela censura moralmente a Estados Unidos al destacar la desmedida ambición de una nación poderosa que no alcanzó el "equilibrio espiritual necesario, para hacer buen uso de su fuerza", ya que apoyó a las Filipinas en su causa independentista para luego someter al archipiélago bajo su poder[38]. Aparte de las ambiciones imperialistas, Fabela también destaca que Estados Unidos se convirtió en una nación traicionera, al apoyar primero a Emilio Aguinaldo, jefe de la insurrección filipina contra España en 1897 y presidente de la República

[35] Fabela, *Los Estados Unidos contra la libertad*, p. 35.

[36] Fabela, *Los Estados Unidos contra la libertad*, p. 87. La crítica de Fabela es reconocida posteriormente por Meyer, 2007, p. 314, que de alguna forma expresa el sentido pragmático de la política exterior del porfiriato: "La prolongada dictadura de Porfirio Díaz (1876-1911) logró recrear y emplear muy bien la presencia europea en México, para equilibrar la inevitable y creciente influencia de Estados Unidos. En buena medida, Díaz se abstuvo de interferir con los intereses norteamericanos en Centroamérica y el Caribe —aunque no dejó de haber roces entre los dos gobiernos en relación con Cuba o Nicaragua— a cambio de lograr que Washington se abstuviera de interferir en los asuntos internos mexicanos y no pusiera obstáculos a las constantes reelecciones de Díaz".

[37] Fabela, *Los Estados Unidos contra la libertad,* p. 120.

[38] Fabela, *Los Estados Unidos contra la libertad*, p. 120.

Filipina en 1898, para derrocarlo posteriormente, so pretexto de que el pueblo filipino no estaba en condiciones de gobernarse a sí mismo.

El tercer capítulo aborda el tema del canal de Panamá. La hipótesis central que se defiende ahí es que Panamá es un invento estadounidense para apropiarse, a costa de Nueva Granada (Colombia), del territorio en el que se construiría el canal. Fabela subraya en este caso la vocación comercial de los Estados Unidos que explicaría su obvio interés por conectar a los dos océanos a través del istmo, relatando incluso la evaluación que hicieran los estadounidenses entre el istmo y el territorio nicaragüense a la hora de decidirse por el lugar en el que finalmente se construiría el canal. Nuevamente, Fabela hace hincapié en las maniobras diplomáticas con las que Estados Unidos fue manifestando su interés por el canal, tal y como hace constar cuando cita el Tratado Mallarino-Bidlak del 12 de diciembre de 1846:

> Los Estados Unidos garantizan positiva y eficazmente a la Nueva Granada por la presente estipulación, *la neutralidad absoluta del istmo* antes mencionado, a fin de que el libre tránsito de un mar al otro no pueda ser interrumpido o entrabado en el porvenir, en tanto que este tratado exista, y, en consecuencia, los Estados Unidos garantizan de la misma manera los derechos de soberanía y de propiedad que la Nueva Granada tiene y posee en dicho territorio[39].

La crítica al Imperio que hace Fabela es la de haber violado el Tratado Herrán-Vay de 1903. En principio, describe las condiciones desfavorables para Colombia en dicho tratado, a pesar de otro que habían firmado Estados Unidos y Gran Bretaña el 18 de noviembre de 1901, en el cual supuestamente reconocían la potestad colombiana sobre el canal. Tras la reprobación del congreso senatorial colombiano del Tratado Herrán-Vay, el 12 de agosto de 1903, Fabela narra con detalle la revuelta del 3 de noviembre, que se niega a calificar de revolución, y que terminará con la independencia de Panamá. El nuevo país, no está de más decirlo, reconocerá oportunamente el gobierno del Imperio dos días después. Nuevamente se percibe el amargo sabor de la traición que Fabela detalla, insistiendo en el actuar estadounidense desapegado al derecho internacional.

El capítulo sobre Nicaragua tiene un sesgo distinto, se trata más bien del poder económico estadounidense como mecanismo imperial y no

[39] Fabela, *Los Estados Unidos contra la libertad*, p. 139.

tanto del uso de la fuerza. Fabela habla aquí, antes que Nearing y Freeman[40], de la "diplomacia del dólar" y la desglosa con puntualidad:

> La 'dollar diplomacy', instaurada por le secretario de Estado Knox, se ha ejercitado en varias repúblicas iberoamericanas, con menoscabo de su soberanía e independencia. Consiste en otorgar empréstitos a ciertos países bajo condiciones más o menos onerosas, y a veces leoninas, con garantías de seguridad completa en todo caso y oficial casi siempre. En los casos de incumplimiento de los compromisos contraídos con los banqueros prestamistas, éstos recurren a su gobierno, demandando protección de sus intereses, y entonces las autoridades de los Estados Unidos [adquieren control de telégrafos o ferrocarriles del gobierno deudor] con el objeto de dar satisfacción al capital norteamericano invertido en el país hispanoamericano[41].

Al igual que en los anteriores capítulos, Fabela destina un buen número de páginas a citar ampliamente documentos, comunicados, declaraciones gubernamentales y tratados. En el caso de Nicaragua, Fabela censura que los esfuerzos modernizadores de los países iberoamericanos —incluso con la creación de instituciones a veces débiles y en ocasiones inoperantes— sean aprovechados por Estados Unidos, para que en vez de "tenderles la mano, de las infinitas maneras en que los grandes pueden ayudar a los pequeños", terminen explotándolos a través del uso de la fuerza y convirtiéndolos en vasallos[42].

Finalmente, el capítulo sobre Santo Domingo es un compendio de críticas, como no podía ser de otra forma, al doble discurso del presidente Wilson, que todavía el 14 de marzo de 1914 decía al asumir el Poder ejecutivo: "Uno de los principales objetivos de mi administración será cultivar la amistad y merecer la confianza de nuestras hermanas repúblicas de Centro y Sudamérica […]"[43]. Páginas más adelante, Fabela cuestiona los argumentos de la intervención militar contra la isla y lamenta que la doctrina Monroe haya sido relativamente incluida en el Tratado de Versalles, con lo cual Europa arriaba banderas en el continente americano y le otorgaba a Estados Unidos el rol hegemónico que la primera Guerra Mundial le per-

[40] Véase el trabajo sobre estos autores que publica en este libro Carlos Marichal.
[41] Fabela, *Los Estados Unidos contra la libertad*, p. 164.
[42] Fabela, *Los Estados Unidos contra la libertad*, p. 178.
[43] Fabela, *Los Estados Unidos contra la libertad*, p. 220.

mitió consolidar. Su argumento final pedía que Europa, Japón y la América española, en conjunto, detuvieran el poder avasallador de Estados Unidos.

Recapitulando, la mirada de Isidro Fabela sobre Estados Unidos pretende hacer la distinción entre la nobleza democrática y libertaria del pueblo estadounidense y las ambiciones inescrupulosas de su gobierno. Considera que la búsqueda de la libertad y la soberanía en las antiguas colonias españolas era un hecho natural propio del tránsito modernizador del continente, congruente con la fórmula del Estado nacional que viviría su máximo esplendor a principios del siglo XX. Precisamente en ese desarrollo nacional de los estados latinoamericanos, Estados Unidos jugará el rol perverso de convertir a la región en su zona de influencia, limitando la libertad, constriñendo la democracia y manejando gobiernos títeres a su antojo.

Desde la perspectiva internacionalista de Fabela, Estados Unidos dictaba ante el mundo un falso discurso de libertad y autodeterminación que en la práctica no era respetado. En este sentido, la gran nación norteamericana traicionaba a sus aliados, a sus principios fundacionales, y violaba, cada vez que así convenía a sus intereses, las normas del derecho internacional. Era obvio que ante las potencias europeas Estados Unidos defendía el idealismo internacionalista que en el continente americano sencillamente no practicaba.

La posición de Fabela sobre Estados Unidos y América Latina, es decir, sobre dos visiones encontradas respecto a la política mundial y al derecho de los pueblos, es acertadamente planteada en los siguientes términos, por Serrano Migallón:

> El panamericanismo estadounidense era para Fabela una fachada que escondía el anhelo de los Estados Unidos de confirmar y expandir su influencia sobre todo el continente, para gradualmente poder irse apoderando de las riquezas naturales de los Estados de origen español y portugués en la medida en que iba neutralizando sus voluntades políticas, en pocas palabras, una lenta y larga invasión embozada en formas más o menos jurídicas; el latinoamericanismo de Fabela […] consistía principalmente en la unidad de políticas y objetivos entre todos los países que antiguamente conformaron los territorios coloniales de España y Portugal, entendidos como entes soberanos y poseedores de plenos derechos sobre su destino y el destino del continente[44].

[44] Serrano Migallón, *Con certera visión*, p. 36.

La lucha emprendida por Fabela desde varios frentes, como ya se ha dicho, terminaba siempre por recordar la necesidad de que las naciones del mundo se apegaran al derecho internacional, y esto era, a la vez, la búsqueda de un mayor nivel de cooperación latinoamericano que en conjunto, y no de otra forma, terminaría por detener el peso del poderío estadounidense. Finalmente, el continente sigue sin ser testigo de la cristalización de la tan anhelada oposición solidaria contra el Imperio que, actualmente, muestra indicios de ser un *hegemón* en decadencia.

COMENTARIOS FINALES

La intención de estas páginas era tan modesta como la de ofrecer una visión panorámica del contexto histórico y la experiencia de vida, que dieron luz a una obra fundamental para entender el antiimperialismo latinoamericano del siglo XX.

Respecto a nuestro autor, hay varias razones para rescatar el abordaje internacionalista de las obras de Isidro Fabela: la riqueza de los datos que ofrecen, sus aportaciones fundamentales para la historia de las relaciones internacionales, así como para el derecho internacional, y porque describen la real debilidad de las naciones latinoamericanas frente a Estados Unidos, lo que nos permite entender no sólo los recovecos de una historia conflictiva[45], sino la conformación de identidades nacionales.

Por otra parte, los textos de Fabela muestran la mirada de un mexicano a principios de siglo XX que contribuyó a la construcción de un proyecto nacional. El pensamiento de Isidro Fabela buscó conformar un perfil de lo mexicano que se difundiera mediante la educación, el arte y el cine, pretendiendo conquistar una soberanía ante el mundo que desde la guerra de Independencia y hasta la Revolución mexicana siempre estuvo en entredicho. La obra *Los Estados Unidos contra la libertad* es una denuncia de la atribulada historia latinoamericana bajo el yugo del *hegemón* continental, así como un compendio de justificaciones que, a veces más a veces menos, definirán la política exterior de México.

En el caso mexicano, la búsqueda de una identidad que dejara satisfechos a propios y extraños queda plasmada en el discurso que contrasta entre el México moral, pacifista y multilateralista y Estados Unidos, am-

[45] Véase, Raymont, *Vecinos en conflicto*.

bicioso y unilateral. Se trató, sin duda, de una estrategia retórica más o menos exitosa del nacionalismo revolucionario[46]. En ese sentido, la obra de Fabela es una contribución relevante para la consolidación del perfil de la política exterior mexicana y su desempeño relativamente acertado a lo largo del siglo XX. Entre sus ideas destacan los esfuerzos por defender la soberanía de los países débiles o periféricos y respetar el principio de la libre autodeterminación de los pueblos. Así, rescatar la obra de Fabela forma parte de un ejercicio necesario para reflexionar sobre la historia de las relaciones internacionales de México y América Latina, como ya ha apuntado Carlos Marichal:

> El estudio histórico de las relaciones internacionales de México y de los demás países de Latinoamérica constituye un gran reto para las nuevas generaciones de historiadores inmersos en una época —como la nuestra— dominada por los llamados proceso de globalización y por la crisis de las soberanías. Intentar explorar cuáles son los orígenes y cuál ha sido la naturaleza de los vínculos externos entre las propias naciones y sociedades americanas, por lo tanto, parece ofrecer un campo especialmente fértil de indagación. De la misma manera, intentar entender las relaciones entre las naciones latinoamericanas y otras zonas del mundo —en particular Europa y Norteamérica— parece constituir hoy una tarea más necesaria que nunca.[47]

En efecto, la tarea es necesaria para ubicar en su justa dimensión los marcos históricos y conceptuales que han conducido la experiencia de los pueblos latinoamericanos. Los textos de Fabela, por ejemplo, responden a un momento de la historia de México en el que se libraron luchas internas por construir una nación moderna, al tiempo que el vecino todopoderoso amenazaba con destruir cualquier indicio de cambio político que no le favoreciera. Esto hay que tomarlo en cuenta cuando se analice la experiencia diplomática mexicana posterior a la Revolución. En aquel momento se planteó la urgencia de señalar, como lo recordará más tarde Carlos Fuentes, que "los principios de México corresponden a los intereses de México"[48]. Falta agregar que para los pueblos latinoamericanos

[46] Véanse los ejemplos al respecto en la enseñanza de la historia y la distinción ente México y Estados Unidos, a través de los libros de texto mexicanos, en Vázquez, *Nacionalismo y educación*, especialmente las páginas 199, 209, 274.

[47] Marichal, "Repensando la historia mexicana", p. 55.

[48] Fuentes, *Contra Bush*, 139.

ocurrirá casi lo mismo, y que si en el siglo XIX fueron las potencias europeas quienes pusieron en peligro las posibilidades de libertad en latinoamericana, en el siglo XX lo sería Estados Unidos, tal y como lo describió Fabela en su libro, una obra de juventud impetuosa, emotiva y certera.

BIBLIOGRAFÍA

Batta, Víctor y Rosendo Casasola
"La evolución de las Relaciones Internacionales como disciplina científica desde la segunda Guerra Mundial", en M. Merle, *et al.*, *El estudio científico de las Relaciones Internacionales*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1978, pp. 15-30.

Borja, Arturo
"Enfoques para el estudio de la política exterior de México: evolución y perspectivas", en Olga Pellicer y Celia Toro, *La política exterior de México. Enfoques para su análisis*, México, Instituto Matías Romero de Estudios Diplomáticos/Centro de Estudios Internacionales/El Colegio de México, 1997, pp. 19-44.

Bringas Nostti, Raúl
La regeneración de un pueblo pestilente. La anexión de México a Estados Unidos, 1846-1848, México, Porrúa, 2008.

Carmagnani, Marcello
El otro occidente. América Latina desde la invasión europea hasta la globalización, México, Fondo de Cultura Económica/El Colegio de México, 2004.

Fabela, Isidro
Los Estados Unidos contra la libertad. Estudios de historia diplomática americana: Cuba, Filipinas, Panamá, Nicaragua República Dominicana, Barcelona, Talleres Gráficos Lux, s/f.

——, *Arengas revolucionarias: discursos y artículos políticos*, Madrid, Editorial Artística, 1916.

——, *Las doctrinas Monroe y Drago*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1957.

——, *Historia diplomática de la Revolución Mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1958.

——, "Mensaje a los señores delegados latinoamericanos a la Sexta Conferencia Panamericana" en Serrano Migallón, 2000.

Fuentes, Carlos
Contra Bush, Madrid, Santillana Ediciones, 2004.
Garciadiego, Javier
"Fabela, diplomático revolucionario", en *Biblioteca de Isidro Fabela*, Vol. x, México, Instituto Mexiquense de Cultura, 1994.
Gómez Robledo, Antonio
"Prólogo", en Fabela, 1958.
González, Guadalupe
"Las bases internas de la política exterior: realidades y retos de la apertura económica y la democracia", en Herrera-Lasso y González González, 2006.
Guillén, Fedro
Fabela y su tiempo: España, Cárdenas, Roosevelt, México, SRA/CEHAM, 1981.
Herrera-Lasso Luis y Guadalupe González González (*et al.*)
México ante el mundo: tiempo de definiciones, México, Fondo de Cultura Económica, 2006, pp. 155-235.
Kissinger, Henry
La diplomacia, México, Fondo de Cultura Económica, 2001.
Krauze, Enrique
La presidencia imperial, México, Tusquets, 2002.
Marichal, Carlos
"Repensando la historia mexicana: entre la historia latinoamericana y la historia norteamericana", en VV. AA., *Diplomacia y revolución. Homenaje a Berta Ulloa*, México, El Colegio de México, 2000, pp. 55-64.
Meyer, Lorenzo
"Los tres ejes históricos de la política mexicana frente a Estados Unidos", en Vega, 2007.
O'Gorman, Edmundo
México el trauma de su historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1976.
Ordóñez, Andrés
Devoradores de ciudades. Cuatro intelectuales en la diplomacia mexicana, México, Cal y Arena, 2003.
Rabasa, Emilio, (coord.)
Los siete principios básicos de la política exterior de México, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005.

Raymont, Henry
Vecinos en conflicto. La historia de las relaciones entre Estados Unidos y Latinoamérica desde Franklin Delano Roosevelt hasta nuestros días, México, Siglo XXI, 2007.
Seara Vázquez, Modesto
Política exterior de México, México, Harla, 1984.
Serrano Migallón, Fernando,
Isidro Fabela y la diplomacia mexicana, México, Fondo de Cultura Económica, 1981.
——, *Con certera visión: Isidro Fabela y su tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.
Schiavon, Jorge A., Daniela Spenser y Mario Vázquez Olivera, (ed.)
En busca de una nación soberana. Relaciones internacionales de México, siglos XIX y XX, México, Centro de Investigación y Docencia Económicas, Secretaria de Relaciones Exteriores, 2006.
Wright, Quincy
The Study of International Relations, New York, Appleton-Century-Crofts, *Inc*., 1955.
Vázquez, Josefina Zoraida
Nacionalismo y educación en México, México, El Colegio de México, 2005.
Vega, Gustavo (coord.)
México: los retos ante el futuro, México, El Colegio de México, 2007.
Yankelevich, Pablo
"América Latina en la agenda diplomática de la Revolución Mexicana," en Schiavon, Spenser y Vázquez Olivera, 2006.

IV
SALVADOR MENDIETA Y LA UNIÓN CENTROAMERICANA

SALVADOR MENDIETA Y LA UNIÓN CENTROAMERICANA

Margarita Silva H.
Universidad Nacional de Costa Rica

INTRODUCCIÓN

Salvador Mendieta fue uno de los más prominentes pensadores unionistas de Centroamérica en el siglo XX. Desde su juventud destacó por su controvertida personalidad, siempre estuvo rodeado de adeptos y detractores, y su figura ha sido tema de discusión por largo tiempo. Un ejemplo es la biografía escrita por Juan Mendoza en 1930 y publicada en la ciudad de Guatemala, donde se manifiestan duros juicios contra el abogado unionista[1]. Desde entonces, se han escrito varios libros, decenas de artículos y numerosas editoriales que analizan la lucha del líder nicaragüense en pro de la unión regional y su participación en el Partido Unionista Centroamericano (PUCA)[2].

En las siguientes páginas, me interesa realizar un estudio de historia intelectual siguiendo la trayectoria vital de Mendieta[3]. De la mano de este autor, intento penetrar en la vida académica de los institutos de formación media y en el mundo universitario de su época, con el propósito de dilucidar los principios de esta propuesta política y establecer, mediante el análisis de los libros *Páginas de unión* (1903) y *La enfermedad de Centro América* (1912-1934), las fuentes y las corrientes

[1] Mendoza afirma en su libro que "Salvador tatarea mucho, porque no persigue ideales. Pasa de una modalidad de criterio a otra distinta, bastardeando su preconizada sinceridad. Se le ve lanzado de uno a otro lado en los vaivenes de la vida, en perenne zigzag". Mendoza, *Salvador Mendieta*, p. 55.

[2] Otras obras son la tesis de Morry, "Salvador Mendieta," y el libro de Rodríguez, *Salvador Mendieta.*

[3] Por historia intelectual, asumo el estudio de las propuestas y de las prácticas políticas de pensadores y de las redes sociales que se agrupan en torno a determinadas ideas, dentro de un contexto histórico y cultural definido. Camp, *Los intelectuales,* pp. 11-16.

filosóficas que alimentaron sus escritos y dieron sustento a su propuesta de unión. En las primeras páginas, presento una biografía centrada en el desarrollo intelectual de Mendieta, para evidenciar la conexión entre sus experiencias prácticas y su proyecto político. Posteriormente, analizo la propuesta unionista entendida como un resultado colectivo de la discusión conjunta entre Mendieta y sus partidarios.

El estudio se fundamenta en documentación histórica disponible en la Biblioteca Manuel Gallardo de Santa Tecla, El Salvador, y en la Biblioteca del Instituto de Investigaciones José María Luis Mora de México; en información de biografías precedentes y en materiales documentales del Instituto de Historia de Nicaragua y de las bibliotecas nacionales de Guatemala, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica.

DIRIAMBA, LOS PRIMEROS AÑOS

En la ciudad de Diriamba, departamento de Carazo, ubicada a 35 kilómetros de Managua, capital de Nicaragua, nació Salvador Mendieta —el 24 de marzo de 1879—, en el seno de una familia de pequeños comerciantes conformada por Alejandro Mendieta Valverde y María de Jesús Cascante Gutiérrez, quienes fueron partícipes del progreso económico y de la modernización cultural, generada por el cultivo del café en esa región a fines del siglo XIX.

En Nicaragua, el cultivo del café se introdujo tardíamente en comparación con Guatemala, El Salvador y Costa Rica, donde la actividad se inició en los albores del siglo XIX[4]. En 1837, el Gobierno nicaragüense impulsó el cultivo del llamado grano de oro mediante políticas proteccionistas. El café, como en otras regiones del istmo, dinamizó el desarrollo económico, social y urbano del área conocida como la Meseta de los Pueblos y en particular la zona de Diriamba. En esta última región, la actividad cafetalera dio paso al surgimiento de un sector de pequeños propietarios de fincas de café, quienes vendían sus cosechas a propietarios mayores, poseedores de los beneficios de procesamiento del grano, como por ejemplo las familias Baltodano, González, Rappaccioli, Lacayo, Chamorro, Gutiérrez, Alemán y Briceño[5].

[4] Samper, "Café, trabajo," pp. 17-24.
[5] Romero, *Historia general*, pp. 155-176.

El emergente sector cafetalero impulsó el desarrollo de la ciudad de Diriamba, inspirado en los modelos de las grandes metrópolis europeas. La construcción de teatros, parques, hoteles, escuelas, iglesias, torres y mercados transformaron el paisaje y emularon los signos del progreso de Francia, Inglaterra y Estados Unidos que tanto admiraban. En 1888, el alcalde José Esteban González Parrales instaló la iluminación pública de gas y construyó el camino hasta la estación del tren, mejoró las calles y llevó el primer automóvil a la ciudad. Más tarde, su hijo, el ingeniero Carlos González García, fundó la compañía Eléctrica de Carazo abastecida por un sistema hidroeléctrico. Los cafetaleros Crisanto Briceño y Buenaventura Rappaccioli fundaron el club social de Diriamba en 1890 y el doctor Moisés Baltodano instaló el sistema de abastecimiento de agua potable[6]. Además, en la ciudad había un desarrollo comercial importante constituido por negocios de pequeña y gran escala, entre los cuales se encontraba el almacén de víveres de los Mendieta, en el centro de la ciudad.

Paralelo al desarrollo material y a las transformaciones en el paisaje de las nacientes ciudades del istmo se produjo un desarrollo cultural e intelectual acorde con la modernización, y al cual Diriamba no fue ajena. Los gobiernos centroamericanos impulsaron el desarrollo de la educación laica como motor del progreso y se promovió la contratación de maestros extranjeros que vinieran a enriquecer el ambiente cultural y el desarrollo educativo, según los modelos europeos en boga. Se desarrollaron políticas culturales y nuevas instituciones encargadas del resguardo del pasado de la nación. A estos esfuerzos se sumaron los intelectuales, quienes se constituyeron en creadores y defensores de la nación liberal, democrática, cafetalera y europeizada. Por medio de artículos de periódicos, editoriales, textos educativos, discursos y poesías, toda una generación de intelectuales propagó la admiración por Europa y Estados Unidos, el desprecio por lo propio, la creencia en la ciencia y la certeza de un futuro mejor que llegaría gracias a las leyes inevitables de la evolución social. Como señala Bradford Bruns, para el caso de El Salvador, el proceso de creación de la nación cafetalera aumentó la importancia de los intelectuales en la sociedad. Los graduados universitarios y los

[6] Para mayor información sobre el desarrollo histórico de Diriamba, puede consultarse la página www.diriamba.info. En este sitio se presenta un resumen de las principales obras escritas sobre la ciudad, entre las cuales se encuentra el texto de Mendoza, Juan, *Historia de Diriamba* (1920), impreso en Guatemala.

profesores cada vez más se integraron en la vida política y económica y ocuparon puestos medios en el gobierno, en su mayoría fueron ministros, diputados, directores de las nacientes instituciones culturales y educativas –como museos, bibliotecas, escuelas y colegios– y rectores de las universidades recién creadas[7].

En ese mundo de transiciones y grandes intercambios culturales creció Salvador Mendieta hasta alcanzar la edad escolar e iniciar los estudios primarios en el reconocido Instituto Nacional de Oriente en la ciudad de Granada[8]. En ese centro de estudios fue alumno de José María Borges —abogado del conservadurismo— y de José María Izaguirre —pedagogo cubano, compañero de Céspedes y amigo de José Martí—, quien había emigrado a Nicaragua luego del fracaso del Zajón en Cuba[9].

LA FORMACIÓN ACADÉMICA Y EL ENCUENTRO CON CENTROAMÉRICA

En 1892, Mendieta fue enviado a continuar sus estudios al Instituto Nacional de Varones en la ciudad de Guatemala como alumno externo. A partir de entonces, formó parte de la comunidad estudiantil de los institutos de educación media constituida por jóvenes oriundos de distintas partes del istmo, quienes mediante el diálogo y la convivencia diaria adquirirían conocimientos de las realidades políticas de los países vecinos y una percepción regional de Centroamérica como totalidad histórica[10]. En el Instituto de Varones de Guatemala, Mendieta lideró en 1894 la formación de la primera sociedad estudiantil unionista[11]. En esa tarea contó con la colaboración de sus compañeros de estudios Manuel Herrarte, de Barbarena; Antonio Leiva, de Quetzaltenango; Adrián Zapata, de Zacapa,

[7] Burns, "La infraestructura," pp. 565-591.

[8] Mendieta, *La enfermedad de Centro América. Diagnóstico*, pp. 304-305.

[9] José María Izaguirre, como antes se dijo, fue uno de los hombres del 68 en Cuba, exmiembro de la Asamblea Constituyente de Guáimaro. Llegó a Centroamérica en 1874 contratado por el gobierno de Justo Rufino Barrios para ocupar el cargo de director de la Escuela Normal de Guatemala. Augier, *Cuba en Darío*, p. 55 y Mendoza, *Salvador Mendieta*, p. 21.

[10] Mendieta, *La enfermedad de Centro América. Diagnóstico*, p. 303 y Morry, "Salvador Mendieta," p. 52.

[11] Mendoza, *Salvador Mendieta*, p.21

y Lorenzo Zelaya, de Juticalpa[12]. La sociedad tuvo una existencia efímera, pues en julio de ese año se clausuró cuando Mendieta —junto a sus compañeros— fue expulsado del Instituto por orden del general José María Reina Barrios (1892-1898), pues promovió un movimiento contra el director[13]. Años más tarde, sobre esta experiencia dice Mendieta:

> En Guatemala seguí y concluí las normas intelectuales de la primaria, inicié la secundaria y la continué hasta el tercer curso. En ese Instituto se manifestó mi vocación unionista y mi rebeldía[14].

Meses después, ingresó al Instituto de San Salvador para concluir los estudios secundarios. El Instituto era dirigido por Gustavo Radlach y el doctor José Emilio Alcaide[15]. En ese centro educativo, formó una nueva sociedad estudiantil unionista, semejante a la de Guatemala, que denominó Minerva, donde participaron sus compañeros Nicasio Morales, Pedro Joaquín Meléndez, Salvador Calderón y Victoriano Ayala, vecinos de San Salvador; Macario Cabezas, de Rivas, Nicaragua, y Manuel Araujo, de Tejutepeque, El Salvador[16]. Esta era una sociedad unionista científico–literaria de promoción de la lectura y el estudio de los intentos de la unidad regional[17]. La sociedad se mantuvo activa hasta 1896, cuando Mendieta concluyó sus estudios de bachillerato con la presentación de la tesis *Las constituyentes y la Constitución Federal de 1824*, monografía polémica que circuló impresa por la región[18].

[12] Mendieta, *La enfermedad de Centro América. Diagnóstico*, p. 304.

[13] El director del Instituto Nacional de Varones era el maestro Santos Berduó Toruño, originario de San Pedro de Perulopán, Guatemala. Véase Mendieta, *La enfermedad de Centro América. Diagnóstico*, pp. 304-305.

[14] Mendieta, *Testamento político*, p. 6.

[15] Mendieta, *Testamento político*, p. 6.

[16] De este grupo, cabe destacar al Dr. Victorino Ayala, catedrático en la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de El Salvador y director del Instituto Nacional. Además, fue autor del primer tratado de sociología escrito en la región en 1921. Por su parte, el Dr. Manuel Araujo ocupó la Presidencia de El Salvador entre 1911 y 1913 y murió asesinado en plena vía pública el 9 de febrero de 1913. Ayala, *Sociología* y Silva, *Nuevo diccionario*, p. XLIV.

[17] Mendieta, *La enfermedad de Centro América. Diagnóstico*, p. 307.

[18] Mendieta, *La enfermedad de Centro América. Diagnóstico*, p. 308 y Mendoza, *Salvador Mendieta*, p. 21.

A fines de 1897, Mendieta regresó a Guatemala para iniciar sus estudios universitarios. Para entonces —relata—, en Guatemala se vivía una situación de inestabilidad política: acababan de pasar las revoluciones de Oriente y Occidente y había una aguda crisis económica y bajos precios del café[19]. Además, la Universidad se encontraba cerrada y Mendieta planeó estudiar en México[20]. Sin embargo, el 8 de febrero de 1898, murió asesinado José María Reina Barrios y ascendió al poder Manuel Estrada Cabrera (1898-1920), quien decretó la apertura de los establecimientos públicos de enseñanza, alegando que la instrucción es la base de las instituciones liberales y la causa del engrandecimiento de las naciones[21]. Mendieta canceló su viaje a México e ingresó a la Facultad de Derecho y Notariado de la Universidad de San Carlos[22].

En la Universidad, siendo estudiante del segundo año de leyes, fundó con otros compañeros —el 18 de junio de 1899— la sociedad estudiantil El Derecho, en la que participó un grupo de estudiantes de leyes, ingeniería y medicina[23]. Según Mendieta, la lectura del *Libro del Hombre del Bien*, de Benjamín Franklin, fue la fuente de inspiración para crear la sociedad El Derecho[24]. En ese texto, Franklin describe un plan para el desarrollo moral propio y para el fomento de sociedades de jóvenes solteros dedicados al bien social[25]. Los pormenores sobre la fundación de esa sociedad estudiantil, los relata Juan Mendoza en su obra biográfica:

> En Guatemala, Salvador tomó participación activa en la fundación de la sociedad El Derecho, compuesta de los estudiantes que aspirábamos a la intrincada carrera de Licurgos y que orillando las separaciones fronterizas, hacíamos propaganda de acercamiento centroamericano. Le gustaba mucho discutir y hablaba hasta por los codos, lo que, sí bien reveló una fluidez de expresión desbordante [...]. Chispiante *[sic]*, vivaracho y de fácil palabra, no tardó en captarse las simpatías del gremio. Se le tributaron elogios y se le colmó de favores, estímulos poderosos, eficientes, que obraron el milagro de

[19] Mendieta, *La enfermedad de Centro América. Diagnóstico*, p. 308.
[20] Morry, "Salvador Mendieta," p. 73.
[21] Mendoza, *Salvador Mendieta*, p. 51.
[22] Morry, "Salvador Mendieta," p. 73.
[23] Morry, "Salvador Mendieta," p. 74.
[24] Mendieta, *La enfermedad de Centro América. Diagnóstico* p. 303 y Morry, 1968 pp. 61 y 64.
[25] Franklin, *El libro del hombre*, pp. 5-7.

> encarnar en Salvador cualidades sugestivas no comunes, un temple de ánimo superior para dominar en los primeros momentos la atención de las masas, conquistándose ascendientes y rodeándose de las auras populares que son las puertas de entrada para el que aspira a los atractivos de la vida pública[26].

La Sociedad El Derecho se dio a conocer públicamente el 15 de septiembre de 1899, cuando algunos de sus miembros fueron invitados por el alcalde de la ciudad de Guatemala a participar en los actos de celebración de la independencia de Centroamérica, que tendrían lugar en la Escuela de Leyes[27]. La celebración fue aprovechada por los asociados para exponer su programa ideológico y expresar su oposición a los gobiernos del istmo. El discurso inaugural fue pronunciado por el catedrático Manuel Valle, profesor de oratoria forense, muy querido y respetado por los estudiantes[28]. Como vocero de los alumnos de los primeros años, disertó Salvador Mendieta, y como portavoz de los años superiores, José Antonio Villacorta. En ese momento, afirma Mendieta, arrancó la reacción estudiantil contra la Centroamérica feudalista que preparaba a sus estudiantes para el servilismo político[29].

En su discurso inaugural, Mendieta señaló los objetivos de la sociedad. En su conjunto, eran una serie de aspiraciones que pretendían la habilitación de los estudiantes como agentes de cambio social y su organización como fuerza política opositora. Entre sus objetivos estaban: 1) reunir a los estudiantes universitarios del istmo en torno al ideal de la unión, 2) estrechar los vínculos sociales y fomentar el intercambio académico entre la juventud pensante del istmo, 3) promover la fundación de sociedades estudiantiles similares a la establecida en Guatemala y 4) organizar a los estudiantes para entablar la lucha de los que piensan contra los que oprimen[30].

El Derecho fue una sociedad de oposición a los gobiernos, realizó graves denuncias de abuso del poder y organizó varias protestas contra el dictador. En consecuencia, un año después de la fundación de la sociedad, Manuel Estrada Cabrera encarceló y luego expulsó del país a Men-

[26] Mendoza, *Salvador Mendieta*, p. 34.

[27] Instituto de Historia de Nicaragua y Centro América, Fondo Salvador Mendieta Cascante, 0647, (en adelante, IHNCA, SMC).

[28] IHNCA, SMC, 0647.

[29] IHNCA, SMC, 006.

[30] Mendieta, *Páginas de unión*, p. 277.

dieta y a sus compañeros porque se sentía amenazado por las actividades de los estudiantes contra su régimen[31]. Al salir de Guatemala, Salvador Mendieta ingresó a la Universidad Central de Honduras, donde el 15 de febrero de 1902 se recibió de abogado con la tesis titulada *Organización del Poder ejecutivo de la República de Centro América.* En este documento se perfilan tres de los principios que guiarán la propuesta política unionista: la abolición de las cinco repúblicas, el establecimiento de un Estado unitario y el fomento de una nación ístmica sustentada en el pasado heroico del unionista Francisco Morazán[32].

En suma, las vivencias de Mendieta en los institutos de formación media y en distintas universidades de la región demuestran que este proyecto político se inició como un movimiento estudiantil, entre jóvenes que encontraron en el pensamiento unionista centroamericano la poderosa amalgama que anulaba las diferencias de origen y exaltaba sus rasgos comunes y las experiencias compartidas. A esto se sumaron los principios morales expuestos por Benjamín Franklin en el *Libro del Hombre de Bien,* que procuraba desde el pragmatismo, el cultivo del carácter mediante un plan de trece virtudes tendientes al desarrollo del dominio propio, el respeto y la erradicación de los vicios sociales. En consecuencia, Mendieta y sus seguidores conformaron una joven intelectualidad opuesta a los grupos gobernantes, quienes reaccionaron con constantes persecuciones y prisiones contra los jóvenes unionistas. Estos últimos acabarían por adoptar un fuerte antitotalitarismo y un profundo desprecio por los tiranos del istmo.

EL EJERCICIO PROFESIONAL Y LA PARTICIPACIÓN EN LA VIDA POLÍTICA

En marzo de 1902, Salvador Mendieta regresó a Nicaragua, donde ejerció la abogacía y estableció otras sociedades unionistas[33]. Además, fundó el *Diario Centroamericano*, fue director del *Semanario Nacional* y del Colegio de Diriamba y colaboró con otros compañeros en campañas en pro de la unión política centroamericana[34]. En diciembre del mismo año, emi-

[31] Mendoza, *Salvador Mendieta*, p. 51.

[32] El texto completo del trabajo de graduación se publicó en la primera parte del libro *Páginas de Unión*. Sobre este tema también puede consultarse la tesis de Morry, "Salvador Mendieta," p. 78.

[33] Mendieta, *Testamento político*, p. 9.

[34] Mendieta, *Testamento político*, p. 10.

grados guatemaltecos lo invitan al Puerto de Amapala, Honduras, para participar con el general Manuel Bonilla en la unificación de dos revoluciones[35]. Una contra Estrada Cabrera, encabezada por José León Castillo, y otra contra Terencio Sierra, dirigida por el propio Manuel Bonilla[36]. Sin embargo, al solicitar su pasaporte en la cancillería nicaragüense fue enviado a la Penitenciaría Nacional de Managua. Dos meses después, fue liberado y obligado a permanecer en Diriamba. Confinado en esa ciudad, ejerció su profesión, impartió lecciones de historia, fundó el Partido Unionista Centroamericano (PUCA) y escribió su primer libro —*Páginas de unión*—, con el cual se iniciaría el planteamiento de una innovadora propuesta política en pro del restablecimiento de la unión centroamericana, que analizaremos en detalle más adelante.

Entre 1905 y 1909, Mendieta recorrió el Istmo centroamericano en su lucha por difundir los ideales unionistas.Visitó Costa Rica, El Salvador, Honduras y Nicaragua, y en cada país estableció nexos con intelectuales renombrados, líderes políticos y asociaciones estudiantiles. También encontró diversos obstáculos a su causa como la indiferencia, la opresión, la persecución y la cárcel. A pesar de ello, logró con la ayuda de correligionarios y políticos amigos desempeñar cargos públicos de importancia, publicar varias obras y manifestar sus ideales.

En 1910, en el gobierno de Adolfo Díaz (1910–1912), Mendieta y su grupo de seguidores fueron nuevamente perseguidos debido a sus enérgicas protestas contra la intervención estadounidense, que pusieron de manifiesto la posición antiimperialista que caracterizaría el movimiento[37]. En ese entonces, como director del periódico *La Tribuna*, enfrentó la censura y el cierre de su medio. Luego, fue culpado de conspirar contra el gobierno y puesto en prisión en la penitenciaría de Managua y en la cárcel de Jinotepe. Ambas prisiones tendrían efectos desastrosos para su persona y para la causa unionista, muy afectada en sus finanzas.

[35] Mendieta, *Testamento político*, p. 11.

[36] Terencio Sierra (1849-1907) militar hondureño, presidente de la República (1899-1903). Durante su mandato se otorgaron grandes concesiones a las compañías Standard Fruit y la Fruit Company. Como comandante general de armas, dirigió el fallido golpe de Estado contra su sucesor, el presidente Manuel Bonilla. Este último ocupó la presidencia de la República (1903-1907) y murió en el poder. Durante su mandato impulso la educación pública y el desarrollo de la industria. Paz y Fidel, *Historia de Honduras*, pp. 117-121.

[37] Unión Panamericana, 1963, p. 220.

En consecuencia, al salir de la prisión, Mendieta realizará diversos esfuerzos para impedir la desaparición del PUCA. Funda la Cátedra de Estudios de Centroamérica y promueve la transformación del partido en un frente de defensa de la soberanía centroamericana. Por iniciativa propia, Mendieta inicia una serie de pactos y alianzas con los partidos políticos existentes que generarán graves divisiones en las filas unionistas y concluirá con su separación de la presidencia del Partido[38].

No obstante, su figura como líder unionista había tomado dimensiones continentales. En 1926, fue invitado por el gobierno de Panamá a participar en el Congreso Bolivariano. En Panamá, aunque no asistió a las sesiones del congreso envió una exposición, la contestación a la encuesta del Durry College y dictó conferencias y se entrevistó con numerosas personalidades[39]. Años después, en 1948, fue invitado por el gobierno de Brasil para dictar conferencias sobre el problema unionista centroamericano[40]. También impartió conferencias en Ecuador y en algunas universidades estadounidenses en Washington D. C., Nueva York, Nueva Jersey, Illinois y California[41].

En el transcurso de 1938 a 1940 Salvador Mendieta formó parte de la Comisión Legislativa de Nicaragua y al ser creada la Universidad Central de Nicaragua, por el gobierno de Anastasio Somoza García (1937-1957), fue designado rector de esa casa de estudios[42]. En ese cargo permaneció un año; poco después, la universidad fue clausurada por considerarse foco de intranquilidad. En su separación de la rectoría, medió la oposición del gobierno de Somoza y de Jorge Ubico, de Guatemala, para apoyar los esfuerzos de Mendieta para reunir la cuarta convención nacional del Partido Unionista Centroamericano, luego de más de 22 años de realizada la tercera convención nacional del PUCA[43].

En 1945, el líder unionista enfermó gravemente y se trasladó a una clínica de Nueva Orleans, Estados Unidos. De regreso en Centroamérica, los constantes desacuerdos con el gobierno de Anastasio Somoza convencieron a Mendieta de abandonar Nicaragua y de radicarse en El Salvador.

[38] La presidencia del PUCA fue ocupada por el ingeniero hondureño Rafael Díaz Chaves. Mendieta, *La enfermedad de Centro América. Terapéutica*, p. 18.

[39] Mendieta, *El problema unionista*, p. 126.

[40] Mendieta, *Obras del doctor*, p. 7 y *Unión Panamericana*, p. 220.

[41] Morry, "Salvador Mendieta," p. 86.

[42] *Unión Panamericana*, p. 220 y Rodríguez, 1999, p. 11.

[43] Partido Unionista Centroamericano, PUCA, p. 5.

En este país multiplicó sus actividades en el Ateneo de El Salvador y en otras sociedades fuera de esa nación[44]. Mendieta también fue miembro de la Sociedad Colombina de La Habana, Cuba; del Instituto Morazánico de Honduras y de la Sociedad de Geografía de Nicaragua[45]. Su última obra, *Mi jornada de trabajo*, se publicó el 25 de marzo de 1957[46]. El líder unionista falleció en 28 de mayo de 1958 en la ciudad de San Salvador. En el *Testamento político* manifestó su profunda decepción por el fracaso propio, que para él significaba la permanencia de la división del istmo en cinco repúblicas.

> Morirme sin realizar la unión de Centro América es haber vivido sin objeto; y en tal caso me parece que no dejo ninguna herencia [...]. Es como no haber vivido, tal vez peor que eso: planear la construcción de un edificio, decir que se construirá, tener profunda fe en ello, dedicarse por entero a esa labor, creer que se abren zanjas para enterrar los cimientos, creer que se están echando éstos, que se levantan paredes, que se acumulan los materiales, y que se conseguirán los que faltan, y que se verá erguida, sólida y bella la vasta fábrica; y acostarse una noche creyendo todo eso para despertar a la mañana siguiente […] advirtiendo hasta entonces que se ha cabalgado en Clavileño, que no se ha hecho nada, y que los bellacos de la Casa del Duque se han reído a nuestra costa. Digo por esto que morirme yo sin haber realizado la Unión es peor, mucho peor que si no hubiera nacido[47].

En resumen, la trayectoria profesional y política de Mendieta manifiesta comportamientos políticos ambiguos, señalados por Pierre Bourdieu como característicos de los intelectuales[48]. En la juventud Mendieta fue radical e intransigente con los grupos gobernantes y sus vinculaciones fueron con sectores excluidos: emigrados políticos, estudiantes, in-

[44] *Unión Panamericana*, p. 220.

[45] Morry, "Salvador Mendieta," pp. 87-88.

[46] Morry, "Salvador Mendieta," p. 88.

[47] Mendieta, *Testamento político*, p. 8.

[48] Para Bourdieu, los intelectuales conforman una facción dominada de la clase dominante, inclinada, en razón de la ambigüedad estructural de su posición en la estructura de la clase dominante, a mantener una relación ambivalente, tanto con las fracciones dominantes de la clase dominante como con las clases dominadas, y a formar una imagen ambigua de su posición en la sociedad y de su función social. Bourdieu, *Intelectuales*, p. 32.

telectuales y líderes de oposición afines a los ideales de unión. En estos años, su actividad profesional fue relegada por su interés en la propagación del movimiento y en la redacción de textos. También ejerció cargos medios en el gobierno que abandonó con gran facilitad por seguir sus ideales unionistas. A partir de 1921, Mendieta cambia su comportamiento político y se muestra muchos más flexible hacia los grupos en el poder y dispuesto a vincularse en la política local de los distintos estados del istmo. El acercamiento de Mendieta a los grupos en el poder coincide con el fracaso del último intento del siglo XX por restablecer la República Federal Centroamericana y la consecuente desbandada del movimiento unionista en la región. Este cambio no solo debilitó su posición como líder de las filas unionistas, sino también ante sus oponentes y ante los nuevos aliados, quienes finalmente lo marginaron causando su refugio en la actividad académica nacional e internacional y el autoexilio en El Salvador, hasta su muerte. ¿Cuáles fueron los principios políticos que defendía Mendieta? ¿En que consistía su propuesta unionista? ¿Se transformó el ideario unionista con el correr de los años? Estas interrogantes las analizaremos en el siguiente apartado.

LA FORMULACIÓN DE LA PROPUESTA ESTUDIANTIL UNIONISTA

Como se dijo anteriormente, la enunciación de la propuesta estudiantil unionista inició con el libro *Páginas de unión,* publicado en 1903 por la Imprenta Gurdián, en León de Nicaragua. La obra de 300 páginas se divide en dos partes. En la primera se encuentra la tesis defendida por Mendieta para concluir sus estudios en Derecho. En la segunda parte, se reproducen algunos discursos y varios artículos escritos por el autor en diferentes momentos, en defensa de la unión centroamericana.

El trabajo de graduación de Mendieta es en sí una propuesta unionista donde el autor analiza en forma comparada la organización del Poder ejecutivo en los textos constitucionales de los cinco países, y propone una forma de organización política alternativa basada en la unión de Centroamérica. En su estudio, Mendieta adopta la metodología positivista de análisis jurídico comparado utilizada por Alejandro Angulo Guridi, destacado jurista antillano radicado en Nicaragua, quien en 1891 publicó

Temas políticos[49]. Según Angulo Guridi, el Derecho es una ciencia y los estudios de legislación comparada parten de los análisis experimentales, en los cuales se procede por comparación, analogía y confrontación para exponer las diferencias y las similitudes entre las constituciones políticas de diversos países, a fin de determinar los principios y las leyes más apropiadas con el carácter general del país donde se aplicarían[50]. Siguiendo esa metodología, Mendieta confronta los textos y concluye que las constituciones centroamericanas poseían los más recientes avances del Derecho político, pero su efectividad era nula debido al predominio de una práctica política caracterizada por el despotismo, donde el Poder ejecutivo era dueño y señor de las vidas y haciendas[51].

En consecuencia, propone la unión regional como organización política alternativa. La propuesta se inspira en el pensamiento unionista centroamericano de Francisco Morazán, Máximo Jerez, José Trinidad Cabañas y José Francisco Barrundia, y en el concepto de unión del diplomático colombiano José María Torres Caicedo, expuesto en el libro *Unión Latino Americana: pensamiento de Bolívar para formar una liga americana: su origen y sus desarrollos y estudio sobre la cuestión que tanto interesa a los estados débiles, a saber: ¿un Gobierno es responsable por los daños y perjuicios ocasionados a los extranjeros por las facciones?,* publicado en París en 1865, y en otros trabajos que Mendieta no refiere, pero reproduce parcialmente para sustentar sus argumentos[52]. Por ejemplo, en relación con la unión señala:

[49] Alejandro Angulo Guridi, de familia dominicana emigrada tras la ocupación haitiana, nació en Puerto Rico y se formó en Cuba, donde publicó sus primeros textos literarios y periodísticos. Llegó a Nicaragua en tiempos del presidente y general José Santos Zelaya y se dedicó a enseñar Literatura y Gramática en el Instituto Nacional de Masaya, del que fue director. Colaboraba en los periódicos sobre temas religiosos, políticos y filológicos. Falleció en Masaya en 1903. Arellano, *Diccionario de autores,* pp. 18-19.

[50] Mendieta, *Páginas de unión*, p. 93.

[51] Mendieta, *Páginas de unión*, p. 54.

[52] José María Torres Caicedo (1830-1889) fue un personaje de singular actividad, de variada producción periodística, política y literaria y de densa vida diplomática a lo largo de muchos años. Fue director del semanario *El Día*, en Colombia, su tierra natal, y editor del *Correo de Ultramar*. Fue representante de Venezuela, Colombia y El Salvador en París, donde realizó la mayor parte de su obra. El tema que lo caracteriza es el que tiene como centro al continente americano y se considera el creador del concepto *Latinoamérica*. Carilla, 1998, pp. 337-338. Otras referencias del autor se encuentran en Mendieta, *Páginas de unión*, pp. 107, 132-136.

> Digamos a este respecto lo que el señor Torres Caicedo dice sobre el asunto que nos ocupa: "La unión está llamada a producir prodigios en todas partes; pero ella es la necesidad de las nacionalidades hispanoamericanas; ese es el remedio de sus inmensos males. Como todo lo que es afirmación; ella transformará la faz política y social de las Repúblicas de América Latina… !Sí! la unión es la palabra de vida para la América Española, así como ha sido para todos los pueblos"[53].

Consecuentemente, la unión fue para Mendieta una necesidad urgente para la región ya que constituía un factor de progreso, un signo de modernización, una estrategia de defensa contra la expansión imperialista estadounidense y la única manera de consolidar la zona como una nación. Además, veía en ella una forma de organización científica donde los jóvenes intelectuales serían los llamados a ocupar los cargos políticos en función de su conocimiento y sus virtudes morales[54]. Los intelectuales y, propiamente, los estudiantes serían los encargados de liderar el establecimiento de la unión regional y de educar al pueblo en razón de su juventud, la capacidad académica, el dominio de la ciencia y, sobre todo, por representar la ruptura con la tradición colonial y con las viejas generaciones de políticos[55].

Los argumentos de Mendieta en pro de los sectores intelectuales dejan clara su adhesión al racismo científico que imperaba en la época y evidencia su desprecio hacia los indígenas y los sectores sin educación, a quienes incluso señaló como cómplices de los tiranos, partícipes del localismo y responsables, en buena medida, del atraso político de la región[56]. A éstos suma a los intelectuales de la vieja guardia y a los maestros, a quienes definió como víctimas de la empleomanía. Es decir, de la ambición por ocupar un empleo público retribuido que les garantizara la subsistencia y les diera el reconocimiento social como hombres de ciencia[57].

Además, señaló que el nuevo sistema contaría con un Estado unitario. Esta propuesta se basó nuevamente en los criterios de José María Torres Caicedo sobre la federación como forma de organización política suscep-

[53] Mendieta, *Páginas de unión*, p. 133.

[54] Mendieta, *Páginas de unión*, pp. 141-143.

[55] Mendieta, *Páginas de unión*, p. 114.

[56] Como ejemplo de sus duros juicios sobre los indígenas tenemos: "La raza indígena, atrasada de por sí, llegó al colmo del embrutecimiento con la esclavitud que sobre ella gravitaba…". Mendieta, *Páginas de unión*, p. 89.

[57] Mendieta, *Páginas de unión*, pp. 70-71.

tible de muchas gradaciones. Para Torres Caicedo, existían dos tipos de federación: a) el sistema federal verdadero y real, donde las partes aisladas forman un todo en el sentido de traspasar ciertos derechos y prerrogativas de las diversas entidades políticas a una nueva entidad formada por todas ellas y b) la federación hispanoamericana, donde el sistema obra en el sentido contrario, disminuyendo las derechos de la entidad conocida, de la Nación, del Estado para aumentar los derechos y las prerrogativas de las partes, de las entidades secundarias del Estado. Este sistema, afirma Torres, nació en la República de la Plata, en México y en Centroamérica[58]. La propuesta del Estado unitario también se apoyó en la opinión de Valero Pujol[59], destacado intelectual positivista, quien aseguró:

> Las cinco sesiones de Centroamérica no eran fuerzas contrarias, ni tenían intereses opuestos, ni organizaciones políticas diferentes, sino que moléculas disgregadas de un todo homogéneo, planetoides aislados de una antigua y compacta masa planetaria que precisaba unirlos, amalgamarlos y compactarlos de un modo uniforme, sin contrariar las leyes de la variedad en la unidad[60].

En *Páginas de unión* también se presenta un antiimperialismo como parte de la propuesta unionista, resultado del conocimiento obtenido a través de las experiencias de algunos de los maestros cubanos, entre ellos el propio José Martí y otros emigrados políticos de latitudes afectadas por la expansión estadounidense. El antiimperialismo se conjugó con la crítica a las dictaduras y un fuerte sentimiento hispanista, presente en el grupo y en Mendieta, identificado con Europa en razón de su ascendencia familiar[61].

[58] Mendieta, *Páginas de unión*, p. 143.

[59] Valero Pujol (1837-1915) político republicano y educador originario de Borja, Zaragoza. Después de haber sido gobernador de Huesca, se trasladó a Guatemala en 1875, a petición del militar español Garrido y Agustino, director de la recién creada Escuela Politécnica. Fue director del periódico *El Progreso,* propietario de la tipografía de igual nombre y autor de importantes obras para la historia intelectual de Guatemala, como *Compendio de Historia Universal* (1878) y *Compendio de la historia de la Filosofía* (1885). Murió en Guatemala en 1915. Datos tomados de Rojas Lima, *Diccionario,* pp. 754-755. Además, véase Mendieta, *Páginas de unión*, pp. 148-150.

[60] Mendieta, *Páginas de unión*, pp. 148-149.

[61] Esta posición en pro de España y de lo europeo, la manifiesta Mendieta aún en 1934, cuando afirma que es un amador fervoroso de España y de todo lo español, debido

Como hemos demostrado, la propuesta de unión presente en el texto en estudio fue influida por el positivismo y se inspiró en autores latinoamericanos en boga, como el diplomático y publicista colombiano José María Torres Caicedo, y en intelectuales del medio afines al positivismo, entre ellos Valero Pujol y Alejandro Angulo Guridi. La propuesta contó con un pasado histórico sustentado en las hazañas de los próceres unionistas, quienes fueron elevados a la categoría de héroes de la unión. En ella, los estudiantes y los jóvenes profesionales constituían la fuerza creadora de un nuevo orden político de dimensiones regionales, basado en la unión como signo de modernidad, en los progresos de la ciencia, así como en la capacidad de los intelectuales para regenerar a los indígenas y a los grupos sin instrucción, por no mencionar la sustitución de los déspotas en el poder.

La difusión de *Páginas de unión* en la región fue limitada debido a las medidas de represión impuestas por el mandatario nicaragüense José Santos Zelaya, quien boicoteó el libro y durante varios meses persiguió al autor hasta expulsarlo del país[62]. Sin embargo, las ideas unionistas continuaron circulando en la región gracias a la existencia de la red solidaria de adeptos al movimiento, quienes siempre brindaron apoyo a Mendieta y contribuyeron en la difusión del unionista mediante la publicación de un sinnúmero de folletos, revistas, periódicos y conferencias reproducidas en talleres tipográficos clandestinos, como por ejemplo la Tipografía El Progreso, en Managua, propiedad de Sofonías Salvatierra, o la Tipografía de Francisco Ocheita, en Quetzaltenango, ambas en Guatemala[63]. Estas iniciativas permiten intuir amplios niveles de adhesión al nuevo ideario y establecer la dimensión colectiva y regional que alcanzó esta propuesta como planteamiento alternativo de organización política en Centroamérica.

En el siguiente apartado, se analiza *La enfermedad de Centro América*, texto considerado la obra monumental de Mendieta debido a lo extenso del estudio —de más de mil quinientas páginas—, al minucioso análisis de la realidad centroamericana, pero, sobre todo, a su publicación en la prestigiosa Tipografía Maucci, de Barcelona, España[64]. Con este tra-

a las gotas de sangre que sus bisabuelos le habían heredado. Mendieta, *La enfermedad de Centro América. Diagnóstico*, p. 36.

[62] Mendieta, *Testamento político*, pp. 9-10.

[63] Silva, *"El unionismo científico,"* pp. 181.

[64] Mendieta, *La enfermedad de Centro América. Descripción*, p. 12.

bajo, Mendieta no solo dio a conocer el ideario unionista más allá del istmo, sino también pasó a formar parte del selecto grupo de intelectuales centroamericanos que lograrían dar a conocer sus obras en el viejo continente. En adelante, me interesa determinar cambios en la propuesta, establecer la presencia de nuevas influencias filosóficas y determinar la viabilidad de esta propuesta de organización política.

La enfermedad de Centro América*: los síntomas, el diagnóstico y la terapéutica*

La enfermedad de Centro América es un libro compuesto en tres tomos: el primero, referente al sujeto de estudio y a los síntomas de su dolencia; el segundo, a los orígenes y diagnóstico, y el tercero, a la terapéutica. Los tomos fueron escritos durante un periodo de aproximadamente veintidós años, debido a las continuas interrupciones causadas por la actividad política del autor, los destierros, las prisiones y la escritura de otros textos. El primero se escribió entre 1905 y 1907, y fue publicado por primera vez en 1912; la redacción del segundo tomo inició en enero de 1915 y concluyó en diciembre de 1919. Sin embargo, el fracaso del intento de unión conocido como la República Tripartita desvió la atención del autor y retrasó la publicación. En 1922, Mendieta reanuda el proceso de redacción con "Terapéutica"; al mismo tiempo, escribe dos tomos titulados "Alrededor del problema unionista de Centro-América", que, sumados a la triada, conformarán la serie de cinco volúmenes publicados en 1934 por la Tipografía Maucci[65].

Esta serie de libros fue definida por su autor como el manifiesto de la ideología unionista y como un texto de regeneración social y política de la región[66]. El título, enfoque y preocupaciones inscriben la obra en el contexto de la corriente ensayística latinoamericana, inspirada en el positivismo y el darwinismo social spenceriano presente en un amplio número de obras precedentes, entre las cuales podemos citar *El triste porvenir de las naciones hispanoamericanas*, del mexicano Francisco Bulnes (1899); *Continente enfermo*, del venezolano César Zumeta (1899); *Pueblo enfermo*, del boliviano Alcides Arguedas; *Manual de patología política*, del argentino Agustín Álvarez (1899); *Enfermedades sociales*, de Manuel Ugarte (1905);

[65] Mendieta, *La enfermedad de Centro América. Descripción,* pp. 389-393.
[66] Mendieta, *La enfermedad de Centro América. Descripción*, pp. 393.

el libro del sociólogo e historiador brasileño Manuel Bomfim, *A América Latina: Males de origen*, y *Nuestra América: Ensayo de psicología social*, del argentino Carlos Octavio Bunge (1903)[67].

Sin embargo, en términos metodológicos, *La enfermedad de Centro América* se inspira en las fuentes francesas de reflexión socio-biológica y, específicamente, en el naturalismo de Émile Zolá (1840-1902). Al inicio de la obra, Mendieta advierte que realizará el estudio de las condiciones sociales y políticas desde el punto de vista del observador, siguiendo los procedimientos del "doctor Pascual, de Zolá", sobre quien dice: "estudia sin pasión y ve el proceso de las leyes naturales en una familia no preocupándose si no por acumular hechos, inducir las causas que los produjeron y deducir las consecuencias que a su vez producirá". De paso, agrega, si el paciente gusta de aliviar los males, indicará el procedimiento que habrá de seguirse para disminuir la intensidad del mal y curarlo radicalmente.[68]

La elección de Zolá no es fortuita y responde al gran interés que existía entre los intelectuales centroamericanos por los autores franceses. París y su ambiente cultural eran parte fundamental del horizonte cultural de la gran mayoría de escritores centroamericanos que luchaban por abrirse espacio en la academia francesa y por imitar los modos de vida parisina y europea en general. Ejemplo de esta tendencia fueron los modernistas Rubén Darío, Froylán Turcios y Enrique Gómez Carrillo, "quien incluso sostuvo entrevistas con Jean Lorrain, Joris-Karl Huysmans, Alphonse Daudet y Emile Zolá, de las que da cuenta en la sección 'Intimidades parisienses, de almas y cerebros'"[69].

Mendieta, siguiendo a Zolá, asumió la redacción de su obra como un informe de un experimento científico, centrado en descubrir la realidad de modo totalmente objetivo mediante la aplicación de los nuevos métodos positivos, el análisis empírico y los principios de la herencia genética y del medio social[70]. De esta forma, adoptó la actitud de un médico y aplicó el método experimental como si la sociedad, las instituciones y los

[67] Marichal y Vargas, Introducción.

[68] Mendieta, *La enfermedad de Centro América. Descripción*, p. 18. La expresión el "doctor Pascual de Zolá," la utiliza Mendieta en referencia a la obra *Le Docteur Pascal,* vigésima novela de la serie *Los Rougon-Macquart, historia natural y social de una familia bajo el Segundo Imperio (1852-1871)*, Zolá, *Le docteur*.

[69] Funes, "*Froylan Turcios y el modernismo*", p. 201.

[70] Barrueto y De la Cruz, *Realismo literario*.

grupos sociales fueran pacientes a quienes debía brindarse un diagnóstico de sus males e indicar el tratamiento adecuado. Precisamente, como antes se dijo, esa es la estructura de la obra.

El primer tomo es una crítica mordaz y sistemática al sistema social y político de Centroamérica, realizada mediante una descripción caótica del mundo social y político de la región y fundamentada en el concepto de enfermedad social desarrollado por Emile Zolá en la saga de los Rougon-Macquart. En esta obra, Zolá analiza las intrincadas conexiones que existen entre la enfermedad, el desarrollo de una ambición asociada al ansia de poder y la influencia del medio social. De forma similar, Mendieta pretende mostrar que el pueblo centroamericano está enfermo como resultado de la combinación de factores culturales, alimentarios y del medio ambiente, que conllevan a la degeneración moral y a conductas promotoras de la dominación y el ejercicio autoritario del poder. En relación con el campesino, por ejemplo, afirma:

> Hijo de una sociedad modelada por la intransigencia católica no gusta de discusiones bajo ningún concepto y busca siempre la autoridad de la palabra dicha por el cura para que le sirva de guía a sus pensamientos… Respeta a las autoridades más que a Dios y no se escandaliza por los atentados o robos de los mismos, convencidos de que no hay remedio posible y que debe aguantar con la misma estoica resignación que un terremoto o la crecida de un río[71].

En su estructura, el tomo también evidencia con suma claridad la influencia de Herber Spencer y su metáfora organicista, especialmente en la perspectiva que posee el autor del orden social como un todo orgánico, en el que las partes y componentes están interrelacionados y donde cada elemento contribuye objetivamente a mantener y perpetuar la entidad mayor en la que está inmerso. De esta manera, luego de analizar la sociedad centroamericana, Mendieta concluye que todas y cada de esas partes padecen dolencias que paralizan a la sociedad y la condenan al atraso, la violencia y al abuso del poder. En resumen, afirma que Centroamérica no existe como Estado y, por consiguiente, quien desee convertir a las cinco repúblicas de ópera bufa en una república de verdad tiene que ponerse a la tarea de crear lo que no existe[72].

[71] Mendieta, *La enfermedad de Centro América. Descripción*, pp. 26-29.
[72] Mendieta, *La enfermedad de Centro América. Descripción*, p. 283.

Otro concepto central presente en el primer volumen es el de clase social, sustentado en el principio del más apto, acuñado por Spencer, y entendido como un determinismo que define las oportunidades de los individuos, las maneras de comportarse, los gustos, el lenguaje, las opiniones e incluso las creencias éticas y religiosas. En consecuencia, Mendieta describe al sujeto de estudio como un conglomerado de clases sociales compuesto por los campesinos pobres, los acomodados y los ricos, el artesano oficial y el maestro de taller, la servidumbre, los militares y los caciques políticos. A estos suma una clase diferente conformada por los estudiantes, los universitarios formados en Centroamérica y los jóvenes profesionales, quienes por sus conocimientos eran los llamados a emprender la regeneración social.

Finalmente, el texto incluye el análisis de diversas instituciones sociales, entre ellas, la escuela primaria, el comercio, el cuartel, los partidos políticos, el municipio, el gobierno departamental, las cortes de justicia y los presidentes. Todas ellas concebidas como componentes funcionales, reproductores de la dominación de los tiranos denominados por el autor como caciques, concepto acuñado por el regeneracionismo hispano, con el cual se aludía al ejercicio autoritario del poder y que Mendieta caracterizó de la siguiente manera:

> Dedúzcase, pues, cuál será la administración de los cacicatos: nada de ciencia de gobierno, de planes administrativos, de combinaciones financieras con base científica. Se vive al día; se tiene en toda su magnitud la imprevisión de los pueblos salvajes o atrasados. Así se dictan las leyes, así se derogan; así se adopta un sistema, así se abandona. Agréguese a esto el desconocimiento geográfico, étnico y estadístico del país, la falta seria y sólida de formación de las clases directoras, y se tendrá un juicio vago de nuestra caótica administración y de los males que ella causa a las generaciones de hoy y a las de mañana[73].

En el segundo tomo, Mendieta diagnóstica la enfermedad de Centroamérica como un caso profundo y crónico de abulia colectiva. La abulia —afirma— es un estado de ánimo que se caracteriza por la falta de anhelos, por el deseo de no hacer, por la incapacidad de tomar resoluciones… Tal estado implica necesariamente una profunda depresión de los centros

[73] Mendieta, *La enfermedad de Centro América. Descripción*, p. 247.

nerviosos de la colectividad o del individuo que lo padece[74]. Finalmente, asegura que, tanto en los pueblos como en los individuos, la abulia es curable si a tiempo y de modo apropiado se reacciona contra ella y se combate metódicamente.

En el diagnóstico se señalan diversas causas de la enfermedad agrupadas en cuatro factores: la influencia étnica, la influencia del medio ambiente, el desarrollo institucional y la influencia de los acontecimientos históricos posteriores a la emancipación. A diferencia de otros autores de su época, Mendieta analiza cada factor mediante un balance en el cual reconoce tanto los aspectos negativos como las buenas cualidades presentes en las razas (indios, negros, españoles), el medio físico y el desarrollo histórico. Por ejemplo, en cuanto a las razas opta por la idea del "mestizaje constructivo," señalado por Nancy Leys Stepan, como una variante dentro del movimiento eugenésico latinoamericano, la cual sustentaba la idea del mestizaje y la evolución como vías de regeneración social, aunque anatemizado por los eugenecistas europeos[75]. Dicha idea permitió a Mendieta plantear un nuevo tipo étnico centroamericano, según el cual:

> La raza blanca es la que debe dar el mayor y mejor contingente para la formación del futuro tipo étnico centroamericano, al cual deberán dar también sus mejores cualidades las razas cobriza y negra, pero subordinadas a las superiores de la blanca… El tipo indio y el negro tienen excelentes cualidades físicas, morales, intelectuales y estéticas que deben saberse aprovechar dentro del molde caucásico[76].

Respecto a las instituciones coloniales, su posición fue más tajante y las consideraba el origen del desorden político imperante en la región:

> En el proceso de formación del estúpido, imprevisor y enervante caciquismo centroamericano aparecen los gobernadores e intendentes coloniales como las manifestaciones larvadas que le han dado origen[77].

[74] Mendieta, *La enfermedad de Centro América. Diagnóstico*, pp. 19-20.

[75] Sobre este tema, véase Nancy Leys Stepan " *The Hour of Eugenics": Race, Gender and Nation in Latin America* (Ithaca, New York, Cornell University Press, 1991, pag, 138. Citada por Palmer, 1996).

[76] Mendieta, *La enfermedad de Centro América. Diagnóstico*, p. 24.

[77] Mendieta, *La enfermedad de Centro América. Diagnóstico*, p. 111.

En consonancia con esos preceptos, Mendieta asoció al concepto de raza el carácter del centroamericano como elementos determinantes del retraso y la dominación. Sin embargo, por las fuentes citadas, el argumento central fue tomado del libro *El carácter*, del literato escocés Samuel Smiles (1815-1904), quien sostuvo que la tristeza y el desánimo eran factores contrarios al progreso, aniquiladores del organismo y del trabajo. Smiles, partícipe del pensamiento de la autosuperación, escribió una saga de tres libros —*El carácter*, *El deber* y *El ahorro*— que propiciaban valores éticos y normas culturales acordes con los principios liberales como la disciplina del trabajo, la libertad individual, el respeto a la ley, el ahorro y el deber. Estos principios vendrán a ser considerados la cura de los vicios sociales presentes en la sociedad y las instituciones centroamericanas.

Por último, el tercer tomo, *Terapéutica*, manifiesta la presencia de planteamientos teosóficos regeneracionistas como parte de los fundamentos de la propuesta política unionista. Así, pues, la educación, la higiene, la cultura cívica y la eugenesia se propusieron como los caminos de la regeneración de la sociedad centroamericana[78]. No obstante, su eficacia fue limitada a la instauración de la unión regional concebida como el estado de perfección moral, política y social[79].

En la terapéutica, la mujer ocupa un lugar central debido a dos razones claramente señaladas: 1) la mujer se considera el centro del hogar y, por tanto, eje de la sociedad, 2) la población femenina es más numerosa que la población masculina[80]. La cura a los males sociales también se encontraba en el fomento de la educación, un aspecto que brindó cierto carácter innovador, aunque la propuesta educativa se enmarcó en los parámetros tradicionales de la moral y la virtud.

[78] Sobre este tema se pueden consultar los trabajos de Marta Casaús y Teresa Giráldez, quienes han profundizado sobre el espiritualismo, la teosofía y el vitalismo en Centroamérica, conceptos definidos como corrientes de pensamiento contrarias al positivismo. Véanse, Casaús, "Las redes teosóficas", "La creación" y Casaús y Giráldez, *Las redes intelectuales*.

[79] De acuerdo con Mendieta, el camino hacia la perfectibilidad se compone de varias etapas, lo primero es que cada individuo sea sano, fuerte y hermoso; lo segundo que tenga voluntad recia y bien orientada hacia la moral; y lo tercero que cuente con los condiciones necesarias para subsistir y disponer de los medios suficientes para el completo desarrollo de su personalidad física, moral e inteligencia. Mendieta, *La enfermedad de Centro América. Terapéutica*, p. 337.

[80] Mendieta, *La enfermedad de Centro América. Terapéutica*, p. 76.

En resumen, la terapéutica resultó ser una receta compleja —a veces confusa— donde la ley del progreso se unió a la búsqueda continua de los supremos ideales de perfección moral, justicia, belleza, amor y solidaridad universal. Tal amalgama de corrientes filosóficas no solo daba cuenta de las inconsistencias, las contradicciones y rupturas de la propuesta unionista, sino también de la mezcla de diferentes fuentes filosóficas de las que bebió el unionismo. Así, los principios teosóficos y regeneracionistas vinieron a constituirse en los ideales de la nación centroamericana, imaginada como una república cientificista, de hombres y mujeres virtuosos, bien educados, amantes de la patria, en constante evolución, poseedores de mayores cantidades de sangre caucásica y, al mismo tiempo, dueños de la vitalidad de las sangres indígena y africana[81].

CONCLUSIONES: "LA REPÚBLICA INTELECTUAL UNIONISTA CENTROAMERICANA"

El proyecto político unionista propuesto por Mendieta y su grupo se constituyó, como hemos visto, mediante un conjunto de ideas y principios provenientes de diversas corrientes filosóficas, que se introdujeron en la región en el contexto de la modernización cultural generada por el cultivo del café. Ciertamente, las zonas de expansión del cultivo, como Diriamba, en Nicaragua, experimentaron importantes desarrollos económicos, sociales y culturales que transformaron su paisaje rural y dieron paso a la conformación de incipientes centros urbanos y al desarrollo de nuevos conglomerados sociales, entre los cuales destaca el surgimiento de una generación de jóvenes educados en las universidades del istmo, poseedores de amplios conocimientos de los países vecinos y de una percepción ístmica y regional de Centroamérica. A ello se sumó la experiencia de exilio y de persecución que alentó en Mendieta y sus compañeros la solidaridad y dio paso a un fuerte centroamericanismo, a la búsqueda de las similitudes más que a las diferencias exacerbadas por los nacionalismos de entonces, y a la adopción del viejo proyecto unionista.

Si bien los jóvenes profesionales invocaron en su ideario a los caudillos clásicos de la unión —Francisco Morazán, Gerardo Barrios, Máximo Jerez y Justo Rufino Barrios— también modernizaron la propuesta

[81] Mendieta, *La enfermedad de Centro América. Terapéutica,* p. 87.

unionista planteada por los militares que habían apostado por la fuerza bruta, la imposición y el ejercicio autoritario del poder como medios para instaurar la unión regional. En la propuesta unionista del grupo de Mendieta, se adoptaron principios expresados por intelectuales de reconocido prestigio internacional, que abogaban porque la fuerza fuera reemplazada por el saber, la improvisación sustituida por el método científico, el compadrazgo por la meritocracia y el autoritarismo por el ejercicio democrático del poder.

Desde su visión positivista, estos jóvenes defendieron a ultranza los principios liberales de la propiedad privada, el libre comercio, la libertad de prensa y de pensamiento. También creyeron en la educación, la ley y el orden, así como en la eugenesia, como los medios de la prosperidad de los pueblos, y alentaron las virtudes del trabajo, el ahorro, la higiene y la lucha contra los vicios. En su propuesta, la eugenesia es entendida como un mestizaje constructivo en el cual la inmigración europea y los modelos raciales caucásicos, unidos, a lo indígena y negro eran el ideal racial centroamericano[82]. Además, la buena educación y el conocimiento se consideraron condiciones indispensables para participar en la política. En consecuencia, la ostentación del poder fue vista como un asunto exclusivo de los poseedores del saber y no de tiranos, quienes basaban su autoridad en el dominio y la ignorancia de los pueblos.

La teosofía, por su parte, proveyó a los intelectuales de principios morales universales sobre los cuales propiciar la democratización de los sistemas políticos del istmo. Asimismo, fomentó el cultivo de las altas virtudes morales como pilares de una ciudadanía centroamericana, basada en el amor a la patria grande, la obediencia a la ley, la solidaridad cristiana y las virtudes del trabajo, el ahorro y el deber, pero sobre todo en el respeto a las jerarquías sociales y el reconocimiento de la superioridad moral de los poseedores del conocimiento. Así, decían:

> Serviréis a vuestra patria, eligiendo hombres doctos que enseñen a vuestros hijos, hombres sabios para gobernar vuestro pueblo, hombres de honor y responsabilidad que administren los bienes comunes, escogiendo siempre hombres de ciencia y de prudencia a quienes asociarse para vuestros negocios y aún vuestro trato[83].

[82] Mendieta, *La enfermedad de Centro América. Terapéutica,* p. 61.
[83] Rodas, *Mis prisiones*, pp. 150 y 157.

En el principio de solidaridad universal, el unionismo intelectual encontró asidero para imprimir dimensiones continentales a la propuesta de unión centroamericana y dotar al istmo de un glorioso destino como región depositaria de la unión latinoamericana. Por su posición geográfica y composición racial, la zona del istmo estaba llamada a ser el nexo central de los pueblos iberoamericanos y de todos los que forman la humanidad[84]. A este sueño de grandeza centroamericana se unía su posición antiimperialista, sustentada en la oposición de los bloques raciales hispanoamericano y sajón. No obstante, como otros intelectuales de su época, los unionistas centroamericanos fueron partícipes de un antiimperialismo romántico, en constante oscilación entre la admiración al pueblo estadounidense y la aversión hacia su gobierno y su política expansionista.

En definitiva, esta propuesta de unión respondió al interés político de una nueva clase emergente, los intelectuales, quienes buscaron los medios para abrirse espacio en una Centroamérica caracterizada por el autoritarismo y la marginación de la oposición. No obstante, la propuesta no estuvo exenta de contradicciones ni de planteamientos absurdos, pero todos ellos daban vida a tres argumentos centrales: 1) la Centroamérica despótica y sumisa era un pueblo enfermo, incapaz de encontrar su cura, 2) los intelectuales eran los conocedores de la pócima salvadora y los llamados a regenerar la sociedad para alcanzar su promisorio porvenir y 3) la unión regional era el estado perfecto de organización social y el restablecimiento de la República Federal Centroamericana el destino de la región. Se trataba, entonces, de una *República intelectual centroamericana*, una república donde los doctos estarían por encima de los opresores.

SIGLAS

IHNCA, Instituto de Historia de Nicaragua y Centro América
SMC, Fondo Salvador Mendieta Cascante. Managua, Nicaragua.

[84] Mendieta, *La enfermedad de Centro América. Terapéutica,* p. 677.

BIBLIOGRAFÍA

Arellano, Jorge
Diccionario de autores nicaragüenses, Managua, Nicaragua, Convenio Biblioteca Real de Suecia y Biblioteca Nacional de Nicaragua, 1994.

Augier, Ángel
Cuba en Darío y Darío en Cuba, La Habana, Editorial de letras cubanas, 1989.

Ayala, Victorino
Sociología. Programa-resumen desarrollado en la Universidad Nacional de El Salvador, San Salvador, Imprenta Nacional, 1921.

Barrueto, Ambrosio y Jorge de la Cruz
Realismo literario, siglo XIX, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2008.

Bourdieu, Pierre
Intelectuales. Política y poder, Buenos Aires, Editorial universitaria de Buenos Aires, Argentina, 2000.

Burns, E. Bradford
"La infraestructura intelectual de la modernización en El Salvador", en *Lecturas de Historia de Centroamérica*, San José Costa Rica, Imprenta y Litografía VARITEC S.A., 1989.

Camp, Roderic
Los intelectuales y el Estado en el México del siglo XX, México, Fondo de Cultura Económica, 1995.

Carrilla, Emilio
"José María Torres Caicedo. Descubridor de la literatura argentina", en *THESAURUS.* Tomo XLIV. Número 2, 1998, pp. 334-368.

Casaús, Marta
"Las redes teosóficas de mujeres en Guatemala: la Sociedad Gabriela Mistral. 1920-1940", en *Revista Complutense de Historia de América,* 27 (2001), pp. 219-255.

——, "La creación de nuevos espacios públicos en Centroamérica a principios del siglo XX: la influencia de las redes teosóficas en la opinión pública centroamericana," en *Revista de Historia,* 46 (2002), pp. 11-60.

—— y Teresa Giráldez
Las redes intelectuales centroamericanas: un siglo de imaginarios nacionales (1820-1920), Guatemala, F y G Editores, 2005.
Franklin, Benjamín
El libro del hombre de bien, Madrid, Imprenta de L. Rubio, 1929.
Funes, José Antonio
"Froylán Turcios (1874-1943) y el modernismo en Centroamérica", en *Anales de Literatura Hispanomericana,* 35 (2006), pp. 195-220.
Karnes, Thomas
Los fracasos de la unión, San José, Costa Rica, Instituto Centroamericano de Administración Pública. ICAP, 1961.
Mendieta, Salvador
——, *Páginas de unión*, León (Nicaragua), Imprenta Gurdián, 1903.
——, *La nacionalidad y el Partido Unionista Centroamericano,* San José, Imprenta Alsina, 1905.
——, *El problema unionista de Centro América y los gobiernos locales,* Quetzaltenango, Francisco Ocheinta, 1930.
——, *Alrededor del problema unionista de Centro-América,* Barcelona, Tipografía Maucci, 1934. Tomos I y II.
——, *La enfermedad de Centro América. Descripción del sujeto y síntomas de la enfermedad,* Barcelona, Tipografía Maucci, 1934. Tomo I.
——, *La enfermedad de Centro América. Diagnóstico y orígenes de la dolencia,* Barcelona, Tipografía Maucci, 1934. Tomo II.
——, *La enfermedad de Centro América. Terapéutica,* Barcelona, Tipografía Maucci, 1934. Tomo III.
——, *Carta de gratitud a don Ramón Sevilla.* Managua, Tipografía Abel, 1947.
——, *Obras del doctor Salvador Mendieta,* San Salvador, Talleres Gráficos Cisneros, 1946.
——, *Testamento político del doctor Salvador Mendieta,* San Salvador, Comité de Estado del Partido Unionista Centroamericano, 1958.
——, *Tratado de Educación Cívica centroamericana,* Managua, Talleres Nacionales de Managua, 1964.
Marichal, Carlos y Manuel Vargas,
"Introducción al libro de Francisco Bulnes. El triste porvenir de las naciones hispanoamericanas (1899)". Ponencia presentada al Seminario Historia Intelectual de América Latina, siglos XIX y XX. México, 2004.

Mendoza, Juan
Historia de Diriamba. Guatemala, Imprenta Electra. (1920).
—— , *Salvador Mendieta (biografía),* Guatemala, Tipografía Sánchez y Guise, 1930.
Morry, Waren
"Salvador Mendieta: escritor y apóstol de la unión centroamericana", Tesis de doctorado en Filosofía, Departamento de lenguas romances de la Universidad de Alabama, 1968.
Palmer, Steven
"Racismo intelectual en Costa Rica y Guatemala, 1870-1920", en *Mesoamérica,* 31 (1996), pp. 99-121.
Partido Unionista Centroamericano
Celebrando el 47 aniversario del Partido Unionista Centroamericano. Managua, PUCA, 1946.
Paz, Pedro y Fidel Germán
Historia de Honduras, Tegucigalpa, Guardabarranco Editorial y Litografía, 2000.
Rodas, Joaquín
Mis prisiones y peregrinaciones por Centroamérica en aras del ideal unionista, Guatemala, s/e, 1943.
Rojas Lima, Flavio
Diccionario histórico-biográfico de Guatemala, Guatemala, Fundación para la Cultura y el Desarrollo, 2004.
Rodríguez, Felipe
Salvador Mendieta: Apóstol de la unión Centroamericana, Managua, CIRA editores, 1999.
Samper, Mario
"Café, trabajo y sociedad en Centroamérica, 1870-1930: una historia común y divergente", en *Historia general de Centro América,* San José de Costa Rica, FLACSO, 1993. Tomo IV.
Silva, Héctor
Nuevo diccionario de El Salvador, San Salvador, Editorial Aldida, 2002.
Silva, Margarita
"El unionismo científico y los intelectuales en la vida política Centroamericana, 1898-1921", Tesis de doctorado en Historia. Centro de Estudios Históricos, El Colegio de México, 2005

Romero, Jilma
Historia general de Nicaragua, Managua, Publicaciones de la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua (UNAN), 2002.
Unión Panamericana
Diccionario de literatura latinoamericana, Washington, Unión Panamericana, 1963.
Zolá, Emile
Le docteur Pascal, Paris, G. Charpentier et E. Fasquelle, 1893.

V
TRES ITINERARIOS EN LA CREACIÓN LITERARIA ANTIIMPERIALISTA DE MÁXIMO SOTO HALL (1899-1928)

TRES ITINERARIOS EN LA CREACIÓN LITERARIA ANTIIMPERIALISTA DE MÁXIMO SOTO HALL (1899-1928)*[85]

Mario Oliva Medina
Universidad Nacional de Costa Rica

INTRODUCCIÓN

La figura de Máximo Soto Hall resulta paradójica cuando nos detenemos en la crítica literaria e histórica relacionada con su obra creativa y, más específicamente, con aquélla referida a sus novelas de corte antiimperialista. Las creaciones de este autor han despertado opiniones y juicios diversos y contrastantes. Algunos de ellos lo ubican como el creador de la primera novela antiimperialista en el continente latinoamericano, por su obra *El problema,* publicada en 1899, al ficcionalizar en un relato la expansión norteamericana y las consecuencias en la región. En el otro extremo, tenemos a los críticos que interpretan la producción literaria del autor alejada de las posturas antiimperialistas y extienden ese punto de vista a su segunda novela, *La sombra de la Casa Blanca,* que dio a luz en septiembre de 1927, en la ciudad de Buenos Aires, Argentina.

Pretendo mostrar que la creación literaria de Máximo Soto Hall está atravesada por una preocupación permanente, sistemática y reflexiva en

* Este trabajo fue presentado en el Seminario de Historia Intelectual que se desarrolló en El Colegio de México, el 15 de junio de 2009. Agradezco al Dr. Carlos Marichal y a la Dra. Alexandra Pita, Director y Coordinadora del Seminario, por la invitación para presentar y discutir el texto, mucho debo a esa reunión, los comentarios, las preguntas y divergencias manifestadas por los seminaristas e invitados que me permitieron precisar y corregir algunos de mis puntos de vista. En el Dr. Juan Durán Luzio tengo a un interlocutor privilegiado para mí. Siempre dispuesto a escucharme y a darme consejos, así como pistas para leer y comprender mejor los textos literarios, antes de escribir estas líneas conversamos largo y en profundidad sobre el tema. Agradezco a mi colega y alumna avanzada, Maribel Soto, por su revisión formal del texto.

torno al tema de la relación de los países latinoamericanos con la nueva potencia estadounidense que surge a finales del siglo XIX y que se consolida, de manera decisiva, a comienzos del siglo XX. Por otra parte, la obra de Soto Hall se centra en las repercusiones de tal relación, visibles en la historia, la economía, la política y la cultura de nuestros países. Por lo tanto, sostengo que cualquier acercamiento a dicha obra literaria debe ser puesto en diálogo con los marcos referenciales en que la obra se creó, circuló y consumió, pues, como bien expone Jorge Myers, sólo un análisis que privilegie la relación entre el contexto sociocultural de una época dada y los significados posibles que podían emerger de ese contexto, podrá dar nacimiento a una historia coherente, persuasiva, del particular desarrollo de la actividad de los expertos en el manejo de la palabra escrita en esta región del planeta[1].

Si como es de suponer, al menos en principio, el corpus al cual pretendo adentrarme tiene un carácter y una relación con procesos históricos, que se definen con el binomio imperialismo y el antiimperialismo, es necesario entender tales nociones como asuntos que se van construyendo es su propia historicidad. Por lo tanto, las obras literarias van dando cuenta de esa evolución que puede expresarse, ya sea de manera parcial o de modo más totalizante, incluyendo aspectos diversos y, por qué no, desplazando unos y privilegiando otros.

La propuesta planteada es que las obras de creación literaria de Soto Hall, novela y ensayo, dedicadas al tema del antiimperialismo, expresan la evolución histórica de tal concepto. Primero, en su novela *El problema,* relato que traza y anticipa los peligros de la nación todopoderosa del norte que emergía muy cercana a Centroamérica, lugar de enunciación y espacio ficcional donde se desenvuelve la trama. Casi tres décadas después, en 1927, el autor nos entregó otra novela, *La sombra de la Casa Blanca,* cuyo contenido se relaciona con la intervención de Estados Unidos en Nicaragua; un texto de factura indiscutiblemente antiimperialista, como veremos más adelante. A fin de reforzar aún más esta postura del quehacer del escritor guatemalteco, se incluye un tercer momento de creación, con su texto ensayístico *Nicaragua y el imperialismo norteamericano*, producido a inicios de 1928; es decir, con meses de diferencia en relación con su segunda novela. Ambos textos, por cierto, fueron publicados en la ciudad austral de Buenos Aires[2].

[1] Myers, "Los intelectuales latinoamericanos", p. 29.

[2] Queda por investigar pausadamente la producción literaria de Soto Hall durante casi

Soto Hall cambió de género literario y pasó de la novela al ensayo para profundizar su pensamiento antiimperialista. El género ensayístico permitirá a nuestro autor otro tipo de reflexión, fundada en un organizado conocimiento de las realidades que había presenciado y analizado a lo largo de la historia de América Latina.

Las relaciones entre América Latina y Estados Unidos han estado signadas por los vaivenes sociopolíticos, históricos y económicos. Las categorías de imperialismo y antiimperialismo nos permiten realizar acercamientos diversos para describir prácticas y representaciones de las tensiones entre imperio y nación.

Dado que en la noción de antiimperialismo encontramos diversidad de significantes, no parece adecuado considerarla como un concepto permanente, sino relativamente débil y cambiante, detrás de la cual se han depositado varias ideas acerca de cómo articular esa tensión entre nación e imperio en cada momento histórico[3].

NOTA BIOGRÁFICA. ¿QUIÉN FUE EL AUTOR DE LA PRIMERA NOVELA ANTIIMPERIALISTA?

Máximo Soto Hall nació en Guatemala, en 1871, y murió en Buenos Aires, el 14 de mayo de 1944. Perteneció a la generación de guatemaltecos educados enteramente en el marco de la reforma liberal y partícipes de la vida pública cuando la reforma había entrado en su etapa menos auténtica.

tres décadas que separan su primera novela antiimperialista y la segunda; el proceso de cambio ideológico que fue sufriendo antes de su estancia en la Argentina, a partir de 1920, y su incorporación inmediata a la empresa periodística *La Prensa*. Probablemente, en ese diario podríamos encontrar algunas pistas de esa evolución. Lo cierto en que durante los primeros veinte años del siglo XX, su creación fluctuó entre la producción literaria y el ensayo histórico sin muestra visible de producciones antiimperialistas. Esto último pertenece a la década siguiente, una novela, un ensayo y una obra teatro dedicada a Sandino.

[3] Óscar Terán se refirió a las corrientes espiritualistas de principios del siglo XX, precursoras de las actuales nociones de antiimperialismo, y analizó las maneras en que autores como Rodó y Darío conceptualizaron la influencia norteamericana en América Latina. Nos sugiere variadas preguntas sobre una categoría que, aunque escasamente elaborada en la reflexión académica, ha sido particularmente relevante en la dinámica política del siglo XX latinoamericano entre nación e imperio en cada momento histórico… Marchesi, "Imaginación política del imperialismo", p. 1.

Hombre erudito y buen orador, Teresa Arévalo pinta a Soto Hall como de "arrogante presencia, cabellos ensortijados, ojos burlones y facciones regulares". Añade la autora que "un pasado doloroso, un amor frustrado o una ambición insatisfecha sumaba cierta cantidad de cinismo de burla y de ironía a su rostro, sin restarle atracción". Amílcar Echeverría nos comenta que era "hombre de anchos horizontes y de severa cultura acendrada en sus múltiples viajes y en sus definidores contactos diplomáticos". Máximo Soto Hall, dice César Brañas, "derrochó su juventud y media madurez en un medio grato para el menor esfuerzo e ingrato para la hazaña, y que lo arrastraba a la infecunda bohemia y a toda proclividad desventurada como sin salvación". Servidor de la dictadura de Estrada Cabrera, escribió poemas de circunstancias, "heridos de oficialismo y de error", nacidos "a impulsos de necesidades y oscuras miserias", afirmaba Brañas[4].

Soto Hall provenía de una acaudalada familia de empresarios, profesionales, políticos e intelectuales[5]. Al parecer, esta situación fue decisiva en muchos casos para el desenvolvimiento político e intelectual del autor. Publicó su primer poemario titulado *Para ellas* y, en 1892, fue designado secretario de la legación de Guatemala en la capital española. Permaneció en Europa durante tres años; viajó por Italia, Inglaterra y Francia; editó tres libros: uno de cuentos, *Dijes y bronces;* una novela, *El ideal*, en Madrid, así como un tomo de poemas, titulado *Poemas y rimas,* en París. Conoció a políticos y escritores como Emilio Castelar, William E. Gladstone, Bartolomé Mitre y Francisco Icaza, entre otros.

En 1896, Soto Hall vivía en San José y laboraba en varios periódicos; editaba una revista y empezaba a integrarse al círculo de intelectuales vinculados con el gobierno autoritario de Rafael Iglesias (1894-1902). La estancia en Costa Rica fue vital en varios sentidos: en ese país conoció a su primera esposa, Julia Bonilla, con quien tuvo un hijo y de la que se divorciará pocos años después. En este periplo, publica su novela más célebre y, a fines de 1897, empieza una larga y profunda amistad con Manuel Estrada Cabrera, cuando éste fue enviado de Guatemala en misión diplomática a la capital costarricense. Soto Hall realizó una variedad de

[4] Albizúrez y Barrios, *Historia de la literatura,* p. 55.

[5] Los datos biográficos han sido tomados de una documentada secuencia, realizada por Iván Molina en su artículo *El escritor guatemalteco Máximo Soto Hall y los problemas de su novela* El problema *(1899);* sobre todo lo referente a los años anteriores de su partida a Buenos Aires, p. 204-222.

trabajos para Estrada Cabrera como agente diplomático, escritor de cartillas cívicas, discursos y libros de texto.

Cuando concluyó la dictadura de Estrada Cabrera en 1920, producto de una insurrección popular, Soto Hall se encontraba en Estados Unidos. Desde allí inició un largo y definitivo exilio que lo llevó por varios países de Suramérica y que concluirá en Argentina. En 1920, se trasladó a Buenos Aires con su segunda esposa, la estadounidense Anny Miles, donde trabajó como redactor del prestigioso periódico *La Prensa.* Vivirá en esa ciudad prácticamente hasta su muerte, en 1944.

LA NOVELA: O EL PROBLEMA DE SU PRIMERA RECEPCIÓN HASTA EL DEBATE CONTEMPORÁNEO

Contamos con dos inmejorables investigaciones para referirnos a la recepción de la novela *El problema*. La primera, de carácter documental, realizada por Iván Molina y Verónica Ríos, en la que se recogen treinta entradas de comentarios de lectores de la novela, aparecidas en periódicos y revistas, entre 1899 y 1904. La segunda es sólo de Verónica Ríos, quien evalúa y ubica esas lecturas provocadas por dicho texto[6].

La novela *El problema* se publicó el 6 septiembre de 1899, su extensión constaba de 166 páginas y se vendió a 75 centavos. Fue precedida por una publicidad poco usual en aquella época para un texto literario: "Pronto saldrá a la venta *El problema,* interesante novela por D. Máximo Soto Hall", presagiaba *El Anunciador Costarricense*, el 1° de septiembre de 1899. Más explícita era la nota publicada en *La República,* diario de la mañana, el 6 de septiembre de 1899:

> "*El problema.* Saldrá muy pronto el libro de Máximo Soto Hall que llevará este título. No lo conocemos, pero, según informes de amigos nuestros que lo han leído en cuartillas de combate, es merecedor de quieta lectura. Lo recomendamos, y después de leerlo, daremos nuestra opinión de él".

Varios fueron los periódicos que anunciaron su venta e invitaron a su lectura, prometiendo comentarios futuros. En un inicio se señaló el

[6] Molina, *La estela de la pluma,* y Quesada, "*El problema* en el contexto costarricense", pp. 1-45; Ríos Quesada, "El impacto de la publicación", pp. 1-18.

contenido de la novela: "se trata del grave asunto de anexión a Estados Unidos" o "el asunto de que se trata es de gran interés político social y creemos que llamará la atención".

En un primer momento y de modo muy general, se presagiaban lecturas posibles de un interés ineludible, no solo para los expertos y competentes, es decir, los críticos, sino para aquellos que conformaban el espacio de formación de opinión pública, como eran los periódicos y revistas costarricenses decimonónicas y finiseculares.

Luego se abrió un segundo momento en la recepción, el cual estuvo marcado por dos posiciones. Una, la de quienes simpatizan con la previsión o juicio de la novela, donde se anticipaba la absorción inevitable de Costa Rica (lugar ficcional donde ocurre el relato) por parte de Estados Unidos. La segunda, compuesta por aquellos que, al contrario, entraron en desacuerdo con tales conclusiones de la novela. Obsérvese lo que uno de los lectores expresa de modo convincente:

> *El problema* tiene, pues, una conclusión concreta y tangible, Julio, último representante de la raza latina (en América), muere aplastado por la locomotora de Mr. Crissey, símbolo de la expansión imperial de la raza anglo-americana. Todo eso está muy bien, lo repito, en la novela; pero el poema de ud. no es un pasatiempo, sino de [*sic*] propaganda, la enseñanza capital que de él pudiera deducirse, la juzgo fatal de verdad, inconveniente y peligrosa: peligrosa, sobre todo, para los pueblos nuestros, para la juventud hispanoamericana. Hoy, que es tan común oír que se condena al desprecio y el oprobio a la raza latina. No sería extraño que cundiera en hispano-América la idea de nuestro propio desprecio, y que por indolencia o desaliento nos arrojáramos todos a morir bajo las ruedas de las locomotoras *yankees*, que se aprestan a invadir nuestro territorio[7].

He anotado esta apropiación de la lectura de *El problema*, por ser una posición esclarecedora de lo planteado en la novela. La superioridad material como símbolo de la carrera imperialista anglosajona, emprendida por Estados Unidos, durante, al menos, los últimos veinte años del siglo XIX en Latinoamérica, representaba la muerte de la raza latina, como efectivamente ocurre en el desenlace de la narración. El lector juzgaba peligrosa dicha conclusión, al menos en términos políticos, para la inde-

[7] Borja, p. 15.

pendencia y soberanía de nuestros países. Y agregó algo más, la novela era una representación del imperialismo que dejaba fuera su contraparte, el antiimperialismo, postura que debía ser asumida por nuestros pueblos y por la juventud hispanoamericana.

Sin duda, una historia de los textos —en esto seguimos a Roger Chartier— es una historia de las diferentes modalidades de su apropiación. Por una parte, esa historia debe considerar que *el mundo de los textos*, en el sentido de Ricoeur, es un mundo de objetos, de *performances,* cuyos dispositivos y reglas permiten y limitan la producción del sentido. Por otra, debe tomar en cuenta que el *mundo del lector* es siempre, como dice Stanley Finch, el de la "comunidad de interpretación" a la que pertenece y que se define a través de un mismo conjunto de competencias, normas, usos e intereses. De ahí la necesidad de una doble atención: a la materialidad de los textos y a la corporalidad de los lectores[8].

La crítica Verónica Ríos Quesada, repasando las opiniones, lecturas y consumo de la novela por su primer público, repara en que no se usa el adjetivo *antiimperialista*, justamente el calificativo que suele identificar a la novela desde la 1940. Asimismo, enfatiza el carácter imperialista de Estados Unidos, como lo hace Manuel Aragón, así como la naturaleza *proyanqui* de la novela, como subraya también Gil Mayorga[9].

La constatación de la ausencia del adjetivo *antiimperialismo*, me lleva a sugerir, hipotéticamente, que no es estrictamente necesario su uso para visualizar una actitud, una mentalidad ni la representación literaria antiimperialista. Como bien señala Óscar Terán, resulta difícil de comprender el éxito de *Ariel*, de José Enrique Rodó, sin inscribirlo al tema antiimperialista, como se ve, por lo menos, en dos líneas de lectura que lo cruzan literalmente. En una de ellas, se hace notar la alarma ante "el peligro yanqui", que desde la guerra hispano-americana conmovía a vastos estratos políticos e intelectuales latinoamericanos. En la otra, se aprecia la sensibilidad instalada por el modernismo rubendariano, movimiento que a su vez consonaba con el espíritu de la "reacción antipositivista", difundida en el escenario europeo en la última década del siglo XIX y con una recepción atenuada y desfasada pero creciente en América Latina[10].

[8] Chartier, pp. 24-25.

[9] Ríos Quesada, "El impacto de la publicación," p. 18.

[10] Terán, *El Ariel de Rodó,* p. 1. Saldrá próximamente de manera póstuma, me fue facilitado por la doctora Liliana Weinberg.

Ambas lecturas son, precisamente, las que debemos emprender con el tipo de textos primigenios de aquellos que, tímida y débilmente, incluimos como antiimperialistas.

Los entornos de la segunda polémica

En 1992, la editorial Costa Rica publicó nuevamente la novela *El problema,* esta vez precedida por dos estudios firmados por Álvaro Quesada y Juan Durán Luzio[11]. Álvaro Quesada establece que a partir de esta novela se introduce, en la literatura costarricense y en la literatura hispanoamericana en general, lo que habrá de convertirse en uno de sus temas más importantes: las relaciones entre nuestra América latina y la América del Norte. Específicamente, la posición ambivalente de la oligarquía liberal ante la crisis definitoria de la nueva época histórica, en relación con la influencia económica y política de Estados Unidos[12]. Además, para ambos autores, la fecha en que se publicó *El problema*, 1899, es significativa desde el punto de vista histórico y literario. La novela se inscribe dentro de la polémica sobre las posibilidades y alcances de una literatura nacional, en el marco de consolidación de un estado oligárquico[13].

En 1899, se fundó en Boston la United Fruit Co., primer *trust* agrícola del mundo y futuro símbolo del imperialismo estadounidense en el Caribe americano. Tal hecho se convirtió en un referente obligado de la novela antiimperialista centroamericana posterior a 1934[14]. Un año antes se producía la guerra de Cuba, Puerto Rico y Filipinas contra España, el subsiguiente Tratado de París, de diciembre de 1898, y a partir del 1º de enero de 1899, los grupos dominantes de Estados Unidos se apoderaron de las 7,100 islas del archipiélago filipino y de Guam, en el Océano Pacífico, al igual que de Puerto Rico y Cuba. El pretexto de Estados Unidos para apropiarse de esos territorios era, en el caso del Pacífico, el derecho

[11] Ambos autores tienen contribuciones de primer orden en el estudio de la literatura costarricense e hispanoamericana. Quesada se había pronunciado sobre la novela en 1984, en un artículo titulado "El problema. Primera novela antiimperialista", y Durán Luzio lo hizo un año más tarde, en 1985, en "Estados Unidos *versus* Hispanoamérica: en torno a la novela del 98. Soto Hall", texto aparecido en la revista de Casa de las Américas.

[12] Quesada, "*El problema* en el contexto costarricense", p. 13.

[13] Quesada, "*El problema* en el contexto costarricense," p. 13.

[14] Quesada, "*El problema* en el contexto costarricense," p. 13.

a reclamar un botín de guerra, y en el Atlántico, el subterfugio de crear los mecanismos que, supuestamente, permitirían consagrar la soberanía y la independencia de la mayor de las Antillas. Lo anterior, junto con la anexión de Hawai, en 1898, y el constante incremento de su poderío económico y militar, transformó a Estados Unidos de América en "una autentica potencia mundial"[15].

Entre las interpretaciones críticas más influyentes de estos procesos fue, como es bien sabido, la publicación de *Ariel,* de José Enrique Rodó, en el año 1900. En su obra, Rodó explicó lo que representaban los dos bloques en que se dividía el continente llamado Nuevo Mundo. Muestra la visión de las dos Américas: la del Sur, "nuestra América latina", frente a la América del Norte, una América deslatinizada; una contraposición dialéctica entre el pensamiento y la sangre latina y el mundo anglosajón"[16]. Varios de los planteamientos esgrimidos por Rodó también se exponían, en forma narrativa, en la novela de Soto Hall. Estos planteamientos, además, también fueron nítidamente expresados por algunos de los lectores de la novela a fines del siglo XIX.

Para el crítico Álvaro Quesada, *El problema*, de acuerdo con la ideología liberal y positivista, proyectada desde las metrópolis en los intelectuales oligárquicos, se sujeta, en su fabulación y en su concepción de los personajes, a un estricto darwinismo determinista y mecanicista. Los conflictos que entraña el complejo fenómeno histórico del imperialismo, se enfocan en la novela partiendo de una transposición mecánica de ciertas leyes naturales al campo de la vida social. Según éstas, el más fuerte o el más apto debe destruir o someter bajo su dominio al más débil o menos apto. Así, se legitiman, como mandatos de la naturaleza, las leyes del mercado o las normas de la civilización que garantizarían el mejoramiento de la raza o el progreso, bajo el precepto de que los intereses de los países más ricos o poderosos son válidos, así como su derecho a someter a las naciones pobres y débiles. La absorción de Centroamérica por los *yankees* aparece en la novela como producto del enfrentamiento entre dos razas: la latina, débil y enfermiza, "muy superior en espíritu, pero inferior en materia", y la sajona, sin escrúpulos y cruel, pero pujante, práctica y dominadora[17].

[15] Suárez, pp. 34-40.
[16] Andueza, p. 39.
[17] Quesada, "*El problema* en el contexto costarricense," p. 14.

Una de las debilidades de esta novela, según Quesada, es la completa ausencia del pueblo como sujeto de resolución del conflicto, desplazándolo o ubicándolo en un espacio de carácter moral o apolítico de las oligarquías. Pero, al fin y al cabo, el principal objetivo de Soto Hall consiste en criticar, con distanciamiento e ironía, la lógica enajenada y autodestructiva del discurso nacional oligárquico. Así, el suicidio simbólico que cierra la novela no debía verse como una realidad inevitable, sino como una posibilidad utópica. La novela puede entenderse como una antiutopía admonitoria que, al formular las indeseables consecuencias del presente, procura generar las defensas necesarias para evitar ese manifiesto futuro. Así, la novela traslada su trama al año 1928, al mejor estilo de las obras de ciencia ficción como recurso literario.

Por otro lado, hay dos autores que manifiestan su desacuerdo con la tesis de considerar *El problema* como antiimperialista. El primero de ellos, el historiador Rodrigo Quesada, de manera categórica expresa:

> para empezar, temo que calificar de antiimperialista la novela de Soto Hall es, por decir lo menos, bastante atrevido; atrevimiento que adjudico a sus exégetas del presente, más que al mismo escritor. A mi modo de ver, aunque no llega a ser proimperialista, la obra es un bien logrado panegírico aristocrático de un progresismo consecuentemente conservador[18].

Y añade que en su lectura no encontró rasgo alguno de una clara posición antiimperialista, lo cual no significa que no la tuviera. Quesada avanza un poco más en una cuestión de fondo, específicamente, en la conceptualización del antiimperialismo y nos dice:

> no se es antiimperialista porque se esté contra la inversión extranjera. Por tanto el antiimperialismo, no es el resultado de la buena voluntad de un individuo o de un grupo que se arriesga a las herejías políticas en una sociedad definida[19].

Atribuirle a Soto Hall el mérito de haber sido el primero en iniciar la novela antiimperialista en Hispanoamérica le parece a este autor una exageración, lo cual no minimiza la calidad artística de la obra. De manera

[18] Quesada, "*El problema* en el contexto costarricense," p. 45.
[19] Quesada Monge, "*El problema* del imperialismo," pp. 49-50.

contundente, concluye que el antiimperialismo es una acción colectiva y no es desde la producción artística, exclusivamente, donde se formula[20].

Otra interpretación sobre la novela pertenece al historiador Iván Molina, quien estudia en detalle la construcción de la versión de *El problema* como novela antiimperialista, resultado de un complejo proceso de lecturas diversas realizadas por variados lectores, algunos de ellos críticos de mucha envergadura, como David Vela, Vargas Vila, José Santos Chocano, Max Henríquez Ureña o Seymour Menton.

Termino este apartado indicando que, sin menoscabo de los otras lecturas y sentidos con que se mira esta obra, así como de sus posteriores interpretaciones, la novela *El problema*, que contó con varias ediciones en diversos países de América Latina, tuvo la virtud singular de abrir un nuevo debate en la segunda mitad del siglo XX. Ésta es una característica que escasas obras literarias del siglo XIX costarricense ostentan. Igualmente polémicas serán dos obras muy posteriores de Soto Hall que redactará y publicará lejos de su tierra natal.

MÁXIMO SOTO HALL EN LA ARGENTINA

Cuando aparecieron sus dos libros con contenido antiimperialista, separados por pocos meses, entre 1927 y 1928, recordemos, Soto Hall y su segunda esposa, Anny Miles, radicaban desde inicios de esa década en la ciudad de Buenos Aires, donde éste se desempeñaba como redactor en el diario *La Prensa*. No contamos con un estudio particular de aquella estancia en el país del Sur; sin embargo, referencias indirectas permiten comprender algunos rasgos de su vida intelectual y política que sufre cambios significativos respecto a sus años anteriores. Su permanencia en la Argentina coincide con una etapa de madurez, llegaba al filo de los cincuenta años, con una producción literaria abundante, lo que muy probablemente le permitía una inserción rápida en círculos políticos de izquierda y progresistas. Logró cultivar un gran prestigio entre los intelectuales y políticos argentinos; algunos de manera constante, le visitaban en su casa. El guatemalteco, fuera por visitas de paso o por residentes, obtenía noticias o, simplemente, un saludo para compartir. Viajaba por la geografía americana, financiado por la empresa periodística para la que

[20] Quesada Monge, "*El problema* del imperialismo," p. 53.

trabajaba, dictaba conferencia sobre temas diversos y, muy especialmente, sobre asuntos argentinos y de la vida intelectual de ese país.

En 1927, recién llegado a Buenos Aires, Juan José Arévalo lo visitó. De este hecho logramos rescatar algunos recuerdos de sus conversaciones que abonan sobre su nueva filiación política:

> Panamericanismo rebelde el suyo, pues nunca pudo ocultar su antiimperialismo, principalmente ahora que César Augusto Sandino renueva desde las montañas de Nicaragua la batalla. Soto Hall es sandinista fanático y prepara algunos libros con mucho fuego contra el Coloso del Norte. Esta posición panamericanista antiyanqui engarza muy bien en el clima político argentino, pues desde Irigoyen la Argentina ensaya postura antagónica contra los Estados Unidos[21].

Dos eran los libros que preparaba Soto Hall. El primero, su novela a *La sombra de la Casa Blanca*, que apareció en 1927, y el segundo, *Nicaragua y el imperialismo norteamericano*, que salió al año siguiente. En mayo de 1928 se puso en escena, en el Teatro Ateneo de Buenos Aires, su obra *Sandino*. Juan José Arévalo, Herrera Arrivillaga y el dirigente chileno, César Godoy Urrutia, asistieron al estreno. La velada fue un éxito, la sala estaba repleta de gente de letras, periodistas, políticos, historiadores y profesores. En las siguientes funciones, el público fue escaseando y la obra duró una semana en tablas, cuestión que Arévalo atribuyó a que "quizá había en su texto demasiado asunto político de ambiente Caribe. Quizá el énfasis antiimperialista no casaba bien con la literatura usual. Era teatro de trinchera, con escaso público callejero".

Soto Hall, atendió Juan José Arévalo, desarrollaba una intensa y activa vida política, alentado por su esposa, quien agradecía a Guatemala el rescate del escritor, náufrago de los ríos de Baco. Frecuentes eran los encuentros en su casa para recibir a personalidades de la talla de Alfredo Palacios, figura preclara de la política Argentina, compañero de José Ingenieros y de Baltasar Brum.

El ambiente bonaerense donde vivía Soto Hall y su círculo más cercano, se caracterizaba por el latinoamericanismo y antiimperialismo de Alfredo Palacios. En esos años se hablaba de la unidad de América Latina con base en un *nacionalismo americano*, pregonado principalmente

[21] Arévalo, *La Argentina que yo viví,* p. 37.

por Ricardo Rojas, o un *nacionalismo continental*, como gustaban decir los fundadores de *Alianza continental*, a comienzos de 1927, con su principal expositor, Manuel Ugarte. Otros argentinos como Ingenieros, Olazábal Quintana, Baldrich, creyeron que había llegado la hora de enlazarse en una grandiosa unidad política para combatir el peligro sajón. Palacios militaba junto a ellos e infundía respeto al movimiento.

La irrupción de Sandino en Las Segovias electrizó a los intelectuales latinoamericanos, a quienes les pareció que había empezado la gran liberación. Soto Hall fue para los argentinos un fecundo surtidor de datos geográficos, históricos y políticos, principalmente sobre Centroamérica y Las Antillas. El poderoso diario *La Prensa,* propiedad de una familia opulenta, no mostró escrúpulos en publicar como suyos, en editorial, los fogosos artículos, un poco retóricos, que redactaba el guatemalteco[22].

Anny Miles lo apoyaba siempre. Versada en asuntos políticos, disponía de un bagaje cultural acopiado en lecturas personales; ella era, quizá, un poco más dogmática que el marido. Ambos se movían dentro de un clima revolucionario social, en predios socialistas, pero un poco más allá del socialismo democrático. Eran estimados y agasajados por argentinos y exaltaban lo guatemalteco en esos medios como no lo lograron los diplomáticos oficiales, cuando los hubo.

EL ENSAYO NICARAGUA Y EL IMPERIALISMO NORTEAMERICANO

Máximo Soto Hall publicó en 1928 su ensayo dedicado a la intervención norteamericana en Nicaragua. Pasó de la ficción al ensayo, de la novela a la prosa de ideas. Quiso trasmitir opiniones sobre la intervención norteamericana para el conocimiento y discusión de sus lectores, donde se puede apreciar una conexión más estrecha entre esta forma y la vida social, política y económica en nuestros países hispanoamericanos. *Nicaragua y el imperialismo norteamericano* apareció editado en Argentina, por Artes y Letras Editorial. El libro presentaba un subtítulo directo: *Contraste entre la insolencia norteamericana y la vergonzosa tolerancia de los gobiernos de América Latina*; su contenido se vertía en 163 páginas y fue dedicado por su autor a sus colegas de la siguiente manera: "A los periodistas latinoamericanos que fieles a la sagrada voluntad de los

[22] Arévalo, *La Argentina que yo viví,* p. 59.

pueblos, han defendido la causa de la justicia y del derecho en América. Con respeto y cariño".

Al inicio del ensayo se fija una de las funciones del género: "Estamos en presencia de un hecho inaudito, de un crimen internacional sin precedente en la historia de América". Esta es una actitud testimonial, el vivo interactuar de un escritor con su contemporaneidad, en la que no puede obviar el tema de la invasión de Estados Unidos a Nicaragua en el año de 1928, que culminaba un largo proceso de intervenciones en ese país. En *Nicaragua y el imperialismo norteamericano*, Soto Hall calificará el hecho como:

> un crimen, crimen de dimensiones sin precedentes en la historia de América que en su inventario guarda infinidad de quebrantamientos, incluido el nada despreciable proceso de conquista y colonización de América por parte del imperio español (pp. 7-8).

El autor irá exponiendo de manera documentada los crímenes cometidos por los españoles y los comparará con los perpetrados por Estados Unidos en Haití, República Dominicana y en Nicaragua, empujados todos, dice, por la codicia y el poder. Soto Hall acusará a Washington por el atropello a la soberanía de los países y por asesinar a los que defienden esa soberanía en nombre de una supuesta protección, así como de la amistad internacional (p. 10). Asimismo, denuncia los bombardeos en Nicaragua y toda acción bélica sobre ese país.

Por otra parte, en su ensayo, Soto Hall articula itinerarios históricos de la lucha en América Central, como la victoria alcanzada en 1856 contra el corsario William Walker, al que dedicó sendas páginas exaltando la valentía y heroicidad de personajes destacados como el presidente de Costa Rica, Juan R. Mora, y un capítulo para honrar a Juan Santamaría: "Bronce al soldado Juan! Música, himnos al Mestizo ¡pompa y gloria al 'gallego', y heroísmo en el ciudadano humilde que murió valiente, en trance raro y épico" (p. 125). La cita corresponde, en verdad, a una reproducción que hace Soto Hall de una parte del discurso de Rubén Darío, dado con motivo de la inauguración de la estatua de Juan Santamaría, en la ciudad de Alajuela, en Costa Rica, en 1891.

Asimismo, el autor diferencia la invasión filibustera en Centroamérica de la que se estaba viviendo a comienzos del siglo XX, al calificar a la última de hecho más grave, pues, en este caso, se trata de la nación más

poderosa del mundo la que oprime y esclaviza a una de las más pequeñas. Reprocha a los diplomáticos hispanoamericanos en Washington no haber hecho "ni un gesto de protesta, ni una palabra de censura, ni siquiera una insinuación amistosa. Se encorvan los espinazos flexibles ante el poderoso y enmudecen los labios cobardes ante el crimen", escribe. También extendió su crítica a la Unión Panamericana, organización encargada de velar por los intereses de los pueblos de América, por no buscar una salida digna al conflicto. Soto Hall redimía con todo fervor al pueblo, que "tiene la protesta en la boca y la censura en el corazón" (p. 19). El ensayista encuentra la solidaridad con Nicaragua sólo en los sectores intelectuales, en cierto periodismo, en instituciones prestigiosas, en los maestros, en los trabajadores y en los más insignificantes exponentes de la vida nacional; para él, todos ellos tienen el gesto airado y noble de la rebeldía ante la atentatoria conducta del gobierno norteamericano.

Para Soto Hall, el fundamento de la intervención norteamericana en la pequeña república centroamericana se encuentra en las condiciones topográficas y geográficas del territorio nicaragüense. Nicaragua ofrecía las facilidades de un paso interoceánico entre el Atlántico y el Pacífico. Por ello, expone críticamente la historia de los diversos intentos y la firma de tratados políticos, por parte de potencias extranjeras, para obtener los beneficios de construcción de dicho paso; incluidos los empréstitos en condiciones onerosas para la pequeña nación centroamericana. Advirtió, también, sobre la inminente ocupación militar por parte de Estados Unidos en Nicaragua y denunció el panamericanismo encauzado por la Casa Blanca, apoyado y aceptado por los gobiernos de América Latina.

Otro de los aspectos al que concedió atención el ensayista fue a los aliados internos del imperialismo norteamericano, representados en los sectores conservadores nacionales que, desde 1909, desarrollaban una política de abyección y servilismo hacia Estados Unidos (p. 119). Soto Hall atacó al delegado nicaragüense en la VI Conferencia Panamericana, por su actitud de aislamiento, contraria a toda la tradiciones de los próceres latinoamericanos como San Martín y Bolívar, quienes propiciaron la solidaridad y la cordialidad entre los pueblos.

En un elocuente y bien logrado capítulo, Soto Hall pasó revista a lo que consideraba oportuno y positivo para el continente y emplazó a los delegados de las conferencias a recordar, como un deber, la pregunta de "¿por qué el presidente de Cuba y los delegados cubanos no volvieron sus ojos a los manes sagrados de José Martí, como aquél que rezaba: "El

oficio del continente americano no es perturbar el mundo con factores nuevos de rivalidad y de discordia, ni restablecer, con otros métodos y nombres el sistema imperial por donde se corrompen y mueren las repúblicas"?" (p. 129)

Soto Hall no dejó pasar la oportunidad y en arrebato de fascinación y afinidad por el cubano continental nos dejó estas impresiones, en su ya madura y delicada prosa:

> Su alma era un tabernáculo en que guarda como sagradas reliquias a todas las naciones americanas. Penetró es su historia, adivinó sus tormentos, se compenetró con sus infortunios, conoció a sus hombres, admiró sus virtudes, santificó sus sacrificios y tuvo en todos los momentos de su vida una palpitación de su genio para los pueblos americanos. Miembro nato de la familia de los héroes cantó a sus predecesores, en prosa que era verso y en párrafos que eran estrofas. Para cada gesto de rebeldía tuvo un aplauso, para cada triunfo de libertad de hosanna[23].

¿Acaso el ensayista guatemalteco no parece de la misma estirpe del prócer cubano? Soto Hall, en aquellas horas de tribulaciones centroamericanas, también alzó su voz de protesta contra todos los actos imperiales de manera muy creativa, usando las figuras de Martí o Sandino, sobre quienes mostraba un sólido conocimiento.

Los sucesos de Nicaragua hubieran colmado su indignación de varón integérrimo, la figura de Sandino le hubiera arrancado un himno. Sandino era de los suyos, de los que no inclinan la cabeza, ni encorvan la espina dorsal, ni doblan la rodilla. El cantor del libertador lo hubiera cantado y el director de muchedumbres hubiera dicho a los suyos: "Id tras él". Ante los que quieren ahogar el grito de Sandino, por convencionalismo vergonzante y cortesías de oropel. ¿Qué les hubiera dicho Martí? (p. 130).

El ensayo termina con opiniones de personalidades estadounidenses sobre los asuntos de Nicaragua, recurso y estrategia discursiva para establecer que el tema de estudio también conmovía a un conglomerado humano más allá del propio continente latinoamericano. Antes de ello, Soto Hall aclaraba que se podía conformar un volumen de cientos de páginas con opiniones de distinguidos norteamericanos sobre la política seguida por el gobierno de Estados Unidos en la América Latina. Asimismo, reco-

[23] Soto Hall, *Nicaragua y el imperialismo norteamericano*, p. 130.

gía una muestra de esas opiniones de jurisconsultos distinguidos, de diplomáticos que han representado a su país en naciones latinoamericanas, profesores universitarios y periodistas.

Soto Hall profesaba un pensamiento unionista centroamericano cada vez que se refería al tema, hundía sus reflexiones en la historia de la región y alentaba, a partir de las comunes atenencias, una acción conjunta para la defensa de los intereses comunes. La explotación de la riqueza general y, sobre todo, la persecución de los grandes ideales colectivos que puedan hacer de esos fragmentos, unidos, una nación respetada y respetable, con puesto de prominencia entre los pueblos cultos de la tierra.

En este ensayo se puede observar, además, la presencia de ciertas corrientes antiimperialistas. La primera estaba encabezada por el argentino Manuel Ugarte y se desarrolló entre 1910 y la primera mitad de los años veinte. La prédica de Ugarte y otras concurrentes promovieron lo que podría llamarse la primera plantilla coherente, y básicamente completa, de la acción imperialista y colonialista en América Latina. Se condensaban en ella actitudes de superioridad, codicia y desprecio racista hacia los pueblos del sur; el logro de sustanciosas concesiones, la insignificancia de las regalías que se vertían en los distintos casos en que éstas se convinieran, y las situaciones de monocultivo, entre otras. En el plano político, el verificado fomento de esos desórdenes internos y de esos conflictos fútiles para desestabilizar y desalojar luego, a cualquier autoridad que incomodara por sus arrestos de dignidad nacional o sus propósitos de equidad social[24].

Varios fueron los mecanismos que utilizó el autor para influir en los lectores: el *yo* es un *nosotros*, testimonio de una voluntad colectiva de la cual el escritor se siente parte e intérprete, es dialógico e intenta que el diálogo gire en torno a una actitud programática. Pretende, además, influir en la opinión pública y contribuir al esclarecimiento de muchas verdades (p. 146).

LA SOMBRA DE LA CASA BLANCA, SU SEGUNDA NOVELA

Esta obra fue publicada en 1927 por El Ateneo, librería científica y literaria ubicada en Buenos Aires, Argentina. Hasta lo que ahora sabemos, no gozó de una recepción tan abundante, ni por su primer público ni por parte de la crítica académica, en comparación con *El problema*. No obs-

[24] Real de Azúa, "Ante el imperialismo," pp. 274-275.

tante, se logró localizar dos comentarios suscitados al calor de su edición. Uno apareció en el periódico *El tiempo* de Bogotá y fue reproducido en *Repertorio Americano,* el 18 de febrero de 1928. El otro aparece en el mismo año, firmado por el escritor Miguel Ángel Asturias[25].

A pesar de la escasez de información con la que se cuenta sobre la acogida de la novela, se ha de suponer cierta circulación y recepción de la obra. Para fines del decenio de 1920, cuando se publicó, el autor era reconocido en Argentina y muchos países latinoamericanos, ya fuera por sus libros o como conferencista habitual en las principales capitales del continente, así como en algunas ciudades norteamericanas.

El tiempo de Bogotá, anunciaba la llegada de la novela a esa ciudad y resumía su contenido, como el caso de Nicaragua caída en las garras de financistas yanquis. La crónica periodística invitaba a leer el libro de Soto Hall para conocer cómo procedían las finanzas norteamericanas, apoyadas por su gobierno, para adueñarse de un país, y el papel de instituciones como la Unión Panamericana en la consolidación del poderío de Wall Street. Notificaba también de un detalle particular: *La sombra de la Casa Blanca* iba a publicarse desde el día siguiente como un folletín. Para los que no quisieran esperar su salida en ese formato, el libro ya estaba a la venta en la Librería Colombiana.

En la nota, el cronista puntualizaba: "no vaya a creerse que se trata de una obra árida: por el contrario, el martirio de Nicaragua está envuelto dentro de una trama novelesca del mayor interés. El héroe del libro, Alberto Urzúa, es el mismo general Sandino que hoy combate a los yanquis". Por último, la crónica hablaba de ciertas claves en el libro, pues aparecían con nombres supuestos todos los personajes que han actuado en el drama nicaragüense, y anunciaba: "mañana, para ilustrar al lector, daremos la cifra de la clave".

Se desprende que la empresa periodística se aprestaba no sólo a publicar la novela por entregas, con lo que se aseguraba una lectura masiva de la obra, sino que pretendía guiar la lectura dando indicios de personajes y, probablemente, de acontecimientos narrados en el libro.

[25] Es necesario emprender un estudio profundo sobre Soto Hall en la Argentina, pues, posiblemente, arrojaría nuevos datos y revelaciones sobre su actividad periodística e intelectual en esa nación. Allí se publicaron varios de sus libros y fue un redactor de crónicas y ensayos periodísticos totalmente desconocido por la crítica literaria e histórica hasta el momento; es por ello que nuestras observaciones sobre el autor y su obra deben considerarse provisorias y parciales.

Pablo Valle, crítico contemporáneo de *La Sombra de la Casa Blanca,* comparte la interpretación de que era una novela en clave, pero, por el contrario, tiene sus reservas sobre ese procedimiento: "Ilusión de fidelidad a la historia y cobardía de último momento. Esto puede ser especialmente verdadero en *La Sombra de la Casa Blanca*, que trata sucesos contemporáneos con un final negativo para la posición que el autor parece sostener"[26].

Un lector autorizado como Miguel Ángel Asturias se refirió a la novela de modo ponderado y señaló características más inmediatas y técnicas: falta de sorpresa, intriga casi infantil, narración perfecta. Por todas sus 316 páginas hay palpitación patriótica y esto último es lo que merece ser rescatado, dice Asturias:

> Esta reforma profunda de su personalidad que, lejos de hacer las de Chocano, que sigue defendiendo tiranías ayer a Estrada Cabrera y hoy a Leguía, se ha lanzado al gran mundo de las letras con su propio bagaje, ha conquistado un puesto entre los más envidiables y desde allí maneja la pluma, siguiendo las huellas de Ugarte, contra los conquistadores rubios[27].

La sombra de la Casa Blanca lleva como subtitulo *Libro de emoción, pasión, de verdad y justicia*, cuatro adjetivos que acercan y advierten al lector de aspectos centrales del texto. Luego aparece el paratexto, en forma de epígrafes, que son marcas de visibilidad de la propuesta narrativa desde el punto de vista estrictamente político e ideológico. Se trata de, al menos, siete comentarios breves realzados por figuras eminentes, de nacionalidad norteamericana, que aluden, invariablemente, a algún tema en favor de la soberanía, el respeto, la no agresión, contra la explotación y la no intervención de Estados Unidos a los países latinoamericanos.

La trama de la novela se puede resumir con brevedad. Tres hermanos de origen nicaragüense, uno de ellos, Alberto Urzúa, el héroe del relato, y dos hermanas, Carolina y Emma, viajan a Estados Unidos luego de abandonar por razones políticas, su país natal.

Provenientes de una familia liberal, se ven envueltos en una serie de acontecimientos y procesos de adaptación y rechazo de las nuevas circunstancias que vivían, sin descuidar los sucesos propios de Nicaragua y la conflictiva relación de esta última y la política norteamericana. Un sin-

[26] Valle, "El puente y La sombra," p. 12.
[27] Asturias, "La sobra de la Casa Blanca," p. 2.

número de acontecimientos se interrelacionan con este aspecto, creando personajes y situaciones diversas que llevan a Alberto Urzúa, junto con otros patriotas que están en el exilio, a preparar la lucha armada y una expedición para devolverle a Nicaragua su libertad. En el intento mueren todos los insurrectos, aplastados por el ejército y la intervención norteamericana, en la que se incluye un bombardeo en plena montaña donde operaba el grupo rebelde.

Mientras el narrador va construyendo los personajes, pone en sus voces muchos acontecimientos trascendentales de la historia de Centroamérica, entre los que destaca la lucha emprendida contra los filibusteros, la cual es descrita con innumerables detalles históricos. La guerra trajo un coste en vidas, orfandad, sacrificios y pobreza, pero aprendimos dos cosas inapreciables, dice el narrador, por boca de don Santiago, padre de Alberto Urzúa:

> Primero nos convencimos prácticamente de que, aunque separadas políticamente, las naciones de la América Central están unidas moralmente, tienen una sola alma en la que alienta, con todo vigor, el sentimiento más hondo de fraternidad; segundo, y esto es importantísimo, nos dimos cuenta de dónde esta el peligro para nosotros. Ese gigante vecino del Norte es y será siempre una amenaza para los pueblos pequeños. "El político yankee, acentuaba, no en son de ofensa, sino de apreciación psicológica, con ruda bota claveteada o con guante de cabritilla, siempre tiene algo de filibustero" (*La sombra de la Casa Blanca*, p. 20).

Este es el tono de toda la narración, el conflicto abierto entre Estados Unidos y Latinoamérica, y aboga por una de las tareas pendientes, aún hoy, para frenar dicho peligro: la unidad de los países de Centroamérica. Sentencia, asimismo, el carácter malandrín y bandolero del político y de la política de Norteamérica respecto a otros países.

El relato se afana por correlacionar ese pasado de amenaza de la soberanía con la defensa de la misma, por parte de los centroamericanos, y resalta, a la vez, la figura de Juan Santamaría como prototipo de héroe.

La narración esta llena de episodios que viven los personajes, que evidencian, al mismo tiempo, su admiración por Estados Unidos, sobre todo por su adelanto tecnológico. A ese recuento de hechos acompañará la exposición de una serie de acontecimientos que harán que los personajes entren en confusión y contradicción. Por ejemplo, Alberto Urzúa

sabía de la política imperialista de Estados Unidos, del incremento que tomaba día a día; eran muchos los hechos que abonaban en esa dirección, sobre todo, de la ingerencia norteamericana en los asuntos domésticos de su país. Era tal la desazón en la que se encontraba Arzúa, entre su optimismo de joven patriota, que no lo dejaba ver claro y le hacían debatirse ente la esperanza y la desesperanza. Decidido, entonces, a orientar sus ideas, busca consejo en un compañero de trabajo, Amézquita, de origen guatemalteco, quien le dice:

> Yo soy un poco dado a ver sombras. Óigame pues, pero poniendo mis opiniones a beneficio de inventario. La calle Wall, y bajo ese nombre cobijo a todos los grandes banqueros norteamericanos, y la Casa Blanca son la misma cosa: son una sola cosa: trabajan en común, se ayudan en todo, se aconsejan, se consultan, se complementan. La razón es obvia. El dólar es el árbitro supremo en este país. Es el regulador de la vida oficial y política, aún en las cuestiones más graves y trascendentales. Decide si debe pactarse la paz o si debe declararse la guerra, y ríase usted de la democracia y la justicia, que sólo suelen hacer de testaferro. El dólar sirve de base y fundamento, lo mismo a los tratados amistosos que a los mercantiles. Es el eje de los problemas internacionales y guía y norma de los diplomáticos estadounidenses, y en cuanto a nosotros, es decir, a nuestros pequeños países, de él dependen en absoluto nuestras relaciones con la gran república (p. 58).

La cita anterior, sin ambages, muestra cómo el narrador tenía una percepción muy clara de las relaciones del poder económico y de las cuestiones políticas, y cómo gran parte de la política interna de nuestros países se relacionaba con ella. Las reflexiones del amigo no paran allí. También le explicará sobre la política de no reconocimiento, los tratados oprobiosos, las concesiones leoninas y los privilegios exclusivos, entre otros.

Hay en la novela unos hechos que describe el narrador y que merecen destacarse. Se trata de un atentado en la calle Wall que se achacó a los extremistas, a quienes se culpaba por:

> el escenario elegido, la arteria principal del barrio de los grandes negocios, donde en cientos de talleres se hila el oro con que la araña formidable del capitalismo norteamericano teje la tela con que envuelve al mundo. Frente a la casa de Morgan, príncipe del dólar, cuya influencia se hace sentir en Europa y América, no sólo en lo económico sino en lo político […] se había

> escogido el momento en que las calles, en ese sector del distrito poderoso, están llenas de gente, para que el número de víctimas fuera mayor y en consecuencias más imponente el pánico que se produjera. No cabía punto a dudar: se trataba de uno de esos golpes de odio social de que sólo podían ser capaces los exaltados, sin respeto a las leyes ni humanas ni divinas (p. 123).

Lo que viene después, en el mundo narrado, fue la condena y demanda de justicia. La policía desplegó la búsqueda de los culpables, la prensa llenó sus páginas, informando y describiendo historias, se supo el número de víctimas con toda exactitud, se describieron pequeñas biografías de cada una de ellas, se hacía resaltar las circunstancias que más podían impresionar, se pintaban, con los más vigorosos colores, las escenas de dolor que habían tenido lugar en el teatro del crimen, era el torneo del periodismo en el que cada uno quería sobresalir. Cientos de individuos fueron detenidos por sospechosos, miles de testigos declaraban a diario. Meses más tarde, se descubrió que el crimen había tenido un origen casual. Una gran casa comercial, proveedora de explosivos, resultó, sin intención, ser la causante del siniestro por imperdonable descuido.

Se muestra el ingenio del escritor al narrar este suceso ocurrido en el emblemático y simbólico distrito financiero norteamericano, las causas sociales y económicas del hecho, perpetrado, además, por "uno de esos golpes de odio social del que sólo podía ser capaces los exaltados, sin respeto a las leyes ni humanas ni divinas", un "acto extremista". No podemos dejar de pensar, con todas las reservas y diferencias que merece el acto ficcionalizado con el del mundo real, en el atentado de las Torres Gemelas, ocurrido el 11 de septiembre de 2001, en el famoso distrito corazón de las finanzas del Imperio. Sucesos perpetrados también por "terroristas", "sin ley", "sin dios". Ambos acontecimientos se asemejan en el sentido de que el novelista produce una invención verosímil, que tiene por objeto revelar el poder simbólico que tiene ese distrito como dominio imperial.

La gran virtud de la novela es desenmascarar las diversas maneras y mecanismos del intervencionismo norteamericano y ponerlos en una forma narrativa, llena de pequeñas historias personales, amorosas, de intriga política, económica y diplomática, donde los personajes confabulan para apoderarse del pequeño país centroamericano. Muchos párrafos y frases son expresión madura y categórica del antiimperialismo profesado en la novela, donde se refiere a los pactos, a empréstitos usureros, a intrigas políticas para separar a los pueblos de la región y a la imposición de dictaduras.

La novela fue alabada por el premio Nobel Miguel Ángel Asturias, en una nota crítica en la que comentaba: "*La sombra de la Casa Blanca,* como todo lo que se relaciona con la política expansionista de Norteamérica, el que lee esta novela siente que asiste a la comisión de un crimen".

A MODO DE CONCLUSIÓN

Edward Said propone que para entender determinadas obras antiimperialistas parece indispensable, primero, leerlas como productos de la imaginación creadora e interpretativa y luego analizarlas, dentro de las relaciones entre cultura e imperio. A estas alturas sugiere que es posible desprendernos de las visiones de las que los escritores están determinados por la ideología, la clase o la historia económica, pero sí que pertenecen, en gran medida, a la historia de sus sociedades y que son modelados, a la vez que modelan, tal historia y experiencia histórica[28].

El vocabulario de la cultura imperialista clásica está cuajada de palabras y conceptos como *inferior, razas sometidas*, *pueblos subordinados*, *dependencia, expansión* y *autoridad*. A partir de las experiencias imperiales, las nociones acerca de la cultura fueron clarificadas, reforzadas o rechazadas[29]. Si observamos con detenimiento la evolución y las percepciones de estas palabras en el lenguaje de las narrativas que estudiamos, se aprecian los cambios, las variaciones, los énfasis, deslices o matices. Es por ello necesario pensar estas variaciones a partir de un concepto flexible de antiimperialismo, que nos permita adentrarnos en su propia historicidad y no imponer, desde fuera o desde otro lugar, su conceptualización.

La creación literaria de Soto Hall, las novelas y el ensayo antiimperialistas, ilustran dos momentos clave de la experiencia histórica imperialista: el primero de fines del siglo XIX y el segundo de los primeros treinta años del siglo XX. Un incipiente antiimperialismo que se comienza a fijar en la novela decimonónica *El problema*, aceptando que es la primera representación narrativa, ficcional, que alerta de los peligros de la absorción de una nación constituida por una raza superior y la permeabilidad de otra inferior, se nos presenta como el marco donde opera esta primera narrativa. No se trata de una conceptualización de dicho fenómeno. El

[28] Said, *Cultura e imperialismo*, p. 26.
[29] Said, *Cultura e imperialismo*, p. 44.

propio concepto imperialismo y su otro lado, el antiimperialismo, aún no pertenecían al contexto lingüístico de la época. Hubo que esperar unos cuantos años más para avanzar en esta última dirección. Por ello se puede explicar, también, la evolución en el uso de estas últimas nociones en su ensayo *Nicaragua y el imperialismo norteamericano* de 1928 y en la novela *La sombra de la Casa Blanca*, donde la enunciación es más coherente y sistemática, motivada por las modulaciones de la experiencia imperial en nuestros países.

No debemos perder de vista o dejar de lado el contexto nacional e internacional de estas representaciones literarias de los hombres de negocios, de los banqueros, los diplomáticos o los políticos, y centrarnos únicamente en la coherencia interna de los personajes en el texto. Ello supondría no captar una de las conexiones esenciales entre las obras de ficción y su mundo histórico. Las obras de arte, a causa de su *mundanidad,* a causa de sus complejas vinculaciones con su contexto real, se vuelven más interesantes y más valiosas. En resumidas cuentas, si bien es cierto que debemos avanzar en estos corpus narrativos antiimperialistas, se hace necesario adelantar en las indagaciones narrativas imperiales y, con ello, ir completando el complejo panorama de las relaciones entre imperialismo y cultura en nuestro continente.

BIBLIOGRAFÍA

Albizúrez Palma Francisco y Catalina Barrios
Historia de la literatura guatemalteca, t. II, Guatemala, Editorial Universidad de Guatemala, 1999.

Altamirano, Carlos
La ciudad letrada: de la conquista al modernismo, Buenos Aires, Katz, 2008.

Andueza, María
"Los hijos de Ariel", en *Cuadernos Americanos*, 85 (2001), pp. 36-42.

Arévalo, Juan José
La Argentina que yo viví 1927-1944, México, B. Costa-Amic Editor, 1974.

Asturias, Miguel Ángel
"*La sobra de la Casa Blanca* por Máximo Soto Hall", *Paris 1924-1933 Periodismo y creación literaria*, España, Colección Archivos, 1988.

Borja, César
"Carta", en *La República*, 21 de septiembre de 1899, en Molina y Ríos, 2002.
Chartier, Roger
Pluma de ganso, libro de letras, ojo viajero, México, Universidad Iberoamericana, 1997.
Durán Luzio, Juan
"Estados Unidos *versus* Hispanoamérica: en torno a la novela del 98", en Soto Hall, 1992.
Marchesi, Aldo
"Imaginación política del imperialismo: intelectuales y política en el Cono Sur a fines de los sesenta". http://www.tau.ac.il/index.php?option
Molina, Iván
La estela de la pluma: cultura impresa e intelectuales en Centroamérica durante los siglos XIX y XX, Heredia, Editorial Universidad Nacional, 2004.
—— y Verónica Ríos
"La primera polémica que provocó *El problema*, novela del escritor guatemalteco Máximo Soto Hall. Una contribución documental", en *Revista Istmo,* [en línea], 3 (2002).
Myers, Jorge
"Los intelectuales latinoamericanos desde la Colonia hasta el inicio del siglo XX", en Altamirano, 2008.
Real de Azúa, Carlos
"Ante el imperialismo, colonialismo y neocolonialismo", en Zea, 1986.
Ríos Quesada, Verónica
"El impacto de la publicación de la novela *El problema* de Soto Hall en la Costa Rica de 1899", en *Revista Istmo*, [en línea], 4 (2004).
Quesada, Álvaro
"*El problema* en el contexto costarricense", en Soto Hall, 1992.
Quesada Monge, Rodrigo
"*El problema* del imperialismo en Máximo Soto Hall", en *Revista Letras*, 25-26 (1998), pp. 43-59.
Said, Edward
Cultura e imperialismo, Barcelona, Anagrama, 1996.

Soto Hall, Máximo
La sombra de la Casa Blanca, Buenos Aires, El Ateneo, 1927.
——, *Nicaragua y el imperialismo norteamericano*, Buenos Aires, Artes y Letras editorial, 1928.
——, *El problema,* San José, Editorial Universidad de Costa Rica, 1992.
Suárez, Luis
Un siglo de terror en América Latina, La Habana, Ocean Sur, 2006.
Terán Óscar
"El *Ariel* de Rodó o cómo entrar en la modernidad sin perder el alma", en Liliana Weinberg (coord.), *Estrategias del pensar 1*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010, pp. 45-64.
Valle, Pablo
"*El puente* y *La sombra de la Casa Blanca*, dos novelas ¿antiimperialistas? de Máximo Soto Hall, [en línea].
Zea, Leopoldo (coord.)
América latina en sus ideas. México, Siglo XXI, 1986.

VI
LOS VIAJES DE ARAQUISTAIN A AMÉRICA. APUNTES PARA UN ESTUDIO PRELIMINAR

LOS VIAJES DE ARAQUISTAIN A AMÉRICA. APUNTES PARA UN ESTUDIO PRELIMINAR

Blanca Mar León Rosabal
El Colegio de México

> A España no puede serle indiferente el futuro de la América de su lengua. Extinguido felizmente el imperio de la materia, queda un imperio ideal, de tipo hispánico y fines culturales entre Europa y América. Este imperio del espíritu es el que nos duele ver amenazado por el peligro yanqui. No nos dolió la pérdida de las Antillas; antes bien nos pareció una ley del tiempo y una sanción histórica a nuestros desaciertos. Pero nos aflige que un portorriqueño, por ejemplo, hable el español como un norteamericano. Contra ese peligro específico hemos de estar prevenidos españoles e hispanoamericanos…
>
> Luis Araquistain. *El peligro yanqui,* 1924, p. xii

INTRODUCCIÓN

Luis Araquistain y Quevedo viajó a América por lo menos dos veces, entre 1919 y 1927. De su primer viaje, entre octubre y diciembre de 1919, como delegado de la Unión General de Trabajadores de España a la Conferencia del Trabajo de Washington, conoció la república norteamericana y formuló en un libro la idea de un "peligro yanqui". En su segundo viaje, desarrollado entre 1926 y 1927, conoció el Caribe antillano; fruto de ello es otro libro donde Araquistain recreó la idea de una "agonía antillana". Resultado del viaje a Estados Unidos, la primera

edición de su obra, *El peligro yanqui*, se agotó y el autor se vio obligado a realizar una segunda, cinco años después, si bien reconoce, con muy pequeñas modificaciones. A raíz de su segundo viaje, Araquistain fue declarado indeseable por el gobierno de la mayor de las Antillas y *La agonía antillana: el imperialismo yanqui en el mar Caribe*, su siguiente obra, fue prohibida y sacada de circulación[1].

¿Cómo explicar la reacción oficial cubana ante la obra de Luis Araquistain, consagrada en buena parte a la mayor de las Antillas, pero generalizable en el criterio de su autor a toda Latinoamérica? Una parte sustantiva de la respuesta a la pregunta anterior obliga a glosar el texto para, a través de los cambios interpretativos y temáticos que se producen en la totalidad de sus páginas, historizar su sentido y entender las reacciones suscitadas por el libro. Resulta imprescindible conocer cuál es el eje que lo estructura en su totalidad, para mensurar en su justa medida las reacciones a su publicación.

Otra parte de la respuesta se encontrará en las relaciones intelectuales que el periodista español entabló y cultivó, así como las actividades y lecturas que éste desarrolló en y sobre Cuba. Estos tres elementos, relaciones, actividades y lecturas, forman parte de un contexto de enunciación, que remite ineludiblemente a la generación del 23 y al ambiente intelectual y cultural cubano de los años veinte. Esta generación debió jugar un papel decisivo en la conformación de una imagen de la isla, a la que el escritor español dedicó más de un tercio de las páginas de su obra. Por lo tanto, la pregunta original sobre el porqué de la reacción oficial cubana ante *La agonía antillana* se complementa con esta otra, a saber, qué tipo de ambiente intelectual hizo posible una representación de Cuba como la que sugiere Araquistain en las páginas dedicadas a la isla[2].

[1] Utilizo la segunda edición de *El peligro yanqui*, y la primera de *La agonía antillana*.

[2] Respecto del concepto *generación* siempre he albergado mis dudas. El hecho de que una docena de personas terminen escribiendo cosas bastante parecidas, reuniéndose en los mismos bares y hablando mal de los mismos gobiernos, tiene poco significado fuera de lo anecdótico. En este sentido, la reducción que se hace a un grupo humano, limitándolo a través del concepto de generación no crea ni resuelve ningún problema metodológico. A menos que se consideren seriamente las posibilidades que la idea de *vigencia*, entendida como posibilidad de trascender y perdurar en el tiempo, le aporta a la discusión del concepto. Trascender, se entiende, a través de la impronta de una obra o proyecto intelectual en común, por ejemplo, la publicación sistemática de una revista o un periódico. Sobre el concepto de generación he revisado los estudios de Marías, *Literatura y generaciones,* pp. 100-110 y del mismo autor, *El método histórico*, pp. 109-149.

Finalmente, los elementos anteriores no bastarían por sí solos para reconstruir el impacto final que generó *La agonía*. Es necesario aludir a la trayectoria intelectual del propio Luis Araquistain, entendiendo por ésta no la serie sucesiva de eventos personales aislados en la vida del autor, más cercanos a una biografía individual, la cual resulta, en ocasiones, imposible de reconstruir exhaustivamente; sino, el conjunto de situaciones relevantes que ocupa el autor en un contexto histórico político cambiante y que condiciona el desarrollo de las etapas posteriores de su propia trayectoria. En este sentido, habrá que hacer referencia al contexto europeo y tener en cuenta, más especialmente, las influencias regeneracionistas que formaron parte del espíritu de la época al cual quedó afiliado intelectualmente Araquistain. Es necesario tener en cuenta lo anterior para comprender, además, su resuelta defensa del legado español en América y el reconocimiento implícito de la responsabilidad de España para con su antiguo imperio material, devenido "imperio espiritual" después de 1898. Sin la reconstrucción de este espíritu y su impronta en la trayectoria intelectual del autor, no sería posible entender tanto empeño y dedicación en conectar, por ejemplo, los peligros que suponía la amenazante presencia de Estados Unidos en la realidad latinoamericana[3].

El estudio preliminar que se presenta a continuación supone entonces tres niveles, cuyo orden irá exactamente en el sentido inverso al expuesto hasta aquí. El primer nivel dará cuenta de la trayectoria intelectual del autor, tratando de proponer una relación más compleja de lo que puede resultar de las meras inferencias biográficas. El segundo nivel discutirá y glosará *La agonía antillana*. Y, finalmente, el nivel tercero tratará de profundizar especialmente en el caso cubano, reconstruyendo y explicando hasta donde sea posible, las relaciones intelectuales entre Araquistain y el ambiente intelectual de los años veinte, para dar cuenta de las influencias que éste pudo ejercer sobre el periodista español en la construcción de una imagen de la isla.

[3] Utilizo el concepto de trayectoria intelectual que discute Bourdieu, "The Biographical Illusion", pp. 297-303.

EL AUTOR Y SU CONTEXTO

Su nombre completo era Daniel Lamberto Luis Araquistain Quevedo. Había nacido el 18 de junio de 1886 en Santander. Por sus orígenes familiares era vasco, aunque su cabeza, decía él con orgullo, "era española". Como intelectual perteneció a la generación inmediata posterior a la del 98. Su gran pasión fue el periodismo y viajar por el mundo. A diferencia de algunos coetáneos, fue autodidacta. Probó, sin mucho éxito, a escribir obras de teatro y algunas novelas. Tradujo al español comedias célebres de dramaturgos ingleses. Fue editor y director de revistas intelectuales. Políticamente hablando, se consideraba un hombre moderado de izquierda, reconocido por su toma de partido a favor del socialismo europeo de la época, sin llegar a compartir el marxismo, ni como praxis política ni como ideología (por lo menos no hasta los años treinta). Consciente de los peligros que suponían las soluciones extremistas en un convulso contexto internacional, promovido por la gran guerra, el ascenso del obrerismo y el auge de los nacionalismos intrapeninsulares, Araquistain resultó en consecuencia un denodado pacifista y un reformista en política. Las revoluciones que había conocido y sobre las que había escrito para la prensa, le causaban desconcierto y pavor. Como modelo, la sociedad europea que más admiraba era la inglesa, de la que elogió en más de una ocasión su sistema parlamentario. La que más temía, por su fuerte propensión al militarismo, era la alemana. Fuera de Europa tenía sentimientos encontrados respecto de la sociedad norteamericana, a la que admiraba sobre todo por su dinamismo económico. México se le antojaba el mayor bastión latinoamericano de la herencia lingüística hispánica. Cuba, en cambio, le dolía por su falta de rumbo. Durante la década de los años veinte, aún le desconcertaba la pasividad de España frente a la urgente transformación de su proyecto de nación. En la década de los años treinta formó parte del gobierno de Largo Caballero, hasta que la Guerra Civil, primero, y luego la dictadura franquista, lo obligó a exiliarse por casi veinte años. Durante este exilio, sus posiciones políticas giraron bruscamente hacia el anticomunismo. Murió en Ginebra, en 1959.

El mayor activismo intelectual y político de Luis Araquistain tuvo lugar entre la segunda y tercera décadas del siglo XX. Éste fue un contexto histórico en el que el mundo europeo se abrió a la época contemporánea, tras

la gran conmoción que significó la primera Guerra Mundial y el triunfo de la revolución bolchevique. La conciencia de la grandeza europea quedó en tela de juicio a raíz de la guerra del 14, por las consecuencias imprevisibles y destructoras que el progreso y la civilización, la racionalidad y la modernidad podían —y de hecho lo hicieron—, acarrear. Frente a este dilema, tuvieron lugar dos reacciones básicas en la década que sobrevino a estos dos acontecimientos: primero, buscando restablecer y restaurar la civilización y el orden que la guerra arrasó; segundo, buscando cambiarlo todo, mediante la revolución y el comunismo. Tal era la urgencia europea por encontrar un nuevo sentido a su proyecto civilizatorio. Por ello, no es de extrañar el extraordinario florecimiento intelectual de las ciencias sociales, la literatura y el arte en Europa, entre 1918 y 1938, cuyos resultados fueron abrumadoramente incomparables con los de cualquier otra época posterior, aunque estuvieran cargados de enorme pesimismo. El periodo se distinguió por la publicación de buena parte de la obra de Freud, Wittgenstein, Heidegger, Schmitt y algunas póstumas de Weber y Durkheim. En literatura sobresalieron Kafka, Čapeck, Musil, Proust, Joyce, Benjamin. Frente a la urgencia por restablecer el orden y la civilización perdidos, se observan prometedores fenómenos políticos y culturales que van desde la crítica sistemática del imperialismo hasta el surgimiento en el arte del surrealismo, último gran movimiento estético del siglo; el desarrollo del cine mudo, los primeros noticieros, las primeras obras de los grandes cineastas rusos. En lo social tuvieron lugar amplios movimientos insurreccionales, grandes rebeldías obreras: los espartaquistas alemanes y Rosa Luxemburgo, en enero de 1919; Hungría y la república de los consejos, con el judío Bela Kun a la cabeza; la toma de las fábricas y los consejos obreros en Turín y Milán, antesala de lo que sería Mussolini en el 1923.

En España, mientras tanto, la alternancia en el poder de liberales y conservadores había sido el signo político distintivo durante el periodo de la Restauración. Las divergencias entre unos y otros eran tan agresivas que el liberalismo español no lograría cristalizar, como tampoco cristalizaría el movimiento obrero español, minado por una tendencia extendida al anarquismo y la violencia política que le resultaba característica. El krausismo, consagrado a la esfera de la enseñanza, con ímpetu innovador en materia de investigación y pedagogía, no logra generalizarse, pues más de la mitad de los españoles no sabían leer. En esta circunstancia, dos desgracias se habían sumado progresivamente al panorama en la Península: el desastre del 98, de graves consecuencias para Espa-

ña al perder sus mercados exteriores, pero, sobre todo, por su impacto en la legitimidad política sobre la que se había construido la grandeza histórica española; y, la guerra en Marruecos, que constituyó un desprestigio enorme por los grandes sacrificios humanos que supuso. En este ambiente de potentes fuerzas centrífugas y de gran confusión social, los movimientos sindicales cobraron auge y el terrorismo se apoderó de Cataluña, Zaragoza, Bilbao y Barcelona. La conflictividad obrera se hacía cada vez más peligrosa, como consecuencia de la amenaza revolucionaria, destapada a raíz de la revolución bolchevique[4].

Araquistain escribirá y polemizará mucho en los periódicos españoles de la época sobre los sucesos de aquellos años[5]. En sus escritos resultaron constantes algunas ideas e intereses que lo acompañarán a lo largo de esta etapa de su vida y que delatan la influencia innegable del regeneracionista Joaquín Costa, pero también de Ramiro de Maeztu y de José Ortega y Gasset, aunque la ascendencia de cada una de estas figuras en su formación y desempeño como periodista y político sea claramente distinguible entre sí[6]. Preocupado por el devenir de España, Costa defendió la necesidad de un partido nacional, al margen de los partidos políticos, para darle sentido a un proyecto de renovación más que de lucha de clases y cuya principal fuente de inspiración era el modelo inglés. En este proyecto, el intelectual era visto como el núcleo o motor de una enérgica minoría regeneradora, cuya influencia debía ser ejercida a partir, sobre todo, de la escuela y la prensa; el sujeto de la europeización de España, la burguesía y el objeto de la revolución política, el derrocamiento de la monarquía. Con estas premisas intelectuales, Araquistain vivió experiencias políticas que marcaron su trayectoria intelectual, tales como el laborismo inglés, el militarismo alemán, y la creciente proyección norteamericana

[4] Vilar, *Historia de España*.

[5] "Su faceta como periodista se desarrolló en los principales periódicos y revistas españolas e hispanoamericanas, entre 1910 y 1959: *El Liberal*, *El Sol*, *España*, *Leviatán* y *Claridad*, en Madrid; *La Nación*, de Buenos Aires; *Bohemia*, de La Habana; *El Mercurio*, de Santiago de Chile; *El Mundo*, de San Juan de Puerto Rico; *Excélsior* de México… La lista sería interminable…". Tomado de "La Agonía Antillana," en Alemany, 1997, p. 255.

[6] Sobre los puntos de contacto y divergencias entre Maeztu y Araquistain, puede verse Santervás, "Maeztu y Araquistain: dos periodistas" pp. 133-154. Para un tratamiento similar, respecto de la figura de Ortega y Gasset, puede verse Márquez Padorno y Fuentes, "Cartas inéditas de Araquistain…" pp. 155-180. Disponible en: http://www.ucm.es/BUCM/revistas/ghi/0214400x/articulos/CHCO9090110133A.PDF

en el nuevo continente, asuntos todos que reportó como corresponsal desde Londres, Berlín, Marburg o Zurich y que, en su momento, provocaron más de una polémica[7].

Como en otros tantos contextos intelectuales, la comprensión de la realidad política en España no estuvo exenta de lastres y dilemas. Uno de los principales lastres en la racionalización de la realidad política de su tiempo lo constituyó la debilidad teórica del socialismo español de la época y su marcado carácter obrerista. Araquistain perteneció a esta corriente política desde 1911, como militante del PSOE (Partido Socialista Obrero Español) y, por tanto, compartió también esta debilidad conceptual que, para algunos estudiosos de su figura, se antoja "inseguridad conceptual". Dentro de la tendencia socialista española fueron notorias, por ejemplo, las divergencias respecto de la toma de partido a favor de las alianzas enfrentadas en la primera Guerra Mundial, en donde Araquistain asumió con denuedo la defensa de los ejércitos aliados, por oposición a los que propugnaban el neutralismo frente al conflicto. Otro dilema importante lo constituyó la elección del camino a seguir frente a la formación de la III Internacional y la aceptación de sus veintiún puntos, fórmula sugerida por el régimen soviético mediante la cual esperaba resolverse la disputa por el liderazgo del movimiento comunista internacional, con la socialdemocracia alemana. Araquistain, que había sido un destacado defensor de la Revolución rusa y entusiasta divulgador de la obra de Lenin desde la publicación que dirigía en aquellos años, se debatía, como tantos otros, entre si dejar aislada a la Revolución rusa —"para que la venzan o se pudra"—, o su defensa a ultranza por todos los medios a su alcance. La decisión final, su apoyo a la posición tercerista (la de Moscú) —aún en contra de la aceptación incondicional de los famosos veintiún puntos—, provocaron su salida como militante del PSOE, en 1921, con lo cual quedó marginado no sólo del Partido Socialista, sino también del movimiento obrero español, hasta los tiempos de la Segunda República[8].

[7] Bizcarrondo, *Leviatán y el socialismo,* pp.12-58.

[8] Su salida temporal del Partido Socialista no significó, en lo absoluto, la adhesión de Araquistain al Partido Comunista Español. Este último, fundado en 1920 a raíz de las diferencias que supuso tomar partido en favor de una nueva Internacional, terminó debilitando enormemente la membresía del PSOE, al salirse de sus filas militantes de la talla de Julián Besteiro, Largo Caballero, Indalecio Prieto y hasta el propio Pablo Iglesias. Fuentes, *Luis Araquistain*, pp. 17-23.

Así dio comienzo una década que para España sería triplemente crítica por la inestabilidad del régimen político, su enorme conflictividad social y la desastrosa política militar en Marruecos. Puesta en entredicho la monarquía, por el golpe de estado de Primo de Rivera en septiembre de 1923, Araquistain, aún al margen del Partido Socialista, se dedicará a continuar viajando por algunos años, como ya lo había hecho a fines de 1919. En su obra operará un desplazamiento en donde cobrará mayor peso lo literario y teatral frente a lo político, por lo menos hasta 1930. Justo en este periodo, entre 1926 y 1927, tuvo lugar su estancia en las Antillas. Una experiencia sin duda distinta de la que había tenido en 1906, cuando viajó a la Argentina y trabajó como migrante para sobrevivir, lo que debió suponer una marca indeleble en su trayectoria[9].

LA OBRA

La agonía antillana nos cuenta un viaje al Caribe antillano en tres escalas. La extensión de cada parte del libro coincide con la duración temporal de cada escala. Cuba ocupa casi la mitad del libro, respecto de los otros tres países que conforman la narración: Puerto Rico, Santo Domingo y Haití. Pensar entonces la estructura interna del libro no requiere demasiado esfuerzo: la narración es casi óptica y avanza en el mismo sentido que la expedición del viajero, excepto por las escasas páginas en las que transcribe literalmente fragmentos íntegros de los pocos y buenos libros de historia que ha leído —todos sobre Cuba— y que le permiten fundamentar sus puntos de vista. En este sentido, el texto guarda más semejanza con el trabajo de campo de un antropólogo que con el oficio del historiador, pues la obra carece, en sentido general, de profundidad histórica, sin que por ello deje de tener sus breves pretensiones. Por momentos, el viajero se desdobla en historiador, salpicando el texto de fechas y de nombres propios, citando a pie de página la fuente histórica consultada; a ratos recurre a su vocación principal, entrevista presidentes políticos, visita intelectuales.

[9] Cargado de poemas y "peregrino que marcha a la Meca de un ideal", Araquistain se va a finales de 1905 o principios de 1906 a la Argentina. Al igual que Maeztu en Cuba, desempeña todo tipo de trabajos para sobrevivir. Entre ellos el de redactor de *El Despertar Hispano* de Buenos Aires, desde donde escribe al "admirado maestro" Miguel de Unamuno, "demandando un poco de hospitalidad intelectual". Santervás, "Maeztu y Araquistain," p. 136.

En las últimas líneas del prólogo a su libro, Luis Araquistain definió el término *agonía* como "una forma postrera de la lucha por la vida", en la que se debatían internamente las Antillas y Centroamérica, frente a una enorme tragedia que compartían entre sí, "su posición geográfica entre Estados Unidos y el canal de Panamá". En las páginas previas a la discusión de los países que conformaron el texto, se observa una permanente oscilación en la figura del autor que se antoja a veces escéptico, por la gravedad de las observaciones derivadas de su viaje por la región, a veces esperanzado en la futura salvación del área, mediante su apelación al recurso de la solidaridad: "ésta es la enseñanza histórica que debe aprender Hispanoamérica. El día que se solidarice, aunque sólo sea moralmente, la respetará el coloso del Norte […]. Entonces la agonía de hoy será victoria segura"[10].

Como contribución personal a esta deseable salvación, Araquistain confiaba en la posibilidad de fundar un nuevo "hispanoamericanismo liberal", cuya capacidad crítica residiera en la ponderación y el discernimiento inteligente entre lo peor de las nacionalidades hispanoamericanas, de lo que de verdaderamente valioso hubiera en ellas. Al fin y al cabo, "cada país americano es una continuación del nuestro. América continúa siendo parte del imperio 'espiritual' de España", creía don Luis. En este sentido, su libro aspiraba a ser, "aunque duela a los ciegos, o a los que se vendan los ojos, o a los que desearían que los demás los tuviesen vendados, o que por lo menos fingieran tenerlos, un aviso leal, un revulsivo y un tónico"[11].

En esta última alusión, el autor advertía explícitamente que su testimonio podía resultar, para aquellos que se sintiesen aludidos por su libro, enojoso e inaceptable. De hecho, para cuando Araquistain escribía estas líneas, el embajador cubano en Madrid, Mario García Kohly, había dejado constancia de su disgusto por un artículo previo que el cronista español había publicado un año antes, en el periódico *El Sol*, titulado "La africanización de Cuba". En dicho texto, se adelantaban algunas de las ideas desarrolladas en extenso en *La agonía antillana*, "…sobre la expulsión pacífica —en virtud de una ley económica de que se habla en este libro— de los braceros españoles por los negros de Jamaica y Haití…"[12].

[10] Santervás, "Maeztu y Araquistain," pp. 13-16.

[11] Araquistain, *La agonía antillana*, p. 17.

[12] Aunque no he podido rastrear exhaustivamente el incidente con el embajador

Sobre este punto en particular, intervino Emilio Roig de Leuchsenring, notable historiador habanero, quien terció entre el embajador cubano y el periodista español, desmontando las razones de una supuesta ofensa o malentendido. Roig explicó cómo el sentido del término "africanización", utilizado por Araquistain, coincidía con el adjudicado por algunos estudiosos cubanos, interesados por las cuestiones étnicas y raciales en Cuba: "…en el sentido de la inmigración indeseable, no por africana, sino por lo menos civilizada, más débil y más fácilmente explotable por el capitalismo extranjero, más 'esclavizable' por éste…"[13].

El tema de las razas y la incontrolada inmigración negra que tanto parece preocupar a Araquistain en el caso cubano, comparte con el resto de las Antillas otros rasgos de interés, en especial una inclinación excesiva hacia la superstición y la religiosidad. En algunos casos, como el de Puerto Rico, el tema de la religiosidad hace referencia a un fuerte catolicismo, el cual deviene el principal bastión de hispanidad de esta isla contra la norteamericanización de la cultura de este pueblo y sus púlpitos, "las tribunas más tenaces y valerosas de la independencia". Sobre el equilibrio entre las razas en la población portorriqueña, Araquistain se da por satisfecho, momentáneamente, ya que "disminuye la población negra por el cruce de razas, y aumenta la blanca; todavía no se reemplazan con negros de otras Antillas los blancos que emigran a los Estados Unidos, porque se trata de un exceso de población más que de una competencia

cubano en España, la representación de Araquistain, al referirse a la partida de los migrantes españoles de Cuba trazuma dolor. Él, que ha vivido en carne propia los esfuerzos del migrante por sobrevivir en un país extraño, durante su experiencia en Argentina en 1906, no debió haber olvidado la escena. De ser cierta la anécdota, no me extrañaría la reacción del diplomático cubano: "Estos últimos tiempos, sin embargo, ha sufrido rudo revés esa concepción, modernizada, de una América fabulosa y ubérrima, donde se entendía que el pobre europeo, si no tocaba siempre las cimas de Creso, tampoco descendía nunca a los abismos del paria. La amarga rectificación la hace Cuba, encarnada en esos cargamentos humanos que los buques de regreso arrojan sobre los puertos españoles y que la beneficencia pública y privada recoge solícita para evitar que miles de hombres repatriados de caridad, se mueran de extenuación en el punto de desembarque. Un día vi el hecho con mis propios ojos, en el consulado español de La Habana, donde me sorprendió el triste espectáculo de una apretada muchedumbre de obreros mal vestidos y de faces famélicas, que solicitaban el retorno a España. Las torvas miradas y las palabras de lamentación o vituperio pintaban con elocuencia sus cuitas". Araquistain, *La agonía antillana*, p. 10.

[13] Roig de Leuchsenring, "¿Se está Cuba africanizando?", pp. 18 y 27. Citado en Naranjo Orovio, "Creando imágenes", pp. 511-540. Disponible en: http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/600/60053209.pdf

de brazos"[14]. En el caso de Santo Domingo, el periodista español constató un territorio escasamente poblado, en comparación con el de Puerto Rico. En cambio, Haití, un país de negros, se vuelve escenario ideal para dar rienda suelta a todos los prejuicios contra la raza: los negros, por su origen africano, eran físicamente fuertes, pero moralmente despreciables —vagos, borrachos, lujuriosos, corruptos y ladrones—; para el ejercicio de un racismo de riposta contra el dominicano blanco y el mulato; y creer que, en pleno arrebato supersticioso, en medio de *calindas y el voudou,* eran capaces de llegar a los sacrificios humanos y la antropofagia. Los pocos blancos eran norteamericanos y en menor medida, europeos (alemanes, italianos y españoles)[15].

Ciertamente, la cuestión étnico-racial aludida reaparecerá con diversos matices en el libro de Araquistain. Pero resulta secundaria frente a un tema mucho más importante que el autor ejemplifica en su prólogo, desde "la Cuba explotada por los trust yanquis y aherrojada por la Enmienda Platt". La idea del *peligro yanqui* y su avasalladora presencia en Latinoamérica está en el corazón mismo del libro y aparece repetidamente en *La agonía*. La historia del primer cuarto de siglo latinoamericano así lo sugiere; las observaciones sobre los países visitados por Araquistain, también. En 1902, Estados Unidos habían impuesto a la mayor de las Antillas la Enmienda Platt, e intervenido en el país en 1906, 1912 y 1917. Habían ocuparon sucesivamente Haití (1915) y Santo Domingo (1916-1924) y en Puerto Rico quedaron establecidos desde 1898, primero como gobierno militar sancionado por la Ley Foraker (1900) y luego, como gobierno civil, por la Ley Jones (1917)[16]. El problema de la soberanía es el tema central del libro.

Estas formas de dominación mediante la intervención militar directa encuentran su complemento en eficaces y sutiles estrategias, frente a las cuales el periodista español echa en falta una actitud más efectiva de parte de España, por ejemplo, en materia de comunicaciones. El hispanoamericanismo por el que Araquistain clama supone también un esfuerzo por promover y acrecentar el conjunto de relaciones materiales y comerciales españolas con América. "Las grandes unidades raciales y culturales serán utópicas sin eficaces arterias de comunicación"[17].

[14] Araquistain, *La agonía antillana*, pp. 69-70.
[15] Araquistain, *La agonía antillana*, p. 130.
[16] Araquistain, *La agonía antillana*, p. 130.
[17] Araquistain, *La agonía antillana*, pp. 27-28 y 102.

La estrategia de dominación más eficaz de Estados Unidos era la sujeción económica. La más sutil, la norteamericanización de la cultura de los pueblos. La primera operaba de varias formas, pero en su esencia suponía la concentración, en manos del capital norteamericano, de la gran propiedad agrícola (dedicadas al cultivo del azúcar y en menor grado, el café y el tabaco) en el caso portorriqueño, dominicano y cubano; el aseguramiento de la comercialización mediante tratados de reciprocidad comerciales y ventajosas tarifas aduaneras, en el caso cubano; o la sujeción a través de la banca nacional, en el caso haitiano. La segunda estrategia, por ejemplo, en el caso de Puerto Rico, operaba a través de la enseñanza en las escuelas, la propiedad sobre los medios de comunicación (agencias literarias y telegráficas) y la difusión de modelos higiénicos, religiosos (el protestantismo tenía una presencia destacada en la sociedad portorriqueña) y de justicia[18].

En el recuento de Araquistain, cada uno de estos países vive su relación con Estados Unidos de formas diferenciadas: Puerto Rico, la única gran Antilla irredenta, "pueblo melancólico y sufrido", lo hace en permanente drama, porque ninguno de los territorios que permanecían como colonias en el área comparte, como ella, esa "sentimentalidad nacionalista", ese anhelo de independencia: "no hay, pues, en ellos [en los otros], drama histórico". Ni siquiera Santo Domingo, "pueblo desgraciado", el cual por la enorme inestabilidad de su sistema político se ha visto obligado a sacrificar la soberanía a la utilidad y la paz. "Entre la paz sin soberanía que se le asegura con el derecho de intervención norteamericana y la soberanía, ya amenazada constantemente por los vecinos de Haití, ya detentada por un caudillaje endémico, los dominicanos acaso prefieren en el fondo de sus conciencias, lo primero"[19]. Mucho menos Haití, que resulta el más "inferior" de los tres pueblos, "cuya prolongada anarquía interna" ha hecho inviable la defensa de una soberanía que se ha convertido en botín de "chusmas facciosas", en medio de una "danza macabra de presidentes"[20].

El párrafo anterior permite introducir una idea aún más incómoda que acompaña a ésta del peligro yanqui, formulado en *La agonía antillana*. Aparece ya como duda, ya como insulto:

[18] Araquistain, *La agonía antillana*, pp. 52-53, 82-87 y 98.
[19] Araquistain, *La agonía antillana*, pp. 122-123.
[20] Araquistain, *La agonía antillana*, pp. 142-147.

> El peligro yanqui —es forzoso decirlo— no siempre está en los Estados Unidos; a veces está también en la inconsciencia histórica o en el envilecimiento moral de gobiernos, partidos o individuos hispanoamericanos que, por sostenerse en el poder o por alcanzarlo, no tienen escrúpulos en solicitar la alianza y el concurso armado de los que luego han de ser los verdugos de su patria y sabiendo con experiencia ajena que han de serlo fatalmente[21].

La cita anterior se relaciona con la idea, muy en boga por aquellos años, de la poca confianza en la capacidad de las masas de "saber lo que quieren", lo cual resulta consistente con la necesidad de unas minorías intelectuales, reconocible en el pensamiento de Araquistain, tal vez siguiendo a Ortega[22]. Pero las elites que encuentra el autor, a su paso por las Antillas, dejan mucho que desear: como hombres privados han alcanzado la plenitud de su conciencia personal, pero, como ciudadanos, no sienten aún la conciencia de nación. "Dispuestos a matarse por una palabra o una mirada ofensivas, no tienen escrúpulos en pedir una intervención extranjera o tolerar la injerencia administrativa de un Estado extraño"[23].

Aunque Araquistain, refiriéndose a las muchedumbres hispanoamericanas, reconoce que "apenas se tiene noticia de lo que sienten, "¿o es que carecen en absoluto de conciencia histórica?", se pregunta, por momentos, deja entrever su esperanza en el comportamiento de los pueblos, en contraposición al de sus clases políticas: "A veces, por fortuna, los pueblos piensan de otro modo que sus gobiernos y legisladores. El de Santo Domingo, cuya resistencia pasiva y, sin embargo, no desprovista de heroísmo, acabó venciendo a la ocupación militar de Estados Unidos, difícilmente hubiera refrendado, en un plebiscito libre, el gravísimo Pacto de 1907". En cambio, las elites dominicanas son incapaces, a los ojos de Araquistain, de formular la verdadera y angustiosa pregunta, ¿es posible ser soberano dependiendo del dinero ajeno? En la imposibilidad de formulación ve Araquistain una respuesta de antemano[24].

[21] Araquistain, *La agonía antillana*, p. 234.

[22] "El verdadero pueblo es aquella porción nacional que no sabe lo que quiere, porque si lo supiera holgaba la otra porción racional, cuya virtud es pura, sencilla y exclusivamente hacer que el pueblo quiera una cosa racional, provechosa y de fecundo porvenir". José Ortega y Gasset, citado en Elorza, *La razón y la sombra*. p. 43.

[23] Araquistain, *La agonía antillana*, pp. 74, 109, 144.

[24] Araquistain, *La agonía antillana*, pp. 120-121.

Las observaciones del viajero español a su paso por Haití son más desoladoras aún. En este país, donde "la anarquía política no tiene un momento de respiro", producto de la "cabalgata" de jefes políticos que han desfilado desde 1804 a la fecha en que escribe el autor, donde éstos no alcanzan a concluir su mandato porque resultan asesinados, o tienen que darse a la fuga para salvar la vida; la independencia no pasa de ser un "triste recuerdo histórico". Los caudillos haitianos han "profesionalizado" el derrocamiento de cualquier tipo de gobierno y convertido el país "en una presa de los más audaces y los más incultos". El pueblo no tiene rumbo y ha olvidado su proverbial furia contra el blanco invasor. Sólo baila y canta, lujuriosa y cotidianamente, primitivamente, como corresponde a las razas "menos desarrolladas", al ritmo de la *banza* y el tambor, que "desde hace mucho dejó de ser revolucionario"[25].

En Puerto Rico, Araquistain constató estas diferencias entre pueblo y élite, a través del papel de los partidos políticos y el de la juventud estudiantil. El Partido Socialista portorriqueño, el más "populoso y mejor organizado", necesitaba para funcionar —como cualquier otro partido— el reconocimiento legal de su organización. Pero, en el contexto de los años veinte, un programa verdaderamente nacionalista lo hubiera colocado de inmediato en la ilegalidad. Por eso es que su programa no podía recuperar ninguna declaración socialista. Antes bien, "representa[ba] una organización sindical poderosa". En este sentido, sus líderes construyeron el problema de la soberanía como una cuestión secundaria, en donde la relación con Estados Unidos era vista como una influencia "civilizadora". "Lo importante es ganar mejores jornales". En contraste, la juventud estudiantil universitaria portorriqueña, separatista en masa, "no pierde coyuntura de hacer públicos sus sentimientos, ya de palabra, ya desplegando en cualquier circunstancia, incluso en las oficiales, la bandera rebelde de la estrella solitaria, ya entonando el himno nacional"[26].

La política de Estados Unidos en las Antillas y América es una cuestión de estrategia, apunta Araquistain. Ni el estado de anarquía imperante en estas naciones, ni la falta de rumbo de sus pueblos ante el vacío de una élite políticamente competente, justifica sus sistemáticas intervenciones en el área. La justificación reside en el hecho incontestable de que Norteamérica necesita de bases territoriales para proteger su ruta a Asia,

[25] Araquistain, *La agonía antillana*, pp. 142-167.
[26] Araquistain, *La agonía antillana*, pp. 62-63 y 68-69.

"que son el objetivo más codiciado de su economía", así como necesitan de puertos para sus escuadras navales, desde donde "les fuera cómodo conservar su vía interoceánica". Bajo la excusa aparente de proteger las vidas e intereses de sus ciudadanos, "el estado imperial disimula sus propios fines estratégicos"[27].

"El apotegma de Monroe," justificación ideológica de una estrategia deliberadamente calculada, supone, por lo tanto, la expulsión de Europa de América, tanto de sus capitales financieros como de sus hombres. En este detalle se encierra el verdadero dramatismo de la cuestión migratoria y la política de los braceros, que se está llevando a cabo en los países de la región y que tanto le preocupa a Araquistain. No se trata de una mera cuestión racial, aunque a veces don Luis se antoje racista[28]; se trata, en principio, de una cuestión de costes, los brazos más baratos desplazan a los más caros. A lo anterior se aúna el hecho de que los brazos más baratos no tienen ningún conflicto con el status político de la tierra que les da trabajo. Así, por ejemplo, ocurre en Puerto Rico: "los negros simpatizan con los Estados Unidos, y en su mayoría no quieren la independencia". Para Araquistain entonces, la visible y alarmante modificación en la composición racial de las sociedades latinoamericanas deviene un instrumento más a favor de la norteamericanización del área, por partida doble, económica y cultural. La inmigración no blanca se vuelve factor de disolución para las naciones que las reciben, por razones de diferencias de lengua y cultura, más que de raza.

CUBA Y SU AGONÍA

Cuando Araquistain desembarcó en la isla, dedicó varias páginas de su libro a describir la geografía, el clima, la arquitectura y la psicología de la gente que fue encontrando a su paso. Lo mismo había hecho para el resto de los países. Pero el ojo cubano de quien lee y glosa aquí al viajero español, acostumbrado a reconocer más que a ver, pasó por alto las bucólicas

[27] Araquistain, *La agonía antillana*, pp. 148-161.

[28] "… No sé si los negros escribirán un día algo semejante a los *Diálogos* platónicos y a la *Crítica de la razón pura*, pero no dudo de su capacidad para adiestrarse en el manejo de las grandes máquinas modernas, las que sirven a la vida como las que la destruyen, único título de superioridad de que hoy se puede envanecer la raza blanca sobre las de color". Araquistain, *La agonía antillana*, p. 189.

descripciones del paisaje y la psicología, tratándose de Puerto Rico o de Haití. En cambio, el recuerdo físico del entrañable país de origen nubla la vista, y la añoranza sobre todo del mar se sublima desde la ausencia de este hondo valle.

Desde su llegada a Santiago, el viajero descubrirá lo que algunos historiadores cubanos han vaticinado (y estudiado): Cuba es una isla con dos historias, que pivotea entre su ciudad capital, moderna y cosmopolita y el resto del país. Así, por ejemplo, Santiago, en la provincia de Oriente, es una ciudad que ve delatada su miseria en el diseño de sus caminos y su pobre arquitectura. Le queda de consuelo ser el más puro e intransigente "baluarte de la libertad", frente a la yancófila Habana[29].

Lo primero que sorprendió fue constatar la existencia de una separación entre cubanos y españoles. En general, los cubanos se le antojaban xenófobos, respecto de los españoles —que monopolizaban el pequeño comercio— y respecto de los gringos, que dominaban la gran industria. Lo que en Puerto Rico podía ser motivo de comunión cultural —una lengua y religión común— en Cuba constituía claro motivo de distinción, cuando no antagonismo: "el español menosprecia por su menor riqueza al cubano culto; el cubano menosprecia por su menor ilustración al español rico"[30].

Llamó también la atención del periodista extranjero el hecho de que la emigración europea, mayoritariamente española, estaba abandonando la isla producto de la transformación del régimen de propiedad agraria en latifundio, el cual hacía innecesaria la presencia del inmigrante blanco, en general, pequeño o mediano propietario. Por otra parte, se popularizó la importación de trabajadores jornaleros, especialmente haitianos y jamaiquinos, los únicos que podían aceptar trabajar por los misérrimos salarios que pagaba la industria vil. En consecuencia, la isla estaba inevitablemente africanizándose: "a este paso se llegará a la haitianización de Oriente", dice Araquistain[31].

No escapó tampoco a la mirada del viajero el progresivo proceso de concentración de la propiedad territorial cubana en manos de norteamericanos. En efecto, el *boom* de los precios en plena guerra mundial había puesto toda la producción de la isla en función de la enorme demanda del dulce. Pero la conclusión de la guerra representó el fin de las condiciones

[29] Araquistain, *La agonía antillana*, p. 174.
[30] Araquistain, *La agonía antillana*, p. 175.
[31] Araquistain, *La agonía antillana*, pp. 182-201.

favorables para este crecimiento económico de forma continua, la tierra se depreció, sobrevino la quiebra y hubo que vender los ingenios. Entonces, los norteamericanos adquirieron "al precio que quisieron, la hacienda de aquél pueblo pródigo"[32].

Este proceso de concentración territorial supuso otras consecuencias funestas para Cuba, de índole económica, harto conocidas[33]. Pero, y siguiendo la lógica de Araquistain, su efecto más grave acaso fuese la pérdida de civismo y el parasitismo político de los ciudadanos: "el cubano, desposeído de su patria, de su tierra, busca la sombra del Estado, como en otro tiempo el proletarizado ciudadano de Roma, rebajando la civilidad". Sobresale en este punto la idea de patriotismo de Araquistain que aparece indisolublemente ligada a la idea de propiedad: "no hay patriotismo más fuerte como el que tiene sus raíces en la tierra. Un pueblo de siervos, es decir, de hombres sin propiedad, es decir, sin patria efectiva, está a merced de cualquier aventurero con fortuna…"[34].

Frente a este escenario, el autor recomienda volver los ojos al Estado, a la República cubana. De inmediato se pregunta: "¿es capaz el actual estado de Cuba de combatir eficazmente al todopoderoso latifundio azucarero?" Aquí Araquistain encuentra que sólo hay dos caminos posibles: o que el estado cubano compre los latifundios o que los expropie compulsivamente, "mediante un acto revolucionario del Estado o por un movimiento revolucionario del pueblo de Cuba". Sin embargo, la disyuntiva anterior no ofrece muchas esperanzas a los ojos del periodista español: primero, porque el estado cubano adolece, en su opinión, de un grave defecto, su patrimonialismo; segundo, porque el pueblo cubano no parece estar en condiciones de poder superar su "idiosincrática puericia".

Respecto del patrimonialismo estatal, éste forma parte, según Araquistain, del legado español en la isla. Tiene de singular el ingrediente generacional que le aportan los veteranos y patriotas de la última guerra de independencia cubana, quienes al entrar a la vida política republicana lo hacen "como en tierra conquistada" y se apoderan del Estado, "como

[32] Araquistain, *La agonía antillana*, p. 185.

[33] Sobre las consecuencias de la extensión del latifundio norteamericano en Cuba, Araquistain citó profusamente las explicaciones dadas por Ramiro Guerra y Sánchez, de quien se nota leyó con cuidado *Azúcar y población en las Antillas*, todo un clásico en la historiografía cubana.

[34] Araquistain, *La agonía antillana*, p. 203 y 216.

de un botín de guerra". En consecuencia, abundan en Cuba todo tipo de "sinecuras", entre las que sobresale, por ejemplo, el "intangible sistema de colecturías".[35] Respecto de la puerilidad individual y colectiva del cubano, ese niño grande, "ese hombre que aún no ha crecido por dentro," "ruidoso", "excesivamente familiar" y "dado al choteo", su espíritu de ligereza y despreocupación no podrá favorecer el desarrollo de los caracteres superiores que tanto necesita Cuba, "para defenderse del torbellino de fuerzas internacionales que amenazan su personalidad histórica"[36].

Siguiendo la pauta trazada hasta aquí, queda claro para Araquistain que, ni la generación de los veteranos de la Independencia, ni la de los hijos de éstos podrá participar en la extinción de los males que aquejan a la república cubana. Esta tarea corresponderá a los nietos de los primeros, una generación que ya era política y culturalmente visible, con cuyos más destacados representantes el sensible español tuvo, evidentemente, más de un encuentro personal. Así destacó como "el núcleo mejor definido" de estos jóvenes, en primer lugar, al Grupo Minorista y, dentro de éste, a Emilio Roig de Leuchsenring, "sin dudas, el temperamento más político del grupo"; en contraposición con el ensayista Jorge Mañach, "un poco más distante de la política consuetudinaria, no por no sentirla como por sentirla demasiado".

Mención aparte mereció el subgrupo que animaba, dentro del propio Grupo Minorista, el joven ultrarradical Rubén Martínez Villena, "demasiado político para enrolarse a bordo del airoso bergantín estético que preside Jorge Mañach o de las fastuosas fragatas político-mundanas que capitanea con hábil ponderación Roig de Leuchsenring". Será la única vez que Araquistain emplee el término *antiimperialista* en todo el libro, para referirse a las efímeras publicaciones políticas de Villena, en donde confluyen las ideas del "comunismo ruso y la Revolución mejicana", y que resultan "entre los exponentes más altos de la dignidad de América".[37]

[35] "…Se llaman colecturías a ciertas concesiones de la lotería, que en Cuba tiene —otra herencia española al fin— un culto sostenido y ferviente. De las colecturías dispone en persona el presidente de la República […]. Pero no se crea que el presidente se las reserva todas. Tengo entendido que generosamente distribuye dos mil entre sus amigos políticos, militares, diputados y senadores y a veces, incluso, entre sus enemigos […]. También sirven para ablandar plumas y periódicos independientes en demasía…". Araquistain, *La agonía antillana*, pp. 250-251.

[36] Araquistain, *La agonía antillana*, p. 245.

[37] Araquistain, *La agonía antillana*, pp. 265 y 266.

Le siguen en importancia al Grupo Minorista, otros proyectos intelectuales "de porte apacible y matiz más equilibrado", que se articulan en torno a publicaciones periódicas específicas en forma de revistas, y a instituciones culturales. Entre las primeras destaca *Cuba Contemporánea*, cuyos integrantes resultaban más maduros y menos entusiastas que los minoristas, aunque compartían el mismo interés por los problemas cubanos. Entre las segundas, "un buque escuela de bandera neutral", capitaneado por Fernando Ortiz, la *Institución Hispanocubana de Cultura*. Por el especial interés en la reivindicación del papel de España en un proyecto de hispanoamericanismo liberal, Araquistain destacará la participación material e intelectual de los españoles en este proyecto de difusión del conocimiento general, y pondrá un énfasis singular en la formación de especialistas. "Sin técnicos propios de la industria y el comercio moderno, la economía de un país —es decir, la independencia— estará a merced de los más ricos, pero sobre todo más cultos"[38].

Todos estos proyectos culturales e intelectuales que Araquistain conoció durante su estancia en Cuba, estaban presididos por la figura digna y venerable del filósofo cubano Enrique José Varona, a quien Rodó consideró alguna vez un posible mentor[39]. Cuando Araquistain lo visitó en su casa habanera del Vedado, recordó por su idéntica vocación magisterial a un "español grande", Francisco Giner de los Ríos. Como Giner, Varona había dedicado una parte importante de su vida a la enseñanza. En Cuba, Varona propuso ambiciosos proyectos de modernización pedagógica, desde su cargo como secretario de Hacienda e Instrucción Pública y Bellas Artes. Asimismo, la universidad representaba para él la expresión más depurada y elevada de la conciencia nacional, de ahí el apoyo moral que siempre ofreció a los jóvenes que buscaron su reforma. Su enorme prestigio provenía de una abierta postura antiinjerencista, que había hecho explícita en discursos y conferencias. Varona cumple para Araquistain el papel de nuevo mentor y guía, de "estadista de genio sin espada", llenando el lugar que José Martí representó para la generación independentista. Resulta innegable en la lógica de Araquistain la importancia de los grandes hom-

[38] Araquistain, *La agonía antillana*, pp. 269.

[39] Cuando se publicó el *Ariel*, Rodó le hizo llegar a Varona una carta donde se decía: "Usted puede ser, en realidad, el Próspero de mi libro. Los discípulos nos agrupamos alrededor de usted para escucharle como los discípulos de Próspero". *Obras completas*, Madrid, Ediciones Aguilar, 1957, p. 1266. Citado en Ripoll, *La generación de 1923*, p. 58, nota 64.

bres, que ha ejemplificado muy de pasada en su libro en las alusiones a las figuras de Napoleón y Bolívar, como portadores de una visión de futuro[40].

En esta apretada síntesis de los proyectos culturales cubanos más destacados de los años veinte, en donde Araquistain encuentra una fértil minoría intelectual con claros ánimos regeneradores, el periodista español expresa su inquietud, cuando no escepticismo, ante la ausencia de una capa social que le sirva de soporte a estos esfuerzos de renovación. Lo que se observa, dice don Luis, "es la decadencia de la burguesía, y la decadencia del proletariado. Mejor dicho, estrangulación de los obreros". Siendo testigo —todavía estaba de visita en Cuba— del encarcelamiento de un grupo de intelectuales en 1927, "por un supuesto complot comunista;" de la represión estudiantil que condujo a la clausura de la Universidad de La Habana en el propio año 27; de la expulsión en masa de todos los miembros del Directorio Estudiantil Universitario (el del 27, no el del 30); todo ello evidentes signos de la agudización de la represión del gobierno, y por tanto, síntomas de la exacerbación de la lucha política (al menos de algunos), no merecieron en la línea argumentativa del autor, un lugar en su libro. Llegando al final de sus casi trescientas páginas, Araquistain insiste en la pregunta: "¿Se resignará el cubano? ¿Se rebelará? ¿Emigrará?" y casi en tono de reproche, se atreve todavía a sermonear: "…nunca después de la amarga lección de las Antillas negras, podrá aducir ignorancia de su destino…"[41].

Tratándose de Cuba, Araquistain definitivamente no se comportó a la altura del publicista comprometido que se esperaba, según su trayectoria política como socialista. Lo dejó entrever en varias circunstancias: la primera y más elocuente, su reticencia a tomar partido por una solución, violenta o pacífica para oponerse a los peligros de la expansión estadounidense en América, acaso confirmando la imposibilidad de alternativas prácticas reales. Lo mismo había hecho en el caso de Puerto Rico, cuando, refiriéndose a la cuestión de la soberanía y el nacionalismo, el periodista español sugirió:

> "el nacionalismo portorriqueño necesita una política internacional, ya que *nacionalmente no puede resolver su problema, ni por la paz, ni por la guerra*; una guerra con los Estados Unidos sería punto menos que imposible; un

[40] Araquistain, *La agonía antillana*, p. 43, 105 y 271-274.
[41] Araquistain, *La agonía antillana*, p. 288.

bloqueo de una semana bastaría para matar de hambre a un país que solo produce azúcar, café y tabaco; *a menos que la guerra fuese, en vez de sangrienta, social; a menos que la sostuviese con sus armas específicas, sindicales, la clase obrera de Puerto Rico…*"[42].

En segundo lugar, cuando se niega a emitir juicio alguno sobre la presidencia del dictador Gerardo Machado y Morales. Y, finalmente, cuando no reconoce la agonía del proletariado cubano, sino que transmuta su esfuerzo viril en decadencia. En este sentido, Araquistain ignora, descalifica o minimiza las expresiones de radicalismo político de la sociedad cubana.

Tratando de explicar esta decadencia, que va mucho más allá de lo político, como se ha visto, quizá la razón última haya que buscarla en un rasgo que deslizó el periodista español, refiriéndose a la intelectualidad portorriqueña, pero aplicable al caso cubano en toda la extensión de la palabra: "Puede decirse que los mejores hombres de Puerto Rico, su intelectualidad, han quedado fuera de las organizaciones políticas". De ser esto cierto, sería necesario entonces redefinir el papel que, como buen regeneracionista, adjudica a la minoría letrada de los países hispanoamericanos, en relación con el poder y la política. Baste analizar brevemente la trayectoria de las principales figuras historiográficas cubanas a las que Araquistain recurre como criterios de autoridad para validar su discurso, y a quienes reconoce como referentes intelectuales consagrados por la calidad de su obra, buscando cuánto hay de cierto en la afirmación anterior: Ramiro Guerra y Sánchez, Fernando Ortiz y Emilio Roig de Leuchsenring.

Ramiro Guerra, por ejemplo, a quien tan extensamente Araquistain cita en su libro, devino vocero de aquella clase burguesa decimonónica criolla, por su temor a la superioridad numérica del negro y sus nocivas influencias culturales como componente de la nación. Es curioso comprobar, en una de las obras más importantes de Guerra, *La expansión territorial de los Estados Unidos*, cómo el mismo intelectual era capaz de aquilatar, con rigor y seriedad, los peligros del expansionismo norteamericano, lo que lo condujo a ser un furibundo antilatifundista y, sin embargo, admire al país del norte en tanto paradigma democrático. Si las escrituras de la historia de Cuba, desde los comienzos del siglo XX, se

[42] Araquistain, *La agonía antillana*, p. 66. Las *negritas* son mías.

debatían entre una corriente patriótico-nacionalista y una anexionista, la posición de Ramiro Guerra no podía ser más ambigua, sobre todo, en momentos en que la influencia norteamericana sobre la isla se volvió más evidente.

Por su parte, Fernando Ortiz, a quien Araquistain se refirió como el capitán de ese "buque escuela con bandera neutral que es la Institución Hispanocubana de Cultura", constituyó, para el periodista español, un referente ideal para justificar sus prejuicios contra los negros y su cultura, ya reflejados en las obras más tempranas de Ortiz, de notable influencia lombrosiana y aliento criminalista. Justo hacia finales de la década del veinte, su obra dio un giro obedeciendo a circunstancias históricas específicas que llevaron a Ortiz, como a otros intelectuales cubanos, a extrañarse de alguna manera de la vida política. En efecto, entre los años 1917 y 1927, había sido miembro de la Cámara de Representantes, hasta que en el propio año 1927, a consecuencia de la prórroga de poderes que propuso el presidente Machado, se exilió hasta el fin de la dictadura. En el futuro, la obra de Ortiz se concentró en la comprensión "científica" de los elementos integradores de la nacionalidad cubana, combinando sociología e historia económica, para demostrar que los sistemas socioeconómicos desarrollados sobre la base del cultivo del azúcar y del tabaco influyeron en el proceso de transculturación y el desarrollo de una cultura llena de hábitos, creencias e imágenes. Esta fue la visión de la historia de Ortiz en su obra de investigación histórica más acabada, el célebre texto *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar*, que distaba mucho de su posición positivista y criminalista originaria, contemplando al negro, más allá de sus actitudes morales, como elemento de una heterogeneidad étnica imprescindible para comprender el "ajiaco" que representaba el pueblo cubano.

En relación con el poder y la política, Ramiro Guerra perteneció al grupo de intelectuales que confiaron en la actividad política del gobierno como medio para resolver los problemas sociales, como el propio Fernando Ortiz, en una primera etapa de su vida. Ambos coincidían en un punto crucial y veían muy claro el dilema para la nación cubana: nación culta y progresista o país de explotación y miseria, como bien refleja Araquistain en su obra. Pero la confianza en las posibilidades del gobierno y sus mecanismos todavía estarían presentes en Guerra a la altura del año 1944, cuando ya en Ortiz se ha producido un distanciamiento del activismo político en la vida pública. Decía Guerra, en el prólogo a la segunda edición de su texto *Azúcar y población*:

> la forma pacífica en que se han efectuado las grandes transformaciones de la industria mediante la difusión de las ideas, la discusión hasta el fondo de los problemas por las partes interesadas, y la adopción final de una legislación adecuada encaminada a coordinar todos los intereses en beneficio de las partes y de la nación, ha sido un testimonio de los grandes progresos realizados en Cuba en el uso de los procedimientos democráticos. Fundadamente cabe esperar que la lección no será perdida y que continuará aprovechándose[43].

Ortiz, en cambio, cuando el fenómeno de la influencia norteamericana se hizo más evidente, dejó de interesarse por la política nacional. Su obra había tomado otros derroteros, con miras más culturales, pero también más rigurosas.

Finalmente, Emilio Roig de Leuchsenring que había sido el típico intelectual para quien la historia era, ante todo, formadora de la conciencia nacional, desarrolló una abierta oposición crítica a los gobiernos de turno, distinguiéndose por su historiografía explícitamente nacionalista y antiimperialista. En Roig se verificó un compromiso abierto en contra de toda hegemonía extranjera y supo rodearse de otros intelectuales consagrados a su propia causa y mantenerse fiel a su tradición. En el prólogo de un elogio escrito por él, había señalado la finalidad de la historia como un continuo esfuerzo de comprensión que nos permite recuperar el sentido, la estructura, la organización, el sistema de valores de nuestra sociedad como forma de remediar sus males:

> la necesidad que sentía el cubano de conocer cabalmente la historia de su patria, como medida indispensable para descubrir las raíces y causas de los

[43] Ramiro Guerra había sido secretario de la Presidencia durante 1932-33, bajo el gobierno de Gerardo Machado, y director del Diario de la Marina entre 1943 y 1946. En 1933, tras la caída del régimen, se trasladó a Estados Unidos. En 1935, designado asesor de asuntos económicos y sociales de la Asociación Nacional de Hacendados de Cuba, se estableció en Washington, hechos "imperdonables" en su historia personal, que reflejaban una confianza del intelectual en la actividad de la política para resolver los problemas sociales y la ambigüedad política respecto de Estados Unidos, a la que habíamos hecho alusión *ut supra*. Sin embargo, cuando Julio Le Riverend escribió sobre Guerra, a la altura del año 1969, reconoció que, mientras muchos intelectuales habían abandonado el país, "Ramiro Guerra vive actualmente en la Habana, retirado de todas las actividades científicas. Su edad pasa de los 80 años [...] ha conservado, en su personal preferencia, un gran amor por la buena tierra cubana que tanto fruto ha dado y puede dar". Le Riverend, "Sobre la ciencia histórica," p. 204.

> males, vicios, dificultades y tropiezos que padece la República, y así, mejor encontrar las soluciones y remedios apropiados para extirparlos[44].

La percepción de la actividad política en estos intelectuales como eficaz (Guerra), inútil (Ortiz) o censurable (Roig de Leuchsenring), los llevó a asumir actitudes de compromiso con el poder, extrañamiento y/o, oposición respectivamente, las cuales incidieron en su forma de escribir historia y sus resultados intelectuales concretos. Paradójicamente, lo que se puede observar es que las obras más serias y renovadoras, la de Guerra y sobre todo la de Ortiz, fueron consecuencia de una toma de partido menos comprometida desde un punto de vista político con el devenir nacional republicano.

ALGUNAS CONSIDERACIONES FINALES

En 1961, el libro *La agonía antillana* volvió a ser noticia en Cuba. El gobierno revolucionario cubano lo había vuelto a editar. En su nuevo prólogo se destacaba:

> Todo el libro es de un extraordinario valor histórico y aleccionador y cuanto se refiere a Cuba resulta además indispensable y útil para poder comprender exactamente y a conciencia el alcance efectivo de la Revolución triunfante en 1ro. de enero de 1959, así como los impulsos morales y sociales que fueron sus causas determinantes[45].

Resulta curioso cómo las lecturas del mismo libro se modificaron treinta años después de su primera publicación. En los años veinte del pasado siglo, el augurio gris de que Occidente —o sea, Europa—, estaba destinado a la ruina, debió generar un profundo miedo a la trágica imagen de la decadencia. Los conceptos de «cultura» y «civilización» occidentales, que Luis Araquistain conociera por su lectura de Spengler, durante una de sus múltiples estancias en Alemania, tropezaron de improviso con una lógica imperial, proveniente del nuevo centro rector del mundo, Estados Unidos de Norteamérica. El coloso del norte se expandía hacia el

[44] Roig de Leuchsenring, *Joaquín Llaverías,* pp. 11-12.
[45] Citado en Ripoll, *La generación de 1923,* pp. 25-26, nota 27.

sur y el oeste, y desplazaba con su arrolladora presencia a España de los que habían sido sus territorios coloniales.

En consonancia con este espíritu, aún a contrapelo de su economía colonial, don Luis consideraba que España había preparado a sus colonias para la "nacionalidad". En cambio, la nueva servidumbre de los territorios americanos frente a la "espuela de progreso" que representaba el capitalismo norteamericano, suponía una obra de decadencia política y social, producto de la africanización de sus territorios, la imposición de la cultura anglosajona y el resquebrajamiento de la moral y los valores cívicos ciudadanos (sobre todo en el caso cubano).

A partir del triunfo de la revolución, el discurso histórico-político cubano ha favorecido la construcción de una *identidad social,* la del cubano revolucionario, con la que se buscó, deliberadamente, diferenciarse de las identidades de épocas y sociedades anteriores. Por esta razón, y para entender quiénes eran los cubanos, de dónde venían y cuál era el futuro posible de la nación, la historia pensó, de manera nueva, en las raíces de la identidad nacional, sus mitos y principales héroes. En este contexto, la república neocolonial resultó el lugar por excelencia para la corrupción y el entreguismo político, una historia ciertamente simplificadora y homogeneizadora de la complejidad propia de una época sumamente contradictoria. La descripción de los mecanismos de dominación norteamericanos, por los cuales la soberanía de la isla quedaba en entredicho y la representación de una imagen de incultura y decadencia moral que el libro de Araquistain exhibía, convertían su libro en un espejo ideal de esa otra historia patria.

En mi opinión, el libro de Araquistain adolece de un grave defecto: no concede suficiente reconocimiento a las manifestaciones de protesta social y descontento, de lucha política contra la represión y la politiquería gobiernista que imperó en los años en que el autor visitó la isla. Los cubanos, acaso el verdadero protagonista de aquel gran ciclo de protestas, se le antojaban "alados y trascendentes", "ultrarradicales". Con todo, su escepticismo era total: "Pero todo esto ya no basta", dice, refiriéndose a algunas de las primeras medidas de represión política que conoció durante su estancia. "No son aún sacrificios suficientes". En menos de dos años, una hornada revolucionaria maravillosa que no triunfó vendría a demostrarle que estaba equivocado.

BIBLIOGRAFÍA

Alemany, Carmen
(*et al.*), *José Martí, historia y literatura ante el fin del siglo* XIX. *Actas del Coloquio Internacional celebrado en Alicante en marzo de 1995*, Murcia, Casa de las Américas-Universidad de Alicante, 1997.

Araquistain, Luis
El peligro yanqui, Valencia, Editorial Sempere, 1924.

——, *La agonía antillana. El imperialismo yanqui en el mar Caribe. (Impresiones de un viaje a Puerto Rico, Santo Domingo, Haití y Cuba)*, Madrid, Editorial Espasa-Calpe, 1928.

Bizcarrondo, Marta
Leviatán y el socialismo de Luis Araquistain, estudio Preliminar para la reedición de *Leviatán Glashütten im Taunus*, Deutschland, D. Auvermann, 1974.

Bourdieu, Pierre
"The Biographical Illusion", en Parmentier y Urban, 1987.

Elorza, Antonio
La razón y la sombra. Una lectura política de Ortega y Gasset, Barcelona, Anagrama, 1984.

Fuentes, Juan Francisco
"*La agonía antillana* de Luis Araquistain (1928)," en Alemany, 1997.

——, *Luis Araquistain y el socialismo español en el exilio (1939-1959),* Madrid, Biblioteca Nueva, 2002.

Le Riverend, Julio
"Sobre la ciencia histórica de Cuba", en *Revista Islas*, (Santa Clara), 11:32-33 (1969), pp. 181-220.

Marías Julián
El método histórico de las generaciones, Madrid, Revista de Occidente, 1949.

——, *Literatura y generaciones,* Madrid, Colección Austral, 1975.

Márquez Padorno, Margarita y Juan Francisco Fuentes
"Cartas inéditas de Araquistain a Ortega (1910-1932)," en *Revista de Occidente,* 156 (1994), pp. 155-180.

Naranjo Orovio, Consuelo
"Creando imágenes, fabricando historia: Cuba en los inicios del siglo XX", *Historia mexicana*, LIII:2 (2003), pp. 511-540.

Parmentier, Richard J. y Greg Urban
Working Papers and Proceedings of the Center for Psychological Studies, Chicago, The Center, 1987.

Ripoll, Carlos
La generación de 1923 en Cuba y otros apuntes sobre el vanguardismo, New York, Las Américas, 1968.

Roig de Leuchsenring, Emilio
Joaquín Llaverías, libertador, historiógrafo y taumaturgo del Archivo Nacional, La Habana, Oficina del Historiador de la Ciudad, Colección Histórica Cubano y Americana, no. 18, 1957.

——, "¿Se está Cuba africanizando?", en *Carteles*, X: 48, pp. 18 y 27. Aparece citado por Naranjo Orovio, Consuelo, "Creando imágenes, fabricando historia: Cuba en los inicios del siglo XX", (2003). Disponible también en: http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/600/60053209.pdf

Santervás, Rafael
"Maeztu y Araquistain: dos periodistas acuciados por la transformación de España," en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 12 (1990), pp. 133-154.

Vilar, Pierre
Historia de España, París, Librairie Espagnole, 1974.

VII
HISTORIA Y ANTIIMPERIALISMO: *YANQUILANDIA BÁRBARA*, DE ALBERTO GHIRALDO (1929)

HISTORIA Y ANTIIMPERIALISMO: *YANQUILANDIA BÁRBARA*, DE ALBERTO GHIRALDO (1929)

Alexandra Pita González
Universidad de Colima
María del Carmen Grillo
Universidad Austral

INTRODUCCIÓN

Podría afirmarse que el antiimperialismo y, en especial, aquel que criticaba la expansión norteamericana, ha sido un hilo conductor en la historia de las ideas de América Latina, desde el periodo de la Independencia hasta la actualidad. A éste se entrelaza otro discurso de origen, por el cual el intelectual va construyendo su representación social como actor político en la sociedad, pasando del clásico modelo de consejero del rey al intelectual comprometido de fines del siglo XIX, sin olvidar la noble vestidura del sabio ilustrado del pueblo que se transformó en científico, para salvar al mundo a través del conocimiento.

Durante la década de 1920 estos discursos cobraron un nuevo auge entre numerosos intelectuales y estudiantes universitarios, quienes desde la disidencia política se posicionaron en el lugar de guías espirituales de la opinión pública, para alzar su voz en contra de la política exterior norteamericana y de los gobiernos latinoamericanos que veían como cómplices de estos intereses.

Para ello fue necesario que se realizara una maniobra conceptual, por la cual la imagen de Estados Unidos, que había sido visto con anterioridad en el pensamiento positivista como un modelo de nación a seguir para las nacientes naciones latinoamericanas, que aún se debatían entre la civilización y la barbarie, fuera interpretada por la nueva generación de intelectuales como un elemento negativo que debía de ser rechazado. Sin embargo, estos nuevos planteamientos antiimperialistas no eran idénticos a aquellos reali-

zados por una amplia gama de intelectuales de principios del siglo veinte, quienes reflexionaron sobre el tema de la identidad americana desde una mirada introspectiva y teniendo por marco teórico el darwinismo social[1].

No es extraño entonces que durante los años de 1914 a 1930, la discusión sobre la identidad latinoamericana tomara un nuevo rumbo, y aunque no en todos los países se abandonaran las interpretaciones racistas en torno al indígena o al negro, es evidente que el enemigo a enfrentar de modo inmediato se encontraba fuera y se identificaba con el imperialismo norteamericano. En este sentido, es comprensible que como medida defensiva se difundiera un discurso latinoamericanista, que sostenía la necesidad de concretar una unidad regional como medida indispensable para consolidar las precarias independencias nacionales.

Influenciados por los grandes movimientos sociales y políticos a escala mundial y regional (la primera Guerra Mundial, la Revolución rusa, la Revolución mexicana y la Reforma universitaria), los intelectuales comprometidos, *engagés*, posicionados desde el lugar de voceros de la cultura y de los sectores subalternos, estuvieron preocupados por dotar a los latinoamericanos de elementos sobre su identidad colectiva a partir de la problemática de la realidad tangible del nuevo escenario político internacional[2]. Para alcanzar este propósito, los intelectuales se propusieron generar una opinión pública crítica hacia el imperialismo y favorable a la unidad de los países de la región, utilizando la palabra y los medios de difusión escrita en revistas, periódicos, libros y folletos.

[1] La recepción del darwinismo en América Latina fue muy importante; fue uno de sus máximos exponentes el paleontólogo argentino Florentino Ameghino. Cuando las ideas de Darwin y Spencer fueron traducidas al ámbito de lo social, esta corriente que tuvo importantes adeptos entre los intelectuales comenzó a interpretar las características de las sociedades latinoamericanas utilizando los conceptos de selección natural, competición entre razas, etc. Glick, "Science in Twentieth Century", pp. 291-296.

[2] A diferencia de la acepción del intelectual como un técnico que ejerce actividades profesionales especializadas "no manuales", utilizada en ensayos de carácter sociológico y económico, las publicaciones de literatura y política más recientes distinguen al intelectual por su actitud de compromiso. En este sentido, se incluye en él a todos aquellos que "han adquirido, con el ejercicio de la cultura, una autoridad y un influjo en las discusiones públicas". Como señala el autor, aunque esta segunda acepción es menos precisa que la primera, implica una mayor riqueza al permitir analizar la conducta política de los intelectuales a partir de su actitud crítica que los "predispone" a ocupar un lugar de oposición de izquierda, que en algunas ocasiones deriva en la militancia en movimientos revolucionarios. Marletti, "Intelectuales", p. 820.

En este sentido, el objetivo de este trabajo es presentar y analizar la obra de Alberto Ghiraldo, *Yanquilandia bárbara. La lucha contra el imperialismo* (1929). Consideramos que es una fuente importante para comprender el discurso latinoamericanista de la década de 1920, puesto que en ella se encuentra presente una variedad de símbolos, imágenes y discursos de una identidad latinoamericana, que tenía como contraparte indispensable para su definición la crítica al imperialismo norteamericano.

Partimos del supuesto de que la riqueza del texto no consiste en su despliegue literario ni en la aportación novedosa del tema, el cual, como hemos observado en otros trabajos que componen este libro es, una constante en varios autores. La esencia de *Yanquilandia bárbara* es compleja y a veces contradictoria; por un lado, pretende ser un manifiesto de combate y, como tal, puede ser considerado un panfleto; por el otro, busca ser un ensayo psicológico que provea al lector de hechos que le permitan realizar un diagnóstico social de la época[3]. A esta combinación de intencionalidades se combina el particular punto de vista de Alberto Ghiraldo, en el que se conjugan ideas e imágenes del modernismo, el anarquismo y el arielismo.

Con ello pretendemos contribuir al debate de la historia intelectual latinoamericana, a través de la discusión de una de las numerosas fuentes que dan cuenta de la riqueza de autores y obras que escapan a los límites de una corriente y, por ello, a veces son olvidados. Específicamente, buscamos contribuir al estudio de Alberto Ghiraldo, figura poco estudiada pese a la importancia política e intelectual que tuvo, hecho que se conjuga, en nuestra opinión, por su particular militancia anarquista y su prolongado autoexilio en España durante la época en que se publicó *Yanquilandia bárbara*, obra que dentro de las investigaciones realizadas tampoco ha sido suficientemente estudiada[4].

[3] Angenot, *La parole pamphlétaire*.

[4] El primer estudio extenso sobre él fue el de Juan Mas y Pi (1916), al cual varios años después le siguió el de Héctor Cordero (1962), quien realiza un estudio de carácter apologético poco crítico, consonante con cierto estilo literario de izquierda, combativo desde lo ideológico. El de Hernán Díaz (1991) trata desde sus inicios, llega hasta su partida a España, tratando los aspectos biográfícos en el contexto de la historia política y cultural argentina. Asimismo, con un desarrollo más o menos considerable, Ghiraldo aparece mencionado en historias del anarquismo (Abad de Santillán, *El movimiento anarquista en la Argentina*; Oved, *El anarquismo*, y Suriano, *Anarquistas*). Sin embargo, estos estudios se dedican fundamentalmente al primer periodo de militancia anarquista y no

DEL AUTOR: ENTRE LA BOHEMIA Y LA PROTESTA POLÍTICA

El escritor argentino Alberto Ghiraldo (1875-1946) poeta, novelista y dramaturgo, tuvo una militancia política desde su juventud[5]. Su reconocimiento no sólo proviene del éxito obtenido por sus obras. Desde finales del siglo XIX, cuando era apenas un adolescente, y hasta su muerte, fungió como trabajador "de las empresas culturales", siguiendo la expresión de Luis Alberto Romero[6], dado que durante toda su vida generó y dirigió varias publicaciones periódicas y se dedicó, asimismo, a la edición de algunas obras. Entre ellas, destacan algunos textos inéditos del español Benito Pérez Galdós y la correspondencia del nicaragüense Rubén Darío, con quien había establecido amistad.

Publicó varios cuentos, reportajes y poemas en revistas y periódicos, bajo el seudónimo de Marco Nereo; fundó y dirigió *La Revista Argentina*

al resto de su vida. Pese a que vivió en España durante unos veinte años y trató amistad con Benito Pérez Galdós, de quien fue su albacea literario y publicó toda su obra inédita, dispersa en la prensa, y a las amistades del ambiente intelectual madrileño de izquierda, no hay estudios publicados sobre su vida tras el exilio.

[5] Nació en Buenos Aires y murió en Santiago de Chile. Fue hijo de un inmigrante italiano y una mujer de familia criolla que tenía entre sus antepasados a algunos fusilados por Rosas, en la rebelión de Maza. Estudió en el Colegio Nacional pero no terminó sus estudios, dedicándose a trabajar como dependiente de comercio y poco más adelante en una barrana del puerto de Buenos Aires, donde tomó contacto con la actividad obrera. Hacia fines de siglo había establecido su propia empresa de consignación de grano al tiempo que participó en las manifestaciones políticas de la Unión Cívica de 1899 y de las revoluciones de 1890 y 1893. Tras alejarse del movimiento de Leandro Alem, se aproxima de manera inorgánica al socialismo, pero, posteriormente, conoce a Pietro Gori quien lo "gana" para las ideas anarquistas. Por ello, defenderá siempre la unidad entre anarquismo y socialismo, la cual no tiene éxito causándole varias críticas y enfrentamientos políticos, tras los cuales se aleja de la militancia política, se mantiene de una librería y de la tipografía. En 1916 parte a España como corresponsal de *La Razón,* acompañado de sus dos hijos, y permanece ahí hasta 1934 desarrollando actividades intelectuales y renunciando a acciones políticas públicas, tras haberse intentado su expulsión de España. En 1935, regresa a Argentina con su hija, quien muere poco después. Se afinca en la ciudad de La Plata y tras un breve matrimonio del cual nace su tercer hijo, parte rumbo a Santiago de Chile donde reedita cuentos y poesía, dedicándose a la actividad periodística. Critica duramente al régimen del general Perón durante sus últimos días. Díaz Pérez, "Alberto Ghiraldo", pp. 256-259.

[6] Romero, "Una empresa cultural: los libros baratos".

y *El Año Literario*, anuario que sólo sacó un número en 1891[7]. Pocos años después, en 1896, retomó esta iniciativa cuando fundó el diario socialista *El Obrero*, que salió durante menos de tres meses[8]. Tras la corta vida de estos emprendimientos culturales, Ghiraldo se involucró, posteriormente, en la dirección de otros medios durante los siguientes años: *El Sol de los Domingos* (1897-1903)[9], *Martín Fierro* (1904-1905), *Ideas y Figuras* (Buenos Aires, 1909-1916; y, desde Madrid, 1918-1920), y se hizo cargo de la dirección del diario *La Protesta* en varias ocasiones (1904-1906; 1909 y 1913)[10].

El Sol, patrocinado por Rubén Darío (Cúneo, 1994), comenzó dedicándose al arte, como semanario, pero después se transformó en revista mensual de orientación anarquista, influido por el anarquista italiano Pietro Gori:

> Ghiraldo, en particular, no fue el prototipo de activista libertario formado en los círculos de discusión en donde se leía y analizaba a Bakunin, Kropotkin, Reclus y otros. Para él, Pedro Gori ocupará el lugar de héroe ejemplar y apóstol venerado dejado vacío por Alem al suicidarse. [...] La palabra de Gori le revelaba, casi en sentido religioso, una doctrina social como el anarquismo que tenía la "gloriosa" misión de liberar a la humanidad del capital, del clericalismo y del autoritarismo estatal[11].

En 1900, impulsó una campaña contra la pena de muerte[12] y en 1902, se manifestó decididamente en contra de la Ley de Residencia y

[7] Sobre *El Año Literario,* Auza, 1996.

[8] Sobre *El Obrero* y su filiación socialista, Cúneo, *El periodismo de la disidencia social*. Con el mismo nombre ya había salido una publicación unos años antes. Diego Abad de Santillán indica que este medio, dirigido por Germán Avé Lallemant, órgano oficial de la Federación Obrera, en 1892 (número 88) pasó de manos de los socialistas a las de los anarquistas cuando éstos dominaron en la Federación. Cfr. Abad de Santillán, *El movimiento anarquista en la Argentina.*

[9] "En 1897 fundó el semanal *El Sol*, un vocero literario-artístico; con el correr del tiempo insertó también comentarios sobre cuestiones candentes, favorables a las luchas obreras". (Oved, *El anarquismo*, p. 142).

[10] Sobre la revista *El Sol*, hay información básica en formato de ficha en Pereyra, 1993. Sobre *Martín Fierro*, hay una edición facsimilar publicada por la Academia Argentina de Letras y el Cedinci (Minguzzi, *Martín Fierro*).

[11] Suriano, *Anarquistas*, pp. 94-95.

[12] Díaz Pérez, "Alberto Ghiraldo", p. 32.

tuvo un papel destacado en las denuncias. Ghiraldo fue detenido varias veces y deportado en 1904[13].

Martín Fierro. Revista ilustrada de crítica y arte, también semanario, sacó cuarenta y ocho números. A partir del número 31 salió como suplemento semanal de *La Protesta*:

> Sus páginas posibilitaron, a lo largo de casi un año, discusiones doctrinarias, disputas estéticas y búsquedas de todo tipo. Su mayor legado tiene que ver, entonces, con esa pluralidad y una actitud desprejuiciada, de clara raíz ácrata, cuando de exhibir contradicciones se trata"[14].

Publicaron en el semanario sus amigos Juan Más y Pi, Félix Basterra, Federico Ángel Gutiérrez y otros escritores como Florencio Sánchez, Manuel Ugarte,[15] Charles de Soussens, Ricardo Jaimes Freyre o Rufino Blanco Fombona, por citar a algunos.

Desde el título, que toma prestado el nombre del protagonista de la famosa obra de José Hernández, la revista integró cierta cultura gauchesca a la visión internacional propia del anarquismo: la rebeldía del gaucho, en contra de los símbolos del poder opresor —amo, ley, patria y ejército—, su posición marginal ante la ley, su individualismo y su búsqueda de libertad, fueron los atributos de que se valió Ghiraldo para incorporar la figura del gaucho y su registro lingüístico no solamente en *Martín Fierro*, sino en parte de su obra[16].

[13] Oved, *El anarquismo*.

[14] Minguzzi, *Martín Fierro*, p. 27.

[15] En *Martín Fierro* se publicó una "Crónica" de Manuel Ugarte que, en visión rápida y simplificada ("bosquejo") de América Latina, contrapone el cosmopolitismo y la atracción por los bienes y el consumo urbanos (producido con la inmigración) y los problemas sociales que vive el continente, a partir de la descripción de su composición racial (indios, negros, mulatos y mestizos). Ugarte interpreta como únicos el origen, el carácter y el idioma de estos grupos. Ante este panorama de contrastes, destaca el papel de los jóvenes intelectuales: "En esa atmósfera hostil, la razón de aquel que trabaja o estudia se exaspera fatalmente. Comienza por luchar contra la fuerza inmediata que le es opuesta y concluye por descubrir el encadenamiento de las cosas y por combatir toda organización social. Esto explica como la mayoría de los jóvenes escritores de la América latina son revolucionarios en el sentido más elevado de la palabra. Manuel Ugarte, "Crónica" en *Martín Fierro*, 1/9 (1904), p. 11.

[16] Este registro gauchesco buscaba demostrar el compromiso social de los obreros criollos, otorgándole a los nativos una tradición contestataria que superara los límites de la

Pese a sus peculiaridades, estas publicaciones compartían un carácter rebelde y contestatario del *statu quo*, por el cual era difícil discernir el límite que separaba la literatura de la política. Esto es comprensible, dado que Ghiraldo había abandonado las filas del Partido Radical en 1896, tras el suicidio de su líder Leandro N. Alem, y se había acercado después a las filas del anarquismo argentino[17]. Para la difusión de esta corriente de pensamiento fue fundamental el despliegue de un amplio abanico de medios que iban desde las conferencias y mítines públicos, hasta las escuelas libres, el teatro vocacional y, especialmente, el periodismo militante, que tuvo un papel decisivo en su "expresión y propagación"[18].

Así, tras su adhesión al anarquismo no es extraño encontrar que, durante su militancia, se dedicara fundamentalmente al combate de ideas que se propiciaban a través de las páginas de las publicaciones que dirigía. Por ello, Ghiraldo fue caracterizado por biógrafos y por historiadores del anarquismo como un "publicista", "difusor" del anarquismo o "mediador doctrinario"[19]. Es evidente que dentro de la disputa entre los doctrinarios puros y los intelectuales heterodoxos del anarquismo, Ghiraldo se ubicaba entre los segundos, no sólo porque tenía un antecedente como militante de otro partido y se dedicaba a las letras, sino porque en su concepción libertaria se cruzaban ideas y tendencias que rechazaban el sectarismo y los lineamientos que los ortodoxos consideraban correctos[20]. Por este motivo, David Viñas inscribe al autor en un "dandismo de izquierda", cuestionando su alternancia en la bohemia, la militancia y

rebeldía popular espontánea. No por casualidad este discurso anarquista se arraigó en los militantes de los cuarteles y las áreas rurales del interior. Suriano, *Anarquistas*, pp. 84-85

[17] Oved, *El anarquismo*, p.142.

[18] Oved, *El anarquismo*, p. 43, en referencia a *El Perseguido*, el órgano periodístico y doctrinario anarquista más importante en los inicios. Para una somera caracterización del anarquismo en la Argentina, de las causas de su potencia expansiva y del acercamiento al anarquismo de intelectuales "formados al margen de las instituciones universitarias y de los ambientes académicos", véase Aricó, "Causas de la capacidad".

[19] Esta afirmación es válida al analizar las perspectivas de Díaz Pérez, *Alberto Ghiraldo*, p. 21; Oved, *El anarquismo*, Suriano, *Anarquistas*. Quien solamente exalta la figura de Ghiraldo como un literato es Diego Abad de Santillán al afirmar: "el primer puesto en el anarquismo literario le corresponde, sin duda alguna, a Alberto Ghiraldo, poeta rebelde y luchador de personalidad propia, que encarnó una modalidad especial de la propaganda, no alcanzada por ningún otro en el país, a pesar de todos los ensayos". Abad de Santillán, *El movimiento anarquista*, p. 122.

[20] Suriano, *Anarquistas*, p. 76.

atracción por el espectáculo, que lo hace aparecer como "un gran señor de la izquierda". Esta peculiaridad, afirma Viñas, terminaría por segregarlo: "Ghiraldo irá apareciendo como un precursor incómodo pero resignado, sobre todo en lo que se refiere al peculiar *integrismo* ácrata y a las posiciones que operaban con absolutos"[21]. En este sentido, su participación en el anarquismo compartió las tensiones propias del movimiento argentino, caracterizado por quienes lo critican como el "caos doctrinal"[22] en el que coexistían, por una parte, la ortodoxia y la pureza doctrinaria y, por la otra, la bohemia. Convivían, además, el anarco-comunismo, contrario a toda forma de organización, y el anarcosindicalismo, de carácter pro organizador; el idealismo humanista y la violencia de lo que llamaban "la propaganda por el hecho", es decir, el atentado terrorista: "parecen haber existido varios anarquismos que confluían en un movimiento cuyo único eje nucleador era la negación de la autoridad encarnada en el Estado"[23].

Con ocasión del atentado contra el presidente norteamericano William McKinley, en septiembre de 1901, Alberto Ghiraldo dio en la ciudad de Rosario una conferencia a favor del magnicidio, titulada "De la violencia," publicada en el diario *La Protesta* (12/x/1901)[24]. McKinley regresaría como personaje histórico de *Yanquilandia bárbara.*

Su forma peculiar de militar en el anarquismo enfrentará a Ghiraldo, en más de una ocasión, con los autoproclamados "doctrinarios puros" que se erguían como representantes auténticos del anarquismo, como ocurrió con Eduardo Gilimón, quien también dirigió *La Protesta*[25]. Cuando en 1906 la dirección pasó de Ghiraldo a Gilimón, se alteró la orientación del diario:

> Esa redacción marca una nueva fase del diario: la de la elaboración doctrinaria, la de la forjación de una táctica y de una doctrina que diríamos locales, fruto de las propias experiencias. Ghiraldo no ha sido ni ha querido ser nunca un teórico; era un rebelde, un adversario de la autoridad, un tempe-

[21] Viñas, *Literatura argentina y política*; lo citado, p. 262.

[22] Suriano, *Anarquistas*, p. 21.

[23] Suriano, *Anarquistas*, p. 21.

[24] Cfr. Oved, *El anarquismo*, p. 201. Desde las páginas de *El Sol*, se editó un folleto titulado *Manual del perfecto dinamitero* (15/ix/1901).

[25] Sobre Eduardo Gilimón y su papel como periodista político en *La Protesta*, cfr. Suriano, *Anarquistas*, pp. 87-88. El diario tuvo director por cortos periodos. En general, la prensa libertaria tenía un grupo editor con dirección compartida. Cfr. Quesada, "*La Protesta*".

> ramento de literato y de luchador. En cambio, Gilimón tenía más inclinación filosófica y teorizadora; era menos subversivo que Ghiraldo, pero sabía imprimir una orientación más consciente y reflexiva al movimiento[26].

Durante los siguientes años, Ghiraldo mantendrá su intervención política haciéndose cargo de la dirección de *La Protesta* en algunos momentos, pero buscará una nueva revista de debate en la cual pudieran incluirse otros intelectuales que no participaban del ideario ácrata, pero estaban vinculados a él en las múltiples actividades culturales que desarrollaba. Así nació *Ideas y Figuras* (1909-1916), con sus dieciséis páginas de gran formato (180 x 270 mm), que alcanzó a publicar entre las fechas mencionadas 136 números con una periodicidad que promediaba —entre cierres y prohibiciones— dos entregas mensuales.

Desde su primer número, la revista marca su estilo al incorporar ilustraciones de buena calidad y sumar, a los artículos de opinión, crónicas de hechos donde se detallaban acontecimientos importantes para el anarquismo argentino, cubriendo con ello la ausencia que dejó el cierre de *La Protesta* durante el estado de sitio de 1910[27].

En 1916, el enfrentamiento de Ghiraldo con Gilimón se reactivó al ser desplazado nuevamente de *La Protesta,* aumentando su aislamiento con la corriente central del anarquismo (que comenzaba a declinar ante el avance de una izquierda más sindicalizada). A partir de ese momento, se exilió con su familia en España, donde vivió hasta 1935:

> Alberto Ghiraldo se va convirtiendo en el arquetipo de la marginación al encarnarse en el desplazamiento hacia un exilio. Aventura y etapa que no tienen nada de episódico o de parcial, sino que serán definitivas: "Me voy para siempre" —anota el autor de *La columna de fuego*—, "porque en todas partes me siento fuera de lugar"[28].

En Madrid siguió con su actividad editorial, "con las típicas faenas de un galeote de las letras"[29]. Sacó *Ideas y Figuras* entre 1916 y 1918[30],

[26] Abad de Santillán, *El movimiento anarquista*, pp. 107-108. Sobre su paso por *La Protesta*, véase Toledo y Montesino, La Protesta *y don Alberto Ghiraldo*.

[27] Rey, "La revista *Ideas y Figuras*".

[28] Viñas, *Literatura argentina*, p. 263.

[29] Viñas, *Literatura argentina*, p. 267.

[30] Sobre la edición madrileña de *Ideas y Figuras,* remitimos a Pereyra, *La prensa*

recogió sus textos periodísticos en volúmenes (*El peregrino curioso. Mi viaje a España* y *El peregrino curioso. Vida política española; La Argentina. Estudio social de un pueblo*); compiló y prologó las obras completas de José Martí y de Rubén Darío, y procuró reunir en antologías obras de escritores hispanoamericanos (*Antología Americana*, cinco volúmenes publicados, de un proyecto de veinte en total) para darlos a conocer al público español[31].

Como otra forma de estrechar más la relación entre España y América, publicó *Yanquilandia bárbara* en 1929, en la editorial Historia Nueva. La editorial había sido fundada en 1928 por José Venegas, César Falcón y su mujer, Irene, quienes provenían de un grupo que había fundado un año antes Ediciones Oriente, ambas, empresas dedicadas a la difusión de obras literarias económicas[32]. Venegas explicaba así los objetivos de esta tarea:

> el propósito era el de publicar en castellano obras de tendencia avanzada, que circulaban por el mundo en otros idiomas; no aspirábamos a realizar

literaria argentina. Lo que sigue, cfr. Díaz Pérez, *Alberto Ghiraldo*, p. 94.

[31] Según los escritores argentinos de esos años, su obra era escasamente conocida entre los españoles y, en general, se la recibía con desdén. Así se refirió desde las páginas de las revistas argentinas *Martín Fierro* y *La Campana de Palo*, por ejemplo, en un debate con la madrileña *La Gaceta Literaria*. Con palabras de Leopoldo Marechal: "Los escritores americanos intentaron siempre una alianza espiritual con los españoles, enviándoles sus libros que merecieron el silencio más conmovedor o la gacetilla que se da como limosna". Marechal, "A los compañeros de la 'Gaceta Literaria".

[32] El peruano César Falcón, nacido en Lima en 1892, fue compañero permanente en los años jóvenes de José Carlos Mariategui; fundó con él, en 1916, *Colónida* y, en 1918, *Nuestra Época*. Trabajaron juntos en *La Prensa* y en *La Razón*, en Lima, y participaron de la Peña en el Palais Concert. Estuvieron a favor de la reforma universitaria; dejaron la bohemia y militaron en el socialismo. En 1919, fueron deportados por Leguía con una especie de beca a Europa. Fundaron en 1922 la primera célula comunista peruana. Mariategui dijo de ambos: "Somos, casi desde las primeras jornadas de nuestra experiencia periodística, combatientes de la misma batalla histórica". El periodista y escritor español José Venegas, nacido en Linares en 1897, trabajó en *El Liberal* de Madrid, entre 1920 y 1927; de una tertulia, según recordaba Venegas en *Andanzas y recuerdos de España*, surgió la fundación de la editorial Ediciones Oriente, como una reacción contra la *Revista de Occidente* de José Ortega y Gasset. En 1936, fue agregado de prensa de la embajada de Enrique Diez Canedo en la Argentina. Exiliado en Buenos Aires, fue uno de los republicanos antifranquistas que argumentó y polemizó desde la prensa. Sobre Falcón, véase "José Carlos Mariategui (1894-1930)". Sobre Venegas, véase Díaz Pérez, "Un periodista en el Buenos Aires fascista".

un negocio productivo, sino simplemente a difundir entre los lectores de nuestra lengua esos libros que estaban formando la conciencia del porvenir de la humanidad[33].

Para cumplir con estos propósitos, la editorial publicó entre 1928 y 1931 a varios autores hispanoamericanos, entre quienes se contaban Alberto Ghiraldo, Alfredo Palacios, César Falcón, Gómez de la Serna, Jiménez de Asúa y Miguel de Unamuno. Además creó dos colecciones: "La lucha contra el imperialismo" y otra de corte feminista titulada "Avance".

La primera colección se abrió con *Yanquilandia bárbara* en 1929 y proseguirá al año siguiente con *Nuestra América y el imperialismo yanqui*, una recopilación de materiales variados (declaraciones, actas, cartas, discursos), la mayor parte de ellos de Alfredo Palacios, presidente de la Unión Latinoamericana (ULA), prologada por Manuel Seoane (secretario de la ULA)[34]. En la solapa del este libro se anunciaba el proyecto de continuación de la colección, con otros títulos que mantenían la tónica discursiva, como *La lucha contra los yanquis en Nicaragua,* de Augusto Sandino; *La independencia de Puerto Rico,* de Federico Acosta Velarde; *Los primeros despojos*, de Cayetano Coll y Toste, y *Sandino,* de Froylán Turcios (director de la revista *Ariel*). Unos años antes de que iniciara esta colección, se había publicado también en Madrid *La agonía antillana: el imperialismo yanqui en el mar Caribe. (Impresiones de un viaje a Puerto Rico, Santo Domingo, Haití y Cuba)*, texto de Luis Araquistain que sería difundido entre el público hispanoamericano[35].

Evidentemente, los editores buscaban aprovechar el interés que mostraba un sector de la izquierda madrileña durante los años veinte, al rechazar la expansión de Estados Unidos y mostrar su simpatía y su solidaridad por los países latinoamericanos, interés que posiblemente reflotaba la herida abierta en 1898 por la pérdida de Cuba.

Un proyecto editorial semejante al de Historia Nueva, que da cuenta de la circulación de intelectuales hispanoamericanos entre España y América, así como de los proyectos editoriales que buscaban ofrecer ensayos y estudios de la realidad hispanoamericana y de sus escritores, es el del

[33] Lo citado, tomado de Fuentes, "El grupo editorial", p. 546.

[34] Palacios, *Nuestra América*. Cabe señalar que Palacios fue abogado de Ghiraldo cuando fue detenido, en 1903.

[35] Fuentes, "Los nuevos intelectuales", p. 41.

venezolano Rufino Blanco Fombona. Instalado en Madrid en 1914, Blanco Fombona funda la Editorial América en 1915[36].

En su artículo "El libro español en América", Blanco Fombona expone cuál es la situación del mercado editorial americano y de qué depende que las editoriales españolas logren captar un público interesado en su oferta: "Los hijos de América compran y comprarán tanto más las obras españolas cuanto más cerca esté el espíritu de los americanos del espíritu español que las suspira y crea". Poco antes, había descrito cuál es esa España a la que el lector americano escucharía con interés:

> la España nueva, la España que anda, la España del porvenir, la España socialista, la España de grandes valores intelectuales vivos y activos, el espíritu rejuvenecido de España se encuentra en fraterna alianza con el espíritu de América[37].

Como intelectual, el compromiso de Ghiraldo con la causa social había sido desplegado fundamentalmente desde las trincheras del pensamiento, utilizando como medio el poder de la escritura —propia o ajena—, para librar una batalla simbólica contra un Estado que era señalado como el principal objetivo de combate, por concentrar el poder político y económico que oprimía al pueblo.

Como veremos a continuación, el ideario anarquista de Ghiraldo no será abandonado durante los siguientes años, pero se aproximará durante la década de 1920 hacia un discurso antiimperialista latinoamericano, que denunciará el avance norteamericano y propugnará por una solidaridad hispanoamericana como solución.

Igual propuesta se encuentra en Blanco Fombona, quien identifica como enemigo de la América hispana a Estados Unidos. En polémica con César Falcón, que leía el imperialismo en clave de clases sociales, Blanco Fombona hace una lectura de pueblos y culturas:

> Yo creo que existe entre las dos Américas [la de origen inglés y la de origen español] una lucha de razas, de civilizaciones, de fronteras; lucha de un país industrial y capitalista contra Estados pobres y pueblos agricultores. Estados

[36] Rodríguez Ortiz, en Blanco Fombona, *Hombres y libros*. Sobre la Editorial América, véase Segnini, *La Editorial América*.

[37] Blanco Fombona, *Hombres y libros*, p. 86.

Unidos contra Estados Desunidos. Creer que la avidez imperialista de los Estados Unidos, que se satisface en América a costa nuestra, es obra de una clase social exclusivamente, y no prurito nacionalista, me parece una candidez[38].

DEL ENSAYO: IDEAS Y REPRESENTACIONES

Texto y contexto

A través de las 215 páginas que componen la obra, queda claro que la intención del autor era, como se representaba gráficamente en la portada, remar contra la corriente, luchar contra una inmensa ola —el imperialismo norteamericano—, que amenazaba con hacer naufragar a los solitarios y comprometidos intelectuales que se esforzaban por crear una conciencia en la opinión pública. Arando en el mar podría llamarse esta portada, idea desesperada que recupera Ghiraldo algunos años más tarde en la novela, donde relata de manera casi autobiográfica su exilio español [39].

A esta imagen se suman en el texto otras, que mantienen el tono crítico e interpretativo que, de una manera no necesariamente sistemática, dará amplia libertad al autor para discurrir e interpretar sobre el tema, en una exposición que intencionalmente parece no acabada ni concluyente, sino abierta.

El índice da cuenta de la peculiar estructura del libro, en la que se organiza la descripción de las relaciones de Estados Unidos con Hawai, Panamá, México, Santo Domingo, Haití, Nicaragua, Cuba, Puerto Rico y Filipinas, en cuatro grandes partes tituladas: "Nuestra voz", "Frutos del imperialismo. Méjico", "Guerra de conquista", y "La herida abierta"; además, se agrega una quinta parte, el apéndice, titulado "Las cartas de Sandino", sobre el que trataremos en el siguiente apartado. Cabe destacar que el autor trata dos países que no pertenecen a la región, Hawai y Filipinas,

[38] Blanco Fombona, *Hombres y libros*, pp. 75 y 77.

[39] En el capítulo XVII de *Humano ardor*, su protagonista, Salvador de la Fuente, un *alter ego* de Ghiraldo, se lamenta por el exilio europeo al ser un mal necesario para salvar y proseguir "la lucha de sus ideales". De este modo, "como aquel gigante de nuestra historia que se llamó Bolívar, pensó en el encierro, —tal aquel al asomarse al misterio—, que él también había vivido arando sobre el mar…" Ghiraldo, *Humano ardor*, p. 442.

pues considera que se encuentran alejados geográficamente, pero cercanos en cuanto a su relación de dependencia con los Estados Unidos[40].

De ellos, el primero cumplía la función de introducir al punto de partida o hipótesis a través de tres subtítulos: "Contra el imperialismo yanqui", "Documentación" y el "Imperialismo económico", con los que anticipa al lector el desarrollo posterior y se concentra la propuesta en juicios que serán retomados una y otra vez en las siguientes páginas. A su vez, a modo de conclusión, la cuarta parte cierra el texto con unas breves reflexiones a las que se agrega la mención de la compra efectuada por Estados Unidos de las Islas Vírgenes a Dinamarca, en 1917, y se hace un breve repaso de la situación de los países sobre los que expuso.

Inicialmente, debemos decir que el trabajo de Ghiraldo es una laboriosa conjunción de escritura propia y de edición de textos ajenos; demuestra una dedicada recopilación de variados documentos que cita o comenta de forma irregular en el texto: generalmente, sólo menciona el apellido del autor o el título de la obra y en raras ocasiones hace una referencia completa.

A esta libertad de uso Ghiraldo suma otra: en ocasiones las citas son textuales y en otras parafrasea el texto fuente, con lo que se crea una confusión sobre la autoría de las palabras expresadas. Entre las fuentes más usadas podemos mencionar libros y folletos (*La diplomacia del dólar*, de Scott Nearing y Joseph Freeman; *Las críticas del imperialismo capitalista* de J.A. Hobson[41]; *La agonía antillana,* de Araquistain; *Los Estados Unidos*

[40] El primero es tratado brevemente en la parte de la introducción dedicada a la "Documentación", donde expone de manera sucinta cómo desde mediados del siglo XIX Hawai fue adquiriendo importancia para Estados Unidos por su producción de azúcar, explotada en su mayoría por capital norteamericano, y de qué manera se anexó la isla en 1898, imponiendo una nueva tarifa azucarera que favoreciera el cultivo y venta del producto una vez que éste ya era "considerado propio". Sobre Filipinas, el autor dedica un apartado en el cual detalla cómo la rebelión de Aguinaldo en 1896 fue producto de la "buena fe" que se tenía en el apoyo desinteresado que brindaba Estados Unidos para independizarse de España y de qué modo una vez firmado el Tratado de París, en 1898, el líder de la rebelión se levantó contra la intromisión norteamericana en lucha abierta que perdería en el terreno de las armas pero mantendría como ideal.

[41] Cabe aclarar que Ghiraldo sólo hace referencia a Hobson, pero pensamos que se trata de J.A. Hobson, el economista inglés (1858-1940) que estudió en Oxford y Cambridge, que dedicó varios trabajos al estudio del imperialismo, como es el caso de *The Evolution of the Modern Capitalism. A Study of Machina Production* (primera edición 1904, segunda 1917); *The Morals of Economic Internacionalism* (1920); *Imperialism: A*

contra la libertad, de Isidro Fabela[42]; un folleto no identificado de Rafael Montúfar sobre Nicaragua)[43]; documentos de gobierno (de Estados Unidos o Filipinas, por citar dos ejemplos); proclamas y manifiestos (las del filipino Emilio Aguinaldo y del nicaragüense José Santos Zelaya); mensajes de gobernantes norteamericanos (Grover Cleveland, William McKinley), y declaraciones de numerosos personajes, como el puertorriqueño D. Cayetano Coll y Toste)[44].

De todos ellos, es evidente que el trabajo que con mayor frecuencia se cita en el texto es *La diplomacia del dólar*, texto que es utilizado como fuente para obtener cifras y datos sobre la presencia norteamericana en la región. Es interesante señalar que sólo en una ocasión mostró divergencias con estos autores, al señalar que no estaba de acuerdo con la afirmación: "nunca ha habido en Puerto Rico una oposición organizada en contra de los Estados Unidos. La isla fue, por tanto, un fácil botín de guerra y sus habitantes se han declarado tácitamente satisfechos con el cambio de soberanía" (*Yanquilandia bárbara*, p. 142).

A este mundo de referencias pueden agregarse también las alusiones a otros personajes que intervienen en el apéndice titulado "Las cartas a Sandino", donde se muestran documentos recientes a la fecha de su publicación. Este apéndice está compuesto por correspondencia de Augusto Sandino, Froylán Turcios (director de *Ariel*), y de textos tomados de la prensa (*El diario de Yucatán*; *Diario Latino*, de San Salvador; *El Cronista*, de Tegucigalpa y el *Diario de la Marina*, de La Habana). Aparece, además, un cuadro de la expansión de Estados Unidos, los países afectados, las fechas de intervención, la modalidad de relación con ese país y la cantidad de territorio y de habitantes implicados en ella. La cantidad de documentación utilizada lleva a pensar que, pese a tratarse de un ensayo, el autor se propone alcanzar cierta veracidad histórica, proponiendo al

Study (1938). Por las fechas solo puede referirse a los dos primeros, de los cuales no encontramos referencias a traducciones en español.

[42] El título completo de esta obra es *Los Estados Unidos contra la libertad, estudios de historia diplomática americana (Cuba, Filipinas, Panamá, Nicaragua, República Dominicana)*.

[43] Probablemente se trate de *The Nicaraguan Treaty. Reply to the Memorandum submitted on behalf of Nicaragua to the Committee on Foreign Relations of the Senate of the United States*.

[44] Otros autores citados, que no suponen ideas centrales de la obra pero que comparten este contexto del cual se nutre el autor son Augusto Barcia, Isauro Gabaldón y Leonardo Argüello.

texto como una interpretación histórica no oficial, con el fin de exponer "los móviles ocultos en todos los procesos nebulosos de la política imperialista que analizamos".

Así, las cuatro primeras partes corresponden aproximadamente a una relación de hechos que cubre el periodo de 1875 a 1921, lo que da un indicio de que la recopilación mayor corresponde, probablemente, a una tarea desarrollada con anterioridad. Es posible que Ghiraldo, mientras había vivido en Buenos Aires, ajustara la recopilación para actualizarla, incluyendo materiales recientes, de entre 1920 y 1928, como la correspondencia Zelaya-Rubén Darío, la Enmienda Platt o el Tratado de París. La mayor parte de los documentos está datada entre fines del siglo XIX y 1921, aproximadamente; el material más cercano a la fecha de publicación de *Yanquilandia bárbara* es *La agonía antillana*.

Aun cuando lo que realiza Ghiraldo es una tarea de composición de escritos diversos, desde el punto de vista de su clase textual y de diversa procedencia, está marcada la voz autoral que organiza todos esos materiales. Alberto Ghiraldo primero enuncia desde una voz plural, nosotros "nos dirigimos" (*Yanquilandia bárbara*, p. 9), pero, hacia el final, reclama la autoría y refuerza la identificación, con una notoria atribución: "Yo, escritor de América" (*op. cit.,* p. 123).

Así, Ghiraldo se asume como *vocero* de los pueblos de la América "que no habla inglés", al definirse como un "hijo de la raza española a que pertenecemos" (*op. cit.*, p. 9). Con este calificativo recupera una doble pertenencia histórica (hispanoamericana) y social (como intelectual comprometido).

A su vez, la clara identificación de un contrario plural al que define como perteneciente a esa *Yanquilandia bárbara* es significativa en dos aspectos. En principio, recupera la carga semántica del término "bárbaros" como sinónimo de no civilizados, pero invierte el orden al poner en ese lugar no ya a las naciones latinoamericanas —como comúnmente se utilizó en el siglo XIX—, sino a las desarrolladas naciones capitalistas[45].

[45] Aunque Ghiraldo no lo mencione, un caso similar de resignificación de la barbarie para cuestionar a los países hegemónicos lo encontramos en "El triunfo de Calibán", de Rubén Darío, en el trabajo del argentino José Ingenieros, *El suicidio de los bárbaros* (1914), y, de manera específica al caso norteamericano, en el trabajo del colombiano José María Vargas Vila, *Ante los bárbaros. Los Estados Unidos y la guerra. He aquí al enemigo* (1903). Sobre el significado del término barbarie en el paradigma positivista del siglo XIX, aplicado a la elite política argentina, remitimos a Svampa, *El dilema argentino*.

Además, al identificarlos despectivamente con el término "yanqui", Ghiraldo evoca la guerra civil de aquel país, historia reciente y dolorosa, para atacar y al mismo tiempo negar el uso exclusivo —y excluyente— que éstos le habían dado al término *americano* desde la Independencia en adelante. No por casualidad en otros textos, el autor hace referencia a *americano* y *americanismo* como sinónimo de *latinoamericano* y *latinoamericanismo*, rescatando como una figura esencial de este movimiento reivindicador al cubano José Martí[46].

Uno de los efectos más fuertes del uso libre de fuentes diversas (libros, recortes, datos estadísticos, discursos, correspondencia) es el de la construcción de un mundo verosímil y verdadero. De este modo, las ideas están revalidadas: el dato confiere valor de verdad a la idea, el testimonio personal de una carta encarna en sujetos de la historia la idea.

Ghiraldo se vale de todos los materiales de diferentes épocas, pertenecientes a diversos contextos, de diversas categorías discursivas, colocándolos a todos en un mismo nivel, y es él mismo quien acredita, con su voz autoral, con su inscripción manifiesta como autor, el valor de lo asimilado a su texto.

Como vocero de esta batalla simbólica, *Yanquilandia bárbara* es una obra de denuncia que no puede asociarse directamente con el anarquismo, especialmente por su defensa de las ideas de raza, de nación, del hispanismo.

Ya tempranamente, Ghiraldo había publicado en *Martín Fierro* un poema de Rubén Darío, "A Colón", en el que se interpela al descubridor contrastando la gesta española ("raza de hierro") a un presente menguado, indigno y venal de América (histérica, convulsa, en guerra civil): "La cruz que nos llevaste padece mengua; / y tras encanalladas revoluciones / la canalla escritora mancha la lengua / que escribieron Cervantes y Calderones"[47].

El anarquismo de Alberto Ghiraldo había mostrado sus límites en los conflictos con una línea teóricamente ortodoxa. Difícilmente la defensa de una raza, del reformismo político (la insistente invocación a la democracia norteamericana, aunque corrompida por la avaricia), o la categoría de nación, profusamente empleada, se sostienen dentro de una tendencia inter-

[46] En el primer volumen de las obras completas de José Martí, que ordena y prologa Ghiraldo, se refiere a éste como "el primero de los maestros de americanismo en las Américas". Ghiraldo, José Martí, *Obras Completas*, p. 77.

[47] Darío, "A Colón", p. 7.

nacionalista, impugnadora de los conceptos de patria, nación, Estado, raza, y contraria al reformismo democrático: son posiciones irreconciliables.

Sin embargo, en *Yanquilandia bárbara* persisten algunos signos del anarquismo: el moralismo, el sentimentalismo, la apelación a un discurso emocional, el uso de arquetipos y de estereotipos, así como el carácter binario de la exposición[48]. El binarismo, que se abre con la oposición *nosotros-los otros*, es un principio compositivo de *Yanquilandia bárbara*, que se reconoce en muchos juegos de opuestos que están al servicio del desarrollo de la interpretación de las relaciones entre la América hispana y la América que habla inglés.

El águila enferma y los débiles con moral

En la historia planteada por Ghiraldo queda claro que el avance del imperialismo norteamericano ha sido un fenómeno que ha causado excesivos desordenes, a los que no duda incluso en llamarlos crímenes[49]. Como buscó demostrar en innumerables ejemplos, a través de un tono de denuncia, de este hecho se desprende una primera estereotipación de un sujeto negativo y otro positivo, opuestos que luchan permanentemente entre sí y que son caracterizados de la siguiente manera:

AMÉRICA HISPANA	ESTADOS UNIDOS
-Pueblos débiles, pero con moral	-Aguila enferma
-Luz	-Mancha
-Espíritu	-Sensualismo, codicia
-Hermanos de América	-Fusileros liberticidas, siervos del dólar
-Solidaridad hispánica	-Panamericanismo yanqui

Cabe destacar inicialmente que para referirse a los pueblos de la América que no habla inglés, a estos pueblos "débiles con moral", Ghiraldo utiliza el término Hispanoamérica o América Hispana y no el de Latino-

[48] Suriano, *Anarquistas*.

[49] De hecho, hacia el final del texto se encuentra un apartado titulado "Estadística del crimen", en el cual se describe que "este avasallamiento implicaba para los Estados Unidos una explosiva expansión territorial desde 1898, equivalente a 280,044 millas cuadradas y 17.598,750 en población incorporada a su servicio".

américa, ya utilizado en aquella época por numerosos intelectuales antiimperialistas. Este hecho es significativo, puesto que la única medida de defensa ante el avance norteamericano es un llamado a realizar una solidaridad hispanoamericana en un sentido amplio e incluyente de Iberoamérica (España y Portugal).

De este modo, el autor se aleja de otras propuestas integracionistas que desde el ámbito de la cultura se estaban realizando durante la década de 1920, para fomentar una unión latinoamericana como propuesta de unidad regional exclusivamente.

Asimismo, se observa una precariedad al definir esta identidad colectiva a través de las pocas imágenes (salvo la idea de ser luz) y abstracciones (la de ser parte del espíritu) que utiliza para problematizar el sujeto positivo de la trama. Es interesante mencionar que las representaciones de luz y espíritu se encuentran asociadas, en el pensamiento de Ghiraldo, a la figura del intelectual comprometido o, como los denominó en un trabajo previo, "Los caballeros del ideal"[50].

Entre estos personajes ubica a todos aquellos que luchan contra esta opresión, ya sea con la pluma o con las armas. En este último caso, el autor hace referencia en numerosas ocasiones a los nicaragüenses Augusto Sandino y José Santos Zelaya, quienes en distintos momentos históricos desafiaron al poder militar norteamericano[51].

Cabe agregar que a estas representaciones se sumaban otras como el de "naciones acechadas", "débiles pero con moral", "dignísimas" y "no materialistas". Esta oposición se había desplegado en "El triunfo de Calibán" de Rubén Darío, artículo publicado en 1898. En ese artículo, Calibán es la bestia, los yanquis, los aborrecedores de la sangre latina, y Miranda-Ariel,

[50] En el poema los caballeros del ideal son representantes de la luz y el espíritu, elementos asociados a otros atributos como amor, esperanza, valor y su deber es enfrentar a los "bárbaros armados", relacionados con la sombra, la crueldad y el mal. Como ejemplo de ello citamos "Son los soberbios gladiadores rojos/ Frente a frente del mal; nobles espadas/ De acero y luz tajando en la tiniebla/ De la edad que alcanzamos; voz y orgullo/ Alma y acción, espíritu y violencia; Exponentes altivos, soberanos//De una generación de combatientes: ¡Montoneros audaces de la idea/ Que han retado al dolor y lo han vencido". Ghiraldo, *Los Caballeros del ideal*, p. 3.

[51] El libro dedica un apartado a defender la postura del expresidente Santos Zelaya utilizando como documentos comprobatorios su diario personal. Por una publicación posterior, sabemos que estas declaraciones eran parte de cartas que enviaba Santos Zelaya, al escritor nicaragüense Rubén Darío entre 1896 y 1911. Ghiraldo, *El archivo de Rubén Darío*.

la gracia del espíritu, España y sus hijos de América[52]. Sin embargo, será *Ariel*, de José Enrique Rodó (1900), compendio ideológico de los jóvenes de comienzos de siglo, la obra que se apropiará de esa oposición de los valores del espíritu y la materia en los personajes de Ariel y Calibán.

Aunque Ghiraldo compartía con esta propuesta la idea de que el ideal y lo espiritual eran los valores fundamentales del cambio, toma distancia del arielismo al negarse a circunscribir el llamado a la juventud idealista latinoamericana.

El moralismo presente en el texto aparece revestido de expresiones cristianas, como es frecuente en el discurso anarquista más orientado al humanismo:

> ¡América hispana, de pie! ¿Qué esperas? Ha llegado la hora suprema de las supremas actitudes. Comprometida de nuevo tu independencia por la ambición de una hermana mayor transformada en verdugo, no te queda otra esperanza de salvación que la que puedan darte las armas redentoras.
>
> Tu decisión, tu coraje, jamás desmentidos en las luchas por la libertad, no pueden discutirse. La fe en ti misma, demostrada desde la época gloriosa en que te erguiste contra el poder, en apariencia omnímodo, de una monarquía secular, debe darte alientos hoy que has crecido al calor de ideales puros de democracia (*Yanquilandia bárbara*, p. 63)[53].

Ahora bien, a diferencia de la representación mencionada, la destinada a descalificar a los otros está cargada de un emocionalismo con un rico imaginario, deudor de las ilustraciones y las caricaturas de diarios y revistas de izquierda, que representa a Estados Unidos como un pulpo, un monstruo moderno con garras de águila, una bestia avariciosa y rampante, propias del imaginario finisecular.

De todas estas imágenes, la del águila es la más significativa, pues nos permite observar la dualidad con la que era vista en sí misma la otredad, quedando por una parte el pueblo y por la otra el gobierno de Estados Unidos, representado de la siguiente manera:

[52] Jáuregui, "Calibán: icono del 98".

[53] Hernán Díaz observa la "abusiva" presencia de símbolos religiosos en la obra de Ghiraldo: "Ghiraldo busca elaborar un cristianismo ateo, sin Dios, reemplazando en el ánimo de las masas a Dios por la Idea máxima, interpretando a ésta como la concepción de la sociedad perfecta". Díaz Pérez, *Alberto Ghiraldo*, p. 74.

PUEBLO	GOBIERNO
-Pueblo grande, fuerte, glorioso	-Poderío económico -Prepotencia capitalista
-Comunidad	-Bestia, monstruo, águila
-Democracia, pureza republicana	-Imperialismo mezquino y humillante, codicia del oro
-Tierras de libertadores	-Aberración y oprobio de los déspotas

Esta dicotomía interna tenía una explicación histórica, a juicio de Ghiraldo: Estados Unidos habían mostrado al momento de su independencia ser una nación "grande, fuerte", símbolo de un pueblo "glorioso, potente"; en el transcurso del tiempo, esta nación enfermó a causa del capitalismo, inoculando al pueblo norteamericano con "ideas nefastas, codicia material, prepotencia capitalista". A partir del contagio la imagen se divide, quedando la del gobierno, representante de los intereses capitalistas, como negativa, y la del pueblo como poseedora de los elementos positivos. Aunque tomando elementos del darwinismo social, esta interpretación se diferencia de aquélla en cuanto la enfermedad del cuerpo social no determina su muerte. Así para Ghiraldo el pueblo norteamericano puede modificar su presente si retoma su gran destino o, como lo anticipa el autor:

> Mañana, la Historia recogerá el latido de un pueblo fuerte, un pueblo grande que, hipertrofiado por el progreso material y sacado de su cauce, por el sensualismo del oro, vióse arrastrado a la realización de actos indignos de una democracia, actos que podrán llevarlo al borde de un precipicio en el que deberá caer si el institnto político y salvador, señero de su destino, no los detiene (*Op. cit.*, p. 49).

Así, el centro de la atención se dirige hacia el imperialismo, visto como germen patógeno que provocó que Estados Unidos abandonara su gran destino, corrompido por una "ambición desmedida de mando y de riqueza" (*Op. cit.*, p. 62). Desde el razonamiento de Ghiraldo, la lucha contra el imperialismo norteamericano y no contra el de otras potencias europeas, se debía a que, aunque el imperialismo económico como fase histórica ineludible del sistema capitalista era originario de Europa, había encontrado en Estados Unidos su máxima expresión. La lógica intrínseca de este sistema hacía necesaria una comunidad manufacturera y comer-

cial donde la "clase" capitalista tuviera una clara influencia sobre el poder político, para que éste le asegurara la expansión de sus intereses económicos en otros territorios.

Es interesante señalar que, para apuntar estos argumentos, Ghiraldo toma como referentes los libros ya mencionados con anterioridad: *La diplomacia del dólar,* de Scott Nearing y Joseph Freeman, y *Las críticas del imperialismo capitalista,* de Hobson. Al hacerlo, se distingue de otras interpretaciones de izquierda, propias del marxismo original o su variante leninista impuesta desde 1919 por la III Internacional. Específicamente, de ésta se diferenciaba en cuanto a que el rechazo de Ghiraldo hacia el imperialismo es total, puesto que, a diferencia del leninismo, no contempla el imperialismo como una etapa negativa, pero necesaria, para que a través de la lucha de clases se pudiera disolver el sistema capitalista y alcanzar el socialismo. Al hacerlo, el autor tampoco opta por otras posturas como la de los peruanos Víctor R. Haya de la Torre o José Carlos Mariategui, quienes interpretaron la realidad peruana en relación con el imperialismo desde una perspectiva latinoamericana.

Aunque no exista referencia explícita a ellos, hay un aspecto en el cual coincide con los otros intelectuales latinoamericanos, a saber, que el imperialismo económico sufrido por América Latina es un periodo histórico que sigue del feudal y no del capitalista. A diferencia del caso europeo, en estos países la sociedad es fundamentalmente agrícola y no había alcanzado el nivel de ganancias y beneficios en su territorio para desarrollar una comunidad manufacturera y comercial. Por ello, el único país del continente que pudo alcanzar el capitalismo fue Estados Unidos, que vivió una expansión económica entre 1870 y 1900, acentuándose durante la primera Guerra Mundial, gracias a que sus exportaciones superan enormemente a sus importaciones. Para asegurarse esta expansión acelerada, es necesario "ensanchar" los intereses económicos de la "clase capitalista" norteamericana a otros países que, como los casos analizados, sean cautivos del imperialismo de manera pacífica cuando ocurre lo contrario.

Por todo esto, es comprensible que el uso de conceptos como clase, capitalismo e imperialismo se utilizaran de una manera heterodoxa, mezclando sus contornos con otros de carga más emocional y moralista como los binomios señalados. De hecho, pese a la clara defensa de la rebelión sandinista en Nicaragua o de la Constitución mexicana de 1917, en las cuales existe una práctica que busca limitar el avance norteameri-

cano, la batalla que plantea Ghiraldo frente a este poder colosal se mantiene casi siempre en un plano simbólico:

> Queremos que contra esa mancha se extienda hoy nuestra luz; queremos que contra ese oprobio se levante hoy, como un solo brazo, la voluntad de las naciones de raíz hispánica, decididas y prestas al combate, frente a todos los poderes del actual imperialismo.

De este modo, se le otorga a la palabra la posibilidad de modificar el curso de la historia, mediante la creación de una conciencia colectiva suficientemente grande como para presionar a los gobiernos a tomar las medidas necesarias para asegurar la independencia de sus naciones. Con ello, el autor buscaba dar argumentos a aquellos que, como él, se encontraban convencidos y a los otros hispanoamericanos que aún creían en el apoyo desinteresado de los norteamericanos, ceguera que sólo podía ser entendida, según el puertorriqueño D. Cayetano Coll y Toste, por aquéllos engañados de buena fe o por "ignorancia congénita", a los que se agregan los que saben y callan por temor y los que saben la verdad y la modifican por conveniencia económica.

CONCLUSIÓN

Este ensayo da una visión de la trayectoria intelectual de Alberto Ghiraldo al mostrar una perspectiva sobre uno de los trabajos menos conocidos de su producción, en el cual encontramos una gran riqueza. Con ello esperamos haber contribuido al debate sobre una obra y su autor, cuestionado por una militancia anarquista poco convencional, descalificado como un *dandy de izquierda,* por su adhesión personal a los bares de la bohemia, al teatro y a la militancia cultural. En nuestra perspectiva, empero, esta característica es parte de una posición vitalista que no pretendía establecer una teoría sino una práctica política, en la cual es fundamental la adhesión personal a determinados espacios públicos. Al igual que Hernán Díaz, concebimos a Ghiraldo como uno de los principales gestores de la cultura libertaria, aunque su estilo idealista contraste con el "registro popular" predominante en las publicaciones anarquistas [54].

[54] Díaz Pérez, "Alberto Ghiraldo", pp. 258.

Como se ha señalado, el autor inscribe su obra en el ambiente intelectual madrileño, rodeado de una izquierda sensible a las relaciones de Hispanoamérica con Estados Unidos. En el momento de su publicación, ya circulaban en Madrid obras dedicadas a la expansión de Estados Unidos en América y a la propuesta de concretar una unidad regional defensiva ante este avance. De hecho, él llega a la metrópoli española después de otros intelectuales latinoamericanos, como Rufino Blanco Fombona o César Falcón, a un ambiente que le permite desplegar su bagaje intelectual y su experiencia como editor en un contexto propicio al prohispanismo.

Aunque esto puede ser considerado como una contradicción teórica personal, al posicionarse más desde el hispanoamericanismo que del latinoamericanismo, consideramos que su perspectiva es un gesto de oportunidad, que responde más a las redes personales establecidas con los sectores más progresistas de la península que a un acercamiento con el conservadurismo español de la época.

Para denunciar y convocar a la unidad, se vale de las armas que bien conocía desde hacía treinta años, las propias de la edición y la divulgación. Con base en un amplio repertorio de fuentes periodísticas, gubernamentales, literarias, testimoniales, Ghiraldo compone su *Yanquilandia bárbara* citando, glosando, enlazando los textos, a veces con menciones precisas y otras con alusiones. Su exposición, que comienza con las primeras intervenciones norteamericanas de fines del siglo XIX, llega a la Nicaragua reciente con profusión de documentos, como la correspondencia entre Augusto Sandino y Froylán Turcios, material que, seguramente, Ghiraldo obtuvo de primera mano.

Por ello, su visión del tema se fundamenta más que en el conocimiento científico del mismo, en su experiencia como intelectual, y en el caudal simbólico deudor de su particular percepción, en la cual se conjugan el anarquismo, el modernismo y el arielismo. Esta complicada intersección presenta algunos problemas. Todos los esfuerzos de Ghiraldo por dotar a su exposición de una veracidad histórica por medio del uso de documentos (manifiestos, cartas, folletos y libros), y de la precisión en cifras (como, por ejemplo, en el cuadro final, en el que se contabilizan las dimensiones geográficas y humanas de la expansión norteamericana y de su injerencia en las naciones más débiles), se matiza con encendidas defensas de la raza hispánica, de la fuerza del espíritu y de la pureza de los idealistas. Con ello, inscribe el texto más que en un tono formal, académico, en uno donde abunda el alegato encendido, el discurso, la elegía o la lamentación

con abundancia de exclamaciones y figuras de estilo. Por ello, y a pesar de la influencia del positivismo en el pensamiento libertario, las observaciones y cuantificaciones que se incluyen en *Yanquilandia bárbara* mantienen siempre un carácter de denuncia moralista, ausentándose del análisis un diagnóstico social sólido y estructurado[55].

Esta peculiar tensión surge de la combinación de las tres corrientes mencionadas. Por una parte, del modernismo no como escuela ni corriente, sino como "sensibilidad del estilo", definición que él mismo adjudicó años después al prologar las obras de Darío. Ghiraldo heredará el sentido de moderno como la inversión de las normas en todos los aspectos, la búsqueda por relacionar el poder con el deseo y, específicamente de Darío, el rechazo contra Calibán como representación del bárbaro norteamericano[56].

Así, a través de la referencia al hispanoamericanismo, defensor de las ideas de raza, de espíritu, del modernismo, el autor va a compartir con otros modernos como Rodó y su obra *Ariel*, un idealismo de tintes románticos y de tono trágico en donde la figura del héroe portador de los valores espirituales se percibe como un "cruzado" de las batallas medievales, que debe luchar hasta la muerte por sus ideales sin importar el destino[57].

A su vez, del imaginario anarquista, Ghiraldo retoma en repetidas ocasiones elementos distintivos del ideario libertario, como las figuras caracterizadoras de los opuestos (los países avasallados y el imperialismo yanqui), el moralismo cristiano en busca de los valores universales, así como la búsqueda por alcanzar una sociedad perfecta a través de la plenitud del pueblo. De este modo, ubicado en una encrucijada que nos da muestras de la heterodoxia del autor y su obra, la relación que pretende establecer Ghiraldo entre historia y antiimperialismo como elementos asociados para justificar su discurso y, con ello, su acción, queda sin resolver, abierto a nuevas interpretaciones.

[55] Para Suriano esta inconsistencia es compartida por el resto de los análisis sociales realizados por el anarquismo argentino entre 1890 y 1910. Suriano, *Anarquistas*, p. 83.

[56] Sobre el modernismo de Darío remitimos a Zavala, *El modernismo y otros ensayos*, pp. 9-26.

[57] Olalla, *Alberto Ghiraldo ante la condición humana*.

BIBLIOGRAFÍA

Abad de Santillán, Diego [Sinesio García Fernández]
El movimiento anarquista en la Argentina. (Desde sus orígenes hasta 1910), Buenos Aires, Editorial Argonauta, 1930.

Angenot, Marc
La parole pamphlétaire: contribution à la typologie des discours modernes, París, Payot, 1995.

Aricó, José
"Causas de la capacidad expansiva del anarquismo", en *La hipótesis de Justo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999, pp. 18-24.

Armus, Diego (comp.)
Mundo urbano y cultura popular. Estudios de historia social argentina, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, Colección Historia y Cultura, 1990.

Auza, Néstor Tomás
"*El año literario* de Alberto Ghiraldo", *Boletín de la Sociedad de Estudios Bibliográficos Argentinos*, 2 (1996), pp. 31-40.

Blanco Fombona, Rufino
Hombres y libros, selección y prólogo de Óscar Rodríguez Ortiz, Caracas, Fundación Biblioteca Ayacucho, 2004.

Bayer, Osvaldo
"La revista *Martín Fierro* y la cultura anarquista de principios de siglo", en *Políticas de la Memoria*, 3 (2000), pp. 2-9.

Bobbio, Norberto, Nicola Mattetucci y Gianfranco Pasquino
Diccionario de Política, México, Siglo XXI Editores, 2002.

Cúneo, Dardo
El primer periodismo obrero y socialista en la Argentina, Buenos Aires, La Vanguardia, 1945.

——, *El periodismo de la disidencia social (1858-1900),* Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1994.

Darío, Rubén
"A Colón", en *Martín Fierro*, 2 (1904).

Díaz Pérez, Eva
Alberto Ghiraldo: anarquismo y cultura, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1991.

——, "Alberto Ghiraldo", en *Diccionario biográfico de la izquierda argentina: de los anarquistas a la nueva izquierda 1870-1975*, Buenos Aires, Emece, 2007, pp. 256-259.

——, "Un periodista en el Buenos Aires fascista", *El Mundo*, 21/v/2007. http://www.todoslosnombres.org.

Fuentes, Víctor

"Los nuevos intelectuales en España: 1923-1931", en *Triunfo*, 709 (1976), pp. 38-42.

——, "El grupo editorial 'Ediciones Oriente' y el auge de la literatura social-revolucionaria (1927-1931)", en *Actas del* IV *Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas* [Salamanca, VIII/1971], Eugenio de Bustos Tovar (dir.), Volumen I, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1982, pp. 545-550. *Centro Virtual Cervantes*. Obras de referencia, Actas de la AIH, 2004. http://cvc.cervantes.es/obref/aih/pdf/04/aih_04_1_056.pdf.

Ghiraldo, Alberto

Autores americanos (sus mejores cuentos), Volumen primero, Madrid, Sánchez Calleja Editores, 1917.

——, *Los Caballeros del ideal*, Montevideo, Editorial Serantoni, 1921.

——, *Humano Ardor. (Aventuras, luchas y amores de Salvador de la Fuente)*, Barcelona, Editorial Lux, 1928.

——, *El archivo de Rubén Darío*, Santiago de Chile, Editorial Bolívar, 1940.

Glick, Thomas F.

"Science in Twentieth Century Latin America", en Leslie Bethell (ed.), *Ideas and Ideologies in Twentieth Century Latin America*, USA, Cambridge University Press, 1996.

Jáuregui, Carlos

"Calibán: icono del 98. A propósito de un artículo de Rubén Darío" y "El triunfo de Calibán" (Edición y notas), en *Balance de un siglo (1898-1998)*, Aníbal González (coord.), número especial de la *Revista Iberoamericana*, 184-185 (1998), pp. 441-455.

Marechal, Leopoldo

"A los compañeros de la 'Gaceta Literaria'", *Martín Fierro*. IV, 44-45, 31/VIII-15/XI/1927.

Marletti, Carlo

"Intelectuales," en Bobbio, Mattetucci y Pasquino, 2002.

Martí, José

Obras Completas, Vol. I Lira Guerrera, Madrid, Editorial Atlántida, 1925.

Minguzzi, Armando V.
Martín Fierro. Revista popular de crítica y arte (1904-1905), estudio, índice y digitalización completa en CD-ROM, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 2007.

Olalla, Marcos
Alberto Ghiraldo ante la condición humana, 2004. http://www.ensayistas.org/critica/generales/C-H/argentina/ghiraldo.htm

Oved, Iaãcov
El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina, México, Siglo XXI Editores, 1978.

Palacios, Alfredo
Nuestra América y el imperialismo yanqui, Madrid, Historia Nueva, 1930.

Partido Comunista de España (reconstituido)
"José Carlos Mariategui (1894-1930)". http://www.antorcha.org/galeria/mariat.htm.

Pereyra, Washington Luis
La prensa literaria argentina. 1890-1974. I. Los años dorados 1890-1919, Buenos Aires, Librería Colonial, 1993.

Quesada Fernando
"*La Protesta*. Una longeva voz libertaria". *Todo es Historia,* Buenos Aires, 82 y 83 (1974), pp. 74-96, 68-93, respectivamente.

Rey, Ana Lía
"La revista *Ideas y Figuras* (1909-1916). Una mirada sobre la cultura anarquista de principios de siglo", Cuartas Jornadas de Investigadores de la Cultura, Facultad de Ciencias Sociales, UBA, 16-18/XI/1998. Disponible en Internet: http://www.fsoc.uba.ar/invest/eventos/cultura4/mesa2/2rey.doc.

Romero, Luis Alberto
"Una empresa cultural: los libros baratos," en Leandro H. Gutiérrez y Luis Alberto Romero, *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra,* Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1995, Colección Historia y Cultura, pp. 45-67. (El trabajo había sido publicado con el título *Libros baratos y cultura de los sectores populares. Buenos Aires en la entreguerra,* Buenos Aires, Cisea, 1986, y también con el título "Buenos Aires en la entreguerra: libros baratos y cultura de los sectores populares", en Armus, 1990.

Suriano, Juan
Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910, Buenos Aires, Ediciones Manantial, 1991.
Segnini, Yolanda
La Editorial América de Rufino Blanco Fombona, 1915-1933, Madrid, Libris, 2000.
Svampa, Maristella
El dilema argentino: civilización o barbarie. De Sarmiento al revisionismo peronista, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1994.
Toledo, Carlos Alberto y Claudia Alejandra Montesino
La Protesta *y don Alberto Ghiraldo. Las primeras manifestaciones de la prensa de los trabajadores: 1904-1906*. Tesis. Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata, 2005.
Viñas, David
Literatura argentina y política. De los jacobinos porteños a la bohemia anarquista, Buenos Aires, Santiago Arcos, 2005.
Zavala, Iris
El modernismo y otros ensayos, Madrid Alianza, 1989.

VIII
¿UNA NACIÓN ÍBERO, LATINO O INDOAMERICANA? JOAQUÍN EDWARDS BELLO Y *EL NACIONALISMO CONTINENTAL*

¿UNA NACIÓN ÍBERO, LATINO O INDOAMERICANA? JOAQUÍN EDWARDS BELLO Y *EL NACIONALISMO CONTINENTAL**

Fabio Moraga Valle
CELA-UNAM

UN OLIGARCA INÚTIL

Joaquín Edwards Bello nació en Valparaíso en 1887, en el seno de una influyente familia oligárquica, dueña de minas, bancos, editoriales y periódicos[1]. Sus padres fueron Joaquín Edwards Garriga (cofundador del Banco Edwards) y Ana Luisa Bello Rozas (nieta de Andrés Bello). En este clan se sumaban, entonces, dos tradiciones decimonónicas distintas: la minera y comercial de la oligarquía plutocrática, y la científica y republicana de la elite intelectual y moderna. Lo anterior se reforzó en las instituciones donde recibió sus primeras letras. Estudió en dos colegios de elite, el privado Mackay, de fuerte prosapia inglesa, y en el público Liceo Eduardo de la Barra de Valparaíso. Desde pequeño, la familia lo orientó a la carrera diplomática, por lo que lo envío a Europa en 1904 para que completara su educación. Sin embargo, Joaquín no estuvo dispuesto a seguir una formación convencional.

Fue, junto a otros personajes del mismo origen y época, como Vicente Huidobro, un rebelde y un trásfuga de su clase. Sus obras constituyen una mirada aguda sobre las costumbres de las familias aristocráticas como la suya, pero también de su país y su cultura. El lanzamiento de su pri-

* Para la realización de este artículo se contó con el apoyo del proyecto Fondecyt 11070063, del cual el autor es investigador principal. Agradezco la colaboración de Catalina Moya en la pesquisa del material complementario.

[1] Un historiador económico ha destacado a este clan con las siguientes palabras: "... ninguna relación de historia económica chilena del periodo (segunda mitad del XIX) podría ignorar el caso de la familia Edwards, cuyos miembros obtuvieron en el tiempo los más altos grados de influencia política, económica y social del país". Cavieres, *Comercio chileno,* p. 154.

mera novela, *El inútil* (1910), desató furibundas y exageradas reacciones en su clase de origen, refractaria a cualquier crítica, sobre todo viniendo de uno de los suyos, lo que lo obligó a emigrar temporalmente a Brasil.

De regreso a Chile se estableció en la ciudad de Santiago. Allí, Joaquín desoyó el brillante e influyente futuro que le deparaba, si seguía los derroteros familiares, y desarrolló una zigzagueante carrera como cronista y escritor. Desde 1918 y por un lapso de cuarenta años escribió en el diario *La Nación*[2]. En sus crónicas alternaba temas con un lenguaje simple y directo, irónico y crítico. Su motivo literario dilecto fue su ciudad natal a la cual dedicó *Valparaíso, la ciudad del viento* (1931) y un sinfín de crónicas, artículos y escritos varios; años después reconoció esta obsesión como un lugar del que nunca pudo salir[3]. Sus escritores favoritos fueron Guy de Maupassant, Emile Zolá, Sthendall, Eça de Queirós. Rebelde, iconoclasta, malidicente, francotirador, fue un "maldito" a su manera. En su autoexilio en Brasil, se transformó en un jugador y apostador empedernido, en Chile fue asiduo visitante del hipódromo Chile; degustador de la cocina y las costumbres populares, solía frecuentar el mercado central y los prostíbulos de los barrios bajos de Santiago, en busca del "vientre de la ciudad", para saborear "sus jugos", no sabemos si todos[4]. Esto lo llevó a transformarse en un marginal y en un pariente negado y "olvidado" por su familia, tanto, que su propio sobrino nieto, Jorge Edwards, nunca pudo conocerlo y tuvo problemas para escribir la biografía de su mítico tío, ese que lo había designado como el "inútil de la familia"[5].

Pero el rechazo y la negación de su clan originario lo transformó en una leyenda. Su trabajo, su existencia rebelde y solitaria —reticente al *stablishment* literario— no le restaron admiradores; por el contrario, fue el único intelectual chileno que recibió dos premios nacionales: el Premio Nacional de Literatura (1943) y el Premio Nacional de Periodismo (1959). Además, en 1944, fue designado miembro de la Academia Chi-

[2] Tal vez por admiración, tal vez por agradecimiento, en 1934 Joaquín Edwards Bello publicó un libro titulado *Don Eliodoro Yáñez, "La Nación" y otros ensayos: los hombres novelables*, en el mismo sello editorial en que saliera *El nacionalismo continental*. El texto estaba dedicado al dueño de *La Nación*, político liberal, congresista y dueño de uno de los principales medios del país.

[3] Cerda, "Valparaíso a la vista," p. 9.

[4] Los asertos corresponden a su amigo, el escritor peruano y militante del APRA, véase Sánchez, *Visto y vivido,* pp. 24 y 25.

[5] Edwards Bello, *El inútil*.

lena de la Lengua. Víctima de una hemiplejía, producto de un ataque al corazón, por su afición al turfismo, estuvo postrado sus últimos años. Se suicidó el 19 de febrero de 1968 con el revólver Colt que le regaló su padre antes de morir. Se había casado con Ángela Dupuy Alarcón, con quien tuvo dos hijos.

UN "NACIONALISMO" Y DOS LECTURAS: GABRIELA MISTRAL Y HAYA DE LA TORRE

El nacionalismo continental, texto que analizamos, está compuesto por una serie de crónicas independientes que fueron escritas a los largo de unos diez años. Una primera versión fue publicada en Madrid en 1926; ésta incluía un mensaje de Víctor Raúl Haya de la Torre, de mayo de ese año, hecho a través de la revista *Repertorio Americano* de Costa Rica. Dos nuevas ediciones ampliadas, a las que, además, se le sumó un prólogo de Gabriela Mistral, aparecieron en Santiago en 1935, bajo el sello de la Editorial Ercilla. Para este estudio hemos tenido a la mano esta última. Si el anterior libro de Edwards Bello (*Don Eliodoro Yáñez, "La Nación" y otros ensayos* (1934)) había sido publicado por un interés comercial, esta nueva edición tenía, al menos para algunos miembros de la editorial, un significado político. Desde hacía algunos años, Ercilla había sido la editorial donde se habían refugiado peruanos exiliados, primero del gobierno de Augusto Leguía (1919-1930) y luego de la dictadura de Sánchez Cerro, militantes del APRA de la talla de la poetisa Magda Portal, y los escritores Serafín del Mar, Ciro Alegría y Luis Alberto Sánchez. Este último, intelectual de larga trayectoria en esa organización política y muy cercano al líder por antonomasia, Haya de la Torre.

No son menores las palabras que el expresidente de la Federación de Estudiantes del Perú había dedicado a *El nacionalismo continental* y a su autor. Para ello, había elegido nada menos que las páginas de *Repertorio americano,* para sostener que:

> Las líneas de su libro acusan un nuevo género de literatura, el género por el que estamos clamando los hombres de mi generación, cansados de ese verbalismo tan español y tan enervante que tiene invadida América Latina y que tanto contribuye al confucionismo que nos ahoga. El género de su literatura es económico, realista, y esto asegura que su libro no va a perderse en

> las vaguedades retóricas de la gran mayoría de los hombres que en nuestros países quieren resolver sus problemas fundamentales con palabrería, con charlatanería de andaluces, más o menos agradables[6].

Haya creía ver en el libro de marras un intento por romper con la "literatura sentimental", en la que se inscribía la otra gran obra de un latinoamericanismo anterior: el *Ariel* de Rodó. Este intento trataba de ver al "imperialismo yanqui" como un mero hecho económico, al cual era preciso estudiar para defenderse de él y así, "dar el grito de alerta a nuestros pueblos adormecidos". Político ante todo, Haya continuaba su carta definiendo su programa:

> Naturalmente que sigo trabajando… sin descanso por que nuestros pueblos vean claro que el único camino para defenderse del imperialismo, es unirse, organizarse y disciplinarse en un gran Frente Único que arrebate el poder político a las clases gobernantes que nos están vendiendo, y renueve la vida política latinoamericana, confederando los veinte pueblos dispersos y reorganizando su economía bajo el contralor de las clases productoras[7].

Esta era labor de "todos los trabajadores manuales e intelectuales jóvenes de América Latina", para lo cual había que constituir en cada país una "sección militante" de un gran frente único. Para Haya, los escritores e intelectuales estaban llamados a terminar con la vieja literatura que clamaba por "razas", "culturas", "espíritus", en abierta referencia a Rodó y Ugarte; a ese abandono había contribuido José Ingenieros que había seguido el llamamiento de la "nueva generación", por una literatura "de hechos, realista, económica". Ese era, para el peruano, el "clamor de las vanguardias antiimperialistas de la nueva generación latinoamericana".

En su prólogo, la poetisa Gabriela Mistral, ya ampliamente conocida por la intelectualidad continental de la época y partícipe de los enormes esfuerzos por ampliar el campo del conocimiento y la cultura de las masas desposeídas, partía destacando la "chilenidad" de Joaquín Edwards Bello. La propagandista de las misiones culturales del México posrevolucionario, destacaba la "herencia racial" que hacía del autor de *El nacionalismo continental*, uno de los pocos:

[6] Edwards Bello, "Mensaje de Haya de la Torre," pp. 17-18.
[7] Edwards Bello, "Mensaje de Haya de la Torre," p. 20.

> aquéllos, [que] son a la vez una especie de hijos y ahijados de su país; han recibido de él la perfecta semejanza física más cierto soplo iniciático de su secreto racial, el silbo mágico de la serpiente en la oreja de Apolo, por el cual la tierra (la serpiente) traspasaba su secreto. Los demás parecemos gentes informales del negocio racial; ellos son la gestión racial misma[8].

Mistral definía el libro de Edwards Bello como "un cuajarón de nuestra sangre", que se manifestaba "a veces trágica, en las revoluciones, a veces idílica"; sería, para la poetisa "autoexiliada" en el servicio diplomático, una especie de regreso a las raíces a través de una imagen borrosa, un olor evocado, una visión pasajera de las realidades perdidas.

El discurso mistraliano era, en sus propias palabras, "racista", es decir, a partir de una clasificación de las razas ("mongola", "indiana", "europea") y, en menor medida, de su origen de clase, establecía características de personalidad de los sujetos. El suyo es un determinismo racial, veamos qué dice respecto de Edwards y su origen europeo, pero su existencia chileno-americana:

> Creen algunos racistas que nos están brotando, que basta llamarse Pérez o González, para ser un americano y saberse bien y decir cabalmente los aires los limos y la criatura criolla. Este americano les contestaría irónicamente con su "Edwards" y les presentaría un hecho sutil que entra en el misterio de las razas. Yo me tengo aprendido que el mongolismo o la indignidad nuestra, a menor dosis, más fuerte[9].

Ese determinismo racial hacía que el indígena, "con un ochenta por ciento de Asia en el cuerpo", viviera "desesperado de ser lo que es y decidido a re-crearse español". El "cuasi blanco", vivía menos preocupado de esa "ecuación"; en cambio, el blanco americano:

> que participa de la americanidad solamente en paisaje y costumbres ¡y basta, y basta! Ese suele hacer un bello alarde de solidaridad racial y libre del complejo y los complejos sabidos; declara a pecho abierto que es hombre de allá, criatura americana[10].

[8] Mistral, "Prólogo," p. 10.
[9] Mistral, "Prólogo," pp. 10-11.
[10] Mistral, "Prólogo," p. 11.

Así, existían otros blancos americanos "envalentonados de la tenazón clara del brazo". Este Edwards pertenecía a aquellos, continuaba la poetisa-diplomática, describiendo el carácter del escritor que, como ella, en su juventud se había enfrentado al *stablishment* cultural de su país, destacando sus cualidades literarias, sus veinte años de periodismo "entre novela y novela", entre sus obras, la más reciente: *Valparaíso ciudad del viento*, y entre las primeras, *El roto*.

Mistral rescataba también el patriotismo "de viejo hidalgo pulcro y sin experiencia de vendavales" del escritor chileno, que "ha vivido sin bajar al sótano ni subir al desván [de las clases sociales] donde hay inmundicias amontonadas o cachivaches en putrefacción". Un patriotismo que se enfrentaba con su "solar", pero que en el continente y en Sudamérica se ampliaba:

> El continentalismo ha tenido en Edwards Bello uno de los mejores propagandistas, y la consciencia chilena, en este sentido de la formación de nuestra sudamericanidad, le debe mucho. Más de lo que él se cree es deudor a su periodismo grande, nuestro país[11].

Finalmente, la escritora extrañaba que el polémico Edwards no se hubiera instalado mejor en el medio intelectual, pues estaba a la altura de Alfonso Reyes, Víctor Belaúnde o Gonzalo Zaldumbide y, como ellos, hubiese sido embajador chileno en cualquier capital de habla española. Pero el país, un poco atrasado por su "vejestorismo" político y administrativo, ocupado en salir de su pasado colonial, había despreciado hasta el momento sus credenciales.

¿Respondería Joaquín Edwards Bello ante la invitación de Haya? ¿Eran sus intenciones las que leía el exlíder estudiantil, en los breves trozos que de *El nacionalismo continental* había leído en *Repertorio Americano*? ¿Era el chileno el ferviente trabajador intelectual que Haya buscaba: un indoamericano capaz de seguirlo en un proyecto político antiimperialista? ¿O, más bien, respondía a esa imagen tan especial de chilenidad continental que Gabriela Mistral destacaba? Veremos estas interrogantes en la citada obra del "inútil".

[11] Mistral, "Prólogo," p. 14.

EL NACIONALISMO CONTINENTAL: ¿QUÉ ES (REALMENTE) AMÉRICA...?

El texto de Edwards Bello esta dividido formalmente en tres partes, con un total de quince ensayos que se pueden leer independientemente. La primera, que consta de tres escritos, está dedicada a ubicar a Chile y al continente en relación con Europa y el mundo. La segunda, con cinco textos, trata sobre la formación de la "continentalidad" cultural latinoamericana. La última parte está dedicada a Chile y en ella diseña tímidamente un proyecto político latino o indoamericanista, con una propuesta muy distinta a la de la estructura política chilena.

Respondiendo a su naturaleza polémica y a su mirada distinta, Edwards comenzaba sosteniendo que el arte latinoamericano era calco del europeo[12]; y en ello era lapidario:

> Nuestra América ha tenido invariablemente la actitud de sometimiento ciego y servil a todo lo europeo. Esperamos los artículos manufacturados, las leyes, las modas, las gentes, con interés patológico. En esta condición de espejo hemos vivido, perdiendo la personalidad y la iniciativa[13].

Esto ocurría no sólo en Chile, sino en todo el continente en el que ya no existían novelas como *María*, de Isaacs, o *Canaán*, de Graça Aranha, reflejo de la nación en la que se habían escrito. Lo descrito por Edwards se experimentaba a todo nivel. El arte imitativo que se cultivaba en el presente hacía que los europeos despreciaran a los latinoamericanos. Para nuestro escritor, la muerte de la gran república bolivariana había disminuido la potencia de las excolonias españolas:

[12] Probablemente, Edwards ocupaba esta metáfora siguiendo un camino ya trazado por Mariategui, quien en 1928 escribió las siguientes palabras: "no queremos, ciertamente, que el socialismo sea en América calco y copia debe ser creación heroica. Tenemos que dar vida, con nuestra propia realidad, en nuestro propio lenguaje, al socialismo indoamericano. He aquí una misión digna de una generación nueva". Mariategui, "Aniversario y Balance," pp. 260-262. Según Luis Alberto Sánchez, amigo de Mariategui y visitante de la tertulia de la revista *Amauta*, "Joaquín pertenecía a ese grupo de chilenos que consideraba un disparate el alejamiento entre su país y el mío", producto de la Guerra del Pacífico (1879-1883). Sánchez, *Visto y vivido,* p. 24.

[13] Edwards Bello, "Qué piensan de nosotros," pp. 25-26.

> Por eso pensamos que el desmembramiento de América, de la República de Bolívar en repúblicas débiles, ha sido a la vez un golpe asestado a nuestras fuerzas individuales. En la industria y en la ciencia el hecho es manifiesto; en el arte parece más misterioso, pero nos inclinamos ante la realidad de esta pobreza general de mentalidades y la incompetencia colectiva de las naciones despobladas e históricamente pequeñas[14].

Pero esta idea no era original de Edwards, sino de su ínclito ascendiente: Andrés Bello. El intelectual de origen venezolano había desarrollado la parte fundamentalmente científica de su obra, relacionada con el estudio de la gramática y la filología. En sus trabajos, había establecido un paralelo entre la caída del Imperio romano y la dispersión del latín en un sinnúmero de lenguas romances y dialectos locales, y el fin del Imperio español con las guerras de independencia. Ello planteaba la posibilidad de que en las nuevas naciones el idioma español evolucionara diferenciándose, tal como el latín en la Edad Media europea, y desembocara en que las nóveles naciones se desvincularan profundamente de sus raíces hispanas, perdiendo de esta manera la potencia cultural de sus orígenes[15].

Partiendo de esta premisa, el escritor desarrollaba la base de lo que sería después su propuesta continental. La guerra de Secesión en los Estados Unidos había unido a esa nación y producido hombres de la talla de Edison, Ford, Rockefeller o Whitman. En la actualidad y en la América hispana, el propio Rubén Darío, como Bolívar en la Independencia, se hizo grande cuando vio, experimentó y asimiló una cultura continental:

> Bolívar es célebre por cuanto tuvo una tarea excepcional y un escenario grandioso para demostrar su genio. Nació en el mayor momento de nuestra América; después el escenario se dividió en pistas sin importancia, perdiendo el continente su grandeza. Nuestra América fue interesante cuando representó un valor histórico universal, eso fue durante la Conquista, la Colonia y la Independencia, épocas de trascendental importancia[16].

Edwards Bello revelaba el trasfondo de su pensamiento histórico y político que, pese a su pose antiacademicista y antioligárquica, resulta an-

[14] Edwards Bello, "Qué piensan de nosotros," p. 28.
[15] Véase: Moraga Valle, *Ciencia, Historia,* pp. 184-195; Cfr. Jaksic, *Andrés Bello*.
[16] Edwards Bello, "Qué piensan de nosotros," p. 29.

timodernista y conservador. Para el mundo conservador, tanto histórico como político, la grandeza de una nación o un pueblo está en el pasado ("cuando representó un valor histórico universal"), por ello, la única posibilidad para el presente y el futuro son la decadencia de esa grandeza pretérita. Ello lo hemos visto en otro historiador nacionalista y conservador como su pariente Alberto Edwards Vives, uno de los intelectuales de derecha más influyente en Chile durante gran parte del siglo XX[17]. Pero su principal sustento, y el más vistoso, era ese planteamiento de Andrés Bello que reaccionaba frente al peligro de la dispersión lingüística y cultural de las naciones hispanoamericanas.

De todos modos, el balance de nuestro escritor no descansaba solamente en el plano político y cultural, pues introducía un matiz novedoso en su análisis, el económico: "En realidad, América no es el vergel insólito, el Edén, sino una nueva Europa empequeñecida, o, mejor dicho, una despensa o hacienda de Europa". El continente se caracterizaba por producir materias primas y porque muchas de éstas, especialmente los metales, regresarían a sus países de origen como manufacturas de alto valor comercial. Pero lo cultural tampoco estaba del todo ausente en su reflexión, pues señalaba indirectamente que incluso una obra de "un famoso escritor, orientador de juventudes americanas" (seguramente se refería al *Ariel* de Rodó, cuya idea fundamental proviene de Renán), no era nuevo para un versado traductor como Francis de Miomandre[18].

¿Cuál era el camino entonces? Edwards destacaba la presencia de una "América inédita", que no era más que un reducido grupo de escritores regionales que se abría como una flor: "que sorprendió al *viracocha* [el dios tutelar quechua] en el bosque virgen". En el mundo moderno, cada vez más comunicado y mezclado culturalmente, se debía rescatar lo regional o local; el propio Darío, pese a su afrancesamiento, había sabido mostrar "una lujuriosa luminiscencia, una aroma de vergeles inconfundiblemente de América". Sólo el "nacionalismo artístico" separaría las oscu-

[17] Moraga Valle, "Alberto Edwards". En sus escritos, Joaquín dejó al menos una referencia de su pariente: "Alberto Edwards, la imaginación y este gran pueblo en medio de todo", *La Nación*, Santiago, Marzo de 1943. Tampoco ocultó su admiración por otro historiador nacionalista y conservador como Francisco Antonio Encina (colega y compañero político e intelectual de su pariente) y comentó su *Historia de Chile*, textos que incluso fueron publicados años después de su suicidio por periódicos afines a la dictadura militar; véase Edwards Bello, "Encina: historiador," p. 4.

[18] Edwards Bello, "Qué piensan de nosotros," p. 30.

ridades que pesaban sobre la creación local, que imitaba simiescamente a la europea y haría que el arte continental no oliera a podrido en Europa.

Respecto del otro gran tema de debate en la cultura latinoamericana de la época: la relación de América Latina con Estados Unidos, un segundo ensayo de *El nacionalismo continental* entraba directamente en el tema de las posturas del "arielismo", planteando que lo explicaba simplemente como una "fatalidad", producto de la fuerza de expansión de otras naciones más grandes:

> No creo que nosotros, chilenos, seamos ni menos buenos que los norteamericanos ni menos eficientes; lo que hay es que actuamos dentro de escenarios fatalmente empequeñecedores; ellos están formando parte del organismo que devora y nosotros del organismo devorado[19].

Sin embargo, ésta era una nueva "fatalidad" distinta al arielismo, que condenaba a América Latina a sólo ser parte de la cultura universal en el plano ideal y espiritual, y no en el pragmático y material, como la cultura norteamericana. Y aquí Edwards revelaba el segundo aspecto conservador de su pensamiento: un patriotismo basado en cierto espíritu religioso:

> Los países exiguos y pobres carecen de espíritu religioso y patriotismo, por cuanto el patriotismo y la religiosidad se confunden y quieren decir agradecimiento. Amar a la tierra que nos vio nacer, hasta el delirio, es el primer paso para amar a Dios[20].

La grandeza de una nación influía en el temperamento de sus individuos, pero Edwards no creía en el individualismo como propuesta ni como sentido primero y último de una sociedad: "es preciso ser demasiado ingenuos para creer así", sostenía, sino en el colectivismo. Esto último tendría importantes consecuencias en su pensamiento político que veremos más adelante.

Donde puede resultar polémico el escritor chileno es en sus planteamientos sobre la visión tradicional que tenemos de Estados Unidos:

[19] Edwards Bello, "¿Es el norteamericano superior," p. 33.
[20] Edwards Bello, "¿Es el norteamericano superior," p. 33.

> El norteamericano del tipo medio tiene una cultura media igual a la de cualquier chileno, pero lleva en sí el concepto de la fuerza colectiva y de los inmensos resultados que con su esfuerzo puede alcanzar. No es grande Edison, sino Norte América; no es grande Ford, sino Norte América. Claro que ellos, al engrandecerse, se convirtieron en tipos representativos, o arquetipos, pero es casi seguro que, con el mismo temperamento, el mismo esfuerzo y el mismo talento, no hubieran salido de la mediocridad en cualquiera de las dieciocho repúblicas iberoamericanas[21].

El momento fundacional de la grandeza norteamericana había sido su guerra civil (de Secesión), que combinaba la enorme dimensión territorial, la riqueza y la libertad absoluta respecto al resto del mundo, con base en la libertad económica. De la misma manera que el Imperio romano, el norteamericano era un gran "sistema de incorporación" y en ello citaba los planteamientos de Ortega y Gasset, Mommsem y Larra. Esta "incorporación" se había extendido a los territorios mexicanos y españoles, a la división de Colombia para construir el canal de Panamá y durante la "Gran Guerra", había completado sus reservas monetarias haciéndose de la tercera parte del oro del mundo. Esa fuerza colectiva se expresaba incluso en las comunidades negras del país del norte: eran, en potencia y realización, muy superiores a los negros cubanos o de cualquier otro país latinoamericano:

> Lo que cambia radicalmente el caso de Estados Unidos, respecto de nosotros, es su grandeza territorial, el inmenso mercado para sus industrias, el inmenso público para sus actividades, su capacidad monetaria y, por consiguiente, acaparadora. Los microbios sociales que en nuestros enclenques organismos producen enfermedades graves, son eliminados allá sin fiebre ni dolor[22].

Edwards, polémico ante todo, incluso no dudaba en discutir los lugares comunes respecto a las diferencias religiosas entre el norte y el sur. Esto respecto al papel del puritanismo y su diferencia con la instalación del catolicismo en el sur del continente: no había mayor diferencia en probidad y laboriosidad entre los puritanos del *Mayflower* y los adláteres

[21] Edwards Bello, "¿Es el norteamericano superior," p. 34.
[22] Edwards Bello, "¿Es el norteamericano superior," p. 40.

de Las Casas. ¿Cuál era entonces la característica que los separaba? Ante esto planteaba su segunda tesis histórica: el fracaso de la guerra de Independencia:

> La demagogia forzosa de los llamados héroes de y patriotas de 1810, corrompió profundamente a América. Al perder el control de la justicia, a la manera colonial, el pícaro, el vulgo macuco, domina al inteligente. En las naciones pequeñas desquiciadas y decadentes, la astucia reemplaza al talento. Una vez fracasado el movimiento, no quedaron sino dos repúblicas verdaderamente importantes: Brasil y Argentina[23].

Las otras naciones habían perdido paulatinamente las ventajas de que habían gozado durante la Colonia. Por ello, sus hombres no destacaban y sólo los independentistas, que habían realizado una obra de carácter universal, eran los conocidos por todos como Bolívar y Bello. Así, Chile, pese a tener hombres ilustres, no tenía un medio donde desarrollar sus talentos. Estados Unidos tenía mucha más violencia y delincuencia, pero había sabido dominarla. No faltaban en sus análisis juicios racistas:

> El superpueblo devorador ha sabido educar a su manera a once millones de negros, sin mezclarlos con su sangre. Del flujo y reflujo de inmigrantes succiona lo mejor para su grandeza y rechaza los desperdicios[24].

La disciplina, la sumisión a las autoridades y a los hombres superiores, que eran los atributos del testamento de Washington, "cumplido a sangre y fuego por Lincoln; en cambio "Nuestra América" no había cumplido el de Bolívar, el único programa político que deberían seguir los estadistas.

El aislamiento, la separación de las repúblicas, la falta de unidad aduanera, la existencia de fronteras y de "murallas chinas de prejuicios" hacía que las dieciocho naciones latinoamericanas aportaran al mundo mucho verbo y nada de ciencia. Ello hacía que nuestro escritor se cuestionara la efectividad de la Independencia, hoy amenazada por la intromisión de Estados Unidos en la política y la economía de las débiles naciones latinoamericanas. Lo que alcanzaba a las *banana republics* también

[23] Edwards Bello, "¿Es el norteamericano superior," p. 41.
[24] Edwards Bello, "¿Es el norteamericano superior," p. 42.

afectaba a Chile, a través de la explotación de sus minerales, y no sólo era el imperialismo norteamericano, sino también el inglés, alemán o francés. Así, el discurso de Edwards Bello no sólo se pronuncia en contra del imperialismo, sino también en contra del capitalismo internacional:

> El ferrocarril trasandino, el más caro del mundo, es inglés. Al subir a un tranvía, al hablar por teléfono, al tomar el desayuno, al comprar en una tienda y al dar la luz, el chileno contribuye a la vida admirable capitalista inglés que toma su té o juega su polo en las Islas Británicas; contribuye a pagar el turismo de un yanqui o la vida agradable de un francés[25].

De la misma manera, denunciaba que la propia burguesía chilena y latinoamericana había nacido sirviendo a la penetración comercial de los países capitalistas. Ello no sólo consistía en la explotación de frutas o la minería, o a pagar unos cuantos abogados para impedir el cobro de impuestos, también se extendía sobre la ganadería, las comunicaciones y los sistemas financieros. Los sólidos lazos familiares, vía matrimonios, entre miembros de la elite local y representantes de las casas comerciales extranjeras, que contribuían a solidificar estas uniones comerciales (recuérdese que él mismo era fruto de esos sólidos lazos), hacían imposible la denuncia del saqueo a que estaban siendo sometidas las riquezas del país. Con esta denuncia, Edwards Bello no sólo hacía un gesto político, también estaba dinamitando las bases de su propia familia de origen. Esto tendría enormes consecuencias para él en el plano personal.

La ingerencia imperialista no sólo se extendía en estos planos también abarcaba la política de las naciones, sus relaciones recíprocas: "Actualmente, los embajadores del norte de nuestras repúblicas, tienen poderes omnímodos, y podrían compararse con los cónsules romanos en Judea o en Trípoli, en la época del Imperio". Ello se evidenciaba con el desparpajo que los presidentes del país del norte hablaban de sus relaciones con los países latinoamericanos.

[25] Edwards Bello, "América vasalla," p. 41.

¿UNA AMÉRICA PENDIENTE? ¿UNA EUROPA EN DECADENCIA?

La segunda parte de *El nacionalismo continental* es más extensa. Consta de cinco ensayos que tratan alternativamente el tema latinoamericano y el chileno. Parte con la tesis de que en 1810 América Latina era más importante y respetada que en la actualidad. La potencia que habían tenido en el comienzo la habían dilapidado perdiendo territorio (México), posiciones estratégicas (el canal de Panamá) o "africanizándose" (Cuba y Venezuela). Para 1865, sólo Brasil, Argentina y Chile no eran un caos:

> Solamente nuestros políticos profesionales, en las relaciones de pueblo a pueblo, son quienes ahondan las distancias artificiales o naturales que separan a los territorios de una y otra república. En cambio, la opinión europea, la norteamericana, o de cualquier otra región del globo, nos ha considerado siempre y muy cuerdamente como un todo, llamándonos en conjunto *Amerique Latine*, o *Latin America*[26].

Pese a que el nombre de América Latina era impuesto, Edwards lo considera en todo momento de su análisis como algo propio (no repara en el origen "imperialista" del concepto). Es más, sostiene que lo que separa a las naciones que la componen era las aduanas y el "fiasco" de las comunicaciones (en manos de capitales extranjeros), que hacían que hubiera más distancia entre Lima a Santiago o de Buenos Aires a Valparaíso que de éstas con Nueva York o Hamburgo. Lo único que salvaría a estas naciones de la gravedad que se encontraban era trazar un programa "mil veces mayor y más digno que el yanqui". El hecho de que, en 1810, Valparaíso fuera más importante que San Francisco se debía a que no había aduanas entre aquél y Buenos Aires; cuando se impusieron, los papeles se invirtieron y el coloso del norte se alzó en su poderío. La grandeza del continente latinoamericano estaba entonces en el pasado colonial y no en el presente republicano. Ello se debía a los libertadores: "Bolívar, San Martín, O'Higgins, Carrera, nos dejaron territorios anarquizados por una guerra de exterminio, pero no una patria, no una sustancia humana susceptible de colaborar, que es la primera función de la cultura"[27].

[26] Edwards Bello, "1800-1834", p. 53.
[27] Edwards Bello, "1800-1834", p. 57.

Si el español había dominado al indígena, adoptándolo, el criollo había fomentado su odio sublevándolo contra el poder. Ese odio se había desatado contra ellos mismos una vez terminadas las guerras de independencia y después fue explotado por los ingleses para arrebatarles las riquezas. Pero ese odio no servía para construir una nación: "Su teoría de la libertad y su odio a España carecían de la originalidad indispensable para perpetuarse en hondura y grandeza". Ello hizo que una mirada simplista destacara a Bolívar sobre Bello, pero Edwards sostenía que "el Libertador" no resistiría un análisis serio, mientras subrayaba el papel continental del humanista en el plano de la cultura:

> Tenía más talento, a la larga, que Bolívar y, sin trazar epístolas fulgurantes, cimentó la unión en obras. La polémica con Sarmiento, en que él asumió el honroso papel de conservador de la lengua en su pureza nativa, revela de una vez su concepto religioso de la herencia de la *hispanidad*, gran palabra, única en tratándose de pueblos. Se dice *cristiandad* e *hispanidad*, pero no se dirá *anglicidad* ni *germanidad*[28].

De esa manera, sostenía Edwards, recordando el discurso del Quijote, en el nuevo continente no se habían podido juntar las armas y las letras, ello había hecho estériles los resultados de unas y otras. Sólo en la claridad y la fuerza de las letras estaba el futuro de América, sostenía, y agregaba que Mussolini, Hitler y Kemal Pachá eran redactores de sus respectivas patrias: "las letras son la arquitectura o armazón de las naciones". Al respecto, revelaba la parte más polémica de su proyecto intelectual y político:

> La cintura de leyes y de fortalezas contra los bucaneros y mercachifles extranjeros que extendió España alrededor, equivale a la cintura estéril de discursos y proyectos literarios contra el capital extranjero, que hacen los patriotas americanos de ahora, llámese apristas, en Lima, o nacistas en Santiago[29].

[28] Edwards Bello, "1800-1834," p. 59.

[29] Edwards Bello, "1800-1834," p. 61. Los militantes del Partido Nacional Socialista chileno, comandado por Jorge González von Mareés, se llamaban a sí mismos, "nacistas", con "c", para recalcar el carácter nacional de su organización y diferenciarse de los nazis alemanes. Con ello buscaban construir, en el plano político, un nacionalismo chileno, y, en el económico, un "socialismo de Estado".

Estamos llegando al meollo del planteamiento económico y político de Edwards. Para él, España había dado no sólo unidad política a sus colonias, era una "nación nodriza", es decir, albergaba maternalmente a sus colonias. Para 1810, la mayor parte de los recursos naturales eran americanos, ahora estaban en manos de países imperialistas como Inglaterra o Estados Unidos. Al inicio de la Independencia había una sola moneda, el duro de Castilla, que incluso circulaba en el país del norte. Lo mismo ocurría en manifestaciones culturales como la arquitectura. Definitivamente, América Latina era grande cuanto más se acercara a España. Incluso sus grandes gobernadores eran caudillos autoritarios de cuño colonial como Rosas y Mitre. En la literatura sucedía lo mismo, los libros actuales eran algo "selváticos, perversos y sádicos"[30]. Ello lo reforzaba rechazando el carácter de la Independencia, hecha a imagen y semejanza de la Revolución francesa. Los libertadores, por más loables que fueran sus intenciones, no habían sabido mantener la unidad como la había hecho Washington en el norte.

La diferencia entre el norte y el sur descansaba en un punto de vista antirodoniano: no muestra al *Ariel* como ese depositario de la espiritualidad de la cultura latinoamericana, en contra el "calibanismo" pragmático de la cultura anglosajona del país del norte. Más bien, muestra la irracionalidad de una cultura que eleva como prohombre al burócrata demagógico, que personificaba en el abogado, en contra del *pioneer* empresario y emprendedor[31].

Respecto del tema más o menos común en el debate intelectual del la época, ese que planteaba que Chile era un país imperialista por extender sus fronteras a expensas de sus vecinos del norte, mediante la Guerra del Pacífico (1879-1883), Edwards polemizaba con el joven crítico literario Raúl Silva Castro, redactor de *El Mercurio* y con un pasado filoanarquista. Lo hacía porque éste se refería a Edwards como a una *rara avis*, poseedor de un imaginario continental, por ser descendiente de Andrés Bello. El aludido contestaba que sus ideas no habían caído en el vacío, pues habían influido en personajes como Paulino Alfonso y Carlos Vicuña Fuentes[32].

[30] Edwards está comparando *Tradiciones*, de Ricardo Palma; *María*, de Isaacs; *Amalia*, de Mármol y *Durante la Reconquista*, de Blest Gana, con *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán y *La vorágine*, de José Eustacio Rivera. Edwards Bello, "1800-1834," p. 66.

[31] Edwards Bello, "Diferencia del norte y del sur," pp. 73-77.

[32] Paulino Alfonso era un viejo patriarca liberal que en la década de 1910 tenía muchos simpatizantes en las filas de los estudiantes liberales y radicales organizados en la

Él mismo no estaba lejos de ese sentimiento imperialista, lo reconocía, y sólo la "previsión" lo había hecho continentalista, en ese punto, daba el ejemplo trágico del Paraguay. Una guerra imperialista con Argentina por la Patagonia le había granjeado a aquél país, a pesar de su victoria, las antipatías del resto. Edwards agregaba:

> El continentalismo, tal como lo veo, es, junto con el progreso industrial, un neo imperialismo; la unión aduanera y monetaria de la parte austral americana, que hemos venido propiciando desde 1920, contiene la fórmula mágica para atraer a nuestro radio de acción a aquellas provincias vinculadas a Chile en la época colonial, a saber: Tucumán, San Juan, San Luis, Mendoza y el territorio de Neuquén[33].

La diferencia, recalcaba nuestro escritor, era que este neoimperialismo sería fraternal y daría frutos tanto a la Argentina como a Chile, beneficiando a esas provincias aisladas y ahogadas económica, aduanal y geográficamente. Por ello, la fórmula sería la de un "imperialismo continental" que la América meridional lograría emulando el ejemplo del norte. Pero expresaba que sus planteamientos abrían dos situaciones contradictorias y a la vez peligrosas: por una parte, preveía la llegada de una nueva guerra mundial y por la otra, se valía de una frase de Spengler para fundamentar la necesidad de su propuesta de nacionalismo continental: "En el mundo —sostenía el filósofo alemán— despertó el hombre de presa".

ESPAÑA, CHILE Y ¿AMÉRICA LATINA?

La tercera parte del libro Edwards la dedica fundamentalmente a dos temas: la herencia cultural española en Chile y América Latina, y a una interpretación histórica y cultural de los elementos que caracterizaban la cultura chilena.

Federación de Estudiantes de Chile. Carlos Vicuña Fuentes era uno de los seguidores de la positivista "religión de la humanidad", quien en la década de 1920 escribió un célebre texto llamado "La libertad de opinar y la cuestión de Tacna y Arica", en el que abogaba por devolver los territorios ganados en la guerra a sus antiguos dueños, por el cual fue expulsado de la Universidad de Chile. Véase Moraga Valle, *"Muchachos casi silvestres,"* pp. 329-334.

[33] Edwards Bello, "El imperialismo chileno," p. 76.

En torno a lo primero, sostenía —a contrapelo de las interpretaciones tradicionales— que España había penetrado en América Latina primero con soldados y misioneros y luego con comerciantes, para constituir una obra civilizadora, cuya interpretación lo alejaba de la conocida "leyenda negra". Por el contrario, el polémico escritor se hacía partícipe de la "leyenda blanca", para lo cual recurría a comparar la intervención hispana con la anglosajona. Le costaba asumir el mito de la crueldad española basándose no sólo en su propia experiencia, sino también en la de otros intelectuales chilenos como la citada Gabriela Mistral, Augusto D'Halmar, Armando Donoso, Raúl Silva Castro, etc. Y seguía con sus punzantes interpretaciones al valorar la obra *Defensa de la hispanidad,* de Ramiro de Maeztu, un intelectual que, partiendo de una adscripción al socialismo de fines del siglo XIX, había devenido hacia el integrismo católico. El español incluso contradecía algunos de sus postulados como el concepto de raza, que rechazaba sustituyéndolo por el de "hispanidad". Es necesario hacer notar que la primera edición de *Defensa de la hispanidad* había salido ese mismo año; al parecer nuestro escritor ya la había leído atentamente, pues el concepto de "hispanidad" se convirtió en el centro de su reflexión y también lo usó para reemplazar al de "raza".

Para Edwards Bello la herencia cultural de la "madre patria" se reflejaba mejor en las tiendas españolas que, a diferencia de las casas comerciales británicas, eran un elemento de integración cultural, familiar y social y no sólo una empresa dedicada a las ganancias de la firma principal, establecida en la metrópoli del imperio. En cambio, los originarios de este continente les traspasábamos nuestro cruel e insumiso sensualismo sibarita, minando esa obra de integración social, haciendo de las tiendas españolas una elite económica. Esta misma herencia se manifestaba en otro plano, mucho más "cultural", representado en el teatro español, presente en Chile e Hispanoamérica hasta entrado el siglo XX, a través de géneros como la zarzuela y el drama.

Incluso se manifestaba polémicamente frente a otro tema complejo: la guerra contra España que Chile, Perú y Ecuador habían librado entre 1860 y 1861, ante un intento de reconquista que devino simple corzo y saqueo de parte de la antes "madre patria". Uno de los momentos más dramáticos y culminantes de esta conflagración fue el bombardeo a Valparaíso por la flota española; la misma ciudad que vio nacer a nuestro escritor y a la que le dedicara buena parte de su vida creativa. Ante tal

antecedente, su simpatía por España había provocado que un periodista porteño lo tildara de antichileno, a lo cual Edwards contestó:

> Es que no supo ver ese articulista mi actitud de hombre herido, ante un pasado de hispanidad amenazado de pérdida, y que es aún todo lo más respetable que poseemos. En suma lo que él juzgó de antichilenidad, es lo que, precisamente podría exhibir de más chileno. Atacar a España sería en la actualidad tan contraproducente como pretender destruir a nuestras propias raíces[34].

Pero no paraban allí los elogios a la herencia española y, directa o indirectamente, el rechazo a la cultura "propiamente latinoamericana", hecha de mestizaje e indianidad:

> Hay, además en España, un sentimiento democrático, no político, sino natural; más bien dicho un sentimiento humanizante que nos hace experimentar la alegría de vivir y de poder ser o colaborar en cualquier terreno, de igual a igual, en un ambiente fraterno, así sea en el café de la Plaza de la Cebada, en Fornos, en el Colonial o en el Varela[35].

Algunos artículos de *El nacionalismo* son más bien un análisis del costumbrismo español comparado con el chileno, destinados a "probar que carecemos del sentido del dinero, del matrimonio y de la propiedad, como en Europa"[36]. Otros están, directa o indirectamente, destinados a analizar a la generación de 1898 y su distancia de la cultura popular española, su excesivo academicismo y su patético aislamiento[37]. En otros se valía de su experiencia de periodista para dotarse de la autoridad empírica que le confería esa profesión, en cuanto a conocimiento directo de la

[34] Edwards Bello, "Elogio de la tienda española," p. 96.

[35] Edwards Bello, "Dos de mayo," p. 103.

[36] Edwards Bello, "La Fuente de la Teja", p. 112. Esta tesis resulta abiertamente contrastante con la de su pariente cercano, el historiador Alberto Edwards Vives, quien, acerca de la elite criolla, sostenía lo siguiente para el momento de la Independencia: "… ya entonces existían en Chile elementos capaces de formar una sociedad organizada. Efectivamente, la civilización española, por incompleta que pueda parecernos, llevaba en si el germen de todo lo que constituye un pueblo regularmente constituido: propiedad, familia, leyes de unión, sentimiento de orden y tradiciones de gobierno". Edwards Vives, *Bosquejo histórico*.

[37] Edwards Bello, "Impresiones sobre literatos españoles," pp. 118-119.

sociedad chilena, para explicar su concepción y su credo del patriotismo. Al respecto, sostenía no creer en el patriotismo de los comerciantes recién llegados a Chile y del judío que emigró con una balanza y un letrero donde dice: "se compra oro". Por el contrario,

> A todos ellos prefiero un hidalgo escéptico y cansado, de pura cepa criolla y que, a veces, sin los miedos del meteco recién llegado, se atreve a zarandear a la patria [...]. Tengo derecho a ser patriota a través de ellos, buscando la salud de esta patria, que llevo dentro de la sangre en cien cruces, la patria continental[38].

En cuanto a los valores, nuestro escritor era bastante más conservador que la imagen que se suele dar de él. Valoraba la familia, rechazaba el divorcio y sobrevaloraba la castidad en la mujer y la monogamia, aspectos que contrastaban enormemente con su afición a la cultura prostibularia[39]. Por ello, refutaba los valores culturales de la sociedad anglosajona o valoraba el papel de la servidumbre en el servicio doméstico: "En la manera de hacer una cama o amasar el pan puede haber más promesa de cultura y humanidad que en las fábricas de Ford," sostenía.

En torno a su ideal político para el continente planteaba la unidad continental. Y aquí introducía un concepto que resulta un tanto extraño para los valores marcadamente hispanófilos que sostenía:

> Cuando el continente iberoamericano, o indomediterráneo, sea un solo país, cuando hayamos imitado de los yanquis la unión, que es su mayor virtud nacional, entonces valdremos bastante más que ellos, a causa de la santidad de nuestras raíces, a causa del espiritualismo hispano[40].

Aquí debemos notar dos cosas. Primero, que Edwards, al igual que muchos intelectuales de la época, no usa un solo concepto para referirse al con-

[38] Edwards Bello, "Crueldad, sadismo y selección," pp. 127-128.

[39] Las opiniones de Edwards Bello hacia la mujer son a menudo contradictorias. Él mismo le había confesado a su amigo peruano, Luis Alberto Sánchez, en un recorrido para conocer la cocina popular chilena, comiendo empanadas y tomando chicha en un prostíbulo, que: "en este país los únicos hombres son las mujeres, son las únicas capaces de matar… El chileno parece fuerte, pero es de una timidez espantosa. Nosotros somos un país de indios blancos, aunque nos faltan los de color de cobre…", Sánchez, *Visto y vivido,* p. 25.

[40] Edwards Bello, "Crueldad, sadismo y selección," pp. 130.

tinente, sino que vacila entre varios. Además, introduce uno hasta entonces desconocido: "indomediterráneo," para tender un puente entre la Europa latina, que lo representa y seduce culturalmente, y nuestro hemisferio.

Respeto de su credo político, tal vez el más polémico de sus artículos sea uno de los últimos de esta segunda parte. Polémico, pues apuesta por las fuerzas que estaban presentes en ese momento de la política chilena, pero asume que no perdurarán el aprismo que traían los exiliados peruanos del régimen de Sánchez Cerro, la Milicia Republicana, el "brazo armado" civil contra el militarismo que manejaba el entonces presidente de la República, el liberal Arturo Alessandri Palma; y el nacismo criollo. Para nuestro escritor, la Milicia Republicana era:

> Un cuerpo de civiles armados, la mayoría jóvenes de clase alta, subvencionados por capitalistas y por el Gobierno sedicente constitucional, con el objeto de "impedir revueltas del ejército o 'tomas' de la Moneda". Este movimiento es acéfalo, carece de etiquetas pintorescas o llamativas y se define simplemente en el deseo de que no se repitan revueltas tan vergonzosas como la de Talcahuano o tan peligrosas como la de Dávila[41].

Para nuestro escritor, la impopularidad de este grupo "apolítico" residía en el origen de clase de la mayoría de sus miembros, muy poco popular en tiempos de "populachería" como los de entonces. Ahora su impulso inicial se había apagado.

El nacismo local, pese a que tenía ideales, buenas intenciones y entusiasmo, era un experimento inadaptable a la tierra chilena:

> Su carácter de imitación deshace básicamente el ideal de chilenidad, que, en Alemania, es netamente nacionalista. El serlo allá destruye por lógica la posibilidad de serlo aquí. Además, creemos difícil, por experiencia de la psicología de las masas, que un régimen en la etapa de éxito, o triunfo, en otra tierra, pueda triunfar aquí, sin pasar por las etapas invariables y necesarias a que los verdaderos caudillos llevan a su partido[42].

[41] Edwards Bello, "Milicia republicana, nacismo y aprismo", pp. 145-146. Edwards Bello se refiere en esta parte a las revueltas periódicas acontecidas en la breve etapa de inestabilidad política (1931-1932), posterior a la "dictadura de Ibáñez (1927-1931), en que se sucedieron varios golpes de Estado incruentos y el intento de fundar una "República socialista". Sobre la milicia, véase Valdivia, *Las milicias republicanas*.

[42] Edwards Bello, "Milicia republicana, nacismo y aprismo," p. 147.

A su entender, el fascismo y el nacismo no se podían implantar de golpe en América, faltaba, en sus propias palabras, el "sacrificio del héroe", lo épico de la lucha y las inevitables mistificaciones teatrales que habían caracterizado a Hitler y Mussolini. Nótese que no rechazaba los aspectos antidemocráticos de estas opciones políticas, ni siquiera de la Milicia, solo se pronunciaba opinando por la poca factibilidad que tenían como recetas para aplicarlas en Chile. Por ello solo la chilenidad, la americanidad, el "ñequismo", eran recetas posibles de aplicar:

> La necesidad de un ideal, de un partido de jóvenes es inevitable […]. La carencia de un caudillo aterró nuestros planes desde 1927. Si lográramos juntar en gavilla las voluntades de milicianos, nacistas, trabajadores intelectuales y manuales bajo una cabeza tan bien organizada como lo es la de Haya de la Torre en Perú, entonces podríamos creer en la salvación[43].

Para nuestro autor, Haya era el "mayor caudillo iberoamericano continentalista". Esto porque el APRA avanzaba no con bandera peruana sino continental. Si Paraguay y Bolivia fueran apristas en ese momento, sostenía Edwards, la Guerra del Chaco no se hubiese producido. Lo mismo acontecería con los conflictos entre Chile y Argentina. En 1925, un conflicto entre Perú y Chile lo había resuelto el caudillo Ibáñez por las opiniones que le dieron en ese entonces los "pichones del aprismo", chilenos como Gabriela Mistral, Paulino Alfonso y Vicuña Fuentes. Además, reproducía los cinco puntos del programa mínimo diseñado por Haya para la revolución continental[44].

Para Edwards los llamados a cumplir con este proyecto político continental eran los jóvenes, una idea bastante común en la América Latina de entonces[45]. Eran éstos, los que no tenían intereses económicos, quienes debían converger en la base social del proyecto "hayista": la formación de un "frente de trabajadores manuales e intelectuales".

[43] Edwards Bello, "Milicia republicana, nacismo y aprismo," p. 148.

[44] Los cinco puntos del APRA eran: 1.- Acción contra el imperialismo yanqui; 2.- Por la unidad política de América Ibérica; 3.- Por la nacionalización de tierras e industrias; 4.- Por la internacionalización del Canal de Panamá, y 5.- Por la solidaridad con todos los pueblos y clases oprimidos. Edwards Bello, "Milicia republicana, p. 149.

[45] Hemos trabajado esta idea de la supremacía de la juventud en los proyectos políticos durante el siglo XX, en Moraga Valle, "Ser joven y no ser revolucionario".

El penúltimo ensayo de Edwards Bello, "Escritores, césares y criollos", es un texto en el que, por una parte, hace su profesión de fe y, por el otro, un balance entre el intelectual y el político que en su ser se debatían:

> Actualmente, detesto la idea de volverme todo espíritu o sombra de mí mismo; creo, con Giordano Bruno, que cuerpo y espíritu son la misma cosa y quisiera hacer el maridaje de ambas fuerzas respetando, en primer lugar, la materia, de la cual el alma es el flúido [*sic*]. Por este mismo orden de ideas, aliento la certeza de que nuestro espíritu inmortal no se marcha al otro mundo (al cielo) solamente en el instante de la muerte si no en cada segundo, en cada día. Desde luego, en el momento de morir es cuando menos cantidad de alma podemos entregar[46].

Desde luego, las ideas tanto de Dios como de la religión que sustentaba eran las de su espíritu *outsider*, como lo eran las de la vida. Concebía al hombre, en tanto animal político, como un aventurero que inventaba pretextos, de entre los cuales se distinguían la política y el amor. Es ésta una concepción heroica de la vida —que más adelante se encargará de aclarar en sus fuentes—, este impulso por la aventura hacía que sólo resplandecieran algunos y los otros se transformaran en simples bandidos o gángsters: remedos de héroes, oscuros, taciturnos, solitarios.

> En estas condiciones, la literatura, por sí sola, cuando se convierte en manía, sin encarnar esperanzas de acción y deseo de poder, es un medio apocado y cobarde. Cuando no prepara acción directa ni es trasunto de vida, se ofrece como el sacrificio morboso de sus oficiantes[47].

Para nuestro escritor eran tiempos de decadencia. No era casual esta visión del mundo que estaba unida a su conservadurismo político y, pese a sus poses, al aristocratismo proveniente de su cuna. Su visión fue alimentada por lecturas de los principales historiadores y filósofos que se adscribían a ese pensamiento: Spengler, Spencer y Maurras, que hablaban del hombre como un animal de presa. Esta concepción del hombre era la que caracterizaba a los líderes de la época, como Lenin, Mussolini y Hitler. Edwards Bello resaltaba en ellos una característica básica que los unía: su

[46] Edwards Bello, "Escritores césares y caudillos", p. 152.
[47] Edwards Bello, "Escritores césares y caudillos", pp. 154-155.

carisma y su facilidad para alabar a las masas populares. Sin embargo, si esta táctica no era abandonada a tiempo, se podía fracasar en los proyectos políticos; el trampolín era siempre la demagogia, la mentira y la promesa. Por ello, los nacistas chilenos estaban destinados al fracaso si imitaban a los partidos europeos triunfantes.

Edwards consideraba al APRA muy cercano a los nacistas chilenos, fundamentalmente por su concepción de un nuevo Estado, pero a éstos les faltaba un elemento central: el líder carismático, dotado de ese "ángel" que le granjeaba una simpatía natural hacia sus seguidores. Esto, a contrapelo de las opiniones generales que relacionaban más al partido de Haya con el Partido Socialista de Chile de reciente formación[48].

Las razones de su admiración hacia Haya o por lo que él concebía como un elemento que los unía, era que consideraba al peruano más escritor que político:

> Haya de la Torre, el escritor que escalará el poder en Perú, y cuyo nombre tiene ya rúbricas de sangre, integra el talento de no imitar a ningún partido. Su trampolín social es el trágico indigenismo, o la peruanización del Perú; ideas que prometen arrasar la mafia de explotadores. El indigenismo, tal como lo ha planteado, podría ser una dosis de vulgaridad susceptible de enmiendas en la hora triunfal. Por cuanto no se trata de ser más indígenas, sino de hispanizar a los indios en el sentido clásico y humano[49].

Hay dos elementos muy importantes que Edwards percibe en el indoamericanismo hayista que lo liga con sus fuentes. Primero, la fuerte —y ahora más explícita— ligazón con el pensamiento mariateguiano: peruanizar el Perú como una propuesta de construir una nación desde el punto de vista cultural. Segundo, las raíces vasconcelistas del pensamiento de Haya

[48] Aunque semejantes a los nacistas en algunos elementos, los apristas peruanos mantuvieron relaciones más fuertes con los socialistas chilenos, muchas más personales que políticas. Los exiliados apristas peruanos en Chile (el país con mayor cantidad de peruanos exiliados en la década de 1930, según Ricardo Melgar) parecen haber sido muy pragmáticos, al momento de sus alianzas políticas, es un hecho que el las propuestas del APRA lo ubicaron entre estos dos partidos en el cuadro político chileno. Aunque el estado de la investigación en estos aspectos es aún inicial para tener conclusiones definitivas. Hemos analizado la relación de los socialistas chilenos y los apristas en: Moraga Valle. "¿Un partido indoamericanista?"

[49] Edwards Bello, "Escritores césares y caudillos," p. 157.

y del aprismo en general. Nos referimos a ese proyecto "humanizador" de Vasconcelos frente a la Secretaría de Educación de México que pretendía enseñar al indígena y al campesino mexicano, mediante la lectura de libros clásicos que se repartían en las "misiones culturales", y cuyo puente (entre Vasconcelos y Edwards Bello) era la amiga mutua Gabriela Mistral.

Pero lo que más atraía a Edwards Bello de la personalidad de Haya era su capacidad como dirigente populista; tenía, escribió, "el perfil aguileño y la mandíbula del conductor de hombres" que hacía que las masas prorrumpieran en "aclamaciones torrenciales" y "éxtasis colectivos", acontecimientos que no se presentaban en Chile con ningún personaje. Como ya hemos visto, reconocía en el líder no a un político, sino a un escritor que él mismo quisiera haber imitado y seguido en un camino similar, sin dejar que sus ideas originales fueran imitadas y vendidas por los "gángsters de la política". Sus palabras dejaban ver un inconformismo consigo mismo y su carrera, así como un miedo a no pasar a la posteridad como un escritor reconocido (esto hasta antes de recibir los dos premios nacionales con los que fue galardonado y que le posibilitaron una pensión decente para su vejez). Así, el haber iniciado una carrera política, aunque modesta, le hubiera granjeado algún provecho material; la historia demostraba cómo los escritores habían sido barridos o fagocitados por los políticos: Nitti o Giolitti habían sido triturados por Mussolini, el mismo Vasconcelos por Calles. "El idealismo sin garras no lleva siquiera al ideal, y más vale conocer la brutalidad humana y aprovecharla[…]. El arte por el arte es entretenimiento de los feminoides", sentenciaba.

En seguida, comparaba a los escritores latinoamericanos y chilenos (indirectamente a él mismo) con los grandes novelistas y poetas europeos del momento: Tomas Mann, Marcel Proust, D. H. Lawrence o Aldous Huxley. Todos escritores contemporáneos, pero disímiles, que iban de la marginalidad al homosexualismo; demócratas, utópicos o anarquistas; sin embargo, en sus obras tenían un elemento en común, reflexionaban en torno a las consecuencias de la industrialización y la modernización occidental.

En este balance, cargado de cierto racismo, el medio literario chileno estaba perdido, los escritores locales estaban condenados por la ciencia europea que planteaba la "irritación del mestizaje", por la cual los tipos criollo y el colonial estaban incapacitados para la creación. Edwards Bello sostenía que sólo Alonso de Ercilla, autor del poema épico *La Araucana* (s. XVI), y Vicente Pérez Rosales habían sido grandes escritores. El latinoame-

ricano era incapaz de igualar la creatividad de Proust, Spengler o Keyserling. En estas líneas, nuestro escritor no dejaba de expresar un cierto inconformismo consigo mismo, un malestar a esas alturas de su vida como escritor y periodista, por no haber sido "hombre de acción". Algunos de estos juicios se cuelan en ciertas frases lapidarias, como: "Si fuera librero y editor, alzaría gozosa hoguera con la tercera parte de mis libros"[50].

La idea anterior respondía al conocimiento que Edward tenía sobre muchos grandes líderes, incluso contemporáneos, que habían iniciado su vida pública como escritores: Napoleón, Fouché, Robespierre, Disraeli e incluso Mussolini. Todos habían abandonado a tiempo el "terreno de las iniciativas platónicas" para tomar en sus manos "realizaciones prácticas". No obstante, este origen hacía que la política corriera permanentemente el riesgo de "aliteratarse" (un neologismo que inventó para denotar el "enviciarse de literatura") y dejar las realizaciones prácticas para abandonarse a los instintos primigenios de "sus propulsores, o ideólogos, [que] son incapaces de llevar el manejo a causa de su estilo soberbio, de minorías, y a una falsa dignidad que les impide comunicarse con el vulgo". Tal concepción atravesaba espacialmente a la generación de 1898, a Vasconcelos y a los mediocres que lo suplantaron. Pero, para Edwards, la mayoría de los "directores del mundo" eran semi-escritores: Clemenceau, Barthou, Poincaré, Lenin, Mussolini, Hitler, Trotski, Azaña, Alcalá Zamora, Lloyd George. De todos, no ocultaba su admiración por el *Duce*.

En consecuencia, ¿qué le quedaba a los escritores latinoamericanos para destacarse e influir en sus sociedades? La respuesta parece ser seguir la estela de los peruanos, que habían destacado por seguir el llamado a la "consciencia civil" que había hecho el APRA:

> ¿Por qué no aspirar a la función social directa? No somos ciegos para no haber sorprendido el secreto de la popularidad de algunos burócratas, consistente en el prestigio que despiertan en esta vida social de apariencias por su solo títulos, el que les otorga el derecho de reclamar como nuevas aquellas ideas que convienen a su acomodo circunstancial[51].

Como puede verse, los motivos iniciales de Edwards Bello para que los intelectuales o, mejor dicho, los escritores participen en política son

[50] Edwards Bello, "Escritores césares y caudillos," p. 157.
[51] Edwards Bello, "Escritores césares y caudillos," p. 168.

más concretos que el ideal de la "república de los sabios", que caracterizó al arielismo de principios de siglo. Hay en nuestro escritor un ideario más pragmático (sin dejar de ser aristocratizante), más desencantado del mundo, una cierta motivación iniciada sólo en la supervivencia, un llamado a sus pares a no inhibirse en el momento de la acción, si no, "los Vasconcelos serán invariablemente derrotados por los Calles".

El último artículo de *El nacionalismo continental*, "Quintralismo y carrerismo", alude a dos tipos de personajes típicamente chilenos y que están inscritos en la leyenda social: Catalina de los Ríos y Lisperguer, "la Quintrala", y José Miguel Carrera. La primera, una rica hacendada del siglo XVII, cruel y sádica, se caracterizaba por eliminar a sus amantes entre muchos otros excesos que le permitía su posición social. El segundo, caudillo militar liberal y uno de los independentistas más radicales, se caracterizó por su personalismo y por atacar duramente a los sectores más conservadores de la sociedad chilena que vacilaban entre apoyar al rey de España o a los independentistas chilenos. Pero, en el tiempo que se mantuvo en el poder, Carrera fundó instituciones modernas como el Instituto Nacional, la Biblioteca Nacional y *La Aurora de Chile*, el primer periódico de ese país.

En estas páginas, Edwards se dedica a defender la obra del "bisabuelo de piedra", del constitucionalista Juan Egaña y la de otros personajes conservadores de menor rango como el polémico ministro Diego Portales. En el juicio a este último está siguiendo, por supuesto, a su pariente Alberto Edwards, quien dedicó su obra más conocida a hacer un panegírico del ministro más represor del siglo XIX. El origen de esta filiación está en la defensa que el ministro había hecho de Andrés Bello, como escritor y creador de una obra científica y cultural influyente y por su habilidad para ejercer el poder intelectual sin que los que detentaban el político se sintieran menoscabados:

> Bello logró dominar en su época al quintralismo, la crueldad social, y al carrerismo, esto es, a los caudillos para quienes el país constituye su latifundio y que lo aman a condición de ser amos autocráticos, o ansían su ruina si otro amo se les sobrepone. Solamente hombres coloniales, médicos expertos en males de mestizaje, pudieron ser capaces de vencer las dos fiebres iberoamericanas: quintralismo y carrerismo[52].

[52] Edwards Bello, "Quintralismo y carrerismo", p. 179.

Nuevamente, aparece el Edwards Bello conservador y admirador de la Colonia. Su valoración de los personajes más relevantes del siglo XIX sólo considera a los intelectuales y políticos adscritos a esa corriente, en la que incluye a algunos presidentes como Manuel Bulnes (1840-1850) y Manuel Montt (1850-1860). Además, sus juicios acerca del mestizaje lo ponen en contra de las interpretaciones más progresistas de la época, que valoraban la mezcla racial como algo propiamente continental[53]. De la misma manera, su juicio negativo de personajes como José Miguel Carrera o la omisión de otros políticos e intelectuales liberales, lo ubica indiscutiblemente en el bando conservador que remata con la siguiente sentencia:

> Resurrección y conservación del tipo colonial, fuste y piedra angulas de nuestra existencia, se imponen. Sólo así se robustecerá al pueblo, no por vías legales, cual pretende la caridad feminoide, sino por el rigor: la limpieza; el salario, compartido con la esposa; la obligación hacia el hijo; le extirpación del alimento alcohólico; la vestimenta decente impuesta. En lo misterioso y subconsciente no hay un chileno saludable que no ansíe conservar ese fuste colonial o riqueza fisiológica, heredada de lo mejor de España[54].

Ello lo ejemplificaba con la ciudad de Talca, famosa por su conservadurismo cultural y la separación de clases sociales que practicaba su elite, los que explicaba como "formas destinadas a perpetuar el tipo biológico superior". Así como valoraba la división de clases, sostenía que el objeto de las revoluciones era el nacimiento de un nuevo ideal o fe; en esto igualaba a Mussolini, Lenin, Hitler y Haya de la Torre.

En la misma línea, terminaba este último artículo queriendo rescatar los productos de la cultura chilena: "Frutos del árbol chileno son el roto, el pije, el ejército, el nacismo, el socialismo, la milicia, el pechoñismo, el deporte, la prostitución. ¿No sería mejor pasear una mirada comprensiva y de conjunto sobre ese mar de valores?"[55]

[53] Autores como Eduardo Devés han acuñado el concepto de "mestizofilia" para referirse a ese "pensamiento latinoamericano", que valora la mezcla de las razas española e indígena como algo propio latinoamericano y el elemento que le da sustento a su particularidad continental. Devés, *El pensamiento latinoamericano,* pp. 109-129.

[54] Edwards Bello, "Quintralismo y carrerismo", pág. 179.

[55] Edwards Bello, "Quintralismo y carrerismo", p. 182. "Pechoño", chilenismo que alude a las costumbres conservadoras y católicas de la elite chilena.

De nueva cuenta, lo polémico quizá no lo constituye lo que cita, sino cómo construye los conjuntos y las valoraciones que hace de sus elementos. Poner al nacismo chileno y al socialismo no era algo extraño en la época en que en el socialismo chileno no habían ganado la hegemonía sus corrientes fundamentales ligadas al marxismo; pero ordenar en un mismo nivel nacismo, socialismo, ejército y milicias era juntar elementos disímiles y hasta confrontados. Lo mismo ocurre al valorar la prostitución como "propia de los países espirituales, prósperos y de garra"; estas palabras estaban reñidas con su propio afán moralizador.

CONCLUSIONES

Hemos analizado la obra de uno de los escritores más polémicos y rechazados de Chile. *El nacionalismo continental*, al contrario de su obra literaria, parece no haber tenido la amabilidad de ser considerado por la crítica o la intelectualidad de la época. La posición política, social y cultural desde la que escribe es la de un auténtico hombre fuera del sistema, un francotirador que dispara desde la soledad y que defiende, con desparpajo, su punto de vista hasta el final. Polémico, ecléctico, lejos de las heterodoxias de cualquier tipo, tanto *El nacionalismo continental* como su autor, interpelan los lugares comunes de la cultura chilena con una mirada oblicua y distinta.

Al contrario de otros miembros de su ilustre clan, Joaquín Edwards Bello rechazó la herencia cultural anglosajona y rescató la española. Reinterpretó la egregia figura de su "bisabuelo de piedra" y su defensa de la herencia cultural hispana a través de la lengua, de la que asumió, incluso, sus consecuencias políticas. Es más, *El nacionalismo continental* puede ser leído como la continuación —en la primera parte del siglo XX— de la propuesta cultural y política de su ilustre antecesor, que estableció un puente entre el pasado medieval hispano y el deber ser de la cultura hispanoamericana del siglo XIX, frente a la Independencia y a la formación de las nuevas repúblicas. Por ello, es que no se puede entender esta obra de Joaquín Edwards Bello, sin tener una idea general de la obra de Andrés Bello en esta parte tan polémica: las opciones políticas del ilustre intelectual decimonónico.

Su propuesta de un nacionalismo continental descansaba fundamentalmente en el arte y la cultura, pero no negaba lo comercial y económico.

Una suerte de rareza en el mundo excesivamente "humanista" y "espiritualista" del medio intelectual latinoamericano, acostumbrado a los mensajes rodonianos. De todos modos, Edwards Bello tampoco niega estos elementos. Lo que hace es invertir la mirada desde donde aborda esos temas tan presentes en la literatura y el ensayo latinoamericano de la época.

Por ese mismo eclecticismo y esa heterodoxia, es que este trabajo fue admirado o rescatado por personajes como Gabriela Mistral, otra desterrada del medio intelectual chileno, en constante conflicto con el *stablishment* académico y la cultural local. Mistral, de una compleja evolución intelectual, fue desde una cercana adscripción a las ideas "racialistas" de Vasconcelos y su heredero político, Víctor Raúl Haya de la Torre, hasta partícipe del indianismo de ambos. Edwards Bello, en cambio, se adscribió más a la última etapa del vasconcelismo, aquella de un hispanismo aristocratizante y neoconservador, admirador de fórmulas políticas autoritarias como el nazismo y el fascismo. Nuestro escritor se inscribe en esta corriente en un momento en que no había estallado la Guerra Civil española ni la primera Guerra Mundial, por lo tanto, estas expresiones políticas no desplegaban totalmente todo su potencial autoritario, bélico y genocida. Tampoco el Movimiento Nacional Socialista (MNS) local se había comprometido en un golpe de Estado como lo haría cuatro años después de la publicación de *El nacionalismo continental*, en 1938, aventura política que significó su desarticulación como movimiento y su desaparición de la escena política chilena.

Pero no podemos concluir, para ser fieles al lado polémico de nuestro autor, que *El nacionalismo continental* sea una obra latinoamericanista. Es una obra imperialista, que da vuelta o cambia el signo del imperialismo económico y militar de los países anglosajones, por un imperialismo cultural latinoamericano, pero donde el liderazgo chileno debía ocupar un papel central. Chile es, directa o indirectamente, en cada uno de los artículos que componen este ensayo, el motivo central de sus preocupaciones. El de Edwards Bello es un antiimperialismo nacionalista que se torna imperialismo cultural hispanista y neoconservador.

En el momento de elegir, cultural y políticamente, nuestro escritor se inclina por una América hispana, aunque a lo largo de su análisis vacila entre diversos conceptos como *Íbero*, *Latino* o *Hispanoamérica*. No obstante, Edwards Bello no acepta la "indianidad" que tanto atraía a Mistral y Haya y cuando lo hace, no sin antes demostrarse furibundo civilizador, inventa un neologismo: "indomediterránea". Así, el hilo central, por el

cual discurre este ensayo es el rescate del significado de la nación chilena inmersa en el problema de resolver la herencia cultural hispana, tanto para la propia y pequeña nación como para la nación continental.

Todas estas concepciones y opciones políticas hicieron de nuestro escritor una *rara avis* en un mundo donde la gran mayoría de los escritores participaron de la política formal y muchos, especialmente los más conocidos, desde la trinchera del antifascismo. Las apuestas políticas, tan lejanas al marcado clasismo e ideologismo del sistema de partidos políticos chileno, que se construía precisamente en el momento en que Edwards escribe *El nacionalismo*, hicieron que este libro pasara desapercibido durante tantos años. En definitiva, *El nacionalismo continental* es una obra olvidada por su heterodoxia interpretativa, la polémica actitud de su autor o su eclecticismo cultural, histórico y político.

PREMIOS Y OBRAS DE JOAQUÍN EDWARDS BELLO

Premios

Premio Atenea de la Universidad de Concepción (1932).
Premio Marcial Martínez (1934).
Premio Nacional de Literatura (1943).
Premio Nacional de Periodismo (1959).
Condecoración "Hijo Ilustre de Valparaíso" (1958).

Obras

El inútil (Santiago, Imprenta y Litografía Universo, 1911).
El monstruo: novela de costumbres chilenas (Imprenta La Ilustración).
El roto (Santiago, Editorial Chilena, 1920).
La muerte de Vanderbilt (Cóndor, 1922).
Crónicas (Santiago, Zig-Zag, 1924).
El nacionalismo continental (Madrid, Imp. G. Hernández y Galo Sáez, 1925; ampliada con 2ª y 3ª partes, Santiago, Ediciones Ercilla, 1935).
El chileno en Madrid (Santiago, Nascimento, 1928).
Cap Polonio (La novela nueva, 1929).
Valparaíso, la ciudad del viento (Santiago, Nascimento, 1931).
Criollos en París (Santiago, Nascimento, 1933).
La chica del Crillón (Santiago, Ercilla, 1935).

BIBLIOGRAFÍA

Cavieres, Eduardo
Comercio chileno y comerciantes ingleses, 1820-1880. Un ciclo de historia económica, Santiago, Universitaria, 1999.
Cerda, Martín
"Valparaíso a la vista", en *Valparaíso, ciudad del viento*, Valparaíso, Editorial Universitaria, 1989.
Devés, Eduardo
El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernidad y la identidad, tomo I "Del *Ariel* de Rodó a la CEPAL, (1900-1950)", Buenos Aires, Editorial Biblos-Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 1999.
Edwards Bello, Joaquín
Don Eliodoro Yáñez, La Nación *y otros ensayos: los hombres novelables*, Santiago, Ercilla, 1934.
——, "América vasalla", en Edwards Bello, 1935.
——, "¿Es el norteamericano superior al iberoamericano?", en Edwards Bello, 1935.
——, "Mensaje de Haya de la Torre a Joaquín Edwards Bello", Londres 23 de mayo de 1926, en Edwards Bello, 1935.
——, *El nacionalismo continental*, Santiago, Ercilla, 1935.
——, "Qué piensan de nosotros en Europa", en Edwards Bello, 1935.
——, "1800-1834", en Edwards Bello, 1935.
——,"Alberto Edwards, la imaginación y este gran pueblo en medio de todo", en Edwards Bello, 1943.
——, *La Nación*, Santiago, Marzo de 1943.
——, "Encina: historiador estratega, *La Patria*, Santiago, 31 de enero de 1974.
Edwards Vives, Alberto
Bosquejo histórico de los partidos políticos chilenos, Santiago, 1903.
Edwards, Jorge
El inútil de la familia, Santiago, Ed. Sudamericana, 2004.
Jaksic, Iván
Andrés Bello, la pasión por el orden, Santiago, Universitaria, 2001.

Lennon Zaninovi, Maureen
"El *revival* de Joaquín Edwards Bello", (reseña de *El inútil de la familia*, de Jorge Edwards), *El Mercurio*, Santiago, domingo 14 de noviembre de 2004.
Mariategui, José Carlos
"Aniversario y balance", en *Ideología y política. Mariategui total,* Vol. I, Lima, Empresa Editora Amauta. 1994.
Mistral, Gabriela
"Prólogo", en Edwards Bello, *El nacionalismo continental*, Santiago, Ercilla, 1935.
Moraga Valle, Fabio
Ciencia, Historia y razón política. El positivismo en Chile, (tesis de doctorado), México, El Colegio de México, 2006.
——, "Ser joven y no ser revolucionario. La juventud y el movimiento estudiantil durante la Unidad Popular", en Zapata, 2006.
——, *"Muchachos casi silvestres". La Federación de Estudiantes y el movimiento estudiantil chileno, 1906-1936*, Santiago, Universidad de Chile, 2007.
——, "Alberto Edwards Vives y *La Fronda Aristocrática en Chile*. Nacionalismo, vitalismo y decadentismo en la historiografía chilena", en Weinberg, 2009.
——, "¿Un partido indoamericanista en Chile? La nueva acción pública y el partido aprista peruano 1931-1933", ponencia presentada en el 53 Congreso de Americanistas, México, julio de 2009.
Sánchez, Luis Alberto
Visto y vivido en Chile. Bitácora chilena, 1930-1970, Lima, Editoriales Unidas, 1975.
Valdivia, Verónica
Las milicias republicanas, los civiles en armas, Santiago, DIBAM, 1993.
Weinberg, Liliana (comp.)
Estrategias del pensar: ensayo y prosa de ideas en América Latina, siglo XX, México, CCYDEL-UNAM, 2009.
Zapata, Francisco (comp.)
Frágiles suturas. Chile a 30 años del gobierno de Salvador Allende, México, El Colegio de México, 2006.

IX
CON EL OJO IZQUIERDO. MIRANDO A BOLIVIA, DE MANUEL SEOANE. VIAJE Y DERIVA LATINOAMERICANA EN LA GÉNESIS DEL ANTIIMPERIALISMO APRISTA

CON EL OJO IZQUIERDO. MIRANDO A BOLIVIA, DE MANUEL SEOANE. VIAJE Y DERIVA LATINOAMERICANA EN LA GÉNESIS DEL ANTIIMPERIALISMO APRISTA

Martín Bergel

I

La década de 1920 fue en América Latina grávida en iniciativas que buscaron captar la extendida sensibilidad antiimperialista, que ocupaba una porción considerable de la opinión pública del continente. Ya desde comienzos de siglo, numerosas voces, provenientes sobre todo de la comunidad de literatos enrolados en el llamado modernismo literario, se encargaron de alertar acerca de los peligros contenidos en la nueva voluntad de poder de Estados Unidos sobre la región, en un movimiento de ideas que, en la síntesis ya clásica ofrecida por Óscar Terán, mereció el nombre de "primer antiimperialismo latinoamericano"[1]. Esos impulsos se prolongaron y multiplicaron luego del acontecimiento de la Reforma universitaria de 1918, dinamizador de un proceso en el cual la percepción del fenómeno imperialista, alimentada desde variados ángulos por una miríada de intelectuales y espacios de enunciación, se expandió hasta transformarse en uno de los datos más reconocibles de la cultura política del periodo. Fue así que, hacia mediados de esos años veinte, casi coincidentemente nacieron entidades que procuraron dar a ese humor cauce organizativo. La Unión Latinoamericana (ULA), liderada por José Ingenieros y Alfredo Palacios desde Argentina; la Liga Antiimperialista de las Américas (LADLA), con asiento principal en México; la Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos (AGELA), surgida en París; la Unión Centro Sud Americana y de las Antillas (UCSAYA), conformada en tierra mexicana por exiliados latinoamericanos, y la también argentina

[1] Terán, "El primer antiimperialismo".

Alianza Continental —un desprendimiento de la ULA—, fueron algunas de las más caracterizadas expresiones de esa tendencia[2]. De esa familia de organizaciones, fue a la postre, indudablemente, la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) la que alcanzó más acusada impronta en la historia y la cultura política del continente.

Que ello haya sucedido así no se explica meramente por el éxito con que el APRA logró aclimatar en el Perú, luego de 1930, su inicial apuesta por constituirse en una suerte de internacional americana, hasta transformarse en el principal partido político de la historia contemporánea de ese país. El modo y la extensión en que su influjo coloreó y contaminó numerosas expresiones político-culturales del continente, se explican ya por rasgos que singularizaron su empresa desde sus primeras manifestaciones en los años veinte. Este artículo ensaya una aproximación a esos primeros momentos del APRA. Lo hace de un modo oblicuo y distante respecto a las consideraciones habituales que lo tienen por objeto, y ello en dos sentidos diferentes. Por un lado, frente a la mayoría de visiones que pesan sobre el APRA, tendientes a achatar su historia y a no distinguir adecuadamente las diversas estaciones que tramaron su evolución política e ideológica (por caso, proyectando en ocasiones sobre su trayectoria temprana rasgos que sólo alcanzaron a delinearse con nitidez posteriormente; por ejemplo, aquellos que le valieron ser encuadrado dentro de los cánones del fenómeno populista), aquí se propone una mirada sobre la etapa inicial de su recorrido que logre capturar características de su constitución *in progress*[3]. Por otro lado, esa indagación no se lleva a cabo, como es común, poniendo el foco en el líder indiscutido del APRA, Víctor Raúl Haya de la Torre, sino en una figura igualmente sobresaliente: la de Manuel Seoane, quien fuera hasta su muerte, en 1963, reconocida segunda personalidad en importancia dentro de la jerarquía aprista. Esta apertura no busca negar, bajo ningún aspecto, el rol crucial que le cupo a Haya en la conformación y

[2] Conocemos la historia de estas organizaciones a partir de importantes investigaciones de reciente factura: sobre la LADLA: Kersffeld, *La recepción del marxismo en América Latina* y Melgar Bao, "The Anti-Imperialist League"; sobre la ULA: Pita, *La Unión Latinoamericana* (en esta obra se dedica también un capítulo a la Alianza Continental); sobre la UCSAYA: Melgar Bao, "Un neobolivarianismo antiimperialista". El perfil de la AGELA había sido ya explorado por Taracena Arriola, en "La Asociación General de Estudiantes".

[3] Un valioso estudio que busca precisar históricamente las etapas del pensamiento del líder aprista Víctor Raúl Haya de la Torre, puede encontrarse en Planas y Vallenas, "Haya de la Torre en su espacio y en su tiempo".

posterior deriva del APRA. Evidentemente, el jefe aprista fue tanto decisivo en la gestación de su organización, como también marcando el pulso de las iniciativas que ritmaron su itinerario. Pero un acercamiento a la etapa primigenia del APRA que contemple al conjunto de figuras que participaron de su conformación permite, tanto contribuir al discernimiento del perfil de algunas de ellas, como ponderar más integralmente los elementos que operaron en su emplazamiento como una fuerza de tan perdurable influjo. En efecto, sin tener en cuenta la actuación de jóvenes como Magda Portal, Carlos Manuel Cox, Antenor Orrego, Luis Heysen, Serafín Delmar, Eudocio Ravines, Esteban Pavletich y, ciertamente, Manuel Seoane, entre otros, no se alcanza a comprender cabalmente, tanto la inserción del APRA en diferentes puntos del continente, como, más en general, la singular red que, siguiendo a Haya, permitió darle vida. Sin esa red, sencillamente, la tentativa aprista difícilmente podría haber cobrado forma[4].

En relación con estas consideraciones iniciales, este artículo no busca interrogar la naturaleza del aprismo a través del clásico *El antiimperialismo y el APRA*, de Haya de la Torre, habitualmente considerado el principal documento doctrinario de este movimiento, sino que se propone desplazar esa lectura en favor de textos menos canónicos. En efecto, este trabajo pivotea en torno al primer libro de Seoane, *Con el ojo izquierdo. Mirando a Bolivia*, editado en 1926 desde su exilio en Buenos Aires, y que traduce la experiencia del viaje que realizara un año antes al país del Altiplano, en ocasión de la conmemoración oficial del centenario de su independencia. Esa elección parte de la idea de la productividad de una lectura de ese libro que, tanto en su contenido explícito como en lo que su propia factura revela, permite iluminar facetas no sólo de su autor, sino del cariz del antiimperialismo aprista que se hallaba entonces en gestación.

II

Manuel Alejandro Seoane Corrales (1900-1963) fue una de las más destacadas figuras de una generación de hombres y mujeres del Perú que al-

[4] Sólo recientemente han visto la luz una serie de estudios específicos sobre algunas de esas figuras. Cfr. Reedy, *Magda Portal*; García-Bryce, "Magda Portal"; *Manuel Seoane. Páginas escogidas*; *Antenor Orrego. Modernidad y culturas;* y Bergel, "Manuel Seoane y Luis Heysen".

canzó a sobresalir en toda América Latina. Como el del líder de esa constelación, Víctor Raúl Haya de la Torre, su nombre quedó indeleblemente asociado primero al movimiento reformista universitario y luego y sobre todo al APRA, en donde estuvo enrolado desde su fundación hasta el final de sus días. Pero, aunque llegó a ser candidato a vicepresidente por esa fuerza política en 1962, y hasta su fallecimiento fue una pieza clave en todas las iniciativas apristas al lado de Haya, el magnetismo y la voluntad de inquebrantable protagonismo de éste último —así como el brillo paralelo de José Carlos Mariategui, la otra personalidad estelar de esa generación—, tendieron a opacar su figura y a limitar lo que de él se conoce en la actualidad.

Sin embargo, a juzgar por varios testimonios, pocas muertes conmovieron tanto a la sociedad limeña como la de Manuel Seoane en 1963. Sus exequias, luego del traslado de sus restos a Lima desde Washington —ciudad donde residía en el momento en que se produce su deceso—, fueron acompañadas por una verdadera multitud, en una de las ceremonias fúnebres más populares de la historia peruana del siglo XX. Ello se explica no solamente porque las huestes apristas quisieran despedir a uno de sus padres fundadores, ni por las amplias simpatías —que desbordaban ciertamente las filiaciones partidarias— acumuladas por Seoane en su trayecto vital. El "Cachorro", como se lo conocía, provenía de una familia civilista (conservadora) de larga prosapia que, tanto por parte de madre como de padre, hundía sus raíces en los grupos patricios de la república criolla[5]. No sorprende entonces que en su formación haya transitado por las más tradicionales y selectas instituciones educativas de la capital peruana, en un rasgo compartido por sus hermanos. Uno de ellos, Edgardo, también alcanzaría notoriedad política al obtener la vicepresidencia de la nación, secundando a Fernando Belaúnde Terry, en el periodo de gobierno de la Acción Popular iniciado en 1963. En definitiva, los Seoane Corrales estaban profundamente arraigados en la sociedad limeña, y son también esos vínculos sociales —muy a menudo puestos en entredicho, por el total compromiso político de Manuel Seoane con un partido acostumbrado a las conspiraciones revolucionarias y a ser tenazmente perseguido— parte de las causas de su extendido radio de influencia[6].

[5] Chang–Rodríguez, "Presentación" a *Manuel Seoane. Páginas escogidas*, p. 28.

[6] El origen social de Seoane hace diferencia respecto a la mayoría de figuras de la generación fundadora del APRA, muchas de las cuales provenían de sectores medios o parcialmente acomodados, pero no de las elites tradicionales. Respecto a la conflictiva relación entre sus redes sociales de origen y su actividad política, resulta interesante el

Con todo, desde su ingreso en 1919 a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Manuel Seoane desarrolló un camino que habría de llevarlo pronto a posiciones antitéticas a las profesadas por sus círculos sociales de origen, y que lo llevaron a destacarse desde muy joven. Amigo de Haya desde fines de la década de 1910 (fue éste quien despertó en él las primeras inquietudes sociales)[7], para 1923 ya había sido elegido presidente de la Federación de Estudiantes del Perú al vencer precisamente al futuro líder del APRA en una reñida elección en la que había contado con el apoyo del estudiantado conservador. Enterado, sin embargo, de la detención de Haya a manos del régimen de Augusto B. Leguía, Seoane declina en su favor la presidencia, que reasume cuando el joven trujillano parte finalmente al exilio en octubre de ese año[8]. Ese gesto marcará la fidelidad que sostendrá con el fundador y figura central del APRA —más allá de alguna desavenencia pasajera— hasta el final de sus días.

Menos de un año después de ocurrido el destierro de Haya, una nueva ola represiva emprendida por el gobierno de Leguía obligó a Seoane —junto a otros varios jóvenes enrolados en la Universidad Popular González Prada, bastión del movimiento universitario peruano— a emprender el primero de los cinco prolongados exilios que le tocaron en suerte. Como para varios de sus compañeros que hemos mencionado, tal desarraigo trajo un saldo benéfico indirecto, traducido en una estela de vivencias y contactos que lo proyectarán como una figura intelectual y política de renombre continental.

Tras huir a Santiago de Chile, Seoane recala en Buenos Aires, donde rápidamente logra insertarse en la escena intelectual y política que recogía el impulso generado por el movimiento reformista universitario originado

sonado caso de su hermano Juan, también militante aprista, acusado de atentar contra el presidente Sánchez Cerro en marzo de 1932 (en un contexto en el que el APRA era objeto de una generalizada persecución). Apresado junto a José Melgar, Juan Seoane es encarcelado y rápidamente condenado a pena de muerte (allí es donde comienza la escritura de su célebre libro *Hombres y rejas*, en el que retrata su experiencia en prisión). Traemos a colación este episodio porque, a pesar del antiaprismo de los sectores mas encumbrados, en la decisión final de suspender la ejecución de los presuntos culpables debe haber pesado la presión de organizaciones tradicionales (tales como el Colegio de Abogados de Lima) o los pedidos de clemencia de algunas conocidas "damas" de la alta sociedad de la capital. Agradezco esta referencia a Javier Torres Seoane.

7 Sánchez, *Haya de la Torre o el político,* p. 68.

8 Cornejo Köster, "Crónica del movimiento estudiantil", reproducido en Portantiero, 1978. El texto de Cornejo Köster es de 1926.

en Córdoba, en 1918, especialmente en una de sus principales organizaciones: la Unión Latinoamericana (ULA), fundada por José Ingenieros y presidida por Alfredo Palacios. En esa entidad, que nucleaba a las figuras más prominentes de la "joven generación" antiimperialista y latinoamericanista, Seoane llegó a ser secretario general y director de su revista, el boletín *Renovación*[9]. Según Palacios, que lo consideraba "como un hermano menor", por su incansable labor se había constituido en "el alma de la Unión Latinoamericana"[10].

En esos años veinte, Seoane llegará a ser considerado por las juventudes latinoamericanas —que cultivaban entonces con notable intensidad un enorme cúmulo de contactos y redes a nivel trasnacional— una figura que reunía condiciones de líder del proceso de unificación continental que se anhelaba. Impulsor y principal sostén de la célula aprista de Buenos Aires, constituida formalmente en 1927, su capacidad oratoria y su dinamismo lo llevaron a ser incansable voz pública en actos y conferencias. A esas cualidades se sumaba una inclinación por la escritura y el ensayo de tinte político, que si resultaba ser un rasgo común para el conjunto de jóvenes peruanos en el exilio —alentados continuamente por Haya de la Torre a desplegar la literatura de propaganda por él cultivada—, en Seoane, que trabajaba como periodista en el popular diario *Crítica* de Buenos Aires, se verificaba con mayor naturalidad y profusión. Esas dotes le valdrían un generalizado reconocimiento y admiración[11].

9 Sobre la ULA y *Renovación* y, más específicamente, la labor de Seoane en ambas, véase: Pita, *La Unión Latinoamericana* y Bergel, "Manuel Seoane y Luis Heysen".

10 "Un mensaje de Alfredo Palacios," p. 9.

11 Mencionemos sólo un caso significativo: aún después de la sonada ruptura con Haya, en 1928, Mariategui continúa su relación epistolar con Seoane, a quien sabe aprista, pero de quien aprecia no sólo su talento intelectual y político, sino la ausencia del personalismo caudillista que le exaspera en el jefe del APRA. Su amiga Blanca Luz Brum, poetisa uruguaya que había vivido en Lima y que debe exiliarse en 1927 en Buenos Aires, podía transmitirle por carta, en 1928, un juicio sumamente favorable del joven aprista: "nunca he tenido más fe en nuestra lucha que ahora, con qué seguridad marchamos junto a ese capitán que lo reemplaza en tanto, y que es Seoane, él nos instruye, con su fe y su hombría, cada día aprendemos más". Poco antes de su muerte, y mientras preparaba su viaje a la Argentina, desde donde proyectaba seguir sacando su revista *Amauta*, Mariategui todavía confiaba en que la virulenta polémica con Haya no afectaría su relación con Seoane: "gran satisfacción me causan las noticias sobre Seoane —escribía entonces al artista plástico argentino José Malanca—, con quien yo también me prometo excelente camaradería en Buenos Aires" (ambas cartas en *Mariategui Total*, pp. 1961 y 2079). Según refiere Luis Alberto Sánchez, inclusive, sobre el final de su vida Mariategui envió con él

Esa fama rápidamente se contagió a otros países en los que un mismo lenguaje permitía rápidas complicidades y fluidos contactos entre los jóvenes universitarios. Así, en abril de 1925, un estudiante boliviano de la ciudad de Sucre, Julio Alvarado, enviaba a Seoane, a Buenos Aires, una carta que, por su elocuencia y el fervoroso anhelo unionista que transmitía, se da a publicar al boletín *Renovación*. La misiva comenzaba así:

> Compañero: hasta estas brumas andinas, donde la tiranía va desencadenando los rudos golpes de un salvajismo milenario, han llegado, confusos, los nombres de Víctor Raúl Haya de la Torre y de usted. Adalides de las fuerzas universitarias de su patria, se presentan ustedes ante la juventud de América con la aureola refulgente del sacrificio y del martirio [...]. Desde estos cielos, esclavos bajo un señorío de déspotas y de arlequines, quiero que llegue a ustedes la palabra convencida de una juventud que también sufre, que también lucha, de una juventud que está encerrada en medio de las inmensas montañas y enclaustrada en medio de inquisitoriales sistemas de poderío. Y que llegue a usted el abrazo fraterno de otros estudiantes que lo admiran, que lo acompañan con todos los ensueños de su espíritu, que lo reconocen como a exponente de generosa rebeldía. Acepte usted el homenaje de una muchachada que quiere ser libre y que lo será![12]

Según confía luego Seoane, es esta carta la que se encuentra en el origen del viaje que emprende en agosto de 1925 a Bolivia y que dará lugar posteriormente a la escritura de *Con el ojo izquierdo*[13]. Dedicado "al espíritu revolucionario de las muchachadas latinoamericanas" e introducido por una carta-prólogo a cargo de Alfredo Palacios, el libro se publica a comienzos de 1926. A poco de haber dejado contra su voluntad su Perú natal, el volumen ofrecía la confirmación de que en Manuel Seoane contaban

una carta para Seoane en la que denostaba al APRA y lo invitaba a dejarlo para unirse a sus huestes. Sánchez, *Haya de la Torre o el político*, p. 171.

12 Carta de Julio Alvarado a Manuel Seoane, 7 de abril de 1925, publicada en el boletín *Renovación*, año 3, no. 6, junio de 1925 (agradezco a Alexandra Pita la cesión de una copia del ejemplar de la revista en que se publica esta carta).

13 Escribe Seoane a Alvarado a comienzos de 1926: "En respuesta a su estupenda carta —que no recibí directamente y que publicó *Renovación*—, le envío estas breves líneas que traducen su efecto: mi viaje y mi libro" (la cita de esta carta se encuentra en la reseña de *Con el ojo izquierdo* que el mismo Alvarado publicó en la revista argentina *Córdoba* en su edición del 1 de abril de 1926).

las nuevas generaciones con una figura plenamente consustanciada con el empeño antiimperialista y latinoamericanista que concitaba entonces anchas adhesiones. Esa aparición en la escena pública del país, que había visto iniciarse el proceso de la Reforma universitaria, apadrinada, por lo demás, por uno de los indiscutidos "maestros" de las nuevas camadas de jóvenes del continente, auguraba al joven peruano una resonancia continental que, como en el caso de Haya, se confundiría con la del propio fenómeno del APRA entonces naciente[14]. Sobre ese momento inicial, acerca del cual *Con el ojo izquierdo* hecha luz, tratan las páginas que siguen.

III

Con el ojo izquierdo contiene dos relatos y dos registros de escritura superpuestos. En primer lugar, se trata de un libro que reproduce la experiencia de un viaje. En esa perspectiva, que se puede ver sobre todo en los capítulos iniciales, Seoane deja aflorar la primera persona y así permite al lector acompañar subjetivamente su travesía. De allí, por ejemplo, el comienzo por los cambios en el entorno geográfico que se producen a medida que el tren en el que se desplaza deja la Argentina y se interna en Bolivia, o las sensaciones que se producen en el autor al encontrarse con muestras vívidas de la realidad social de miseria y atraso del país mediterráneo.

El libro ofrece así una mirada interior a una de las prácticas culturales y políticas medulares de la generación de la reforma universitaria latinoamericana y, en especial, del núcleo que da origen al aprismo: la del *viaje proselitista*. Al menos desde comienzos del siglo XX, en efecto, América Latina es más que una idea que se expande al compás de la percepción de la

[14] La carta inicial de Palacios presentaba a Seoane como una figura clave de la nueva generación peruana, con la que había trabado especial relación a partir de las dos resonantes visitas que había realizado a Lima en 1919 y 1923 (la primera de ellas, según numerosas referencias, crucial por su impacto en la gestación del movimiento reformista universitario). De allí que, en ese elogio a Seoane, era toda la nueva generación peruana la que recibía la aprobación de esa figura tan ilustre: "Es Ud. Peruano. Y ese pueblo del Perú, en que se une al elemento hispánico de los conquistadores, el sedimento de la raza incaica, cuyo fondo es también el idealismo y un profundo sentimiento de comunidad, es de los más propicios para que en él germinen y triunfen los nuevos ideales y constituya un foco de irradiación cordial y orientadora que contribuya eficazmente a la unión y al despertar de nuestra América", Palacios, "Prólogo" p. 6.

amenaza imperialista norteamericana: es y se expresa, también, en un conjunto de prácticas, que resultan en un tejido constituyente de imaginario continental común. Dicho de otro modo, la idea de la unidad y el destino común del continente requirieron para propagarse de una serie de hechos fácticos —de prácticas— que, al llevar inscriptos en su propia naturaleza la dimensión trasnacional de la que eran soporte, contribuyeron a expandir el ideal latinoamericano. Esa *materialidad de la idea de América Latina* tuvo en efecto en el viaje americano uno de sus vehículos más importantes.

Si no la primera, sí la más célebre y significativa expresión de ese tipo de viaje fue la que llevó a cabo el escritor modernista y socialista argentino Manuel Ugarte por varios países del continente entre 1911 y 1913. Su autodenominada "campaña hispanoamericana", que, al decir de Beatriz Colombi, "inaugura la gira proselitista continental que imprime un nuevo sentido al viaje finisecular"[15], fue seguida por miles de personas y tuvo enorme repercusión precisamente por acompañar a la idea de la necesaria unidad latinoamericana de una dimensión práctica: la del viaje, que posibilitaba la presencia y la comunicación cara a cara de personalidades que representaban el ideal continental con un auditorio con el que empatizaban. Era en esa fricción producida en el acto del encuentro entre una figura carismática y una comunidad receptora, que lograba reforzarse el "nosotros" común que anudaba a intelectuales, estudiantes y a veces también obreros de distintas partes del continente. Si el viaje proselitista resultaba así eficaz en la producción de un registro simbólico, era por producir una escena que, al evocar una serie de sentimientos compartidos —el desprecio al imperialismo yanqui, el culto a figuras y temas del unionismo latinoamericano—, se constituía en un dispositivo de construcción de sentidos compartidos de comunidad[16].

Esa forma del viaje, presente ya en una porción del lote de escritores enrolados en el modernismo latinoamericano, se generaliza y adopta una postura más decididamente militante luego de la Reforma de 1918. Y, precisamente, si virtualmente todos los países del continente van a verse afectados por los efectos del proceso reformista —no hay universidad latinoamericana en la que los ecos del movimiento estudiantil no se haga sentir al menos en algún grado—, la resonancia y el prestigio que alcanzan

[15] Colombi, *Viaje intelectual*, p. 181.

[16] Hemos desarrollado esta perspectiva sobre el viaje proselitista en Bergel y Martínez Mazzola, "América Latina como práctica".

dentro de ese universo los jóvenes peruanos, se debe en buena medida al modo en que asumen la dimensión del viaje como modo de desarrollar el activismo del que hacen permanente gala. La movilidad y el carácter nomádico que el exilio les impone, y que ellos vivencian antes como una oportunidad que como un infortunio, es la variable fundamental que explica el lugar prominente que Haya de la Torre y sus compañeros ocupan en el escenario reformista latinoamericano de los años veinte[17].

El rédito que la secuencia de viajes y conferencias podía representar para quien se aprestara a comunicar en acto las ideas y valores que conmovían a la generación latinoamericana de los años veinte, había tenido, en el caso de los jóvenes peruanos, un significativo banco de prueba en el periplo que Haya de la Torre realizó en 1922 a través de los países del Cono Sur como resultado de un convenio realizado entre las federaciones universitarias del Perú y la Argentina[18]. El viaje resultó un verdadero éxito, y a raíz de ello Haya pudo medir la fortuna que podía depararle la asunción del rol de *leader latinoamericano* que las juventudes del continente parecían anhelar. En su vertiginoso raid de más de dos meses, el peruano visitó numerosos lugares de Argentina, Uruguay y Chile, y participó de una gran cantidad de actos y rituales —por caso, la visita a las tumbas de Rodó y del poeta Domingo Gómez Rojas, símbolo y mártir del movimiento estudiantil chileno—, en los que pudo comprobar el entusiasmo y la simpatía que podía suscitar a su paso. El caso más significativo lo obtuvo sin duda en el país trasandino, donde continuaba pesando el encono nacionalista entre chilenos y peruanos a raíz del conflicto territorial irresuelto legado por la Guerra del Pacifico. Allí, según podía referir el diario *El Mercurio* de Valparaíso, Haya de la Torre "ha 'operado el prodigio' de lanzar vítores al Perú en Chile"[19].

Esa experiencia, sin duda crucial para Haya (y sobre cuya importancia, tanto en los relatos biográficos que se le han dedicado, como en la historia de la génesis del APRA en tanto movimiento continental, no suele repararse), fue replicada con similar éxito más de un año después, cuando le tocara dejar el Perú esta vez involuntariamente. Es en el exilio de casi ocho años que lo lleva a atravesar innumerables ciudades de América y Europa, incluidas algunas de la Rusia soviética, que al calor de los contac-

17 Esta hipótesis ha sido presentada en Bergel, "Nomadismo proselitista".
18 "Convenio internacional de estudiantes peruano-argentino", pp. 25-26.
19 Citado en "Crónica del viaje de Haya de la Torre," p. 153.

tos y la resonancia que su odisea encuentra, se forja y se va moldeando la empresa aprista. Pero si ella alcanzó a ramificarse en muchos países —a través de células propias o de grupos o entidades en los que proyectó su influjo—, fue porque ese frenesí viajero que da tono a la experiencia del exilio de los jóvenes peruanos, se reprodujo en otras figuras de la primera generación aprista. El poema "Canto viajero", que la poetisa y futura figura de peso de la célula aprista mexicana, Magda Portal, escribe en el barco que la conduce a su destierro del Perú, en 1927, es una muestra de ese estado de ánimo:

> Yo hacia la vida
> como una ancha boca roja
> con mil voltios de locura proa feroz al futuro[20]

Todo ello permite encuadrar el tipo de disposición vital que hubo de propiciar el viaje de Manuel Seoane a Bolivia en 1925, y que se plasma en fragmentos de la narración que *Con el ojo izquierdo* ofrece. Ya en su comienzo, en el primer capítulo titulado transparentemente "Por qué fui a Bolivia", Seoane explicita ese *ethos* que lo embarga:

> Desde un punto de vista subjetivo, mi vida en Buenos Aires, la ciudad estridente y multánime, se desenvolvía monocorde y municipalmente. *Una nostalgia obsesionante de anteriores épocas de lucha se había venido apoderando de mi ánimo*. Es cierto que disfrutaba de afectos y de paz en la gran capital del Plata, pero *una diferente manera de concebir la acción me distanciaba espiritualmente de los amigos cotidianos y especialmente del gremio estudiantil* [...]. *Aquello me aburría* [...]. Aprecio más el dinamismo que la erudición. Creo que las grandes obras demandan impulsos calientes y exaltados y no la fría disección analizadora de los gabinetes. El academicismo es un lento suicidio del carácter [...]. Este cúmulo de circunstancias ha subalternizado el ambiente y la orientación del estudiantado del Plata. Ni culpo ni disculpo. Este descenso después del movimiento inicial que cumplió la vidente generación del ´18 obedece a muchos factores que no es del caso descubrir [...]. Diré, pues, para concluir, que la agitación ideológica es reducida en extensión aunque valiosa en calidad, pero que únicamente se vierte en el folleto, en el periódico o en la lírica declaración convencional. Al movimiento

[20] Reedy, p. 91.

> le falta hondura […]. De no adentrarse en la tierra, vale decir, penetrar en la masa, cualquier vendaval demagógico, de izquierda o de derecha, puede derribarlo fácilmente[21].

Por contraste a la vida demasiado apacible de Buenos Aires, Seoane elige ir a Bolivia, para atravesar así las "inmensas montañas" que mantienen encerrada a la juventud de ese país (según la imaginería geográfico-política de Alvarado que el peruano hará suya). El viaje de Seoane se justifica así ante el lector como el eslabón práctico capaz de unir aquello que está separado. La acción de la que el joven universitario se precia es doble y bidireccional. De un lado, su viva presencia quiere comunicar en acto y en palabra la existencia de una nueva fuerza que dice haber llegado para remover y purificar el continente: la tantas veces mentada "nueva generación americana". Seoane busca encontrar los núcleos vivos a partir de los cuales contribuir a dinamizar en Bolivia un proceso de renovación, que conecte con el movimiento de emancipación continental del que se siente parte. De otro lado, su viaje busca ser útil a la causa de dar a conocer al público latinoamericano la realidad de los "problemas bolivianos". Ese doble propósito de ida y vuelta aparece en el primer párrafo del texto:

> "Es usted el mensajero de la juventud de Bolivia", díjome Enrique Baldivieso, el presidente de la Federación Universitaria, cuando el tren me arrancaba de La Paz. "Cuente lo que haya visto que con eso basta", añadió, sintetizando en esa frase todo el dolor y la esperanza de una generación. Partió la locomotora y ví agitarse, trémulas, las manos de los obreros y estudiantes de Bolivia, como signos que saludan al porvenir…[22]

El contingente de obreros y estudiantes que acude a despedirlo, en el cual Seoane finca sus esperanzas, es el saldo que el viajero se lleva de su movimiento de ida: el de presentarse como la encarnación del espíritu nuevo que recorre y fecunda el continente. A diferencia del relato siempre autocelebratorio de Haya de la Torre, Seoane es escueto en cuanto a la narración de los eventuales éxitos en los momentos en

21 Seoane, *Con el ojo izquierdo*, pp. 16-18. Las cursivas son mías.
22 Seoane, *Con el ojo izquierdo*, p. 13.

que le toca tener actuación pública[23]. Por referencias que deja entrever, puede colegirse que tanto la conferencia que da en la Universidad de La Paz como, de manera más concluyente, la intervención que se le pide en el congreso en el cual se constituye una Confederación Nacional del Trabajo —donde, según muestra en uno de los apéndices del libro, le es concedido ser el "portavoz y representante de la primera entidad nacional obrera […] ante las organizaciones de todos los explotados de la República Argentina"—[24], concitan atención y generan efectos en sus res-

[23] Ese tono autocelebratorio podía respaldarse en las devoluciones encomiásticas de las que a menudo eran objeto los militantes apristas luego de sus presentaciones, conferencias y actos en las giras y viajes continentales. Citemos dos ciertamente elocuentes. En 1923, apenas desterrado por el gobierno de Leguía, Haya recala en Cuba, donde ayuda a Julio A. Mella, líder de los universitarios de ese país, a fundar la Universidad Popular José Martí, además de brindar varias alocuciones públicas. El retrato que hace Mella de esa visita pone de manifiesto la conmoción que supo causar: "Pasó entre nosotros, rápido y luminoso, como un cóndor de fuego marchando hacia los cielos infinitos. En su breve estancia se nos presentó; ora como un Mirabeau demoledor con la fuerza de su verbo de las eternas tiranías que el hombre sostiene sobre el hermano hombre, ora como el Mesías de una Buena Nueva que dice la palabra mágica de esperanza […]. Cuando se le sentía, más que cuando se le veía en la tribuna, se tenía la sensación de algo misterioso vagando por el ambiente, subyugaba y dominaba de tal forma el auditorio, que éste semejaba mansos cachorros de león cumpliendo las órdenes del domador, hacía reír, llorar, pensar, temer, toda la gama del sentimiento la recorría con magistral exquisitez. Es el arquetipo de la juventud americana, es un sueño de Rodó hecho realidad, es Ariel" (Mella, "Haya de la Torre"). Seis años después, la gira centroamericana de Magda Portal permite que un periodista puertorriqueño eleve consideraciones semejantes ante el paso de la poetisa: "Pocas veces, espíritus tan recios como el de esta mujer que encarna el tipo perfecto de la mujer del porvenir, han pasado por nuestros centros culturales en sujeción al noble apostolado de una idea o de una doctrina social, sembrando en el surco recién abierto de la juventud inquisitiva, el germen de un nuevo sentir, de un nuevo pensar y de un nuevo hacer. Porque Magda Portal, más que una poetisa del arte revolucionario, más que una ensayista vertebrada, más que un temperamento en tensión emotiva, es una fuerza en acción, un hontanar trémulo de dinamismo, un metal líquido en fusión continua". Cit. en García-Bryce, p. 1.

[24] Seoane, *Con el ojo izquierdo,* p. 157. Según se señala al inicio del libro, Seoane viaja a Bolivia en calidad de representante no sólo de los estudiantes peruanos, sino también "de la Federación Universitaria de La Plata y de distintos centros estudiantiles de la Argentina" (p. 15). Con ello replicaba lo realizado por Haya en su viaje de 1922, cuando en su visita a Chile llevara, a modo de estandarte, el saludo oficial de las juventudes universitarias del Uruguay y Argentina (países que había visitado con anterioridad). En este tipo de representaciones, otra forma práctica de producción de lazos trasnacionales, la nacionalidad de origen del viajero queda suspendida y hasta borrada en beneficio de una superior identidad continental.

pectivos auditorios. Pero el texto no abunda en describir tales efectos. En cambio, es el movimiento de regreso, el relato que Seoane organiza para familiarizar a los lectores argentinos y latinoamericanos en los "problemas bolivianos", el que ocupa la mayor parte del texto. "Ahora cumplo mi deber", dice el autor, luego de mencionar la encomienda que Baldivieso le solicita. Y así, entonces, el grueso de los capítulos del libro se encarga de diseccionar aquello que su mirada escruta de la realidad boliviana.

IV

En *Con el ojo izquierdo* hay un segundo registro en el que el *yo* viajero queda suspendido o borrado en beneficio de un tipo de aproximación que procura persuadir al lector, basándose en descripciones que se quieren ajustadas a la realidad. Se trata allí de dar a conocer, según señala sobre el final del texto, "los términos objetivos y precisos de los problemas bolivianos"[25]. En esa escritura, la experiencia subjetiva de la travesía queda relegada y aparece apenas para dar mayor asidero a la pretensión de objetividad ("solamente he escrito lo que pasó ante mis ojos curiosos y atentos", señala en las "Palabras finales", el último acápite del texto)[26].

En 1924, cuando Seoane arriba a la Argentina, "pobre y desterrado" —según refiere Palacios—, recibe la ayuda de diversas figuras. Por un lado, la del entonces ministro de Educación del gobierno de Marcelo T. de Alvear, Antonio Sagarna, antiguo simpatizante socialista y exministro plenipotenciario en Lima, quien le consigue un empleo en la cartera a su cargo[27]. Por otro, la del propio Palacios, quien desde su decanato de la Facultad de Ciencias Jurídicas de la Universidad Nacional de La Plata resolvió trabas burocráticas que le allanaron el camino para su inscripción como estudiante en esa casa de estudios. Rápidamente, sin embargo, a esas actividades se agregó su trabajo en el diario *Crítica*, donde afloró su ímpetu militante que, antes que detener, el exilio había incrementado. Ese periódico, que había renovado profundamente las modalidades del periodismo gráfico argentino, vivía entonces una fase de esplendor.

[25] Seoane, *Con el ojo izquierdo*, p. 147.

[26] Seoane, *Con el ojo izquierdo,* p. 147.

[27] Tal lo que refiere en sus memorias Blanca Luz Brum, en las que, por lo demás, abunda nuevamente en elogios a Seoane. Brum, *Mi vida,* pp. 57-58.

De gran masividad (podía reportar, hacia fines de la década, un tiraje de 300 mil ejemplares), *Crítica* profesaba un estilo popular y hasta de sesgo sensacionalista, en el que tenían amplio espacio secciones novedosas, como las dedicadas al deporte y a los casos policiales. Lo anterior, junto a otros varios rasgos, le otorgaron un estatuto casi mítico en la historia de la prensa argentina y acabaron por conferirle un lugar crucial dentro de "los procesos de modernización a través de los cuales se profesionaliza la figura del periodista"[28]. Junto a ello, el periódico ofreció sus páginas a la colaboración de intelectuales y escritores argentinos y del resto del continente, que lo valoraron como fuente tanto de visibilidad pública y prestigio como de retribución económica[29]. En sus páginas, por caso, desde mediados de los años veinte solía escribir Haya de la Torre; según se afirmaba en 1932, "sus colaboraciones en *Crítica* de Buenos Aires son bien conocidas en América"[30]. Esa vía de expresión, con toda probabilidad, fue gestionada al jefe aprista por Seoane.

Y es que el multifacético Manolo —como también lo llamaban en esa época sus compañeros de exilio—, que en poco tiempo alcanzó notoriedad en círculos del reformismo universitario rioplatense (en esos años veinte viajó y participó en varias ocasiones en actividades y actos públicos en el Uruguay), se granjeó también un lugar de cierto peso dentro del reconocido equipo de periodistas de *Crítica*. El ojo que mantenía en el Perú, junto a la generación de jóvenes peruanos desterrados, le indicó la indispensable necesidad del regreso cuando, a mediados de 1930, cae finalmente el dictador Augusto B. Leguía. Sin embargo, poco tiempo después, cuando el nuevo gobierno de Sánchez Cerro emprende una persecución mucho más feroz sobre el flamante partido de masas en el que se había convertido velozmente el aprismo, obligado a un nuevo exilio en Buenos Aires, Seoane es rápidamente aceptado en el plantel de

28 Saítta, *Regueros de Tinta,* p. 19.

29 Miceli, "La vanguardia argentina", pp. 170–171.

30 Tales las palabras presentes en el esbozo biográfico (que no lleva firma pero que probablemente fuera escrito por Seoane) que abre una compilación de esos escritos de Haya publicaba en Buenos Aires, en la editorial Claridad. En relación a esas colaboraciones, el jefe aprista destacaba en el cierre de un breve prólogo: "Agrego a los artículos publicados en *Crítica* alguno de los que aparecieron en *La Voz del Interior* de Córdoba. A ambos diarios argentinos debo recuerdo grato, porque respetaron mi libertad de opinar y retribuyeron mi trabajo intelectual. Ambos me ayudaron a salvar las dificultades premiosas de mi nada holgada economía", Haya de la Torre, *Impresiones,* pp. 9 y 12.

Crítica. Todavía más, ya bien entrados esos años treinta, según recuerda su compañero en el destierro, Andrés Townsend Ezcurra, las salas de la redacción del diario "servían de sede informal a los exiliados apristas de la capital argentina"[31]. Esa buena disposición de *Crítica* para con los exiliados peruanos, propiciada por Seoane, condujo a que desde el APRA se saludara en el diario a "la tribuna desde la cual la Nueva Generación latinoamericana combate con igual repudio a los imperialismos extranjeros que vienen colonizando nuestros países y a los gobiernos latinoamericanos que con medidas dictatoriales y odiosas […] se hacen cómplices de los capitalistas extranjeros"[32].

Educado así en el oficio periodístico, Seoane cumplió una función clave en la fase de fulgurante popularización del aprismo, al fundar en 1931 y dirigir por varios años el diario limeño *La Tribuna*, que llegó a competir con el tradicional *El Comercio*. Sus dotes organizativas en esa arena se percibirían también en Chile, adonde se muda en 1936 abandonando la Buenos Aires que lo había cobijado en su tercer exilio. Allí, según consigna Eugenio Chang-Rodríguez, "convirtió el boletín bibliográfico *Ercilla* en una publicación informativa moderna y atractiva", hasta transformarla en "la primera revista de ese país"[33].

Con ser singularmente intensa, la vinculación de Seoane con el mundo de la prensa no era ciertamente un rasgo demasiado excepcional entre los intelectuales de su entorno. Según Diego Tatián, el tipo de escritura de uno de los más conspicuos miembros de la generación de la Reforma universitaria, Deodoro Roca —a cuya pluma se debe, como es conocido, el *Manifiesto Liminar* reformista de Córdoba en 1918—, puede ser pensada en términos de un *periodismo filosófico*. Roca, quien

[31] Townsend Ezcurra, "Juan Seoane", p. 276. Por esa misma época, a sabiendas del influjo de Seoane en el periódico porteño —y de la solidaridad que siempre había mostrado con los desterrados peruanos—, el escritor Ciro Alegría, también deportado y pobre en Santiago de Chile, le escribía: "yo quisiera trabajar un rato en *Crítica* por conocer Buenos Aires". Dos semanas después, volvía a escribirle acusando recibo del pasaje que Seoane le enviaba, pero le señalaba que por un asunto sentimental postergaba indefinidamente su viaje: "Eso es todo, Manolo. Y disculpa que haya defraudado, por el momento, la buena voluntad y el interés que pusiste en hacerme viajar". Ambas cartas se publican en Alegría, *Mucha suerte,* pp. 152–153.

[32] "Una nota de la APRA a la embajada argentina", p. 92. El juicio estaba mediado por la distancia, puesto que pasaba por alto el hecho de que *Crítica* había apoyado el golpe de estado a Yrigoyen de 1930.

[33] Chang-Rodríguez, "Presentación", p. 28.

no publica en vida ningún libro, escribía textos cortos para los cuales se servía de los acontecimientos diarios de la vida contemporánea; ellos le permitían hilvanar reflexiones capaces de esbozar los rasgos de una ontología social de su tiempo[34]. Es posible tal vez extender la observación de Tatián a otras figuras de la generación de 1920. Por caso, a Mariategui, muchos de cuyos textos fueron integrados luego en libros, por él o por quienes se encargaron de custodiar su obra una vez que hubo muerto. Su obra remite también al formato del escrito breve, pensado para medios gráficos, y que tomaba acontecimientos puntuales traídos por las nuevas tecnologías de la comunicación para pasarlos por el rasero de su prisma, que los devolvía en forma de elaboradas reconstrucciones de fragmentos de su "escena contemporánea".

Ahora bien, si la escritura de Roca, Mariategui u otras figuras de la nueva generación americana se deja aprehender en la fórmula de un periodismo filosófico como el recién atisbado, la pluma de Seoane, formada, como hemos visto, en las escuelas de la prensa moderna, ofrece un tipo de texto que encaja más bien en un periodismo de tinte sociológico. Ese sesgo se deja apreciar tempranamente, y así *Con el ojo izquierdo* surge de la operación de disección de la realidad boliviana que se lleva a cabo a través de radiografías histórico-sociales de los diferentes aspectos que, a juicio del autor, organizan el entramado del país que visita.

¿Qué observa en Bolivia la mirada de Seoane? Más allá de la honestidad y objetividad que reclama para su libro, el autor no esconde que la lente con la que mira es una particular: "si hay estrabismo en observar con el ojo izquierdo, es un sano estrabismo que nace del corazón", señala[35]. Si todo relato de viaje pone a trabajar la suma de representaciones previas de las que se dispone, será la mirada del autor —y con ella la mirada de una época y una cultura— la que construya su objeto. El "ojo izquierdo" de Seoane que mira a Bolivia surge de un archivo de temas y tópicos ya diseminados en la ascendente franja de la que forma parte el peruano, y cuya visión contribuye a desarrollar. La "actitud textual" (para usar el concepto de Edward Said) que rige el ojo de Seoane remite, en efecto, a un espectro de lecturas y posiciones que entonces fermentaba en el campo cultural de la nueva generación peruana y latinoamericana; pero, a la vez, esa mirada deja ver algunas evoluciones particulares que habrían de terminar sin-

[34] Tatián, "Memorias del subsuelo".

[35] Seoane, *Con el ojo izquierdo*, p. 147.

gularizando la doctrina aprista. Es conveniente ordenar algunos de esos aspectos que, así elegidos, iluminan núcleos relevantes del pensamiento del autor en esa segunda mitad de los años 1920:

a) Política Criolla: Seoane señala —en un tópico que encontramos en numerosas reverberaciones del ensayo latinoamericano— que las formas republicanas y las prácticas electorales son exteriores respecto al curso social real y sustantivo que trama la evolución social boliviana. Los dos partidos que se disputan el poder, el republicano y el liberal, no son sino maquinarias artificiales. El autor distingue entre las "fuerzas políticas", que se disputan el poder, y las "fuerzas vivas", que permanecen trágicamente fuera del escenario nacional[36]. La política boliviana presenta un inocultable carácter de clase. "Casi todos los políticos de Bolivia son burgueses cerrados a toda comprensión de los problemas sociales", señala Seoane. Son ellos, "los criollos", quienes se encargan de preservar intacto "el feudalismo agrícola, la esclavitud minera, la noche intelectual de los aborígenes, la miseria de los trabajadores"[37]. La realidad boliviana mal esconde entonces su dualismo inconciliable. Y, sin embargo, las mayorías del país mediterráneo siguen presas de la ignorancia y no atinan a organizarse. Las críticas, "con criterio legalista", a la supuesta tiranía del entonces presidente saliente Bautista Saavedra, no alcanzan a rozar sino la superficie del problema político boliviano. Saavedra es tirano, pero por razones tanto más profundas que las esgrimidas por la oposición de turno. ¿Qué hacer entonces? La apertura a la que da lugar Seoane apenas comenzaba a esbozar los términos de una solución que, a distancia de otras derivas del movimiento reformista universitario en diversos países del continente, será la sostenida fervorosamente por el aprismo en su etapa primigenia:

> Los pueblos que anhelan una solución integral —señala Seoane—, saben que para derribar un sistema de explotación, es necesario acrecentar el dinamismo, delimitar los factores que deben intervenir en la acción conjunta. Es necesaria la revolución y no la revuelta, para decirlo en una sola frase[38].

36 Seoane, *Con el ojo izquierdo*, p. 53.
37 Seoane, *Con el ojo izquierdo*, pp. 59–60.
38 Seoane, *Con el ojo izquierdo*, p. 68.

Lejos entonces del reformismo que se apoderará progresivamente del APRA, la realidad boliviana le sirve a Seoane para ratificar la necesidad que, para los jóvenes del naciente aprismo desperdigados en el exilio, asume la cuestión de la revolución. Si para algunos de ellos esa noción aparece como una intuición apenas justificada[39], en su caso, el cuadro que ofrece Bolivia, en cuanto a la patente realidad de exclusión de las grandes mayorías, divorciadas del juego político electoral formal, otorga la posibilidad de darle otro sustento al clamor revolucionario. Esa vía de impugnación de la política criolla conectará poco después con un más explícito rechazo de "los sufraguistas", en un artículo publicado en la revista *Amauta* dirigida por Mariategui en Lima:

> Hay que ir más allá del sufragio y de las instituciones democráticas […]. Mientras la política sea, y lo será quizás siempre, una tarea de especialistas, el sufragio universal tiene relativa validez. En todo caso, es admisible al pronunciamiento sobre las líneas generales de la política. Pero para eso es menester, al mismo tiempo que otorgar el voto, otorgar las oportunidades de cultura […]. Hablar de una transformación peruana a base del voto, es risible. Nuestro analfabetismo, por si desapareciese la acción interesada de la clase dominante, es sencillamente trágico. Nuestra fórmula tiene que ser otra. Debe interesarnos el fin y no el medio….[40].

La fundación a comienzos de los años treinta del Partido Aprista Peruano y su meteórica transformación en partido de masas, ofrecerían un desmentido al escepticismo de Seoane respecto a las posibilidades de la política electoral a la que el APRA, siempre que se le permitiese, se entregaría desde entonces (sin abandonar, al menos en sus inicios, la estrategia insurreccional). Pero, para entonces, el aprismo se habría transformado

[39] Así, Enrique Cornejo Köster podía narrar a Luis Heysen que los jóvenes peruanos exiliados en Buenos Aires comenzaban a reunirse con el fin de "constituir un partido que tendría por fin principal el derrocamiento de Leguía". "Carta de Enrique Cornejo Köster a Luis Heysen", Buenos Aires, 20 de marzo de 1925, p. XXIX.

[40] Seoane, "Contra los sufragistas". Entre sus múltiples tareas en el exilio, Seoane ofició de agente clave de la revista comandada por Mariategui. En sucesivas cartas, podía informarle de los avatares de la revista en Buenos Aires, ofrecerle repetidamente artículos suyos o de otros, y hasta informarle de la constitución del "grupo Amigos de *Amauta*". "Carta de Manuel Seoane a José Carlos Mariategui", Buenos Aires, 14 de agosto de 1928, en *Mariategui Total*, p. 1918.

en algo distinto a la suerte de partido revolucionario de vanguardia conformado por intelectuales que supo ser en la década del veinte[41].

b) El imperialismo norteamericano: esa política criolla que se denuncia fervientemente es inseparable, en el análisis de Seoane, del fenómeno imperialista. La tiranía de Saavedra es, antes que nada, una tiranía económica, cuyos estrechos lazos con la avanzada norteamericana en el continente son fácilmente perceptibles. En su mirada, los capitales y las corporaciones yanquis, con la anuencia de las elites locales, succionan la savia del país. Esa perspectiva de Seoane acompaña el movimiento entonces propiciado por Haya de la Torre, en el sentido de definir al imperialismo en una orientación esencialmente económica. El líder aprista, en esos años estudiante en las universidades de Londres y Oxford, donde se forma en los clásicos del marxismo, va a proponer a las células apristas (entonces apenas en gestación) el estudio concreto de las formas en que se manifestaba el fenómeno imperialista. Así, a comienzos de 1927, en ocasión de la inauguración de la célula aprista parisina, a cuyo cargo se ubica al entonces aprista y más tarde comunista Eudocio Ravines, se dice:

> La sección de París de nuestro frente único debe concretarse, más que ninguna otra, a una tarea de estudio. Por eso me parece París el lugar propicio para la fundación del Centro de Estudios Antiimperialistas del APRA [...]. La tarea inmediata de los latinoamericanos residentes en París y afiliados al frente único antiimperialista del APRA es estudiar el imperialismo, sus aspectos y sus consecuencias en nuestros países. Nuestra ignorancia en este orden es lamentable. Si supiéramos medir los avances del imperialismo con la misma seguridad con que sabemos medir los versos de un soneto romántico, no caeríamos en el error de creer que el imperialismo "comienza" cuando los marineros yanquis llamados por un señor Díaz cualquiera

[41] La participación en elecciones y la puesta en marcha de un dispositivo de captación de voluntades populares —himnos, rituales, un diario como *La Tribuna*, etc.—, son diversos indicadores de esa transformación. Esa transición no se operaría sin embargo sin importantes continuidades con el momento anterior. En 1931, por caso, en una sección de la flamante revista *APRA* titulada "reportaje a nuestros líderes" —una suerte de cuestionario, en números sucesivos, efectuado a los principales dirigentes: Magda Portal, Seoane, Heysen, Sánchez, Herrera, Cox, entre otros—, Lenin aparece mencionado en casi todas las respuestas ofrecidas a la pregunta: "¿Cuál de los reformadores sociales admira Ud.?"

> desembarcan en nuestras playas [...]. No descuidemos nuestra propaganda; pero nuestra propaganda tiene que ser científica, demostrativa y corolario de nuestros estudios[42].

Pero aún a pesar del diagrama previsto por Haya, parece haber sido la célula aprista de Buenos Aires, liderada por Manuel Seoane, el espacio que con más énfasis se dispuso a llevar a cabo estudios concretos y declaradamente "científicos" del imperialismo. Desde 1927, numerosos artículos suyos, cargados de cifras y elementos de análisis que buscan desentrañar y demostrar empíricamente la naturaleza de la penetración económica del capital norteamericano en diversos países latinoamericanos, se publican en importantes revistas del continente, como *Amauta*, *Renovación*, *Claridad* de Buenos Aires, *Atuei* de La Habana y *Ariel* de Montevideo, entre otras. Ya en 1925, Seoane podía decirle a Luis Heysen, por entonces en Chile, que los jóvenes desterrados en Buenos Aires "desde acá nos proponemos estudiar los problemas peruanos"[43]. En efecto, aunque esos estudios llevan usualmente su firma particular, al menos algunos, según se señala, fueron elaborados "en el Seminario de la Célula del APRA en Buenos Aires, sobre la base del Extracto Estadístico"[44]. Esa voluntad de sentar sobre bases numéricas las denuncias al imperialismo yanqui (un hecho que, dentro del cada vez más extendido clima antinorteamericano presente en la opinión publica del continente, resultaba, si no inexistente, al menos sí infrecuente)[45], podía ser referida también en una carta a

[42] Haya de la Torre, *Por la emancipación,* p. 91.

[43] "Carta de Manuel Seoane a Luis Heysen", Buenos Aires, 17 de enero de 1925, p. XXIII

[44] Seoane, "Bancarrota financiera". Esa "bancarrota", ilustrada con cuadros estadísticos —inusuales en la textualidad habitual de *Claridad*, la revista porteña de renombre continental en el que aparecía el artículo— obedecía, según Seoane, a la deuda pública contraída por el gobierno de Leguía con entidades capitalistas norteamericanas.

[45] En la época y en Buenos Aires, un similar afán por dotar de sustento empírico las requisitorias contra el imperialismo norteamericano podía encontrarse en los documentados artículos que el uruguayo Carlos Quijano supo remitir desde París a la revista *Sagitario* —publicación clave del reformismo universitario de la ciudad de La Plata—, con el fin de historiar "las etapas de la intervención yanqui en Nicaragua". Ese análisis, que se remontaba a 1909, vinculaba la prepotencia norteamericana sobre el pequeño país centroamericano con "el endeudamiento de Nicaragua y su entrega a los banqueros de Nueva York". Quijano, "Nicaragua", *Sagitario*, núm. 8, p. 167. Esos artículos serán luego volcados en el libro que el uruguayo publica casi inmediatamente bajo el título *Nicaragua, un ensayo sobre el imperialismo de los Estados Unidos*.

Mariategui: "le adjunto un artículo sobre la deuda pública peruana […] ha sido escrito especialmente para *Amauta* calculando que la estupidez policial no llegará a husmear en una cosa con tantos números"[46].

El corolario de esa serie de investigaciones será el folleto *La garra yanqui*, que Seoane publica en 1930, en Buenos Aires, por editorial Claridad. El trabajo, que en la "advertencia" colocada al inicio se anuncia como "el primer capítulo de un libro en lenta preparación" —que a la postre no llegará a materializarse—, reúne textos previos editados en la revista *Atenea*, una publicación de la ciudad chilena de Concepción. Su propósito radicaba en ofrecer "un examen general y sintético de los equívocos surgidos alrededor de la definición y métodos del imperialismo yanqui y en un breve diseño de sus causas esenciales"[47]. Repleto de un variado menú de fuentes —diarios, estadísticas, libros y folletos de variada procedencia, como el conocido *La diplomacia del Dólar*, de Scott Nearing y Joseph Freeman, o *El futuro de América,* del escritor y antiguo colaborador de Manuel Ugarte, Bernardo González Arrilli, además de los ya entonces clásicos volúmenes sobre la materia de Lenin y Hobson—, el opúsculo se proponía desentrañar la verdadera naturaleza del "imperialismo capitalista de los Estados Unidos". Y esa tarea, llevada a cabo al calor de un periodo de intensa militancia —recordemos que en los últimos años de la década, además de comandar la célula aprista y proseguir sus labores como periodista, Seoane pasa a desempeñar el cargo de secretario de la Unión Latinoamericana y a dirigir su periódico *Renovación*—, se le antojaba crucial. De acuerdo con Seoane, "ningún otro fenómeno de la época contemporánea iguala en importancia al complicado proceso económico que, en poco más de un cuarto de siglo, ha transformado el poder de los Estados Unidos, elevándolo a la categoría de arbitro tácito de los destinos del mundo"[48].

El volumen se ocupaba entonces de despejar malentendidos y tergiversaciones ideológicas que, a juicio de Seoane, impedían una justa apreciación del fenómeno, en acápites que llevaban títulos como "no es imperialismo territorial", "no es imperialismo demográfico" o "el imperialismo no es progresista". Tales epígrafes desligaban el hecho imperial norteamericano de un necesario uso de la fuerza militar de ocupación,

[46] "Carta de Manuel Seoane a José Carlos Mariategui", 25 de febrero de 1928, en *Mariategui total*, p. 1890.

[47] Seoane, *La garra yanqui,* p. 5.

[48] Seoane, *La garra yanqui,* p. 7.

una hipotética vinculación con la presión de un supuesto excedente de población en Estados Unidos, y de una posición que encontraba aparentes efectos parcialmente benéficos en materia de desarrollo nacional, a partir de las inyecciones de capital extranjero[49]. Finalmente, en un último apartado titulado "esencia económica del imperialismo yanqui", con el mismo pedagógico y ordenado tono que deliberadamente presidía el texto, Seoane concluía:

> Hemos analizado hasta aquí los diferentes factores raciales, demográficos y culturales que animan la vida norteamericana, y hemos deducido de cada examen particular que ninguno de ellos, ni su conjunción parcial o total, puede constituir la acción motora esencial que impele […] a ese complejo conjunto de fuerzas económicas, políticas, militares y culturales que integran el avance imperial de Yanquilandia […]. Todas las heterogéneas manifestaciones que emergen a la superficie de una observación apresurada no son sino reflejos, más o menos indirectos y deformados, del múltiple afán que se

[49] Sobre este último aspecto resulta interesante señalar que, aunque Seoane cita en *La garra yanqui* la célebre fórmula de Haya, según la cual el imperialismo en América Latina no era, como querría una lectura literal de Lenin, la etapa final o fase superior del capitalismo, sino que representaba la primera, en su ponderación del papel del capital norteamericano en el continente divergía del más moderado balance que hacia 1930 hacía de él el jefe aprista. En efecto, sobre todo a partir de la emergencia en el discurso de Haya de la noción de "Estado Antiimperialista" —que cumple un rol importante en la economía textual de *El Antiimperialismo y el* APRA—, el capital imperialista contiene una faz positiva que, a condición de que se encuentre bajo completo control de ese Estado, es eventualmente beneficiosa para el desarrollo nacional. Para Seoane, en cambio, nada de eso puede esperarse: "en estas condiciones no puede sostenerse que el capital puro contribuye a desarrollar un país. Lo esclaviza, lo subordina a los intereses de su sede […]. Resumiendo las observaciones de este análisis sumario, comprobamos que el capital imperialista no vivifica el organismo económico del país en un sentido integral y sincrónico. Por el contrario, mientras conserva las características feudales y semiesclavistas de explotación en la mano de obra que encuentra, cierra el paso a todo intento de industrialización" (Seoane, *La garra yanqui,* pp. 32–34). La hipótesis que puede deslizarse acerca de esta diferente valoración en textos escritos coetáneamente por ambas figuras es que *La garra yanqui*, que como hemos dicho es resultado del periodo de investigaciones sobre el imperialismo emprendido por Seoane en la segunda mitad de los años veinte, se ubica en una suerte de borde último de esa primera etapa puramente crítica del aprismo; mientras que el "Estado antiimperialista", y los textos y programas propositivos que surgen para alimentar el crecimiento del Partido Aprista Peruano (en cuya elaboración, al menos desde 1931, participa activamente Seoane), pertenecen ya al ciclo en el que el APRA comienza a proponerse, sea por vía electoral o insurreccional, como alternativa de gobierno.

> genera en la vasta y complicada trabazón económica. Como aquellos sueños de que nos habla el psicoanálisis freudiano, donde el instinto subconsciente se desfigura y adorna, llegando hasta presentarse como expresión contraria del deseo auténtico que alienta, el imperialismo norteamericano suele reservarnos excelentes disfraces, que pueden sorprender a quienes no poseen ni practican una interpretación rigurosamente económica del mismo[50].

Esa conceptualización del imperialismo, que tenía como uno de sus fines principales la crítica superadora de la etapa "romántica" del antinorteamericanismo[51] (y que en ese mismo movimiento colocaba al aprismo en posesión de una autoridad mayor, por científica y rigurosa, sobre el hecho imperial y las formas de combatirlo), estaba alimentada por un materialismo que remitía necesariamente a Marx. Con todo, en *Con el ojo izquierdo* esa consideración del fenómeno imperialista no había llegado a madurar plenamente, como tampoco la filiación marxista en las radiografías sociales que se ofrecen de la realidad boliviana. Un par de años después, influenciado por Haya, Ravines y Mariategui, Seoane no dudará ya en declararse socialista y en remitir incluso los hechos estéticos a una cuadrícula que lee desde Marx la dimensión social o económica que los subtiende[52].

c) El problema del indio: el periodismo sociológico pero de afanes políticos que rige la inspección en tierras bolivianas de Seoane, se topa inevitablemente con la cuestión indígena, un asunto que juzga nodal en cualquier proyecto de redención social. Exhibiendo una sensibilidad con esta cuestión que se habría alimentado de lecturas previas y del sesgo indigenista

50 Seoane, *La garra yanqui,* pp. 38–39.

51 Así, por ejemplo, Seoane fustigaba las reservas expresadas en *Ariel* por el uruguayo Rodó a la "cultura practicista" de los norteamericanos, en oposición a la supuesta cultura idealista de los latinoamericanos. "Si bien es cierto —señalaba— que existe alguna diversidad entre el mundo intelectual y moral de los Estados Unidos con el nuestro, esa diversidad no es sino el reflejo de los distintos grados económicos que atraviesan ambos continentes. La disimilitud, y aun la oposición de las culturas respectivas, no son, sin embargo el motivo principal del conflicto imperialista". Seoane, *La garra yanqui,* p. 18. Similares críticas podía disparar al "antiimperialismo prehistórico" de Rubén Darío.

52 Así, podía escribir lo siguiente en la revista vanguardista *Guerrilla,* de Blanca Luz Brum: "opinamos que el arte, y muy especialmente la poesía —profunda versión del espíritu— refleja, expresa o tácitamente, la realidad circundante o el propio mundo interior, que nuestra filiación marxista nos hace señalar como efecto de aquella. Es decir, siempre refractación del ambiente social". Cit. Reedy, *Magda Portal*, p. 118.

de algunos de los grupos con los que pudo tener contacto en el Perú antes de su destierro, casi contemporáneamente a Mariategui, Seoane señala en *Con el ojo izquierdo* que "el problema vital de Bolivia es, pues, el problema del indio"[53]. Mientras se expande el "progreso que avanza" —una figura que, con un dejo de ironía, menta en varias ocasiones a lo largo del libro—, Seoane toma nota de que la gran mayoría indígena perpetúa y aún empeora su condición secular de segregación y explotación. El viaje a Bolivia le sirve entonces para estabilizar una noción que acaso en el Perú no tuviera suficientemente presente, a saber: que en ambos países, tanto por su peso cuantitativo como por la marginación y opresión que pesa sobre ella, la población indígena está en el centro de las injusticias sociales, pero también de los programas de transformación social.

Y, sin embargo, cuando Seoane deja a un lado el relato de corte sociológico y reasume una narrativa de viaje, dejando florecer así una inflexión que asume un tono de crónica cuasietnográfica, se revela la cruel distancia que lo separa de los indios reales: "gentes con rasgos raciales y cierta inexpresiva tristeza en la mirada", describe; y más adelante: "allí está [el indio], inmutable y grave, como sus padres y como sus abuelos, mirándonos con reserva indescifrable"[54].

No obstante, con advertir las enormes dificultades que le impiden realmente entonar el canto alborozado que recorre los textos de Haya de la Torre (que, aunque hacia esos años comienza a mentar a "Indoamérica", en rigor, no se explaya sobre las poblaciones indígenas realmente existentes), Seoane se separa del pesimismo étnico y avanza la posibilidad de un camino hacia —según reza el título del capítulo XIII de *Con el ojo izquierdo*— "la redención del indio". A pesar de un sinnúmero de problemas que tiñen la "psicología indígena" (indolencia, tendencia a la ebriedad, fanatismo, etc.), ésta no es inmodificable, como juzgaba el ensayo positivista de comienzos de siglo, cuya mirada biologicista sigue a su juicio presente en "la burguesía" boliviana[55]. En la hermenéutica de Seoane, la psicología indígena se deriva de la historia y la sociología, no de la biología. De allí entonces que, para "salvar al indio", que "constituye el capital humano, constituye el país, constituye el porvenir", el autor, en

[53] Seoane, *Con el ojo izquierdo*, p. 101.

[54] Seoane, *Con el ojo izquierdo*, pp. 20 y 24.

[55] "La burguesía, además de defender sus intereses, objeta que no puede redimirse al aborigen porque es un ser abyecto y postrado, una expresión biológica donde se confunden el hombre y la bestia". Seoane, *Con el ojo izquierdo*, p. 110.

paralelo a lo que Mariategui sugerirá poco después, invoque la napa profunda que anida en la historia secular del indígena, para tentar el retorno del "comunismo parcial de tribu o 'ayllu' ":

> En ese mismo espíritu solidario, que ha sedimentado hasta los indios del presente, puede fincarse un sistema social que, conservando las modalidades de la comunidad, permita librarlos de la esclavitud económica, mediante una repartición científica del trabajo, los productos y las recompensas[56].

Ese factor, considerado compatible con "las exigencias del industrialismo moderno", permite atisbar para Seoane —sin beneficio de precisiones mayores— un posible despertar indígena, imprescindible en cualquier proyecto de redención social.

d) Las "fuerzas vivas": pero el autor reserva sus reales esperanzas en los dos núcleos de buen sentido compartidos por su generación y ya por entonces interpelados por Haya de la Torre, en clave de "alianza del trabajo manual y el trabajo intelectual" (que eso anunciaba ser el APRA): los estudiantes y los obreros. Es con ellos con quienes Seoane entra en contacto directo y traba relación, alimentando ese vínculo bidireccional referido paginas atrás. Así, el texto se permite concluir, si no con el sesgo mesiánico que preside las apelaciones de Haya y de otros compañeros, sí con un llamado que trasciende por un momento el mero realismo que domina el texto:

> En los campos obreros y estudiantiles hay muchos espíritus fuertes, sobrecogidos por el dolor de la nación […]. En esas filas no contagiadas por la democracia criolla, inmoral y absorbente, se incuba el porvenir. ¿Cuál es el camino? Uno, solamente. La revolución de contenido social[57].

V

Con el ojo izquierdo, entonces, representa un hito significativo en la trayectoria de Manuel Seoane, en los dos sentidos que hemos explorado en este texto. De un lado, su publicación ayuda a instalarlo en la opinión publica argentina y aún continental, a través de un libro en el que

[56] Seoane, *Con el ojo izquierdo*, p. 113.
[57] Seoane, *Con el ojo izquierdo*, p. 107.

dejaba entrever no solamente su estatura de figura saliente de la nueva generación americana, sino su capacidad para retratar con tono vibrante facetas relevantes de realidades del continente, como la boliviana, poco conocidas. La revista porteña *Claridad*, por ejemplo, podía anunciar un año después una conferencia suya en Buenos Aires, presentándolo como el "distinguido periodista Manuel A. Seoane"[58]. Asimismo, una reseña elogiosa del libro, aparecida en la *Revista de Oriente*, otra de las publicaciones vinculadas a la izquierda, destacaba el "espíritu fértilmente estudioso" del autor, que "hizo la clasificación de cada uno de los aspectos del dolor boliviano"[59].

En otro registro, contemporáneo a la aparición de *Con el ojo izquierdo*, una revista emblemática del reformismo universitario argentino, la platense *Sagitario*, anuncia, en su sección de noticias, la detención del joven líder cubano Julio Mella y para ilustrar su perfil, no encuentra mejor manera que evocar "[el] temple de los que con Haya de la Torre, Seoane y tantos otros, constituyen la falange inquebrantable cerrada frente a los tiranuelos y déspotas de Latinoamérica"[60]. En definitiva, sea para exaltar sus cualidades de representante de la emergente generación continental, sea para subrayar en ellas sus dotes de apasionado y riguroso cronista de aspectos sustantivos de las sociedades latinoamericanas[61], *Con el ojo*

58 "Notas bibliográficas".

59 "Todos los problemas del país hermano —continuaba el reseñista— desfilan con una disciplina amenísima". Rizzo Baratta, "El dolor boliviano".

60 "Julio A. Mella".

61 La disección de la realidad boliviana que Seoane hace en *Con el ojo izquierdo,* inaugura una modalidad que reproducirá a lo largo de su vida. Sus exilios y viajes se verán siempre acompañados de una inquieta vocación por dar a conocer en puntos de América Latina las realidades que conoce en otros lugares del continente. Por ejemplo, en 1928 podía publicar en la revista limeña *Mundial* un artículo sobre el panorama político argentino en vistas de las elecciones que se disputarían ese año, o en 1930 ofrecer una aproximación actualizada de la política boliviana en la revista uruguaya *Ariel* (Seoane, "Política Argentina"; Seoane, "El momento actual"). Pero, quizás la más lograda radiografía que Seoane compone de un país latinoamericano yace en el libro que le dedica a la Argentina en 1935, poco antes de abandonarla rumbo a Chile luego de diez años (no continuados) de vivir allí. En sus "sondeos en el alma argentina", ofrece sabrosas grageas de las costumbres rioplatenses que hacen recordar las de Roberto Arlt, al tiempo que busca tomar distancia de célebres hermeneutas extranjeros de la argentinidad que, como Ortega y Gasset, Keyserling o Waldo Frank, habían visitado Buenos Aires y escrito sobre la vida en el país del Plata ("Aves de paso, conferencistas de señoras", representantes de una "filosofía de turismo", les espeta). Frente a ellos, se jacta de haber conocido íntimamente

izquierdo venía a ratificar, a inicios de 1926, el sello de ese joven peruano arribado a la tumultuosa Buenos Aires apenas un año y medio antes.

Pero, además, el viaje y el libro resultante brindan a Seoane la ocasión de hacer un primer ajuste de su propio ideario político. Menos de tres años atrás, el joven peruano llegaba a la presidencia de la Federación de Estudiantes Peruanos con apoyo del alumnado conservador. El vértigo que cobra desde entonces su vida en los meses que anteceden y suceden al exilio de Haya y luego su propio destierro, le imprimen un curso de rápida radicalización que desemboca en un horizonte revolucionario, que el choque ante las injusticias de la realidad social y política boliviana no hace sino confirmar. Y al mismo tiempo, y aún lejos de ser un compendio sistemático de las ideas apristas (por entonces en pleno fermento evolutivo), *Con el ojo izquierdo* se ofrece al público argentino y latinoamericano como un muestrario de las convicciones que guiaban a los jóvenes universitarios peruanos desterrados por el tirano Leguía. Recordemos que el primer libro de Haya, *Por la emancipación de América Latina* (que incluye "¿Qué es el APRA?", verdadero manifiesto fundacional de la organización), se publica también en Buenos Aires sólo un año después.

De otro lado, para esa subjetividad viajera que se deja ver en el libro, y que ha conformado el segundo registro bajo el que lo hemos aquí interrogado, la travesía boliviana significó la comprobación de aquello que Seoane venía ya percibiendo en su estancia rioplatense. Esto es, que la función de enlace entre camadas de jóvenes de similar sensibilidad diseminados en todo el continente, ejercida por quienes como él, como Haya o como otros peruanos desterrados, tenían natural disposición a encarnar las ideas y prácticas que la nueva generación americana tenía en alta estima, resultaba altamente redituable en términos de reconocimiento. El periplo boliviano confirmó a Seoane en el rumbo que, junto a sus compañeros, venía desarrollando. De allí que a su regreso a Buenos Aires incrementara el dinamismo militante que ya había exhibido. A comienzos de 1927, en circunstancial carta a Heysen, daba una muestra de él:

esa sociedad que dice haber aprendido a querer (Seoane, *Rumbo Argentino*, p. 8). Por lo demás, esa predilección por enlazar realidades de diversos países del continente, a través de crónicas y retratos dignos del periodismo sociológico que hemos consignado en Seoane, perdurará en él casi hasta el fin de sus días. Los "Calidoscopios" que ofrece a mediados de la década del 50 en el diario *Noticias de Ultima Hora* de Santiago de Chile, compilados por Alva Castro, *Páginas del Cachorro*, son sólo un ejemplo de ello.

> Te ruego que a vuelta de correo me mandes los recortes que sobre el Perú te proporcioné hace algunos meses. Urgente para la campaña en que estoy empeñado. Esta noche debo hablar en Plaza Once, pasado mañana en la Boca, el jueves en Montevideo, el viernes en la Biblioteca Anatole France, y finalmente el domingo en Plaza Congreso[62].

Esa secuencia de viaje y conferencias públicas que se habían puesto a prueba en la excursión a Bolivia, habían dado también una muestra de las habilidades de Seoane como orador, un rasgo que le sería en adelante siempre reconocido. En su retorno al Perú, en 1930, desarrolla un frenético periplo en el que, por tierra, se despide con agasajos y conferencias en Montevideo, Buenos Aires y La Paz, para entrar por el sur a su país. Como un reguero, Seoane —según consignaba la revista partidaria *APRA*— "ha podido desarrollar una interesante e intensa campaña que ha dado los mejores resultados. El Partido Aprista del Perú ha quedado organizado en el Sur"[63]. Comenzaba entonces un nuevo ciclo en la vida del APRA y con ello en la de Seoane, que contribuiría significativamente a sentar las bases de un partido que se transformaba aceleradamente en un movimiento de masas. Pero los azares de la vida política peruana, que le depararían cuatro nuevos destierros, y su irrefrenable vocación por el viaje, harían de Seoane, hasta el final de sus días, un cultor de esa afición trashumante que había tenido en aquella travesía boliviana de 1925 una de sus primeras manifestaciones. Una inclinación que, por lo demás, tuvo mucho qué ver con las resonancias continentales que tanto su nombre como el del APRA, invariablemente entrelazados, llegaron a alcanzar.

62 "Carta de Manuel Seoane a Luis Heysen", Buenos Aires, 22 de enero de 1927, p. XXXII.
63 "La vuelta de Manuel Seoane al Perú".

BIBLIOGRAFÍA

Obras de Manuel Seoane

Seoane, Manuel
Con el ojo izquierdo. Mirando a Bolivia, Buenos Aires, Juan Perrotti, 1926.
——, "Julio A. Mella", en la sección "Comentarios" de *Sagitario*, 5 (1926).
——, "Notas bibliográficas", en *Claridad*, 142 (1927).
——, "Convenio internacional de estudiantes peruano-argentino", en Del Mazo, 1927.
——, "Crónica del viaje de Haya de la Torre por Uruguay, Argentina y Chile", *La Crónica*, Lima, 27 de junio de 1922, en Del Mazo, 1927.
——, "Contra los sufragistas", *Amauta*, 18 (1928).
——,"Bancarrota financiera en el Perú", en Claridad, no. 156, Buenos Aires, 6 de abril de 1928.
——, "Política Argentina", *Mundial*, 408 (1928).
——, *La garra yanqui. Estudio sobre el desarrollo del imperialismo en América*, Buenos Aires, Claridad, 1930.
——, "El momento actual de la política boliviana", *Ariel*, 40 (1930).
——, "La vuelta de Manuel Seoane al Perú", en *APRA*, 7 (1930).
——, "Un mensaje de Alfredo Palacios", en *APRA*, 5 (1930).
——, *Rumbo Argentino*, Santiago de Chile, Ercilla, 1935.
——, "Carta de Manuel Seoane a Luis Heysen", Buenos Aires, 17 de enero de 1925, en Heysen 1977.
——, "Carta de Manuel Seoane a Luis Heysen", Buenos Aires, 22 de enero de 1927, en Heysen, 1977.
——, "Carta de Enrique Cornejo Köster a Luis Heysen", Buenos Aires, 20 de marzo de 1925, en Heysen, 1977.
——, "Carta de Manuel Seoane a José Carlos Mariategui", Buenos Aires, 25 de febrero de 1928, en Mariategui, 1994.
——, "Carta de Manuel Seoane a José Carlos Mariategui", Buenos Aires, 14 de agosto de 1928, en Mariategui, 1994.
——, "Una nota de la APRA a la embajada argentina", en *Crítica Libre*, Buenos Aires, 20 de junio de 1931, en Saítta, 1998.

Obras de referencia

Alegría, Ciro
Mucha suerte con harto palo. Memorias, Varona, Lima, 1978.
Altamirano, Carlos (dir.)
Historia de los intelectuales en América Latina, Buenos Aires, Katz, Tomo II, 2010.
Alva Castro, Luis
Páginas del Cachorro, Lima, DESA, 1988.
——, *Antenor Orrego. Modernidad y culturas americanas. Páginas escogidas*, Selección y prólogo de Eugenio Chang-Rodríguez, Lima, Editorial del Congreso del Perú, 2004.
Bergel Martín
"Manuel Seoane y Luis Heysen: el entrelugar de los exiliados apristas en la Argentina de los veintes", en *Políticas de la memoria*, 6/7 (2007), pp. 124-142.
——, "Nomadismo proselitista y revolución. Notas para una caracterización del primer exilio aprista (1923-1931)", en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, Vol. 20, no. 1, Universidad de Tel Aviv, 2009.
Bergel Martín y Ricardo Martínez Mazzola
"América Latina como práctica. Modos de sociabilidad intelectual de los reformistas universitarios (1918-1930)", en Altamirano, *Historia de los intelectuales en América Latina*, T. II, Buenos Aires, Katz, 2010.
Brum, Blanca Luz
Mi vida: cartas de amor a Siqueiros, Santiago de Chile, Mare Nostrum, 2004.
Colombi, Beatriz
Viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina (1880-1915), Rosario, Beatriz Viterbo, 2004.
Cornejo Köster, Enrique
"Crónica del movimiento estudiantil peruano", reproducido en Portantiero, 1978.
Del Mazo, Gabriel (comp.)
La Reforma universitaria. Tomo VI. *Documentos relativos a la propagación del movimiento en América Latina (1918-1927)*, Buenos Aires, Taller Gráfica Ferrari Hermanos, 1927.

García-Bryce, Iñigo
"Magda Portal, revolucionaria peregrina: el exilio y el APRA como partido continental, 1926 -1945", Mimeo, 2007.
Guerrilla. Revista de arte moderno
6 (1928), citada en Reedy, 2000, p. 118.
Haya de la Torre, Víctor Raúl
Por la emancipación de América Latina, Buenos Aires, Gleizer, 1927.
——, *Impresiones de la Rusia soviética y de la Inglaterra imperialista*, Buenos Aires, Claridad, 1932.
Heysen, Luis
Temas y obras del Perú. A la verdad por los hechos, Lima, Enrique Bracamonte Heredia, 1977[3].
Kersffeld, Daniel
Manuel Seoane. Páginas escogidas. Selección e introducción de Eugenio Chang-Rodríguez, Editorial del Congreso del Perú, 2003.
——, *La recepción del marxismo en América Latina y su influencia en las ideas de integración continental: el caso de la Liga Antiimperialista de las Américas.* Tesis de doctorado, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2008.
Mariategui, José Carlos
Mariategui total, Tomo I, Lima, Empresa Editora Amauta, 1994.
Melgar Bao, Ricardo
"Un neobolivarianismo antiimperialista: La Unión Centro Sud Americana y de las Antillas (UCSAYA)", en *Políticas de la memoria*, 6/7 (2007), pp. 149-164.
——, "The Anti-Imperialist League of the Americas between the East and Latin America", en *Latin American Perspectives*, 35:2 (2008).
Mella, Julio A.
"Haya de la Torre", en *Juventud*, 1 (1924).
Miceli, Sergio
"La vanguardia argentina en la década de 1920 (notas sociológicas para un análisis comparado con el Brasil modernista)", en *Prismas. Revista de historia intelectual*, 8 (2004), pp. 163-174, 170-171.
Palacios, Alfredo
"Prólogo" a Seoane, 1926.

Pita, Alexandra
La Unión Latinoamericana y el boletín Renovación. *Redes intelectuales y revistas culturales en la década de 1920*, El Colegio de México/ Universidad de Colima, 2009.
Planas Pedro y Hugo Vallenas
"Haya de la Torre en su espacio y en su tiempo (aportes para una contextualización del pensamiento de Haya de la Torre)", en AA. VV., *Vida y obra de Víctor Raúl Haya de la Torre*, Instituto Cambio y Desarrollo, Lima, 1990.
Portantiero, Juan Carlos
Estudiantes y política en América Latina. El proceso de la reforma universitaria, 1918-1938, México, Siglo XXI, 1978.
Quijano, Carlos
"Nicaragua. Los procedimientos del imperialismo yanqui", en *Sagitario*, 8 y 9 (1927).
Reedy, Daniel
Magda Portal. La pasionaria peruana. Biografía intelectual, Lima, Flora Tristán Ediciones, 2000.
Rizzo Baratta, Carmelo
"El dolor boliviano", en *Revista de Oriente*, 9/10 (1926).
Saítta, Sylvia
Regueros de Tinta. El diario Crítica *en la década de 1920*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.
Sánchez, Luis A.
Haya de la Torre o el político. Crónica de una vida sin tregua, Lima, Atlántida, 1979 [1934].
Taracena Arriola, Arturo
"La Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos de París (1925–1933)", en *Anuario de Estudios Centroamericanos*, 15: 2 (1989).
Tatián, Diego
"Memorias del subsuelo. Deodoro Roca y los años salvajes de la cultura", en *Pensamiento de los Confines*, 14 (2004).
Terán, Óscar
En busca de la ideología argentina, Buenos Aires, Catálogos, 1986.
——, "El primer antiimperialismo latinoamericano", en Terán, 1986.
Townsend Ezcurra, Andrés
"Juan Seoane", en *Cincuenta años de aprismo. Memorias, ensayos y discursos de un militante*, Lima, DESA, 1989.

X
COMENTARIOS SOBRE UN TEMPRANO CLÁSICO DE LA IZQUIERDA NORTEAMERICANA: *DOLLAR DIPLOMACY: A STUDY IN AMERICAN IMPERIALISM* (1925), POR SCOTT NEARING Y JOSEPH FREEMAN

COMENTARIOS SOBRE UN TEMPRANO CLÁSICO DE LA IZQUIERDA NORTEAMERICANA: *DOLLAR DIPLOMACY: A STUDY IN AMERICAN IMPERIALISM* (1925), POR SCOTT NEARING Y JOSEPH FREEMAN

Carlos Marichal
El Colegio de México

A la memoria de Gregorio Selser[1]

A principios del siglo XX, el conocimiento de Latinoamérica entre el público lector culto o politizado de Estados Unidos era bastante limitado. Sin embargo, un puñado de escritores izquierdistas y antiimperialistas contribuirá a revertir parcialmente esta ignorancia de sus vecinos a partir del segundo decenio de ese siglo, y proporcionará una serie de retratos de países, personajes y pueblos que llamarán poderosamente la atención de sus contemporáneos. Además, en numerosos casos, los textos resultantes estarán tan bien escritos y serán tan vigorosos y coloridos que se reeditarán en numerosas ocasiones. En primer lugar, es obligatorio mencionar la obra clásica de John Kenneth Turner, *México bárbaro,* que fue publicada inicialmente en forma de entregas, en la revista *The American Magazine*.

[1] Para el estudio de muchos de los autores antiimperialistas mencionados en estas páginas, una de las mejores fuentes es el archivo Gregorio y Marta Selser que se encuentra en la Universidad Autónoma de la ciudad de México. Asimismo, es obligatoria la consulta de la espléndida biblioteca personal donada por Gregorio Selser a FLACSO, también en la ciudad de México. En las magníficas estanterías de madera de esta colección, se encuentra una riqueza extraordinaria de materiales para el estudio de la historia latinoamericana en el siglo XX. A principios de los años sesenta, el gran periodista Selser promovió una colección editorial de gran interés llamada "Historia Viva" para la Editorial Palestra de Buenos Aires, con la intención de recuperar textos clásicos y críticos sobre el tema del imperialismo en Latinoamérica, así como textos contemporáneos sobre la política internacional. Entre algunos de los autores rescatados por Selser se incluyeron textos de Carleton Beals y William Krehm.

Tampoco falta recordar el impacto de los escritos de John Reed, verdadero pionero en estas lides, con su libro *México insurgente* (1914), considerado todo un clásico del periodismo revolucionario que ha sido objeto de al menos una película reciente[2].

En la segunda década del siglo XX, se multiplicó la literatura sobre la enorme y compleja situación política en los diversos países latinoamericanos, así como sobre sus relaciones frecuentemente conflictivas con Estados Unidos. El libro de Scott Nearing y Joseph Freeman, *Dollar Diplomacy*[3], es, en muchos sentidos, un primer texto emblemático de la literatura antiimperialista norteamericana. La relectura de esta obra nos ofrece la oportunidad de rescatar aquella generación de intelectuales norteamericanos de los años de 1920, que comenzaron a analizar las características de la expansión política y económica de Estados Unidos en Latinoamérica, en el primer tercio del siglo XX. A su vez, nos permite observar que estos escritores tenían mucho en común con intelectuales y militantes radicales latinoamericanos de la época, quienes también comenzaron a producir textos antiimperialistas.

En las páginas que siguen, nuestra intención consiste en ofrecer, primero, una mención de algunos de los primeros autores norteamericanos críticos del imperialismo desde la época de la Revolución mexicana. Posteriormente, se hará una revisión de los principales temas analizados por Nearing y Freeman, con el objeto de sugerir en qué medida abrieron grandes pistas de investigación histórica y también de debate político, que serán recogidos a lo largo del siglo XX en numerosos textos posteriores sobre las relaciones entre Estados Unidos y América Latina.

PERIODISMO, RADICALISMO POLÍTICO E HISTORIA PRESENTE

No resulta infrecuente que los periodistas críticos interesados en lo internacional sean unos personajes ciertamente inquietos. Tampoco lo es que comiencen como militantes políticos y aventureros para luego transformarse en periodistas o escritores. En el caso que nos intere-

[2] Ambos textos de Reed y Turner han sido recuperados en formato digital, en un interesante sitio de Internet que contiene textos clásicos, con cierto énfasis en anarquismo y revolución, coordinado por Chantal López y Omar Cortés, véase http://www.antorcha.net/index/biblioteca/lista_general .

[3] Nearing y Freeman, *La diplomacia del dólar.*

sa aquí, que es el de los escritores antiimperialistas norteamericanos, es factible encontrar numerosos paralelos entre las biografías juveniles de figuras como Turner y Reed, y las de Scott Nearing, Joseph Freeman y otros contemporáneos como Carleton Beals (quizá el más prolífico de los escritores radicales interesados en Latinoamérica), el editor Ernest Gruening o el escritor Melvin Knight. Tiene interés notar que la mayor parte de ellos iniciará su acercamiento a la región a partir de estancias en México, lo cual era lógico dada su proximidad y como consecuencia de la Revolución mexicana.

Sin duda, el pionero fue John Kenneth Turner (1879-1948), escritor y periodista, nacido en Oregón, en Estados Unidos. En 1907, obtuvo un empleo en el diario *Los Ángeles Express y* conoció a Ricardo Flores Magón junto con otros integrantes del Partido Liberal Mexicano que se encontraban presos en Estados Unidos. Turner viajó a México en 1908 y 1909 para obtener testimonios del carácter rapaz y sanguinario del régimen porfirista, dando pie a su famosísimo libro *México bárbaro* (1911). A pesar de ello no perdió su interés en el país y en 1915 regresó a México y escribió dos obras adicionales, *Who is Pancho Villa?* y una obra compuesta de artículos en contra de la intervención norteamericana en Veracruz.

Otra figura clave en difundir una interpretación novedosa de la Revolución mexicana fue John Reed (1887-1920). En 1910, se gradúa en la Universidad de Harvard, para luego convertirse en editor asistente del *American Magazine* en Nueva York. En ese tiempo, se vincula con la organización anarco-sindicalista IWW (Internacional Workers of the World) y, en 1913, forma parte del grupo de socialistas que funda y comienza a editar la revista *The Masses.* En el invierno de 1913, viaja a México y participa en la marcha a Torreón, acompañando la famosa División del Norte encabezada por Pancho Villa. Ello dará pie a su libro *México insurgente* (1914).

Pero no fue solamente la Revolución lo que continuaría atrayendo a los activistas norteamericanos. En primer término, hay que recordar que después de la entrada de Estados Unidos en la primera Guerra Mundial, en 1917, se había establecido la conscripción universal masculina en ese país. Como consecuencia, muchos pacifistas y jóvenes radicales se negaron a entrar en las fuerzas militares y se exiliaron en México. En sus memorias, M. N. Roy, famoso revolucionario nacionalista de la India que estuvo en México durante esa época, describió la comunidad de centenares de pacifistas, anarco-sindicalistas y socialistas que habían escapado del norte, de los cuales muchos radicarán durante varios años en la ciudad

de México. Esta comunidad era un claro blanco para el FBI, que se dedicó a introducir agentes secretos en la ciudad que enviaban sus reportes al ya súper espía J. Edgar Hoover, posteriormente famoso como principal dirigente de esta oficina gubernamental de espionaje y persecución de izquierdistas, disidentes y sindicalistas radicales.

Uno de los más señalados pacifistas norteamericanos fue Carleton Beals (1893-1979). En un apasionante relato de Christopher Neals, basado en los escritos autobiográficos de Beals, publicado en *Letras Libres* en mayo de 2007, se relata el inicio de su interés por la región y sus problemas:

> La simpatía que Carleton Beals sintió durante toda su vida por Latinoamérica se inició en diciembre de 1918, cuando llegó a la Ciudad de México a bordo de un tren procedente de Culiacán, en un vagón cargado de cerdos. Con veinticinco años, había cruzado la frontera desde Arizona con su hermano de diecisiete, Ralph (que más tarde sería un famoso antropólogo especializado en México), tras salir de la cárcel en San Francisco. Carleton había estado encarcelado durante casi un año por haberse negado a ser reclutado por el ejército durante la primera Guerra Mundial. Su hermano no quería sufrir la misma experiencia. Ambos jóvenes estaban imbuidos por los ideales de su madre, Elvina Beals, una pacifista que sería candidata socialista a senadora por California, en 1920[4].

Beals siempre mantuvo una preferencia marcada por México, donde comenzó su carrera, pero, con el tiempo, escribirá sobre una multitud de temas incluyendo una biografía de Sandino y diversos textos sobre otros personajes y países de la región latinoamericana. En 1924, el primer libro de Beals, *Mexico. An Interpretation*[5], fue calificado por Ernest Gruening, director de la prestigiosa revista política de centro-izquierda, *The Nation,* como "el mejor libro sobre México obra de un estadounidense". Entre los amigos que Beals tenía en México, en los años de 1920, se contaban Diego Rivera, Tina Modotti, Víctor Raúl Haya de la Torre, diversas figuras de la izquierda estadounidense como Bertram y Ella Wolfe, así como el estudiante cubano y líder comunista, Julio Antonio Mella.

Otros dos jóvenes, que luego habrían de escribir conjuntamente la obra *Dollar Diplomacy*, fueron atraídos por México. Nos referimos a Scott

[4] Neal, "Carleton Beals. Disidente"

[5] Beals, *Mexico, An interpretation.*

Nearing (1883-1983) y Joseph Freeman (1897-1965). El primero, graduado de la Universidad de Pensilvania en 1909, trabajó como profesor en esa universidad y luego en la de Toledo, pero fue obligado a dimitir por su oposición a la entrada de Estados Unidos en la primera Guerra Mundial. Nearing no era simplemente un pacifista, siempre se definió como socialista y, a principios de los años veinte, tenía muchas amistades entre los primeros círculos de comunistas en Estados Unidos y México.

Desde ese tiempo, Scott Nearing se dedicó a escribir libros sobre los temas más polémicos de la política, economía y sociedad norteamericana, incluyendo no solamente críticas al imperialismo como *The American Empire* (1921) y *Dollar Diplomacy* (1925), sino también estudios en contra del racismo en Estados Unidos, produciendo dos obras señeras: *Black America* (1924) y *Free Born* (1932). Seguirá escribiendo una gran cantidad de obras críticas a lo largo de su vida y será considerado, junto con su esposa, el pionero de los más tempranos movimientos ecologistas de Estados Unidos, a los que contribuyó desde el decenio de 1950.

Gran amigo y coautor de Nearing fue Joseph Freeman; poeta, editor y crítico, además de radical político. Graduado en la Universidad de Columbia, en Nueva York, en 1919, se opuso a la guerra y entró pronto a participar en grupos de socialistas en esa ciudad. De 1926 a 1937 fue el editor de la revista radical más importante, *New Masses*, luego lo fue de *The Liberator* y de la *Partisan Review*, además de servir en diversos momentos como corresponsal extranjero para el *Chicago Tribune*, el *New York Herald Tribune* y TASS[6].

Nearing y Freeman mantuvieron relaciones estrechas con muchos comunistas norteamericanos de la época. Un testimonio importante, en relación con la escritura de *Dollar Diplomacy,* lo proporciona el archivo de la correspondencia de Ella Goldberg Wolfe, esposa de Bertram Wolfe. La pareja estaba en México a principios de los años veinte, como resultado de la persecución a los comunistas (*The Red Scare*) emprendida en Estados Unidos. Bertram Wolfe (1896-1977) había estado activo desde su juventud en el Partido Socialista de Estados Unidos, fue uno de los

[6] De acuerdo con la descripción oficial de su archivo personal en la Universidad de Columbia, éste contiene: "Correspondence, manuscripts, drawings, documents, photographs, clippings, and other printed materials. Most of Freeman's own letters are written to Anne Williams Feinberg, his secretary. Among the cataloged correspondence are: Sherwood Anderson, Margaret Bourke-White, Erskine Caldwell, John Dos Passos, Theodore Dreiser, Langston Hughes, Edna St. Vincent Millay, and Lincoln Steffens."

fundadores del Partido Comunista, en 1919, en ese país, y se desempeñó como redactor de algunos de sus primeros documentos. En una carta de agosto de 1924, Ella Goldberg Wolfe se refirió a la ayuda que le había solicitado Nearing para escribir su libro y escribió de sus intentos:

> to locate 'dope on American Imperialism in Mexico' at the request of Party member Scott Nearing. 'The only way to obtain things here is by personal pull,' she writes. The original documents Nearing refers to are under lock and key in the Ministry of Foreign Relations. The government will not give any permission, especially at this time, to look at them. The only way is to make love to the man who holds the keys. I am arranging an ambush for him. You see, I have a pull with Señor Rafael Lopez, the Chief of the National Archives. He has some good friends in Foreign Relations, and we shall work these advantages for what they're worth and watch for results[7].

Para concluir esta breve introducción biográfica y de contexto de la obra bajo consideración, deben agregarse unas breves referencias a las revistas editoriales y a un conjunto de obras contemporáneas que proporcionan algunos elementos para entender la aparición de la temprana literatura radical y crítica sobre Latinoamérica, en los medios norteamericanos desde la década de 1920. En primer término, conviene hacer hincapié en la importancia de dos grupos diferentes de revistas que publicaban artículos sobre la región latinoamericana. El primer grupo podemos situarlo como de centro-izquierda e incluía a *The Nation* y *The New Republic,* al que podríamos agregar *The North American Review*. La primera, *The Nation*, era (y es) la revista política más antigua de Estados Unidos (fundada en 1865) y fue especialmente importante en la difusión de información sobre la política latinoamericana en los decenios de 1920 y 1930. Es interesante observar, a partir de sus archivos electrónicos, que sólo se publicaron siete artículos en esta revista, entre 1918 y 1940, con el título "Latin America". En contraste, se publicaron la impresionante cantidad de noventa y nueve artículos, de 1920 a 1930, con el título "Mexico", país que claramente llamaba su atención. Por su parte, hubo catorce artículos con el título "Cuba" y ocho artículos con el título "Chile", en los mismos dos decenios, en *The Nation*. Lo anterior estaba relacionado

[7] La referencia precisa se puede encontrar en http://www.stanfordalumni.org/news/magazine/2002/janfeb/features/wolfe.html

no sólo con el hecho de que el editor de esta revista, entre 1920 y 1923, fue el progresista Ernest Gruening (1887-1973), autor de un libro sobre México, sino por el interés que el país despertaba entre los activistas norteamericanos. Se escribía sobre temas como el México posrevolucionario, la lucha entre los partidos resultantes de la Revolución, la situación de los indígenas y luego, en los años de 1930, las políticas del régimen cardenista en varios terrenos, incluyendo obviamente la reforma agraria y la expropiación petrolera.

Más a la izquierda existía un puñado de revistas radicales de importancia, entre las cuales se contaba *The Masses* (1911-1917), a la que sucedió *The Liberator* y luego, en los años veinte, *The New Masses*, editada largo tiempo por Joseph Freeman, uno de nuestros autores[8]. Estas revistas publicaban no solamente artículos sobre política nacional e internacional, sino también ficción, poesía, arte y crítica literaria, escrita por muchos de los principales escritores progresistas de la época.

Si revisamos la literatura crítica sobre Latinoamérica producida por los intelectuales progresistas, sociales y comunistas de los años veinte, deben mencionarse, además de *Dollar Diplomacy,* las diversas obras de Carleton Beals, incluyendo *Mexico, An Interpretation* (1923); su biografía de Sandino, publicada en 1928, y muchas otras obras posteriores. También debe recordarse la colección editorial dedicada específicamente al estudio del imperialismo norteamericano, impulsada por Vanguard Press de Nueva York, que dio pie a la publicación de los clásicos *The Americans in Santo Domingo* (1927), de Melvin M. Knight; *Our Cuban Colony* (1928), de Leland H. Jenks y, algo más tarde, *The Banana Empire* (1935), de Charles Kepner y Jay Henry Soothill.

Estas obras tuvieron un espejo en la literatura latinoamericana de la época que se dedicaba a analizar y denunciar el expansionismo norteamericano en la región. Por ejemplo, pueden citarse —entre otros— los casos de Alberto Ghiraldo, *Yanquilandia bárbara;* Máximo Soto Hall, *Nicaragua y el imperialismo;* Vicente Sáenz, *Rompiendo cadenas,* o el propio texto de Isidro Fabela, *Estados Unidos contra la libertad*[9]. También fueron influyen-

[8] Para información véase el sitio web http://www.spartacus.schoolnet.co.uk/ARTmasses.htm

[9] Vale la pena sugerir la larga continuidad de la tradición. Dentro de la misma puede señalarse el interés del libro de William Krehm, *Democracia y tiranía en el Caribe*, publicado originalmente en español, en 1948, y reeditado por Gregorio Selser en Palestra, en 1960. Se tradujo y se editó por primera vez en inglés en 1985. Cuenta las aventuras

tes los pronunciamientos, artículos y documentos antiimperialistas de diversas organizaciones o redes de activistas y autores radicales latinoamericanos de los años veinte[10]. Entre éstos se contaba la Liga Antiimperialista de las Américas —especialmente activa desde 1924— que reunió a numerosos comunistas en México y Cuba[11]. En Argentina había otros grupos similares, pero más de tendencia socialista, en particular la "Unión Latinoamericana," asociación de intelectuales fundada en 1922 y presidida por José Ingenieros y luego de 1925, encabezada por Alfonso Palacios, en cuyo boletín *Renovación* se publicaron decenas de ensayos de interés sobre esta problemática, como ha demostrado detalladamente Alexandra Pita en diversos estudios recientes[12].

LAS APORTACIONES DE *DOLLAR DIPLOMACY* AL DEBATE SOBRE EL IMPERIALISMO EN LOS AÑOS VEINTE

Una de las primeras preguntas sobre la originalidad de la obra *Dollar Diplomacy* consiste en explorar de qué manera contribuyó a ampliar el debate sobre el imperialismo. Los autores y textos teóricos a los que nos remiten Nearing y Freeman son los clásicos de su época, C. K. Hobson, R. Hilferding, V. I. Lenin. Nada sorprendente aquí. Pero, como señalaban estos dos radicales norteamericanos, en trabajos de esos autores no se había planteado un estudio específico y detallado del expansionismo económico, político y militar de Estados Unidos en Asia y América Latina. Los estudios sobre el imperialismo europeo eran numerosos, pero ese no era el caso respecto de la nueva potencia occidental. Nearing y Freeman fueron conscientes de que su obra era pionera, pero de ninguna manera definitiva: "The History of American Imperialism is still to be written"[13], reconocieron. Tampoco argumentaron que sus ideas fueran del todo ori-

y observaciones del periodista canadiense en Centroamérica y el Caribe en los años de 1940, con retratos coloridos pero críticos de los hombres fuertes Jorge Ubico, Tiburcio Carias, Tacho Somoza, Rafael Trujillo y Elie Lescot, entre otros.

[10] Un magnífico recorrido a través de algunas de las redes de políticos e intelectuales latinoamericanos de la época se encuentra en Yankelevich, *La Revolución mexicana*.

[11] Un análisis de las actividades internacionalistas en Kersffeld, "Tensiones y conflictos"; y, del mismo autor, "La Liga Antiimperialista".

[12] Véase Pita, *La Unión Latino Americana*.

[13] Véase página v del prefacio.

ginales: "so far as we are aware, these data have not been assembled elsewhere in this form and with this general purpose in mind". Esto último es, precisamente, la aportación del libro en cuestión, ya que combinó fuentes primarias (documentos del gobierno de Estados Unidos y de los banqueros) con una abundante bibliografía secundaria, incluyendo libros y numerosos artículos de revistas. Desde ese punto de vista, resulta de utilidad una relectura del texto, pues ofrece una especie de "estado de la cuestión bibliográfico" del conocimiento sobre el imperialismo norteamericano hacia mediados del decenio de 1920.

En lo que se refiere al enfoque general adoptado, puede observarse que Nearing y Freeman sostenían que el imperialismo era instrumentado por un conjunto de actores, inversores, banqueros, empresarios, políticos y diplomáticos, los oficiales de los *marines* y los almirantes de la marina norteamericana, amén de una serie de agentes y aventureros diversos. En casi todos los casos, trataban de establecer una posición estratégica superior para Estados Unidos (en términos diplomáticos y territoriales) con objeto de lograr una superioridad económica en países en situación de debilidad relativa y de subdesarrollo. Es por demás interesante que los autores introducen el término y concepto de *underdevelopment*, lo cual resulta de interés para entender el origen de la terminología de debates posteriores sobre desarrollo y subdesarrollo.

Nearing y Freeman ofrecen una perspectiva analítica amplia para identificar los distintos instrumentos que se utilizaron en la carrera del expansionismo económico y político. De acuerdo con los autores, éste incluía, además de la intervención armada y la conquista militar, la "compra" forzosa de territorios o concesiones, el uso articulado de la diplomacia y el poder financiero para lograr el establecimiento de "esferas de influencia", así como el uso más concreto de préstamos bancarios para impulsar y justificar la intervención militar y política en países débiles, en resumen, la *dollar diplomacy*. Puede resultar de interés notar que este término ya se había acuñado hacia 1913-1915, a raíz de las intervenciones norteamericanas en Haití y Santo Domingo, por revistas académicas norteamericanas del *establishment*, pero, posteriormente, la expresión había caído en desuso hasta que Nearing y Freeman la retomaron.

Una faceta especialmente interesante de los primeros capítulos del libro es la delimitación de su primera meta, que consistía en demostrar que el expansionismo norteamericano desde fines del siglo XIX no se limitaba a las Américas, sino que tenía una clara proyección hacia Asia y el

Pacífico. Quizá el capítulo menos conocido de esta historia sea la anexión (vía compra e invasión) de las islas de Hawai, donde existió una monarquía nativa hasta 1893. Después del desembarco de las tropas norteamericanas, la reina y su gobierno fueron sometidos y, en 1898, en medio de la guerra contra España, la isla —muy rica en azúcar— fue anexionada y convertida en un simple territorio (o protectorado) de Estados Unidos. Esta vocación de expansión en el Pacífico se concretó claramente con la conquista y anexión de Filipinas en 1898, otro capítulo de la historia del expansionismo norteamericano que no es suficientemente conocido en nuestros medios, a pesar de la bibliografía disponible[14].

Nearing y Freeman pasan luego al análisis del expansionismo norteamericano en China, esencialmente a través del establecimiento de una "esfera de influencia" que pudiera competir con sus rivales europeos y Japón, país muy interesado en controlar Manchuria desde principios de siglo. Para aquellos interesados en la historia comparada de la diplomacia del dólar, resultan de mucho interés las secciones del capítulo tercero, en las que se explica cómo después de la primera Guerra Mundial los banqueros Morgan organizaron comités y conferencias internacionales para afianzar el peso financiero y diplomático de Estados Unidos en China. El dirigente del consorcio encabezado por los Morgan era Thomas Lamont, precisamente el mismo que habría de liderar el comité internacional de banqueros para México en numerosos negociaciones financieras y políticas a lo largo de los años veinte.

En el siguiente apartado, los autores demuestran de manera sucinta la expansión de los intereses económicos norteamericanos en Turquía y en Irak a partir de 1920, tanto en ferrocarriles como en explotaciones petroleras. Si bien el análisis no es muy detallado, nos remite a una bibliografía importante, que permite entender las raíces históricas del interés estratégico de determinados grupos económicos norteamericanos en Medio Oriente desde principios del siglo XX. Asimismo, nos habla de la conveniencia de conocer esta problemática para entender el imperialismo contemporáneo norteamericano y la trágica situación que ha provocado en este primer decenio del siglo XXI, especialmente en Irak.

[14] Daniel Boone Schirmer realizó un excelente libro, *Massachusetts Anti-imperialism, 1895-1904* (1971), sobre la oposición a la guerra de 1898 en Filipinas, por parte de batallones de soldados de Massachusetts que se negaron a pelear contra los rebeldes republicanos de las islas.

El cuarto capítulo de *Dollar Diplomacy* centra la atención en un concepto algo difuso, el de "regulación política", que los autores definen como la opción de una potencia de intervenir en un país más débil para proteger sus intereses económicos. En la práctica, buena parte del capítulo se dedica a analizar la temprana historia de las empresas petroleras en México desde 1900 hasta 1920, subrayando, en particular, la rivalidad entre el grupo de empresas del norteamericano Edward Doheny y el capitalista británico Weetman Pearson, dueño de la mayor compañía petrolera, *Mexican Eagle*, conocido familiarmente por sus empleados y clientes como el Águila. Nearing y Freeman describen las intervenciones de ambos grupos empresariales en la Revolución y centran la atención, finalmente, en la intervención norteamericana en Veracruz, en 1914, sin dejar a un lado la alianza de Doheny con Carranza y, seguidamente, con Manuel Peláez, hombre fuerte en ese puerto. Este relato tiene interés no tanto por ser muy detallado (aunque demuestra un buen conocimiento del caso), como por ser el punto de arranque de una literatura de larga data, que habría de culminar en decenios recientes con los trabajos de los historiadores Lorenzo Meyer, Peter Calvert, Friedrich Katz y Jonathan Brown, entre otros, sobre "la diplomacia del petróleo" en la época revolucionaria.

Los autores pasan en el siguiente apartado a un análisis despiadado de la intervención armada de Estados Unidos en Santo Domingo, Haití y Nicaragua (desde 1915 y 1916). Explican la política estratégica de las autoridades norteamericanas para lograr transformar el Caribe en un *American Lake*, que les permitiera controlar tanto las rutas navales claves como los territorios considerados importantes para determinados grupos económicos, especialmente las empresas azucareras, la United Fruit, los banqueros (encabezados en este caso por Nacional City Bank y Brown Brothers Harriman) y diversos grupos de inversores. El análisis está fundado en una cuidadosa revisión de los documentos oficiales del Departamento de Estado norteamericano que demuestran el alto grado de vinculación entre empresarios, diplomáticos, políticos y dirigentes navales que deseaban aprovechar la coyuntura de la primera Guerra Mundial para afianzar la influencia norteamericana en la zona de manera definitiva.

Asimismo, subrayan el papel agresivo del Nacional City Bank en Santo Domingo y Haití, así como el de Brown Brothers en Nicaragua, que reflejaba no sólo la "diplomacia del dólar", sino también el proceso de internacionalización de la banca norteamericana que iba de la mano del surgimiento de algunas de las primeras empresas multinacionales nor-

teamericanas activas en la región. No obstante, el énfasis de Nearing y Freeman está puesto en la consolidación de una política intervencionista y agresiva del gobierno norteamericano en Centroamérica y el Caribe, la cual habría de ser duradera.

El penúltimo capítulo del libro analiza la economía de Cuba, país donde se habían realizado las mayores inversiones norteamericanas, sobre todo entre 1915 y 1925, llegando a alcanzar la fabulosa cifra de 1.2 mil millones de dólares en empresas azucareras, ferrocarriles, tranvías, empresas eléctricas, banca y empresas de seguros, hoteles y empresas urbanas diversas. Recordemos que después de la crisis económica de 1921, que llevó a la quiebra a innumerables bancos y empresas azucareras cubanas, un puñado de poderosos bancos y grupos de inversores norteamericanos corrieron a comprar firmas y propiedades cubanas. Ésta fue una época en la que tuvo lugar la "danza de los millones", expresión que reflejaba la inmensa fuerza de Wall Street en los *roaring twenties*. Si bien Cuba fue el país en donde más capital norteamericano se invirtió, se produjo un auge especulador aún mayor dentro de Estados Unidos. Una de las regiones que recibieron cuantiosas inversiones en los años veinte —especialmente para desarrollos inmobiliarios— fue la de Florida, que habría de contribuir con anticipación al *crac* de la Bolsa en 1929, al caer los precios de las propiedades hipotecadas. En este sentido, nos parece que puede resultar de interés sugerir que existía cierta vinculación entre el modelo de desarrollo de Florida en estos años de especulación y el de Cuba, isla que también atrajo a ricos turistas y jubilados para disfrutar del clima, el mar (los yates), los casinos, la música y el relajo. Estos, sin embargo, no son temas cubiertos por *La diplomacia del dólar*, que mantiene su enfoque materialista y centra la atención preferentemente en las actividades de los grandes grupos económicos activos en la isla.

En resumidas cuentas, la lectura de *La diplomacia del dólar* representa un importante viaje temporal hacia los orígenes de la literatura antiimperialista norteamericana. En el largo plazo, junto con los demás textos que hemos mencionado, la obra se erigirá en un cuerpo documental y analítico de gran importancia para la historia económica y política de Estados Unidos y de Latinoamérica. En el caso de la historiografía norteamericana, puede sugerirse que muchas de las temáticas y melodías que primero tocaron Nearing y Freeman reaparecen decenios más tarde en las obras de William Appleman Williams, gran constructor desde los años de 1960 de una nueva historia internacional (o si se quiere diplomática)

del expansionismo norteamericano en el siglo XX. No menos importantes fueron las aportaciones de nuestros dos autores para la historiografía latinoamericana, así como de otros intelectuales radicales como Beals, Jenks, Knight y Kepner, que comenzaron su labor de análisis de la historia del expansionismo norteamericano desde el decenio fundamental de 1920.

BIBLIOGRAFÍA

Beals, Carleton
Mexico, An Interpretation, New York, Huebsch, 1923.

Crespo, Horacio (*et al*)
El comunismo. Otras miradas desde América Latina, México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM/ Editorial Siglo XXI, 2007.

Fabela, Isidro
Los Estados Unidos contra la libertad; estudios de historia diplomática americana (Cuba, Filipinas, Panamá, Nicaragua, República Dominicana), Barcelona, Lux, 1919.

Ghiraldo, Alberto
Yanquilandia bárbara: la lucha contra el imperialismo, Madrid, Editorial Historia Nueva, 1929.

Kepner, Charles David y Jay Henry Soothill
The Banana Empire; A Case Study of Economic Imperialism, New York, Vanguard Press, 1935, Studies in American Imperialism.

Kersffeld, Daniel
"La Liga Antiimperialista de las Américas: una construcción política entre el marxismo y el latinoamericanismo", en Crespo, 2007.

——, "Tensiones y conflictos en los orígenes del comunismo latinoamericano: las secciones de la Liga Antiimperialista de las Américas", en *Estudios interdisciplinarios de América Latina*, *Revista electrónica de la Universidad de Tel Aviv*, 2007.

Knight,Melvin, Moses
The Americans in Santo Domingo, New York, Vanguard Press, 1928.

Krehm, William
Democracia y tiranías en el Caribe, prólogo Vicente Sáenz, prefacio Gregorio Selser, Buenos Aires, Palestra, 1959.

Leland, Hamilton Jenks
Our Cuban Colony, A Study in Sugar, New York, Vanguard Press 1928,
——, *American Imperialism*, México, Universidad de Colima, 2009.
Neal, Christopher
"Carleton Beals. Disidente solitario", en *Letras Libres,* 2007.
Nearing Scott y Joseph Freeman
La diplomacia del dólar: Un estudio acerca del imperialismo americano, s.l.e, Sociedad de Edición y Librería Franco-Americana, 1926.
Nearing Scott
The American Empire, New York, Rand School of Social Science, 1921.
——, *Black America,* New York, Schocken Books, 1969,
Pita González, Alexandra
La Unión Latino Americana y el boletín Renovación. *Redes intelectuales y revistas culturales en la década de 1920*, México, El Colegio de México/ Universidad de Colima, 2009.
Sáenz, Vicente
Rompiendo cadenas: las del imperialismo norteamericano en Centro América, México, CIADE, 1933.
Schirmer, Daniel Boone
Massachusetts Anti-imperialism, 1895-1904, s/p, s/e, 1971.
Soto-Hall, Máximo
Nicaragua y el imperialismo norteamericano; contraste entre la insolencia norteamericana y la vergonzosa tolerancia de los gobiernos de la América Latina, Buenos Aires, Artes y Letras Editorial, 1928.
Yankelevich, Pablo
La Revolución mexicana en América Latina: intereses políticos e itinerarios intelectuales, México, Instituto Mora, "Colección Historia internacional", 2003.
Zavala, Iris
El modernismo y otros ensayos, Madrid, Alianza, 1989.

AUTORES

Paula Bruno
paugrabru@hotmail.com

Paula Bruno. Profesora en Historia por la Universidad de Buenos Aires, magister en Investigación Histórica (Universidad de San Andrés) y doctora en Historia de la Universidad de Buenos Aires. Es autora de *Paul Groussac. Un estratega intelectual*, Buenos Aires, FCE/UDESA, 2005 y *Travesías intelectuales de Paul Groussac* (Estudio preliminar y selección de textos a su cargo), Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2005, Colección La Ideología Argentina. Ha publicado sobre temas de su especialidad —historia de los intelectuales en el giro del siglo XIX al XX— en revistas nacionales y extranjeras (entre ellas, *Hispamérica*, *Secuencia*, *Cuadernos Americanos*, *Iberoamericana*, *Araucaria*, *Saber y Tiempo*). En 2008, recibió el Premio Pensamiento de América "Leopoldo Zea" del Instituto Panamericano de Geografía e Historia (OEA). Actualmente, se desempeña como profesora en la Universidad de San Andrés y en la Universidad Torcuato di Tella.

Andrés Kozel
andreskozel@yahoo.com.mx

Licenciado en Sociología por la Universidad de Buenos Aires (1996, diploma de honor). Doctor en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México (2006, mención honorífica). Becario posdoctoral de la UNAM en El Colegio de México de 2007 a 2009. Autor del libro *La Argentina como desilusión,* y de diversos estudios sobre historia de las ideas y de la cultura latinoamericana. Profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y coordinador editorial de *Nostromo*, revista independiente.

Luis Ochoa Bilbao
luisotxoa@hotmail.com

Profesor-investigador y coordinador de la Licenciatura en Relaciones Internacionales de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP). Es licenciado en Relaciones Internacionales por la Universidad de las Américas, Puebla; maestro en Sociología por la UNAM y doctor en Sociología por la BUAP. Se desempeña también como coordinador del programa de inmersión al español de la escuela Wharton, de la Universidad de Pensilvania. Entre sus publicaciones más recientes se encuentran "Intelectuales, educación y difusión del conocimiento en México", en *Íkala*, vol. 13, no. 19, pp. 65-88, ene-jun de 2008; "Intelectuales y política exterior: el caso mexicano siglos XX y XXI", en Paulino Arellanes (coord.) *Escenarios, actores y conflictos internacionales*, México, Patria, pp. 183-206, 2008. Sus líneas de investigación son intelectuales e historia diplomática de México y el pensamiento internacionalista latinoamericano.

Margarita Silva Hernández
msilva@una.ac.cr

Historiadora. Docente e investigadora en la Universidad Nacional de Costa Rica. Ha investigado procesos políticos y educativos en Costa Rica, más recientemente estudia el pensamiento unionista y el movimiento antiimperialista de fines del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX en Centroamérica. Autora de diversas colaboraciones y artículos sobre esos temas. Actualmente, se desempeña como directora de la Escuela de la Historia y vicerrectora de Docencia en la misma universidad.

Mario Oliva Medina
molivam1@hotmail.com

Es profesor de la Universidad Nacional de Costa Rica, donde ha ejercido esta labor durante más de veinticinco años; actualmente, imparte lecciones en posgrado en dicha institución. Su obra escrita se encuentra en revistas especializadas de varios países de América Latina. Entre sus libros se pueden mencionar: *Artesanos y obreros urbanos costarricenses 1880-1914*, *José Martí en la historia y la cultura costarricense*, *Dos peruanos en la revista* Repertorio Americano*: José Carlos Mariategui y Raúl Haya de la Torre*, *Como alas de mariposa: correspondencia de Joaquín García Monge a Al-*

fredo Cardona Peña. Es coautor de *Cien años de poesía popular en Costa Rica 1850-1950* y *El pensamiento antiimperialista de Octavio Jiménez 1929-1938*.

Blanca Mar León Rosabal
whitesea.bmlr@gmail.com

Candidata a doctora en Historia por El Colegio de México, maestra en Ciencias Sociales por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), sede académica de México, y licenciada en Historia por la Universidad de La Habana, Cuba. Ha colaborado como docente en programas de educación superior y de posgrado para diversas universidades mexicanas y trabajado en instituciones no gubernamentales, como la Organización de Estados Iberoamericanos (OEI). Es autora de varios capítulos de libros sobre la historia política de su país de nacimiento, Cuba. Su tesis de licenciatura ganó el premio de ensayo en el concurso Pinos Nuevos y fue publicada en 1997. Sus investigaciones académicas recientes se han especializado en las relaciones internacionales entre Cuba, México y Estados Unidos, en la década de los años sesenta. Ha participado en proyectos de investigación sobre la migración de los cubanos a México en los años noventa del siglo XX. Desde 2009 colabora como docente en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Alexandra Pita
alepitag@gmail.com

Licenciada en Historia por la Universidad Nacional de Córdoba (1994), con la tesis "El comercio de esclavos en el espacio cordobés 1575-1640"; maestra y doctora en Historia por El Colegio de México (2000 y 2004). Autora del libro *La Unión Latino Americana y el boletín* Renovación. *Redes intelectuales y revistas culturales en la década de 1920*, México, El Colegio de México-Universidad de Colima, 2009. Ha publicado además varios capítulos de libro y artículos sobre historia intelectual de América Latina entre los que podemos mencionar: "La discutida identidad latinoamericana. Una aproximación a través del *Repertorio Americano*, 1938-1945", en Carlos Marichal y Aimer Granados (coord.), *Construcción de la Identidad Latinoamericana. Ensayos de Historia Intelectual, s. XIX y XX*, México, El Colegio de México, 2004. Actualmente, es profesora-investigadora de tiempo completo en la Universidad de Colima, donde coordina la Maestría en

Historia. Miembro del SNI (nivel 1), desde 2002 coordina otras actividades académicas, como el Seminario de Historia Intelectual de América Latina de El Colegio de México y el Foro de discusión virtual IBERO-IDEAS, http://www.foroiberoideas.cervantesvirtual.com.

Fabio Moraga Valle
fabiohis@yahoo.com.mx

Licenciado y maestro en Historia por la Universidad de Chile y doctor en Historia por El Colegio de México. Es especialista en historia política e intelectual de la América Latina contemporánea. Se desempeña como profesor del Colegio de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México y es investigador en el Centro de Estudios Migratorios del Instituto Nacional de Migración. Es miembro del SNI de México (nivel 1) y del Fondo Nacional de Ciencia y Tecnología Fondecyt, de Chile. Sus publicaciones más recientes son "Muchachos casi silvestres", en *La Federación de estudiantes y el movimiento estudiantil chileno, 1906-1936*, Santiago, Universidad de Chile, 2007, y, junto a Guillermo Palacios, *La Independencia y el comienzo de los regímenes representativos, 1808-1850*, Madrid, Síntesis, 2003. Además ha publicado diversos artículos en revistas latinoamericanas.

Martín Bergel
mbergel@fibertel.com.ar

Profesor de Historia Social Latinoamericana (Universidad de Buenos Aires). Miembro del Programa de Historia Intelectual (Universidad Nacional de Quilmes) y del CEDINCI (Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en Argentina). Actualmente, finaliza su tesis doctoral sobre las representaciones de Oriente en los intelectuales argentinos de los años 1920. Ha publicado numerosos ensayos y artículos en libros y revistas especializadas de Argentina, Perú, Israel, México, Francia, España y Brasil. Entre ellos pueden destacarse: "Un caso de orientalismo invertido: la *Revista de Oriente* (1925–1926) y los modelos de relevo de la civilización occidental", en *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, Buenos Aires, 2006; "La materialidad de lo posnacional: 'Europa' en la izquierda radical italiana contemporánea", en *Bajo el Volcán*, Puebla, BUAP, 2008; "La desmesura revolucionaria. Prácticas intelectuales y cultura vitalista en los

orígenes del aprismo peruano", en Carlos Altamirano (dir.), *Historia de los Intelectuales en América Latina*, Buenos Aires, Katz, 2009; y "Nomadismo proselitista y revolución. Notas para una caracterización del primer exilio aprista (1923–1931)", en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, Universidad de Tel Aviv, 2009.

Carlos Marichal
cmari@colmex.mx

Profesor-investigador del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México desde 1989. Doctor en Historia por la Universidad de Harvard. Entre sus publicaciones más importantes se encuentran *Historia de la deuda externa en América Latina,* Madrid, Alianza, 1989, y *La bancarrota del virreinato: la Nueva España y las finanzas del imperio español, 1780-1810,* México, Fondo de Cultura Económica, 1999. En el campo de la historia intelectual destaca la edición del libro de ensayos, con Aimer Granados, *Construcción de identidades latinoamericanas*, México, El Colegio de México, 2006. Es coordinador e impulsor con Alexandra Pita, del Seminario de Historia Intelectual de El Colegio de México y de su página *Web*, http://shial.colmex.mx/.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Álvarez, Agustín 22, 141
Acevedo,Edberto 69, 70,72, 74, 86, 96
Acosta Velarde, Federico 225
Aguayo, Spencer 72
Aguinaldo, Emilio 228, 229
Alcaide, José Emilio 129
Alcalá Zamora 272
Alegría, Ciro 249
Alem N., Leandro 218, 221
Alessandrini Palma Arturo 267
Allan Poe, Edgar 51, 65
Alvarado, Julio 289
Alvear, Marcelo T. de 296
Angulo Guridi, Alejandro 136, 137, 140
Appleman Williams, William 330
Aragón, Manuel 163
Aranha, Graça 253
Araquistain y Quevedo, Luis 13,31,181, 185-206, 208-211, 225, 228
Araujo, Manuel 129
Arévalo, Juan José 29, 168-169, 180
Arévalo, Teresa 160
Arguedas, Agustín 21
Arguedas, Alcides 22, 141
Asturias, Miguel Ángel 174-175, 179-180
Ayala, Victoriano 129
Baldrich, 169
Baltodano, Moisés 127
Barrios, Gerardo 147
Barthou, 272
Barrundia, José Francisco 137

Basave y del Castillo Negrete, Carlos 78
Basterra, Félix 220
Bautista Saavedra, 300
Beals, Carleton 34, 35, 319, 321-322, 325, 331-332
Belaúnde, Víctor 252
Belaúnde Terry, Fernando 286
Bello, Andrés 32, 247, 254-255, 262, 273, 275, 278
Bello Rozas, Ana Luisa 242
Bergel, Martin 8, 15, 33-34, 283, 285, 288, 291-292, 313, 336
Biagini, Hugo 15, 37, 45, 60, 62
Blanco Fombona, Rufino 22,31,39,70,72,92-94, 220, 226, 238, 240, 243
Bolívar, Simón 91-92, 204
Bomfim, Manuel 21,22,142
Bonaparte, Napoleón 204, 272
Bonilla, Manuel 133
Bonilla, Julia 160
Borges, José María 128
Bourdieu, Pierre 135, 150, 187, 210
Brañas, César 160
Briceño, Crisanto 126-127
Brown, Jonathan 329
Brum, Baltasar 168
Brum, Blanca Luz 288, 296, 306, 313
Bruno, Paula 16, 27, 37, 43, 45, 46, 50, 54, 62, 333
Bruno, Giordano 269
Bruns, Bradford 127
Buchanan, James 113
Bulnes, Francisco 21,28, 70, 74, 77, 96, 141, 151
Bulnes, Manuel 274
Bunge, Carlos Octavio 21, 142
Burke, Edmund 88
Cabañas, José Trinidad 137
Cabezas, Macario 129
Calbert, Peter 329
Calderón de la Barca, Pedro 47
Calderón, Salvador 129
Calhoun, John 83
Calibán 28, 57-59, 61, 63-65, 230, 233, 234, 239, 241

Calles, Plutarco Elías 70, 271
Cárdenas, Lázaro 104
Cárdenas, Miguel 74
Carranza, Venustiano 28, 70, 86, 91,104, 108, 329
Carrera, José Miguel 260, 273-274
Cascante Gutiérrez, María de Jesús 126
Caso, Antonio 20,21
Castelar, Emilio 160
Castillo León, José 133
Céspedes, Carlos Manuel de 128
Chang-Rodríguez, Eugenio 286, 298, 313, 314
Charle, Christophe 19, 20, 38
Chartier, Roger 163, 181
Chávez Orozco, Luis 20
Clemenceau, Georges 272
Cleveland, Grover 229
Cockcroft, James D. 103
Coll y Toste, Cayetano 225, 229, 237
Colombi, Beatriz 55, 63, 291, 313
Cordero, Héctor 217
Cosío Villegas, Daniel 20, 77, 96
Costa, Joaquín 190
Cox, Carlos Manuel 285, 302
D´Halmar, Augusto 264
Darío, Rubén 22, 27,44, 54, 58, 59, 61, 63, 64, 128,150, 159, 170, 218, 219, 224, 230, 231, 233, 239, 240, 241, 254, 255, 306
Daudet, Alphonse 142
Delmar, Serafín (Serafín del Mar) 249, 285
Díaz, Adolfo 133
Díaz, Hernán 217, 234, 237
Díaz, Porfirio 114
Díaz Chávez, Rafael 134
Díaz Pérez, Eva 218, 219, 221, 224
Disraeli, Benjamin 272
Doheny, Edward 329
Donoso, Armando 264
Dotor, Ángel 86
Dupuy Alarcón, Ángela 249

Durán Luzio, Juan 157, 164, 181
Edwards Bello, Joaquín 13, 32, 33, 247-278
Edwards Garriaga, Joaquín 247
Edwards, Jorge 248, 278
Edwards Vives, Alberto 255, 265, 278-279
Egaña, Juan 273
Elías Calles, Plutarco 70
Encina, Francisco Antonio 21, 255, 278
Ercilla, Alonso de 271
Estrada Cabrera, Manuel 130, 131, 133, 160,161, 175
Fabela, Isidro 13, 28, 101-122, 325, 331
Falcón, César 224-226, 238
Faustino Sarmiento, Domingo 50, 52
Finch, Stanley 163
Fiske, John 43
Flores Magón, Ricardo 321
Fouché, Joseph 272
Franco, Francisco 71
Franklin, Benjamin 130, 132, 151
Freeman, Joseph 13, 116, 228, 236, 304, 319-321, 323, 325-330, 332
Freeman Smith, Robert 43, 63
Fuentes, Carlos 119, 121
Fuentes, Juan Francisco 190-191, 210
Fuentes Mares, José 106
Fuentes, Víctor 225
Funes, José Antonio 142, 151
Funes, Patricia 10, 16, 22, 25, 38
Galeano, Eduardo 94
Garay, Juan de 47
García Bryce, Íñigo 285, 295, 314
García Calderón, Francisco 21
García Cantú, Gastón 106
García Fernández, Sinesio (Abad de Santillán) 217, 219, 221, 223, 240
García Kohly, Mario 193
García Merou, Martín 14
García Monge, Joaquín 29, 334
García, Genaro 74
George, Lloyd 272

Ghiraldo, Alberto 13,32,111, 215, 217-228, 230-243, 325, 331
Gilimón, Eduardo 222-223
Gillespie Blaine, James 54
Giner de los Ríos, Francisco 203
Giolitti, Giovanni 271
Gladstone, William E. 160
Godoy Urrutia, César 168
Gómez Carrillo, Enrique 142
Gómez de la Serna, Ramón 225
Gómez Morín, Manuel 20
Gómez Rojas, Domingo 292
González Arrilli, Bernardo 304
González García, Carlos 127
González Parrales, José Esteban 127
Gori, Pietro 218-219
Grillo, María del Carmen 32, 111, 215
Groussac, Paul 12, 16, 27, 38, 43-66, 333
Gruening, Ernest 321-322, 325
Guerra y Sánchez, Ramiro 201, 205-206, 207, 208
Gutiérrez, Federico Ángel 220
Halperin Donghi, Tulio 43, 44, 60, 64
Harrison, Benjamin 54
Haya de la Torre, Víctor Raúl 22, 24, 33, 34, 236, 249, 250, 252, 268, 270-271, 274, 276, 278, 284-290, 292, 294, 295, 297, 298, 302, 303, 305-310, 312, 314, 315, 322, 334
Henríquez Ureña, Pedro 20
Henríquez Ureña, Max 167
Hernández, José 220
Herrarte, Manuel 128
Herrera Arrivillaga, Guadalupe 168.
Heysen, Luis 285, 288, 301, 302, 303, 310, 311, 312-314
Hilferding, Rudolf 326
Hitler, Adolf 261, 268-269, 272, 274
Hobson, C. K. 326
Hobson, J. A. 22, 228, 236, 304
Hoover, J. Edgar 322
Huerta, Victoriano 28, 70, 86, 108
Huidobro, Vicente 247

Huxley, Aldous 271
Huysmans, Joris-Karl 142
Icaza, Francisco 160
Iglesias, Pablo 191
Iglesias, Rafael 160
Ingenieros, José 23, 24-25, 168-169, 230, 250, 283, 288, 326
Isaacs, Jorge 253, 262
Izaguirre, José María 128
Jackson, Andrew 82, 85, 90
Jaimes Freyre, Ricardo 220
Jefferson, Thomas 83-84
Jenks, Leland H. 325, 331-332
Jerez, Máximo 137,147
Juárez, Benito 70, 74-75, 82
Juderías, Julián 92
Katz, Friedrich 329
Kepner, Charles 325, 331
Keyserling, Leon H. 272, 309
Kissinger, Henry 106, 109, 121
Knight, Melvin M. 321, 325, 331
Kozel, Andrés 28,69, 333
Krauze, Enrique 20, 38, 103, 105, 121
Kun, Bela 189
Lamont, Thomas 328
Largo Caballero, Francisco 188-191
Larra, Mariano José de 257
Lawrence, D.H. 271
Lecrerc, Gerard 19, 38
Leclercq, M. Jules 91
Leguía B., Augusto 175, 224, 249, 287, 295, 297, 301, 303, 310
Leiva, Antonio 128
Lenin, V. I. 22, 191, 269, 272, 274, 302, 304, 305, 326
León Rosabal, Blanca Mar 31, 185, 335
Lincoln, Abraham 75, 82, 258
Lombardo Toledano, Vicente 20
Lope de Vega, Félix 47
López Mateos, Adolfo 105
Lorrain, Jean 142

Loyo, Gilberto 20
Luxembrugo, Rosa 189
Machado y Morales, Gerardo 205, 206, 207
Madero, Francisco I. 70, 86, 91, 96
Maeztu, Ramiro de 190, 192, 193, 211, 264
Mahan, Alfred 43, 83
Mann, Thomas 271
Mañach, Jorge 202
Marx, Karl 16, 39, 306
Mariategui, José Carlos 24, 34, 39, 224, 236, 242, 253, 279, 286, 288, 299, 301, 304, 306-308, 312, 314, 334
Marichal Salinas, Carlos 16, 21, 34, 36, 38, 69, 101, 116, 119, 121, 151, 157, 319, 335, 337
Márquez Sterling, Manuel 86, 96
Martí, José 11, 22, 23, 30, 114, 128, 139, 171, 172, 203, 210, 224, 231, 241, 295, 334
Martínez Villena, Rubén 202
Mas y Pi, Juan 217
Maupassant, Guy de 248
Maurras, Charles 269
Mayorga, Gil 163
McKinley, William 222, 229
McNutt McElroy, Robert 85
Meléndez, Pedro Joaquín 129
Mella, Julio Antonio 24, 295, 309, 312, 314, 322
Mendieta Valverde, Alejandro 126
Mendieta, Salvador 13,22,29-30,125-148, 151-152
Mendoza, Juan 125, 130
Mendoza, Pedro de 47
Menéndez Pelayo, Marcelino 48
Menton, Seymour 167
Meyer, Lorenzo 114, 121, 329
Miles, Anny 161, 167
Miomandre, Francis de 255
Mistral, Gabriela 150, 249-252, 264, 268, 271, 276, 279
Mitre, Bartolomé 160
Modotti, Tina 322
Molina, Iván 160, 161, 167, 181

Mommsem, Th. 257
Montiel, Sandra 69
Montt, Manuel 274
Montúfar, Rafael 229
Mora, Juan R. 170
Moraga Valle, Fabio 32,33, 39, 247, 254, 255, 263, 268
Morales, Nicasio 129
Morazán, Francisco 132, 137, 147
Morse, Richard 10, 39, 58, 64
Mussolini, Benito 33, 189, 261, 268-269, 271-272, 274
Myers, Jorge 158, 181
Neals, Christopher 322
Nearing, Scott 13, 34-35,116, 228, 236, 304, 319-321, 323-324, 326-330, 332
Nereo, Marco 218
Nietzsche, Friedrich 24
Nitti, F. S. 271
Ocheita, Francisco 140
Ochoa Bilbao, Luis 28, 101, 334
Oliva Medina, Mario 157, 334
Ordoñez, Andrés 104-105
Orrego, Antenor 285, 313
Ortega y Gasset, José 24, 190, 197, 210, 224, 257, 309
Ortiz, Fernando 203, 205-206
Palacios, Alfredo 23, 24, 168, 225, 283, 288, 289, 312
Paulino, Alfonso 262, 268
Pavletich, Esteban 285
Pearson, Weetman 329
Peláez, Manuel 329
Pellicer, Carlos 20
Pereyra, Carlos 12, 18, 29, 33, 69-96,106
Pereyra Washington, Luis, 219, 223, 242
Pérez Galdós, Benito 218
Pérez Rosales, Vicente 271
Peust, Othon (y *Efecto Peust*) 72-73, 78-82, 84, 89, 92-95, 96-97
Peyre, Henry 19
Pita González, Alexandra 26, 32,36,111, 215, 289, 326, 332
Poincaré, Henri 272

Polk, James 82-83, 113
Portal, Magda 249, 285, 293, 295, 302, 306, 314-315
Prado, Eduardo 14, 22
Primo de Rivera, José Antonio 92, 192
Proust, Marcel 189, 267, 272
Pujol, Valero 139-140
Queiros, Eça de 248
Quesada, Ernesto 22, 48
Quesada, Álvaro 164-166, 167, 181
Quesada, Fernando 222, 242
Quesada, Rodrigo 166
Quintana, Olazábal 169
Quintana, Manuel 55
Quirarte, Martín 70, 72, 82, 97
Radlach, Gustavo 129
Ramos, Samuel 20
Rappaccioli, Buenaventura 127
Ravines, Eudocio 285, 302, 306
Recabarren, Luis Emilio 24
Reed, John 34, 320-321
Reina Barrios, José María 129-130
Reyes Heroles, Jesús 20, 103
Reyes, Alfonso 20, 21, 24, 252
Reyes, Bernardo 28,74
Ríos Quesada, Verónica 161, 163, 181
Ríos, Catalina de los 273
Rivera, Diego 24, 322
Robespierre, M. 272
Roca, Deodoro 24, 298, 315
Rodó, José Enrique 21, 22, 28, 38, 44, 58, 159,163, 165, 182, 203, 234, 239, 250, 255, 278, 292, 295, 306
Roig de Leuchsenrig, Emilio 194, 202, 205, 207, 208, 211
Rojas, Ricardo 169
Romero, Luis Alberto 218, 242
Roosevelt, Theodore 28, 73-76, 79, 81, 83, 90-92, 96, 121, 122
Roy, M. N. 321
Rubio Mañé, Jorge 72, 74
Rufino Barrios, Justo 128, 147

Sáenz Peña, Roque 54-55, 62, 63, 91-92
Sagarna, Antonio 296
Said, Edward 179, 181, 299
Salvatierra, Sofonías 140
Salvatore, Richard 36, 39
San Martín, José de 171, 260
Sánchez Cerro, Luis Miguel 249, 267, 287, 297
Sánchez, Florencio 220
Sánchez, Luis Alberto 249, 253, 266, 279, 288
Sandino, César Augusto 30, 35,159,168-169, 172, 174, 225, 227, 229, 233, 238, 322, 325
Santamaría, Juan 170, 176
Santos Chocano, José 167
Santos Zelaya, José 87, 137, 140, 229, 233
Selser, Gregorio 24, 39, 93, 106, 319, 325, 331
Selser, Marta 319
Seoane, Juan 287, 298, 315
Seoane, Manuel 13, 33, 34, 225, 283-290, 293-314
Seoane, Martin 33
Serrano Migallón, Fernando 102-105, 108, 117, 120, 122
Sierra, Justo 70, 74, 75
Sierra, Terencio 133
Silva Castro, Raúl 262, 264
Silva, Margarita 29, 125, 334
Sirinelli, Jean 19, 39
Smiles, Samuel 146
Somoza García, Anastasio 106, 134, 326
Soto Hall, Máximo 13, 29-30, 157-174, 179-182, 325
Soothill, Jay Henry 325, 331
Soussens, Charles de 220
Spencer, Herbert 21, 30, 143, 144, 216, 269
Spengler, Osvald 24, 208, 263, 269, 272
Stepan, Nancy Leys 145
Strong, Josiah 43
Tarnassi, José 54, 63
Terán, Óscar 11, 16, 40, 44, 52, 60, 65, 73, 97, 159, 163, 182, 283, 315
Tatián, Diego 299, 315
Torres Bodet, Jaime 20

Torres Caicedo, José María 30, 137-140, 150
Townsend Ezcurra, Andrés 298, 315
Turcios, Froylán 142, 151, 225, 229, 238
Turner, John Kenneth 319, 321
Ubico, Jorge 134, 326
Ugarte, Manuel 22, 24, 92, 94, 141, 169, 173, 175, 220, 250, 291, 304
Unamuno, Miguel de 192, 225
Urbina, Luis G. 75
Urzúa, Alberto 174-176
Valcárcel, Luis E. 14
Valle, Manuel 131
Valle, Pablo 175-182
Vargas Vila, José María 167, 230
Varona, Enrique José 203
Vasconcelos, José 20, 23, 24, 69, 97, 271-273, 276
Vela, David 167
Venegas, José 224
Vicuña Fuentes, Carlos 262, 263, 268
Villa, Francisco (Pancho) 70, 91, 104, 321
Villacorta, José Antonio 131
Viñas, David 50, 66, 221-222, 223, 243
Walker, William 30, 106, 170
Washington, George 75, 76, 258
Wohl, Robert 19
Wilson, Woodrow 28, 72, 86-87, 89, 91, 96, 109, 117
Winock, Michel 19
Wolfe, Bertram 322, 323
Wolfe, Ella 322, 323-324
Yankelevich, Pablo 23, 24, 40, 101, 104, 109, 122, 326, 332
Zaldumbilde, Gonzalo 252
Zapata, Francisco 24, 25, 40, 279
Zapata, Adrián 128
Zeballos, Estanislao 91
Zelaya, Lorenzo 129
Zolá, Emile 19, 30, 142-143, 153, 248
Zumeta, César 14, 21, 22, 141

CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

Durante largo tiempo se ha sostenido que América Latina ha sido un territorio fácilmente dominado por potencias extranjeras debido a importantes asimetrías de poder político, militar y económico. Pese a que este diagnóstico ha sido compartido por muchos, existe un amplio abanico de diferentes interpretaciones respecto al fenómeno. Ello ha dependido en grado importante de la coyuntura histórica específica así como de las distintas posturas ideológicas de los intérpretes.

En el presente volumen se reúnen nueve ensayos sobre varios destacados ensayistas latinoamericanos del primer tercio del siglo XX que escribieron sobre la temática del imperialismo, casi siempre en tono crítico, pero desde un arco amplio y diferenciado de enfoques ideológicos, estilísticos y analíticos. Con objeto de profundizar en esta labor los participantes en este volumen han supervisado la labor de recuperación de los libros originales, algunos difíciles de localizar, que se han digitalizado bajo la rúbrica de "Biblioteca Digital de Historia Intelectual de América Latina: Textos Antimperialistas de 1890-1940", que sirve de complemento al presente volumen. Con ello se pretende aportar a los estudios de historia intelectual latinoamericana de la primera mitad del siglo XX, las cuales están cobrando cada vez mayor densidad y profundidad.

ISBN 978-607-564-641-1 (Colmex)
9 786075 646411

ISBN 978-607-8984-30-5 (UCol)
9 786078 984305

EL COLEGIO DE MÉXICO

UNIVERSIDAD DE COLIMA